

SÍLVIA
ALCÀNTARA

OLOR
de
COLONIA

«Una hermosa novela ambientada en una colonia textil durante los grises y espesos años cincuenta en la que no faltan intrigas, amores, estafas y bajas pasiones», Catalina Serra, *El País*

Lectulandia

Es un domingo de mayo de 1953. En la Colonia Vidal de Puig-reig, una de las fábricas textiles situadas en la comarca del Berguedà que aprovechan la fuerza del río Llobregat para mover los telares, que trabajan las 24 horas del día seis días a la semana (solo paran los festivos y entonces descansan las casi mil personas que allí viven y trabajan), un grupo de niños sale de la iglesia tras recibir la primera comunión acompañados de sus padres y las monjas catequistas, que impresionan con sus largos hábitos que ocultan todo el cuerpo, excepto el rostro.

Un incendio en plena noche, una muerte inesperada, pasiones y deseos amorosos nunca resueltos, el poder omnipresente de los ricos y señores, la dura vida de servidumbre y silencio de las mujeres en la España de los años cincuenta, hijos secretos, mentiras y prejuicios, una intriga que se mantiene hasta el final. Un debut exitoso. Una novela descomunal.

«Olor de Colonia, una excelente novela coral, evoca la dura vida de una colonia textil y las envenenadas relaciones sociales que allí se crean día a día. Asistiremos a los silencios cómplices que envuelven a los personajes, a las relaciones como si de muñecas rusas se tratase que se van tejiendo entre ellos, al poder asfixiante que ejerce la Iglesia o al misterio que subyace sobre tantas pasiones insatisfechas para retratar, de forma magistral, una época y un escenario únicos».

Lectulandia

Sílvia Alcàntara

Olor de colonia

ePub r1.0

Titivillus 28.04.16

Título original: *Olor de colònia*
Sílvia Alcàntara, 2009

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis padres

PRIMERA PARTE

Como bestia que huele el peligro, se quedó quieto tras la puerta cerrada, envarado; la mirada asustadiza, los labios apretados con fuerza eran una grieta en aquel rostro empapado de sudor. Retuvo el aliento. Tenía que plantar cara al jadeo. Forcejeaba con la manecilla hacia arriba y hacia abajo. Una vez. Otra vez. Y aún otra vez. Nada. El cerrojo no cedía. Todo apestaba a humo. Se aflojó la corbata, se desabrochó el cuello de la camisa. El ahogo. El ahogo le reventaba los pulmones.

Fuera, los almacenes ardían por los cuatro costados. Las ventanas alineadas de la nave de los telares también vomitaban fuego. Por encima de la chimenea que quería agujerear el cielo flotaba una espesa humareda negra. Sonaba la sirena. No dejaba de sonar. Arriba, en la Colonia, el repique de campanas que tocaba a fuego afinaba los tejados y obligaba a todo el mundo a salir a la calle. Mientras, la presa, impasible, dejaba que el agua fluyera mansamente río abajo.

Se le doblaron las rodillas. Antes de caer, a través de la ventanilla con rejas a pie de calle oyó una voz que gritaba: ¡ya no queda nadie! Desde el suelo golpeaba la puerta: aquí..., estoy a... y miró hacia arriba; a través del humo aún pudo distinguir los archivadores: de la A a la F..., de la R a la T... y balbuceó: Te... re... sa...

—*Dominus vobiscum*... —Mosén Josep, en el centro del altar, había bajado los ojos mientras unía las manos con gesto devoto.

—*Et cum spiritu tuo* —dijeron los dos monaguillos a un tiempo, arrodillados, con la sotana roja de los domingos y el roquete blanco sin mangas, mientras se les escapaba la risa por debajo de la nariz.

Mosén Josep, después de la bendición, con un ligero movimiento de cejas, les indicó que se levantasen para iniciar los tres la procesión hacia la sacristía. Bajaron los dos escalones del altar mayor, pasaron por delante del púlpito de la Epístola, donde podía verse a los cuatro evangelistas esculpidos en piedra, y, justo cuando se acercaban al primer banco, el señor Viladomat —traje gris, zapatos negros, camisa blanca y corbata discreta que le ceñía el cuello postizo, almidonado— se acercó a ellos, ceremonioso. Mosén Josep, sorprendido, aguzó el oído derecho —del izquierdo hacía tiempo que estaba un poco sordo— y escuchó lo que le decía el amo, con atención fervorosa, mientras asentía lentamente con la cabeza. Tras una breve alocución, el señor Viladomat volvió a su sitio, al primer banco, y se quedó de pie como el resto de los feligreses.

El mosén volvió a subir al presbiterio seguido de los monaguillos y observó los bancos del lado derecho de la iglesia; los hombres, con la cabeza descubierta, la inclinaban respetuosos. Después miró hacia el lado izquierdo; las mujeres, con velos negros de blonda con bordados en los dobladillos, lo miraban expectantes.

—Hermanos, arrodillaos, arrodillaos y roguemos para dar gracias al Señor. —Puso los ojos en blanco—. Os damos las gracias, ¡oh, Señor!, por Vuestra infinita misericordia. Por haber guiado a vuestros hijos por el buen camino; por haberlos

salvado de una muerte segura. —Miró de reojo al primer banco del lado izquierdo, vio como la señora Viladomat se secaba una lágrima y siguió con más fuerza—. Todos sabéis de qué manera el Señor nos ha puesto a prueba esta noche al permitir que una parte de la fábrica quedase arrasada. —Un ¡ay! Procedente del segundo banco de la derecha le hizo levantar la cabeza y vio como el señor Camps, el maestro, tiraba de los brazos del pequeño que tenía al lado porque el niño, tozudo, se tapaba los oídos—. ¡Hermanos! —Elevando el tono y mirando al maestro, se pasó la lengua por los dientes postizos—. Pero Él, que es todo bondad, que es todo amor, ha querido preservar nuestras vidas haciendo que saliésemos todos sanos y salvos del peligro. ¡Todos! ¡Alabado sea el Señor! —Juntó las manos y bajó los ojos—. *Oremus...*

El señor Viladomat también juntó las manos, como el señor Boix, el director, que estaba arrodillado a su lado, y como el señor Camps y el niño que se tapaba los oídos, y todos sus compañeros que llenaban el segundo y el tercer banco, y los que habían llegado tarde, los del último banco: Climent Palau, la mano derecha del señor Claret, el escribiente principal, y Pepito, el carpintero —a quien llamaban *el Rengo* porque tenía una pierna más corta que la otra y cojeaba—, y Bernat, el vigilante, con la gorra de los domingos escondida en un bolsillo, y Manel, el tendero, que en aquel momento tenía la cabeza en una partida de harina que se había agorgojado. Todos, todos rezaban en voz baja. Y, en el lado izquierdo, en el primer banco, también juntaron las manos la señora Viladomat, pulcra, sencilla, señora que no tenía que parecerlo porque ya lo era, y la señora Boix, enojada, elegante, señora también, pero que sí tenía que parecerlo porque era la señora del señor director, y en el segundo y tercer banco, las niñas, reconducidas por la hermana Maria, también juntaban las manos, devotamente. El resto de las hermanas, que ocupaban el cuarto banco, las tenían escondidas bajo la toca almidonada mientras movían la boca rezando en silencio.

El mosén abrió y cerró los brazos.

—Id en paz. —Esperó a que todo el mundo se pusiera en pie y, arrastrando el perfume del incienso, reemprendió con los monaguillos el camino hacia la sacristía.

Se hizo un silencio muy breve. Después el señor Viladomat salió del banco, esperó a su señora, y los dos al mismo tiempo hicieron una genuflexión ante el sagrario y salieron por el pasillo central.

Detrás de ellos, hicieron lo mismo el señor y la señora Boix, y el señor Camps y los niños, y las hermanas y las niñas. Poco a poco fue saliendo todo el mundo; en silencio, despacio y en orden. Con el mismo orden con que la noche anterior se pasaban los cubos de agua para apagar el fuego. Cuando los amos y el director con su señora llegaron al cancel, encontraron a Climent Palau que los esperaba y, con dos dedos, les fue dando el agua bendita, y los señores por el lado derecho y las señoras por el izquierdo salieron a la plaza.

La señora Viladomat y la señora Boix se saludaron —con tanto revuelo no habían tenido ocasión de ello— y se dirigieron hacia la madre superiora, que salía en aquel momento acompañada de la hermana Dolors, la más vieja de la comunidad. El resto

de las hermanas, junto con las niñas, se dirigieron en fila, de dos en dos, hacia el convento.

Los hombres, como todos los domingos y fiestas de guardar, se quedaron en la plaza formando corros, pero aquel día no hablaban ni de la partida de algodón que había llegado más sucia que de costumbre ni del pedrisco de la semana anterior que había vencido a las judías primerizas. Aquel día, los chasquidos del fuego y el hedor del humo se cernían sobre las conversaciones saltando de un corro a otro. Nadie sabía cómo había empezado... El tamo que queda dentro del telar, que es muy traidor. El tamo y los aceites sucios, fíjate quién te lo dice. El sereno aseguraba, mientras chascaba los labios, que cuando él se dio cuenta los almacenes y la cuadra ya ardían por los cuatro costados; no pudo hacer nada más que tocar la sirena. El campanero y sacristán, que aún no había tenido tiempo de cambiarse y llevaba empapada la parte de abajo de los pantalones, hacía suyas las palabras del mosén: podemos dar gracias a Dios de que nadie haya salido herido.

Y aquel día las mujeres también se habían quedado. La visita al gallinero para dar de comer a los animales y matar el conejo para el arroz del mediodía tendría que esperar. Formaron un par de corros a una distancia prudente del integrado por la señora Viladomat con la señora Boix, la madre superiora y la hermana Dolors.

También se quedaron las chicas del coro, serias, con cara de circunstancias, que escuchaban a Matilde, la mujer de Climent Palau. Climent había salido del trabajo, como todos los días, a las diez en punto. Y a las diez y diez había llegado a su casa. Comió un poco y dijo que tenía dolor de cabeza, que no iría al café como solía hacer los sábados, y se quedó a escuchar la radio repantingado en su sillón de mimbre. Ella se fue a dormir pronto, estaba cansada. Hacer el turno de mañana y por la tarde lidiar con tres criaturas cansa a cualquiera. Solo recordaba que la había despertado una sacudida y el sonido de la sirena. Su marido, asustado, la había zarandeado: debe de haber pasado algo gordo. Medio dormida, llegó a ver que su suegro corría hacia la puerta mientras decía ¡venga, Climent, no te entretengas! Y él, antes de irse, alarmado, hacia la fábrica, le dijo: ¡sobre todo, no os mováis de aquí! Ella se quedó quieta mientras aguzaba el oído; suerte que los niños no se habían despertado. La sobresaltó un rumor de pasos; era su suegra, que se asomaba con el rosario en las manos y le susurraba: si quieres, rezaremos juntas. Pero ella le dijo que prefería hacerlo sola. Paralizada por el miedo, se hizo un ovillo entre las sábanas; presentía una noche muy larga. Y lo fue. Las campanas, que tocaban a fuego, la habían asustado más que la sirena. Y los portazos, las carreras y los gritos; ¡no!, las mujeres, no; las mujeres que se queden en casa con los niños. Solo los hombres. Y se los imaginaba a medio vestir, corriendo para ir a apagar el fuego. Sí. Fue una noche muy larga. Y cuando Climent y su padre llegaron sucios, despeinados y empapados, solo tuvieron el tiempo justo de lavarse un poco y cambiarse de ropa para ir a misa de diez. De cómo había sido, ella sabía muy poco, apenas habían tenido tiempo de hablar de ello. Se ve que el fuego empezó por el almacén del lado de los telares

automáticos, pero el humo se había expandido por todas partes. El humo era lo que más les había hecho sufrir a la hora de apagar el fuego. Matilde hablaba con la cabeza un poco inclinada, mientras sujetaba el misal romano de domingos y fiestas, forrado con tapas de piel.

Climent Palau se quedó con el señor Viladomat y el señor Boix y dio un paso atrás para dejar sitio al mosén, que en aquel momento acababa de salir de la iglesia. Al mosén le asomaban por debajo de la sotana unas botas de media caña con unas medias suelas clavadas y vueltas a clavar. Tenía las manos en los bolsillos y los estirajaba como si quisiese ensancharlos. Después sacó la mano derecha a la espera del besamanos. Con una ligera inclinación de cabeza, pero sin llegar a tocarle la mano, desfilaron, después del amo y el director, el mayordomo de los telares, el de la hilatura, los encargados de mecánicos, albañiles y carpinteros, y los escribientes. Y mientras Climent lo felicitaba por el sermón, él se disculpaba con el amo por no habersele ocurrido antes de...

—No, no se preocupe —el señor Viladomat le dio un golpecito en la espalda—, hoy estamos todos muy trastornados.

El señor Boix, con los brazos cruzados a la espalda, se inclinó hacia la oreja de Climent. Él dio un paso hacia atrás y se quedaron los dos fuera del corro.

—Lo que quería el señor Viladomat —con voz de murmullo, estirando el cuello y torciendo ligeramente la boca— era que diese las gracias a todo el mundo; por cómo se han jugado la vida, por cómo... —Descruzó los brazos y, con dos dedos, se sujetó la barbilla en busca de la palabra adecuada—. Lo quería hacer él personalmente, pero le ha parecido que, estando donde estábamos, era más adecuado que lo hiciese el mosén. Y ya ha visto con qué nos ha salido...

Ni el señor Boix ni Climent, que iba asintiendo con la cabeza, se dieron cuenta de que Bernat se quitaba la gorra de los domingos y tocaba con timidez la espalda del señor Boix.

—Perdone...

Los dos se volvieron a la vez.

—Es que... —Se cambió la gorra de mano— la señora Claret pregunta por usted...

La señora Claret se había quedado dos pasos atrás y Climent la observó con discreción; no tenía el aspecto de costumbre. Parecía un poco... aturdida. Ni siquiera la ropa que llevaba era la más adecuada para un día de fiesta como aquel. Tal vez... En cambio el señor Boix sí que la miraba como de costumbre —algo que a él lo sacaba de quicio—, se desabrochó la americana, se sacó el reloj del bolsillo del chaleco e hizo como que consultaba la hora. Volvió a abrocharse la americana. Después se dio cuenta de que el señor Boix se iba, corriendo, a hablar con el señor Viladomat. Él, quieto, preocupado, la miró; la boca cerrada, los ojos interrogadores, sin respuesta. Ella, con la vista fija en el suelo, esperaba; silencio angustioso. El señor Viladomat, seguido del señor Boix, se le acercó.

—¿Señora Claret?

—Sí... —Apenas levantó la cabeza.

—Y entonces, ¿cómo ha sido eso? ¿Qué me dice el señor Boix, que su marido no...? ¿Cómo se llama su marido?

—Isidre...

—Isidre. Y dice que no lo ha visto desde...

Climent se le acercó.

—Perdone —cumplimentero, al amo. Y con el ansia del miedo—: ¿Qué pasa, Teresa?

—Sidro, Sidro, que no ha vuelto.

2

Que no, que no había manera; cuando lo tenía sujeto por un lado, se desenganchaba del otro. El cuello postizo siempre se le había resistido, pero nunca como aquel día. Era la tercera vez que Matilde le decía ¡estate quieto!, después de que él resoplara cuando intentaba ayudarlo. Qué razón tenía su padre cuando aseguraba que los cuellos postizos eran para los domingos o para gente desocupada.

—Debes tener paciencia, hombre. —El tono de Matilde había alcanzado aquel punto de calma que anuncia la tempestad—. Además, será mejor que te vayas acostumbrando. A partir de ahora tendrás que llevarlo todos los días...

—¿Estás segura? —Tenía la mirada fija en el espejo del pasillo y, con las dos manos, acabó de estrecharse el nudo de la corbata.

—¿Ves como al final has podido?

—¿Estás segura de que tendré que ponérmelo todos los días?

—¡Claro! En casa de los Viladomat, el escribiente principal siempre ha llevado cuello postizo...

—Estás cargada de manías... —Se subió los tirantes, se palpó los bolsillos de los pantalones para asegurarse de que llevaba el pañuelo, se puso el chaleco y se lo fue abrochando poco a poco.

—Sin ir más lejos, Isidre Claret siempre llevó cuello...

—Calla...

—¡Cómo eres! Pero si...

—Por favor, calla...

Allí dentro, entre el ardor, había hombres que llevaban camisas con el cuello enrollado, hombres con camisas sin cuello, hombres sin camisa. Hombres empapados con las pestañas chamuscadas y las caras ennegrecidas por el humo; más jóvenes, más viejos; más adentro, más afuera; que entraban, que salían; que corrían, que se paraban. Hombres que se ayudaban para arrastrar una manguera y, donde no llegaban las mangueras, hombres que formaban una cadena para pasarse los cubos. Hombres que gritaban esperando que alguien los oyese. Hombres que se miraban para animarse. Hombres a los que el miedo hacía preguntar a la razón qué hacer. Hombres que lloraban con lágrimas ocultas sin contar que algún día tendrían que utilizarlas. Pero unidos, unidos como nunca por un solo pensamiento: salvar la fábrica. El pan. El futuro. El futuro para sus hijos.

Con las manos rígidas en los bolsillos, se fue a la cocina y se dispuso a desayunar. Se sentó en la silla de enea del rincón, junto a la despensa, desplegó la servilleta, se la puso en las rodillas y, mientras esperaba a que Matilde le llenara el tazón de leche recién hervida, Climent, con la cuchara, iba haciendo dibujos en el hule de cuadros blancos y verdes, descolorido, que cubría la mesa. Ella se sentó en la silla de delante, apoyó los codos sobre la mesa y, con las manos cruzadas bajo la barbilla, lo miró. Climent abrió el cajón del pan, cortó una rebanada y la fue desmigajando sobre el

tazón, a continuación le puso dos cucharadas de azúcar, lo revolvió todo despacito y empezó a comer sin hambre. Ella todavía no se había movido.

—Un día u otro tendremos que hablar...

—¿De qué?

—De... todo. De Isidre Claret, de la desgracia... de... del cambio de piso...

—Dale...

—Pero ¿de qué te sirve no querer enfrentarte a la realidad? Dime, ¿de qué? —
Con el índice iba prensando unas costras de pan que se habían esparcido por el hule
—. Cèlia hará la comunión el mes que viene.

—¿Y qué?

—Solo falta un mes y medio...

—¿Y qué?

—Pues que nos iría muy bien estar ya en el otro piso...

—¡No corras tanto! —Soltó la cuchara con un golpe seco y retiró el tazón.

—¿Qué haces, no te lo acabas?

—No tengo hambre. —Se puso de pie—. Me voy, que, si no, voy a llegar tarde el primer día...

—¡Espérate!

Sin escuchar a su mujer, salió de la cocina y en dos zancadas atravesó el comedor y llegó al pasillo, donde había un perchero de tres pies. Mientras descolgaba la americana con precipitación, no se dio cuenta de que se abría la puerta de la habitación de sus padres.

—¡Climent!

Con una mano aún dentro de la manga, se volvió.

—¿Te vas ya? —Joan Palau, con cara de sueño y los pantalones y la camisa a medio abrochar, miró a su hijo con orgullo—. Solo será un momento. —Lo abrazó—. Hoy es un gran día para los Palau. —Menos mal que el abrazo impedía ver la humedad de sus ojos—. Toda la vida, mientras me arrastraba bajo los telares haciendo de contramaestre, soñaba con verte un día así, tan acicalado, y que serías alguien...

Y mientras Matilde, apoyada en el marco de la puerta del comedor, observaba la escena, satisfecha, Climent se deshacía del abrazo.

—Venga, va, no es para tanto... —Para cambiar de tema, miró dentro de la habitación—. ¿Y madre?

—¿No lo habéis oído? Ha tenido que ir a separar a los chiquillos. Jaume y Raquel se peleaban...

—¿Cèlia también...? —Se pasó el dedo por el cuello duro como si quisiese aflojárselo, con impaciencia.

—No, ella no; ella hacía el papel de hermana mayor —dijo, moviendo la cabeza de un lado a otro—. No pueden dormir los tres en la misma habitación...

—No tenemos otra...

—Ya, pero si cambiamos de piso...

—¿Quién os lo ha dicho?

—Si eres el escribiente principal, ¿no te toca el piso del escribiente principal?

La pregunta se sentó a su lado, sin prisa, sin afán alguno de respuesta. Climent habría querido hablar, hablar hasta que las palabras hubiesen servido de algo, pero no lo hizo. Hay cosas que son como son, que no hace falta explicarlas. También calló el día que Gertrudis, la secretaria del director, se acercó a su mesa y le dijo con cierto aire de misterio que el señor Boix quería verlo enseguida. Él, sobresaltado, se quitó el guardapolvo, se puso la americana y suerte tuvo de la mesa de delante que le impidió caer; todavía dudaba de si había tropezado con los pies de Gertrudis o con los suyos propios. Atravesó con paso rápido lo que había sido el despacho de Isidre Claret y no pudo evitar que lo dejara sin aliento la impresión de ver entre las sombras la silla vacía y el cojín que le había hecho Teresa. Dos llamadas discretas a la puerta maciza del despacho del director, un ¿se puede? Y un pase, pase, acabaron de absorber la respiración de Climent Palau, quien hasta entonces había sido la mano derecha del escribiente principal. El señor Boix —pantalones con el pliegue muy marcado, sin una sola arruga, americana entrecruzada, pajarita impecable y bigote bien recortado — le esperaba sentado tras la mesa contemplando los aros de humo que había soltado tras la última calada del cigarro. Cierre bien la puerta y siéntese, hágame el favor. Climent Palau obedeció las órdenes apenas le habían sido dictadas; con la misma discreción que la vida había tardado años en enseñarle. Una vez sentado al otro lado de aquella mesa que a él le pareció más inmensa que nunca, contempló el centelleo del brillante que el señor Boix llevaba en el dedo meñique. Han sido unos días muy dolorosos, le aseguró. Todo este asunto me ha robado muchas horas de sueño, confesó. Pero la vida sigue, tuvo que aceptar con un estirón de cuello. Y por eso estamos ahora aquí los dos, para ocuparnos de que siga, y que siga con la máxima eficacia. Y fue entonces cuando le ofreció el puesto de Isidre Claret, el puesto de escribiente principal. Con todo lo que comporta. Supongo que ya me entiende. Climent Palau abrió la boca y el sí, señor, que quería pronunciar solo quedó registrado en su imaginación. Cuando volvió a abrirla para dar las gracias, una voz enronquecida de fumador de habanos le dijo no, no me las dé, he hecho lo que me ha parecido más conveniente para la fábrica. Espero no tener que arrepentirme. Supongo que ya me entiende. Esta vez el sí, señor, se hizo más audible y llegó con nitidez a los oídos a los que iba dirigido. La aceptación del cargo implica una serie de obligaciones. El señor Boix, que no tenía fuera de sitio ni uno solo de los pocos pelos que le quedaban, dejó el cigarro en un cenicero de plata que había encima de la mesa y, mientras el humo se elevaba perfumando el despacho, dijo: su mujer, por ejemplo, tendrá que dejar el trabajo. Él iba asintiendo con la cabeza. También está el asunto del... del cambio de piso, pero...

Climent miró a su padre. Y la pregunta siguió allí, quieta, sin respuesta. Matilde, desde su sitio, observaba en silencio a padre e hijo.

—Si ya están despiertos, voy a despedirme de los niños y de madre. —Y volvió a atravesar el comedor para ir a la habitación de los pequeños, que estaba situada justo al lado de la suya.

Joan miró a su nuera, interrogante. Ella esbozó una mueca de resignación y volvió a la cocina. Enseguida oyó que su marido se iba y que todos lo acompañaban a la puerta para despedirlo, y después a su suegra que refunfuñaba: id a vestiros enseguida, que pronto será hora de ir al colegio. No parecía que nadie la echase en falta. Y no era extraño. Hasta la semana anterior había trabajado en el turno de mañana; la hora del desayuno y de llevar a los niños a la escuela nunca había sido su hora. Pero las sorpresas que da la vida son infinitas. Cuando Climent anunció que le habían dado el puesto de Isidre Claret, ella se adentró por el camino de los sueños soñados y se sumergió en un delirio sin fin. A partir de ahora sería ella quien despertaría a sus hijos para ir a la escuela, iría a comprar y, si se encontraban en la tienda y procedía, hablaría sin prisas con la mujer del mayordomo de los telares, la señora Torras, o con la señora Gumfaus, la del mayordomo de la hilatura. Y participaría en la organización de la rifa del Domund. Y cuando ella dijese: ¿no le parece, señora Torras?, la señora Torras le respondería: tiene toda la razón, señora Palau..., señora Palau..., señora Palau... Y entonces también se le acercaría la señora Boix y, haciendo girar la pulsera de oro de su muñeca derecha, le diría: ya era hora de que en la junta hubiese alguien con el brío que tiene usted, señora Palau..., señora Palau... Y se sentó en la silla de enea del rincón, la de junto a la despensa, observó el hule desgastado de tanto pasarle el estropajo de esparto, se acercó el tazón y, con desgana, se acabó las sopas de leche que su marido había dejado y que se habían enfriado.

Climent, al salir de su casa, consultó el reloj con dedos angustiados. Todavía era pronto. Podía tomárselo con calma. Se estiró un poco los puños de la camisa, a continuación comprobó que los dos tuvieran la misma medida y tomó el camino de la fábrica, el de junto al río. Por el lado derecho, la colina que sostenía el convento verdeaba de espiguilla y correhuelas. En las orillas despuntaba ya el amarillo de la retama, las espigas de las zarzas todavía no arañaban y empezaban a aparecer las moras rojizas. A la izquierda, la pared de los chopos que ocultaban el río atenuaba el murmullo del agua.

¿De dónde viene esta angustia que me encoge el estómago? ¿De dónde viene este desasosiego que me suspende entre vacío y vacío? Mi vida es como esta orilla aprisionada por los zarzales donde despunta la retama. Tendrías que estar contento. ¡Saltando de alegría, deberías estar! ¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué no lo estoy? ¿Desde cuándo se tuteaba con la conciencia? ¿Desde cuándo le plantaba cara sin avisar? Se sentía prisionero en la telaraña de las convenciones. Está el asunto del cambio de piso, le había dicho el señor Boix, el asunto del cambio de piso..., pero también está Teresa. Teresa. Climent tragó saliva. Y el director siguió: la mala suerte de esta chica me llega al alma. A mí también. Aquel día, Climent había bajado la cabeza y, con las

rodillas a un palmo, reseguía con la mirada la raya de los pantalones de su traje de lana del día de la boda que Matilde repasaba todas las noches con la plancha. A mí también, volvió a decir. Y después, siguió el director, está el asunto de su madre; ¿dónde va a ir esta chica con dos criaturas tan pequeñas y la madre tal como está? Sí..., claro; los ojos de Climent habían llegado hasta los zapatos negros de cordones, acabados de lustrar. Tengo entendido que usted también es de aquí... Sí, sí, señor, nací en la Colonia. Entonces conocerá mejor que yo su situación. Sí, sí, señor. ¿Y qué podía decir? ¿Qué puede decir un triste escribiente ante el director? Un escribiente puede decir que sí y nada más.

El aroma de la retama hacía más agradable el camino hacia el trabajo. Pero de eso no se percató la noche que bajó con padre, corriendo, entre los bramidos de la sirena, como tampoco se percató del convento que, arisco, daba la espalda al camino, ni de la curva que hacía perder de vista los chopos y te encaminaba hacia el puente. Y justo por el camino de delante vieron bajar a Isidre; corriendo como ellos. Se encontraron al principio del puente y los unió el jadeo y un interrogante: ¿qué puede haber pasado? Isidre se puso una mano en el corazón y se detuvo. El asma. El asma ya hacía de las suyas. Se sentó en el pretil y los miró. No, no se detengan. Entre jadeo y jadeo, rebuscó en sus bolsillos. Tenga, aquí tiene las llaves del despacho para..., respirando con dificultad, por si las necesita. Climent no sabía qué hacer, miró a su padre, que ya había seguido el camino, miró a Isidre: no puedo dejarlo aquí... Claro que puede; en cuanto me pase... —Con un hilo de voz—, iré. Ahora corra..., corra... Y Climent echó a correr. Y corriendo alcanzó a su padre, y al carnicero y a su hijo, que iban por delante. Y al poco rato, unos que iban más atrás les dieron alcance a ellos. No fue hasta mucho más tarde que volvió a ver a Isidre. Más recuperado. Aturdido, pálido, pero más recuperado. Se encontraron en el pasillo que separaba la cuadra de los telares anchos de la de las cosedoras; entre los que iban y venían, entre los gritos y el humo, Isidre le dijo: ¡voy abajo a los archivos!, ¡hay que salvar lo que se pueda! Yo también voy, Climent con la camisa por fuera, tiznada y empapada, pasó la manguera a uno que acababa de llegar, también voy a ayudarlo. ¡No!, es mejor que se quede, aquí arriba será más útil... Y desapareció entre la multitud y el humo. Fue la última vez que lo vio... vivo. Si hubiese ido con él..., si hubiese ido, quizá ahora, quizá...

Se asomó a la barandilla del puente, contempló el riachuelo que lo atravesaba y los huertos que se extendían a uno y otro lado. Desde allí no se veía el de su padre; lo tapaban los sauces llorones. Unos pasos que se acercaban le hicieron volverse.

—Buenos días, Clime..., señor Palau... —Bernat, con la cartera colgada a la espalda, llena de periódicos y alguna carta, se echó la gorra un poco hacia atrás.

—Buenos días. Y eso de señor, ¡ni hablar! ¿O es que quieres perder al compañero de los sábados para jugar al tute...?

—Una cosa no quita la otra...

—¿Y adónde vas tan temprano con el correo? ¿No vas primero a recoger la

basura?

—Sí, pero es que este es el de ayer. El tren llegó tarde y no me dio tiempo...

—¿Y qué van a hacer los entendidos de la Colonia si les llevas las noticias atrasadas?

—¡Pero si los periódicos dicen siempre lo mismo! Si les llevase uno de hace tres años, seguro que ni se enteraban. —Era una observación que le gustaba hacer a menudo al vigilante-cartero.

Climent sonrió. Este Bernat no cambiará nunca. Y, tras darle un golpe en la espalda, se despidió de él. A ver si al final iba a llegar tarde el primer día.

Llegó a la gran portalada de hierro, que estaba ya abierta de par en par. El portero salió de su garita para saludarlo y, de paso, felicitarlo. También aprovechó para ponerse a su entera disposición. Ya sabe, para lo que necesite; yo estoy aquí para servir; ¡faltaría más!

Pasó por delante de la cuadra de los telares automáticos; las ventanas oscurecidas todavía hablaban de la desgracia, pero dentro, con todas las luces encendidas, una cuadrilla de hombres trabajaba sin parar para que todo volviese cuanto antes a la normalidad. Echó una ojeada a la cuadra de los telares pequeños, los de garrote, donde no había llegado el fuego, y todo volvía a funcionar como siempre. Era una suerte, porque podrían servir los pedidos más urgentes. Le llegaba el olor a quemado y a algodón sucio, y a borra mezclada con aceite de los batanes y las cardas, y a la cola que venía de los urdidores, y también el ruido. El ruido de las máquinas. El olor y el ruido que quería decir trabajo, seguridad, vida. Una vida que él respiraba desde los catorce años. Y quizá desde mucho antes. Desde que era muy pequeño su padre le había enseñado a respirarla. Y hoy, más que nunca, agradecía a su padre lección y la oportunidad.

Y llegó al despacho. Todavía no había nadie. Ya se lo imaginaba. Prendió las luces. Observó las cuatro mesas alineadas: la de Mercè, la más jovencita, estaba al lado de la taquilla para atender a los trabajadores que necesitaban algún papel o hacer cualquier consulta. A continuación la de Serafí Garcia, el padre de Mercè y el más antiguo, el eterno aspirante al cargo de escribiente principal. Cuando se jubiló el señor Clot, Serafí Garcia ya decía que le tocaba a él. Pero vino de fuera alguien recomendado por el señor Viladomat. Un chico que era demasiado joven para el cargo y por quien nadie hubiera dado un duro: Isidre Claret. No tardó mucho en convencer a los más escépticos de que no se habían equivocado en la elección. Solo podía objetarse una cosa: no tenía muy buena salud. Una pena. Después de la desgracia, Serafí Garcia volvió a insistir en su pretensión. Esta vez fue la recomendación del señor Boix la que frustró —y ahora estaba seguro que para siempre— su aspiración. Al lado de la mesa de Serafí Garcia se encontraba la que hasta entonces había sido la suya. La miró. En aquella mesa había vivido un poco de todo: satisfacciones, incertidumbres, miedos; con los codos encima, embutido en aquel guardapolvo, dentro del cual siempre se había sentido un poco ridículo, había

urdido sueños que no llegaban a ninguna parte, verdades ahogadas por las conveniencias, y también alguna que otra mentira. A partir de ahora, según le había dicho el señor Boix, su mesa la ocuparía Quico, el que hacía de ayudante de encargado en los urdidores. Era despabilado aquel chico. Saldría adelante, estaba seguro. A Quico le envidiaba la alegría, la juventud y, sobre todo, la independencia. No era de la Colonia; vivía en el pueblo. A veces lo veía llegar con su bicicleta y su máquina de fotografiar a la espalda; se sacaba las pinzas que le sujetaban los pantalones y se reía. Sacaba una foto a uno que llenaba el cántaro en la fuente y se reía. De tanto hacer fotos por afición se convirtió en el fotógrafo oficial. Sí, a veces le habría gustado poder reírse como él y, al salir del trabajo, coger la bicicleta y la máquina de fotografiar, ponerse las pinzas en los pantalones y, pedalea que pedalea, dejar atrás la gran verja de hierro, el puente, el convento, evitar las apenas seis calles de la Colonia, llegar a la carretera, atravesar la vía del tren y pedalear, pedalear más deprisa... e irse lejos..., bien lejos... Sacudió la cabeza. Ya solo le quedaba la última mesa, la de Gertrudis, la secretaria del señor Boix. Una chica trabajadora, eficiente y atractiva. Muy atractiva. Lástima que... Lástima que se hubiera estropeado. Abrió la puerta de vidrio esmerilado y entró en el despacho que había sido de Isidre Claret y que a partir de aquel día sería suyo. Subió la persiana hasta arriba del todo. Quería que entrase el sol. Volvió a su mesa de antes a recoger una carpeta, el tintero y la pluma con mango de hueso que le había regalado Matilde. Lo dejó todo encima de una silla. Volvió a salir. Volvió a entrar. Iba y venía como un pájaro en busca de las ramillas con las que hacer el nido. Contempló la mesa con atención. Estaba limpia, impecable. Alguien había quitado todo lo que había. Unos golpecitos discretos a la puerta del director para asegurarse de que no había nadie y empezó a colocar sus cosas. Dio un paso atrás para mirarlo. Lo cambió todo de sitio. Volvió a mirarlo de lejos. Echó una ojeada al traje que estrenaba aquel día y que tenía reservado para la comunión de Cèlia. Se estrechó el nudo de la corbata. Se pasó el dedo por el cuello duro. A lo mejor sí que se acostumbraría. Volvió a comprobar la medida de los puños. Cuando ya no podía retrasarlo más, se sentó en la silla que hacía una semana que estaba vacía. Fue entonces cuando se dio cuenta de que apoyaba la espalda en el cojín que había hecho Teresa.

¡Teresa! Teresa se asomó a la habitación de su madre y aguzó el oído. Nada. Una vez más se había imaginado que su madre la llamaba. Desde la muerte de Sidro no había vuelto a decir una sola palabra. Precisamente cuando la necesitaba más que nunca. Mordía las sábanas y lloraba. Como en ese momento. Abrió el armario para guardar la ropa que acababa de doblar y se vio reflejada en el espejo de la puerta. El negro no le sentaba nada bien. Le hacía la cara aún más pálida. Y ya la tenía bastante pálida, los últimos días. Demasiado. Volvió a mirarse al espejo. Habría querido desmenuzar los recuerdos. Habría querido arrancarse el vacío que deja la muerte. Acarició las mejillas hundidas de su madre. Y salió corriendo de la habitación.

Entró en la de los chiquillos. Todavía no se habían despertado. Abrió un poco los postigos y los contempló durante un buen rato, cada uno en su cama; la niña, con su tranquila simplicidad infantil, rezongaba entre sueños. El niño, más huraño, esbozaba una mueca que a ella le arrancó una sonrisa. La placidez que desprendían la reconfortó.

—¡Venga, dormilones! —Mientras acababa de abrir los postigos—. Que vais a llegar tarde al colegio...

—¿Qué hora es...? —Sidret, entre bostezo y bostezo, se había sentado en la cama.

—Es hora de levantarse...

—¿Qué hora es...? —Núria se restregaba los ojos sin moverse.

—Mamá... —Mientras intentaba acertar con el pie en la pernera del pantalón—. Mamá... ¿No podré hacer la comunión este año?

—¿Por qué?

—Porque estamos de luto...

Movió la cabeza de un lado a otro. Estamos de luto. Era lo mismo que le había dicho mosén Josep al día siguiente del entierro de Sidro. Ella había obligado a los chicos a ir al colegio. Le parecía que tenían que volver a la normalidad lo antes posible. No puedes dejarte arrastrar por unos hechos que no tienen solución. Y a ella todavía la esperaba una madre que hacía dos años que no se movía de la cama y una montaña de ropa por teñir. Metió unas cuantas virutas y leña seca en la cocina económica y, cuando tuvo el fuego bien avivado, añadió dos paladas de carbón. Necesitaba que durase toda la mañana. Colocó encima dos grandes ollas llenas de agua. Había deshecho las pastillas del tinte en un cazo y, cuando estaba a punto de tirarlas al agua hirviendo, sonó el timbre. Se quitó el delantal rápidamente y fue a abrir. Era el mosén. Con las manos escondidas en unos bolsillos que parecían no tener final, le pidió permiso para entrar. Una vez dentro, se arrellanó en el sillón del comedor, el de delante de la radio, y, sin sacarse de la boca el cigarrillo panzudo y un poco baboso, empezó a hablar entre latinajos de la vida y de la muerte, de la resignación y, sobre todo, de la misericordia de Dios, que es infinita. Teresa, aunque

hacía esfuerzos para escucharlo, no podía sacarse de la cabeza las dos ollas que hervían sin provecho, la ropa en el suelo sin teñir y el fuego que se consumía. Al final, cuando ya se había levantado para irse, el mosén le preguntó: ¿y qué piensas hacer con Sidret? No entiendo qué quiere decir, mosén. ¿No crees que con el duelo sería mejor esperar un año más para hacer la comunión? No. Ya ha tenido bastantes trastornos.

—Mamá, ¿no podré hacer la comunión?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Pere...

—¡Y él qué sabe!

—¡Y él que chabe! —Aún restregándose los ojos.

—¡Tú calla!

—No te enfades con tu hermana. ¿No ves que es pequeña? —Y la destapó para empezar a vestirla. Mientras tanto, con el índice en los labios, le decía a Núria que se callase.

—¿Podré hacerla o no?

—¡Claro que sí!

Una vez vestidos, se dirigieron los tres hacia la cocina. Encima de la mesa de mármol tenían un bote de aluminio para cada uno en el que había metido pan blanco desmenuzado, dos cucharadas de azúcar y una de Cola Cao. La leche se la pondría la hermana Dolors, media hora antes de empezar las clases, en el vestíbulo del convento. Los amos siempre se habían preocupado mucho por la alimentación de los hijos de sus trabajadores. Decían que la leche era básica para las criaturas. Por eso todos los días por la mañana, los niños a un lado y las niñas al otro, desfilaban ante la hermana Dolors, y ella, de pie, ante una mesa redonda de madera, repintada de blanco, provista de una olla inmensa llena de leche humeante recién hervida, la repartía apartando una nata de más de un dedo de grosor: un cucharón y medio para los mayores, un cucharón para los pequeños, al tiempo que decía: gracias a Dios y a los señores Viladomat, hoy todavía hay leche para todos. Sí, los señores Viladomat eran casi santos. De los que ya no quedaban; atentos con sus trabajadores, dispuestos a hacer lo que hiciera falta para que tuviesen todo lo necesario. Teresa se lo había oído decir a su padre muchas veces. Y ella lo creía.

Les puso la cartera para ir al colegio en una mano y el bote para la leche en la otra con la cuchara dentro, sujetadla bien fuerte con el pulgar, ¡sobre todo que no se pierda! Un beso en cada mejilla al primero, y uno en cada mejilla a la segunda; ¡portaos bien!, y los acompañó hasta la puerta de la calle.

Sí, los señores Viladomat se habían portado muy bien con ella los últimos días. Fueron los dos personalmente a su casa, desde Barcelona, para darle el pésame. Según le explicó el señor Boix, era la primera vez que hacían algo parecido. Y él también se había mostrado muy atento. En realidad, las pocas veces que Sidro le había hablado del señor Boix, siempre lo había hecho con respeto. Pero el día antes,

cuando se presentó en su casa su secretaria, Gertrudis, a última hora de la tarde, y le dijo si podía pasar por el despacho de la fábrica cuanto antes, un frío intenso le quemó la cara. Intuía el motivo. Y cuanto más pensaba en ello, más al descubierto quedaba ese sentimiento tan conocido y tan difícil de confesar que es el miedo. El torbellino de acontecimientos la obligaba a plantar cara a la nueva realidad. Se sentía atrapada en una trampa, como cuando sus padres le recordaron el juramento que les había hecho, siendo aún una niña, para exigirle que lo cumpliera. Atrapada como cuando Sidro le confesó su enfermedad y ya estaban comprometidos. ¡Atrapada! Se le escapó un suspiro de impotencia. ¿Fue un arranque lo que la impulsó a sacarse el delantal y colgarlo detrás de la puerta de su habitación? ¿O fue la lucidez lo que le hizo decir tengo que ir? Y contempló los muebles de caoba que sus padres les habían regalado por la boda: el armario, el tocador, las mesillas de noche, la cama con la colcha de ganchillo que hicieron entre ella y su madre cuando todavía estaba bien. Al menos eso podrían llevárselo. Era suyo. Se asomó a la habitación de los chiquillos. Allí, aparte de un armario empotrado, todo lo demás también era suyo. Pasó por delante del dormitorio de su madre sin entrar. El comedor le daría más trabajo. La mesa, las sillas y el aparador eran de su casa, de toda la vida, pero las dos butacas, la librería que ocupaba todo un lado de la pared, la mesita con la radio, ¡ay, dios mío, la radio!, todo eso tendrían que dejarlo, era del amo. Y ahora sería para el nuevo escribiente principal, para Climent. Y también sería para él lo que había en el despacho: la mesa de roble maciza, la carpeta de piel y la escribanía, las butacas, las estanterías, los libros, los cuadernos..., todo, todo. Volvió a mirar la escribanía de plata con el caballo alado; tenía las patas delanteras alzadas y la boca tan abierta que parecía que de un momento a otro se pondría a relinchar. Con un dedo recorrió las alas. A partir de aquel momento serían las manos de Matilde las que le quitarían el polvo. Otra vez las manos de esa mujer sustituirían a las suyas. Otra vez. Pero ahora ella ya no tenía la fuerza de la inocencia ni tampoco la excusa de la ignorancia. Intuía que el tiempo no le permitiría volver a equivocarse. Oyó charlotear en la calle. Sin ganas de hablar con nadie, salió por la puerta de atrás, la que daba al jardín. Tragó saliva. Los rosales que había plantado su padre, los que se abrazaban a la morera y el tilo, ya empezaban a florecer, y el parterre con los geranios, ¡caramba, qué bonito estaba! Sidro siempre le decía que tenía mucha maña con las flores. El huerto no se veía tan bien cuidado. Desde que murió su padre que... Y abandonó el huerto, el jardín y la casa por la puertecilla de atrás. Rodeó el teatro, el frontón, el campo de baloncesto, pasó por delante de la puerta principal del convento y bajó las escaleras que enlazaban el camino hasta el puente. Se sentó en la barandilla. Había hecho el recorrido con tanta furia que jadeaba. Por el camino de delante, el de la orilla del río, vio bajar a Bernat sentado en el carro, sujetando con una mano las riendas de la *Moreua*. Él, al verla, se sacó la gorra con precipitación y dejó al descubierto la calva blanca que contrastaba con el resto de su cara tostada por el sol.

—¡Buenos días, señora Claret! No se entretenga, que el día no pinta muy seguro.

¿Ha oído la tormenta de esta noche?

—¡Sin duda! No, no me entretendré...

—Perdone la pregunta, pero ¿estará en casa hacia el mediodía? Es que ahora tengo que llevar la leña a la torre de los amos y a la del director. Y había pensado llevarle después la suya...

—No sé a qué hora regresaré. Será mejor que venga por la tarde...

—Pues por la tarde y no se hable más. Que tenga un buen día. —Y mientras se calaba la gorra hasta las orejas, decía ría, ría, a la *Moreua*. La mula, con un golpe de pata en el suelo y un resoplido, reanudó su camino.

Teresa miró como se alejaban y observó las roderas que dejaba el carro sobre la tierra húmeda, unas roderas que ya venían de más allá de la curva. Y se imaginó que veía bajar a Climent con sus primeros pantalones largos y los zapatos que había estrenado por Pascua, haciendo equilibrios entre los surcos. Ella estaba sentada en el mismo sitio, en la barandilla. Una barandilla de piedra y ladrillos planos que, pegados unos a otros, formaban un dibujo simétrico hasta la arcada del puente. Climent se le había plantado delante. ¿Qué haces aquí? Nada, te esperaba. ¿Por qué? Porque me da... no sé qué entrar sola en la fábrica. ¿También empiezas hoy a trabajar? Ella asintió con la cabeza; ¡no me digas que no te acuerdas! No, mintió él, ¿cuándo cumpliste los catorce? Ayer. Yo anteayer; ¡soy mayor que tú! Se echó a reír y apretó a correr. ¡Espérame! Pero él no se detuvo hasta que hubo atravesado el puente y estaba cerca de la entrada de la fábrica, junto a la gran verja de hierro. Entonces se volvió para verla llegar enrojecida y furiosa. ¡Burro! Él todavía reía cuando entraron juntos y se dirigieron al pasillo que daba al despacho. Dos golpecitos discretos en la ventana de vidrios esmerilados y un Serafí Garcia hosco y malcarado que dijo ¿qué queréis? Y él dejó de reír mientras con voz resquebrajada y tartamudeando decía soy Climent Palau y... Esta vez era ella quien, detrás de él, reía para sus adentros. El tiempo se había llevado aquellos días y también las ganas de reír.

Miró al cielo, que estaba cubierto. La inercia le hizo volver la cabeza a un lado. Observó la barandilla del puente. Fue exactamente allí donde Sidro, al cabo de unos años, le dijo que la quería. Y ella le contestó que tenía que pensarlo, que no lo conocía bastante. No hacía mucho que había llegado a la Colonia. Había ido para sustituir al señor Clot, que se había jubilado. Todo el mundo estaba intrigado por ver a quién pondrían en su sitio. Se dudaba entre Serafí Garcia y Xavier Vilar. Con Climent no contaba nadie, era demasiado joven todavía. Cuando el señor Boix les anunció que sería un forastero quien ocuparía el cargo, que se lo había recomendado personalmente el señor Viladomat, Xavier Vilar tuvo tal disgusto que le dio un síncope y pasó a mejor vida. Después hicieron correr que estaba delicado y que por eso no habían querido darle tanta responsabilidad. Pero su mujer siempre lo negó. En cambio Serafí Garcia, con su risita de conejo y enseñando el diente de oro, fue el primero en felicitar al recién llegado y ponerse a su disposición. Ella oía hablar a menudo del forastero. Por la mañana, en la fábrica, sentada en el banquillo de los

anudadores, su compañera de trabajo no paraba: que si es muy interesante, que si es muy avisado, que si tiene unos ojos así, que si tiene una boca así. Y por la tarde, en casa de Rosalia, la modista, mientras cosían, tampoco se hablaba de otra cosa. En una ocasión, Rosalia dijo que era una lástima que estuviese siempre tan pálido. Y entonces fue cuando ella se fijó. Y empezó a mirarlo. Y él también. Un domingo, al salir de misa, la invitó a dar un paseo hasta el puente. Se sentaron en la barandilla. Se estaba bien allí. El silencio de los días festivos permitía oír el murmullo de la brisa de principios de abril que movía las hojas de los sauces con suavidad, roto solo por el trino de algún petirrojo y algún que otro cachuelo. El agua del río se deslizaba con suavidad por debajo del puente y se entretenía, risueña, ora en un matojo, ora en una rama, ora en una piedra pintada de verdín. ¿Acaso sentía llegar al final del camino? ¿Acaso temía el empuje de las aguas profundas y enlodadas del río? Sí, se estaba bien allí. Y lo dijeron los dos a un tiempo: se está bien aquí. Y se echaron a reír. Ella llevaba una blusa blanca de piqué con cuello de encaje y una falda plisada de cuadros amarillos y marrones que iba alisando con la mano mientras miraba al suelo. Él se enroscaba la corbata en el índice de la mano izquierda y también miraba al suelo. Y de tanto enroscar le quedó un hilo de la corbata en los dedos. Se lo pasaba de una mano a otra. No sabía qué hacer con él. Ella cogió el hilo y le preguntó si sabía hacer el nudo del tejedor. Él negó con la cabeza mientras sonreía. ¿Quieres que te lo enseñe? Y él dijo que sí. Y con aquel hilo de corbata empezó el aprendizaje. Un aprendizaje que propició mucha conversación y motivos para repetir la excursión. El día que le dijo que la quería ya habían gastado un rodillo de hilo y él era un experto en el arte del anudamiento.

Tenía razón Bernat, no podía entretenerse. Los hilillos de nubes se habían espesado; parecían una tapadera de engrudo. Los sauces goteaban las escurriduras de lluvia de la noche anterior. Miró hacia el cielo; un gorrión perezoso se columpiaba en la rama húmeda de una acacia. Y un petirrojo volaba casi a ras de suelo y, con un súbito aleteo, se alejó como si recelase de su presencia. Se había ido antes de que pudiera preguntarle: ¿qué haces aquí?, no te engañes, eso también es una jaula. Tú que tienes alas y puedes, ¡vete lejos de aquí! Una bandada de cuervos volaba a poca altura: ora se extendían, ora se recogían y se alejaban en una caída lenta, lenta, como si se hubiesen paralizado. Y, de pronto, resurgían, alborotados, levantando un griterío inquieto entre el follaje, como si supiesen que se le había muerto Sidro y la querían echar del piso. Un escalofrío le hizo abrocharse la rebeca. El vestido que llevaba era demasiado fino. Todavía no había teñido la ropa más gruesa. Quería enjugarse la angustia. Quería expulsarla. Pero ¿cómo? Las ganas de vivir se le morían en las manos. Y se quedó quieta en aquel lugar donde el miedo se viste de naturalidad, donde todos los días la vida nos da la lección justa para poder sobrevivir. ¿De qué le sirvió aquel dolor que se la comía? ¿De qué le sirvió el día que Sidro no volvió? Primero fue aquella mañana, a la salida de la misa, cuando se preguntó si podría llegar hasta la noche. Y llegó. Antes, sin embargo, tuvo que soportar las preguntas del

amo, del director, de Climent... Después, cuando ya se sumaron las señoras y la madre superiora, fue el señor Viladomat quien tomó las riendas y, tras dar instrucciones a su chófer, la hicieron subir al coche, acompañada de la señora Viladomat y la señora Boix, con la promesa de la superiora de que ya se ocuparían de los chiquillos. ¿Y mi madre? De su madre también, no se preocupe. Ella, sentada en el asiento de atrás, entre las dos señoras, solo tuvo tiempo de ver, de soslayo, como el amo, el director, Climent y unos cuantos hombres más que se dirigían hacia la fábrica se apartaban para dejar pasar el coche, que levantaba más polvareda de la necesaria. No se fijó ni en que iban por el camino del río, ni se percató de la curva, ni del puente, ni de que pasaban junto a un bosquecillo de pinos, ni del paseo de tilos que separaba la torre del director de la de los amos. Tampoco vio que Adela, la criada de los señores Viladomat, abría la puerta del jardín y las hacía pasar entre reverencias. Una vez dentro de la torre, Adela se apresuró a quitar las fundas de las butacas al tiempo que se disculpaba; había sido todo tan precipitado que todavía no había tenido tiempo de..., y se enjugaba una lágrima. La señora Viladomat la interrumpió con voz cansada; no se preocupe, lo que sí que le agradecería es que nos preparase unas hierbas de esas que usted sabe... Ahora mismo, señora. Y se fue hacia la cocina, atribulada. Recordaba como en sueños que se había levantado dos o tres veces. Quería ir a la fábrica a buscar a Sidro, quería ver a sus hijos, tenía que cambiar a su madre. Y la señora Viladomat se lo impedía. Tenemos que esperar, aconsejaba, paciente; en cuanto se sepa algo, nos lo dirán. ¿De qué sirvió esperar? ¿De qué sirvieron las hierbas humeantes de Adela en las tacitas de porcelana? ¿Y las reverencias? ¿Y el pañuelo de encaje que llevaba siempre para taparse la boca? ¿Y las lágrimas mal disimuladas? ¿Y las atenciones de la señora Viladomat y la señora Boix? Cuando al cabo de mucho rato, no podía precisar cuánto, Adela fue a abrir la puerta principal y entraron el amo y el director, no habría hecho falta ni que abrieran la boca; lo llevaban escrito en la frente. ¡Sidro había muerto! ¡Muerto, muerto, muerto...! ¿De qué sirve vivir cuando la propia vida te va quitando todo lo que te ha dado? Sí, aquella mañana terminó, y también la tarde. Y la noche. Y el día siguiente. Y el otro. Y el día que vivía en aquel momento también se acabaría. Indiferente, como todos los demás. Como los que vendrán, aunque Sidro ya no esté. Aunque sus hijos tengan que dejar la casa donde han nacido, donde han vivido, donde han jugado con su padre. Aunque... Un pájaro invisible piaba con una sola nota agónica y era como si todo el mundo se estremeciese. Por suerte no había nadie. Por suerte nadie vio como con el pañuelo ahogaba unos sollozos que pugnaban por salir mientras las lágrimas del corazón, tozudas, se dirigían hacia sus ojos. Se las apartó con el revés de la mano. Se puso en pie de golpe. El director la esperaba. Era miedosa, no cobarde. Y emprendió el camino.

Observó como Ramón, el portero, al verla pasar, se levantaba de la silla coja y empolvada que había apedazado más de una vez y salía con los hombros encogidos para darle el pésame. De parte de su mujer también. Él y Maria Rosa no habían

querido molestarla en esos días; ya se sabe, son días de mucho dolor.

Levantó la cabeza. La chimenea, pretenciosa, escupía bocanadas de humo que unas nubes oscurecidas y amenazadoras se tragaban a la fuerza. Al llegar cerca de la cuadra de los telares, miró hacia el otro lado para no ver las ventanas ennegrecidas. Y entró en la fábrica y atravesó pasadizos sin respirar para no percibir los conocidos olores, sin escuchar para no oír los ruidos familiares. La ventanilla de vidrios esmerilados se abrió antes de que ella llamase y la dulce voz de Mercè la invitó a entrar:

—Pase, pase, señora Claret... —Y corrió a abrirle la puerta.

Durante un instante se oyeron solo los crujidos del suelo de madera que atravesaban las dos mujeres, a continuación el chirrido de la silla de Serafí Garcia cuando la arrastraba para ponerse de pie y, con una ligera inclinación de cabeza, decía: buenos días, señora Claret. Buenos días, señora Claret, repitió Quico, serio, sin moverse. El tintín de vidrios de la puerta del despacho del escribiente principal hizo que los cuatro se volvieran.

—Hola, Teresa... —Con voz seca y mortecina.

—Hola...

—Entra, entra. El señor Boix te atenderá enseguida. —Y se apartó para dejarla pasar.

Una vez dentro, Climent cerró la puerta y la invitó a sentarse. Se sentó en la silla delante de la mesa. Él se quedó de pie, cerca de ella, y con los hombros encorvados sobre sí mismo. Se quedaron inmóviles, como si hubiesen entrado en un espacio de nadie dejando atrás restallidos, chirridos y tintineos. Después, ella lo miró. Casi no lo reconocía. ¿Qué había sido de aquel chico de voz agrietada que le dijo a Serafí Garcia soy Climent Palau, hoy empiezo a trabajar? Y apuntó una sonrisa en su rostro cansado. Él le devolvió la sonrisa; aquella mirada de pájaro herido le derretía la sequedad por momentos. Se sacudió una mota invisible de los pantalones. Miró al suelo. La miró a ella. El tiempo, que no dice la hora, se quedó encallado; quería compartir con ellos aquel momento sin retorno. Si pudiese ahorrarle lo que le esperaba, aunque solo fuese un poco. Si pudiese... Y ambos a la vez, como si quisiesen recoger las briznas de un recuerdo olvidado, sin cambiar de cara, con la actitud de costumbre, con la necesidad del momento, durante unos segundos miraron la silla vacía y el cojín que tenían delante. Y el espacio de nadie se extinguió.

—Enseguida te atenderá. Está despachando con Gertrudis un asunto urgente. — Miró hacia la puerta cerrada del director. Nunca se hubiera imaginado que le molestase tanto tener cerca aquel despacho.

—No, no te preocupes. Seguramente debería haberle dicho a qué hora vendría, pero...

Se oyeron voces y la puerta que se abría, y una Gertrudis sofocada, con la cara medio oculta tras una carpeta, atravesó rápidamente la habitación y fue a sentarse a su sitio.

El señor Boix apareció en el marco de la puerta. Las piernas un poco separadas. La americana desabrochada dejaba entrever la cadena del reloj que le atravesaba el pecho.

—Perdone —dijo mirando a Teresa—, pero no sabía que me esperaba. —Seco, a Climent—: ¿Cómo es que no me ha comunicado que la señora Claret estaba aquí?

—Es que... —Climent se secaba el sudor de las manos con el pañuelo.

—Acabo de llegar ahora mismo... —se apresuró a decir ella.

—Si quiere hacerme el favor... —Sujetando la manija de la puerta, y dio un paso atrás con una ligera inclinación de cabeza.

Ella se desabrochó y se volvió a abrochar el botón de arriba de la rebeca. Miró por la ventana; fuera, la lluvia chispeaba con desazón. Los miró a los dos; primero a uno, después al otro. Ya no podía echarse atrás. Y entró.

Entró a tientas. Seguro que ya habían cortado la luz. Venga a decir que lo de las restricciones se acabaría, pero hasta el anochecer no había luz para nadie... En la torre de los amos y en la del director todavía no había faltado nunca. Según decían, no podía faltar; se ve que tenían una nevera que refrescaba sin hielo, pero que necesitaba luz; ¡ya ves tú! ¡Si la luz emite un calor que asusta! Bernat sonrió mientras abría una hoja de la puerta de la sala que daba a la parte de atrás para que entrase la luz. ¿Cuántas veces había tenido esta conversación con su madre, que dios la haya perdonado? Y nunca había conseguido hacerle entender que con la luz podía hacerse hielo. Se instaló en el banco de madera que tenía delante de la chimenea. Todavía quedaban rescoldos. Con cuatro piñas, una brazada de troncos de encina secos y un par de soplidos volvió a tener el fuego avivado. Alargó el brazo sin mirar, tanteando. Seguro que estaba. ¡Claro que estaba! No le había fallado nunca. Su novia de todos los días. La que le calentaba el esqueleto las aburridas noches de invierno. La que le alegraba las entretelas del corazón las noches bochornosas de verano. La que se dejaba manosear y nunca se quejaba. Él la llenaba con desasosiego para que no se mustiase. Su novia de siempre. Con la cabeza hacia atrás y los brazos levantados, bebía y bebía sin respirar. El chorrito granate le iba regando los dientes mellados y amarillentos. Hasta que se le volvieron de color morado. Mientras enroscaba el tapón de la bota, soltó un par de eructos. Después se restregó un ojo que le hacía chiribitas cuando miraba la pared de delante; otra vez aquella maldita mosca se paseaba por el canalillo de la rubia del calendario. Se acercó con el ojo medio cerrado. Siempre había pensado que la rubia del calendario era una hembra real. ¡Y hasta hacía poco suspiraba por una delantera como aquella! Pero las cosas habían cambiado mucho desde... Justo en aquel momento se dio cuenta de que la *Moreua* lo miraba desde fuera. Movía la cabeza de arriba abajo, de derecha a izquierda, con reprobación. ¡Está celosa, la consagrada! Quién iba a decirlo, pero es así. Se acercó, abrió la otra hoja de la puerta y le pasó la mano por la crin; venga, venga, que no hay nadie como tú. Eso no hace falta que te lo diga, ¡ya lo sabes bien, puñetera! Patada de la mula al suelo. Sí, ya lo sé, ya sé que te gustaría entrar, y a mí no me molestaría nada, pero no quieren. Ya me costó lo mío conseguir que me entendieran para que pudieses quedarte aquí fuera. Decían que te llevase al corral del carnicero. ¡Lo que me faltaba por oír! ¡El corral del carnicero! ¡Con aquel hedor de corderos que apesta! Y me ataron corto, no creas. Que si ni una sola cagada. Que si, según de dónde viene el viento, la peste a estiércol podría llegar hasta la torre. ¡Esa Adela es una aguafiestas! Con aquel ojo que tiene, que parece que no te mira pero que se te clava. Y no quiero hablar, no, mejor me callo. Entre tú y yo, la torre estaba mucho mejor atendida cuando se encargaba de ella mi madre, dios la haya perdonado. Y es lo que decía ella siempre: ya ves cuánto trabajo da, una torre cerrada cuyos amos la visitan —aparte del miércoles, que viene el señor solo—, como mucho, tres veces al año; e incluso,

cuando vienen, se traen el servicio de la ciudad. ¡Y esa maldita mujer que siempre se queja! Es muy señora. Mucho. Al menos eso cree. Y todo porque se ve que tiempo atrás había servido a los señores en el piso de Barcelona. No me gusta ser malpensado, pero me parece que no es trigo limpio. Mi madre me había advertido más de una vez que no me fiase de ella, que era una mosquita muerta. Claro que mi madre estuvo mejor cuando pudimos ir a vivir los dos a la casita. Porque antes, cuando yo todavía trabajaba en las cardas y ella tenía que quedarse sola, faenando en la torre, solo nos veíamos por la noche en aquel cuchitril que hicieron encima del garaje; se ve que no querían que nadie durmiese dentro de la torre; cosas de los señores. Sí, ya sé, ya sé. No hace falta que me lo digas. Después pasó lo que pasó..., pero... Ahora estamos en paz. ¡Como hay dios que estamos en paz! Dejó la crin de la mula y acabó de salir fuera. Le estacó el morral con un puñado de algarrobas y se sentó en el banco de piedra que reforzaba toda la parte de atrás de la casa. ¿Sabes? — Mientras se ataba la alpargata de cáñamo del pie derecho—, me ha costado, cuando la hemos encontrado abajo, en el puente, no puedes imaginarte cuánto me ha costado pasarle por delante. Ya la has visto, sentada en la barandilla, con la cabeza un poco inclinada. ¡Y tan pálida!, parecía una virgen. Aunque... el negro no le sienta nada bien. Ya la has oído; no podemos ir a llevarle la leña hasta la tarde. Carbón no le voy a llevar. No creo que lo necesite, ahora que viene el buen tiempo. La *Moreua*, mientras roía el manjar del zurrón, no le quitaba la vista de encima. Él observaba las alheñas. Pronto tendría que purgarlas. Siempre le había gustado aquella casa de la cima rodeada de alheñas. Cuando vivía allí el otro vigilante, había sentido muchas veces el arañazo de la envidia; junto al bosque, a medio camino entre las dos torres, desde arriba podía contemplarse todo el panorama. Debajo mismo estaba la fábrica. A la entrada, cerca de la portería, podía verse el taller de los mecánicos, el de los carpinteros, el garaje y, entre la nave de la hilatura y la de los telares, los almacenes, la cuadra de las cosedoras y las oficinas. Y más abajo la turbina. Y el río. Y la presa. Y en el centro, altiva, enseñoreada, majestuosa, presidiendo su universo, controlando los hilos que urdían el entretejido de la vida, la chimenea, con el borde de arriba ennegrecido, escupiendo el humo justo, necesario para enturbiar el cielo y poder ocultarle sus miserias. Y, atravesando la verja de hierro de la entrada, todavía se vislumbraba el camino hacia el puente y la bifurcación que abrazaba la colina donde se encontraba el convento. Sí, después de todo, aún tuvo suerte de que le dieran el puesto de vigilante y la casita —al menos eso es lo que pensó durante mucho tiempo—. Al principio, él y su madre no salían de su asombro; allí arriba, los dos solos, tranquilos, con el aroma de los pinos y las encinas, sin miradas fisgonas a su alrededor. No echó en falta ni un solo día las cardas y la polvareda que levantaban. Esta vez dejaría que las alheñas crecieran más. Exactamente a la altura de su cabeza. Así nadie lo vería desde abajo. Qué hacía o dejaba de hacer no era de la incumbencia de nadie. Al reloj de pared de la sala se le escaparon las dos. Carajo, si todavía no me he preparado la comida. Entró, pasando justo por encima de un ladrillo que se

balanceaba, clic-clac, un día me voy a dar un tortazo; puso los trébedes en la chimenea y una olla de cobre llena de agua hasta la mitad. Con cuatro mendrugos de pan, una cebolla, dos o tres dientes de ajo y un tomate, se prepararía un plato de sopas. Su madre también ponía todo aquello en las sopas, solo que a ella le quedaban mucho mejor. Salió fuera a comérselas. Aprovecharía el sol del mediodía, que ya empezaba a calentar. Le dio pereza limpiar la mesa que tenía debajo del membrillo, todavía llena de hojarasca y mugre del invierno, y se sentó en el banco de piedra con el plato en las rodillas. Ya le había sacado el morral a la *Moreua* y contempló cómo pastaba arrancando unas hierbas de aquí y otras de allá. Siempre tienes la tripa vacía, tú, glotona, más que glotona. Primero un relincho y después un resoplido: quería decir que no estaba del todo de acuerdo. Él, mientras tanto, iba tomándose las sopas poco a poco, sin hambre. Le habían salido demasiado espesas y no conseguía quitárselas de delante. De hecho, ya hacía días que le costaba incluso tragar saliva.

Desde que oyó los chillidos de la sirena y echó a correr hacia abajo y encontró al sereno que gritaba fuego fuego y fueron al garaje donde se guardaban las mangueras y vieron como empezaba a acudir la gente y apagaron el fuego y llegaron los amos y fueron a misa y al salir de misa apareció ella y le dijo a Climent Sidro no ha vuelto y fueron a la fábrica a pesar de que el señor Boix dijo que él le había aconsejado que volviera a su casa cuando se dio cuenta de que no respiraba bien y vio cómo se iba y uno decía que lo había visto en el despacho y en el despacho no había nadie y otro aseguraba que lo había visto a la entrada del almacén y después de registrarlo de arriba abajo tampoco encontraron a nadie hasta que Climent dijo que la última vez que lo vio se iba a los archivos y entonces fue cuando el amo dijo carajo y todos se miraron extrañados y añadió que podía haberlo dicho antes y la bajada a los archivos fue tensa y esperanzadora porque allí el fuego no había llegado y todavía tenían posibilidades de encontrarlo vivo y el amo empujó la puerta con dificultad diciendo hay algo detrás que no me permite abrirla y el señor Boix se ofreció para ayudarlo pero el amo dijo parece que ya cede y cedió. El cuerpo sin vida de Isidre Claret, empujado por la puerta, cedió. No dejaron entrar a nadie, salvo el amo, el director y los mayordomos, todos los demás tuvieron que quedarse fuera, en el pasillo. Mientras esperaban al juez, todo el mundo metía baza, pero nadie podía entender qué le había impedido salir. La puerta no estaba encallada y la llave estaba por fuera. Se habló de un infarto, de una embolia, pero la autopsia lo desmintió; murió asfixiado, según dijo el médico. Todos sabían que estaba delicado; se ve que de jovencito había padecido de los pulmones y el humo debió de remachar el clavo; no encontraron otra explicación.

Dejó el plato encima del banco —guardaría las sopas que quedaban para la noche —, y se fue al lado de la *Moreua*, que todavía pastaba. Le pasó la mano por el lomo mientras le decía al oído: solo tú y yo sabemos lo que sufrimos después. La mula, las orejas planas hacia atrás, lo observaba con aprobación. Un entierro nunca ha sido una fiesta. Pero hay entierros y entierros. El de Isidre Claret fue de los que quedarán en la

memoria de todos los que asistieron. Aún la veía, a la *Moreua*, enganchada al carro de los muertos, con los arreos de luto: el petral con flecos y el penacho en la cabeza, ante la puerta de la iglesia, esperando. Y él, con el traje nuevo de lana que se hizo para las fiestas y solo lo había llevado para ir a dos entierros: el de su madre, dios la haya perdonado, y el de Isidre Claret, el hombre más bueno que podía haber bajo la capa del cielo y el que menos merecía morir. No hay justicia en este mundo, no, no la hay. Desde fuera se oían los cantos de los curas. Porque el amo hizo venir a dos curas forasteros: el rector de la parroquia vecina y uno de Barcelona. Y mosén Josep en medio, con la casulla negra con dibujos dorados, emocionado, el *Requiescat in pace* se le quedó ahogado en la garganta. Fueron unos funerales solemnes, los más lucidos que se habían hecho jamás en la Colonia. Decían que en conjunto habían costado un dineral y que el amo no había querido escatimar nada —aunque ciertas malas lenguas querían ver otras intenciones en ello—, pero lo cierto es que fue una muerte muy sentida por todos; era la primera vez que un trabajador de los Viladomat moría de desgracia y no faltó nadie a los funerales, ni los que iban poco a la iglesia ni los que no habían vuelto a ir desde su boda y tenían ya al primogénito en el servicio militar. Después de los sacerdotes con los monaguillos delante cargando la cruz, salieron el amo y el director con Sidret en medio, con los ojos muy abiertos y la cabeza bien alta, dando una mano a cada uno, seguidos de los mayordomos y los encargados, después Climent, con los hombros caídos, y Serafí Garcia con la boca cerrada como si quisiera ocultar el diente de oro. Él, sentado encima del carro, esperó la indicación del amo para empezar a decirle ría, ría, bajito, a la *Moreua*. La mula, de un cabezazo, hizo volar el penacho y emprendió la marcha a paso de persona. Los chirridos de las ruedas quedaban ahogados por las campanas. Su tañido lento, largo, triste, llenaba los oídos de todos mientras el resto de los hombres acababan de salir de la iglesia. Después salió ella, toda de negro, con una mantilla que le tapaba la cara, entre la señora Viladomat y una prima lejana —se ve que eran pocos de familia, y aun el único hermano que ella tenía había muerto en la guerra—, seguidas de la señora Boix, las señoras de los mayordomos, las señoras de los encargados y todas las demás mujeres. El camino hacia el cementerio fue lento y cansado. Primero atravesaron la plaza y siguieron por la calle que daba a la carretera. Cuando estaban casi en la vía del tren, la procesión se detuvo y los dos curas forasteros acompañados de un monaguillo se retiraron, dejando a mosén Josep con el resto de los monaguillos presidiendo la comitiva. Al otro lado de la carretera empezaba el camino que los llevaría entre los pinos hasta el cementerio. Era un camino que habían recorrido muchas veces. Muchas. Los dos se lo sabían de memoria. Cuando llegaban a la subida de la Cruz, y la pinaza y la humedad hacían resbalar las herraduras un poco desgastadas de la *Moreua*, era cuando tenían que demostrar de qué eran capaces. Y lo conseguían. Siempre lo habían conseguido. Aunque aquel día el suelo estaba más mojado que otras veces y estuvieron a punto de... Volvió a pasar la mano por el lomo de la mula. Estuvimos a punto, un escalofrío le recorrió la piel, pero lo conseguimos.

Él contempló desde fuera la entrada al cementerio del ataúd cargado a hombros por el amo, el director y los mayordomos, y aún le llegaron las últimas palabras que pronunció mosén Josep antes de meterlo en el nicho:

Dadle, Señor, el reposo eterno. Brille para él la luz perpetua. En memoria eterna será el justo; no tendrá temor de malas noticias. Absolved, Señor, su alma de todo vínculo de delito. Y que, por los socorros de Vuestra gracia, merezca evadir el juicio de venganza y disfrutar cumplidamente de la eterna bienaventurada luz. Aaaaamén.

A su madre no le rezaron aquella oración. De eso estaba seguro. En otro caso se acordaría. Y, mientras la *Moreua* de vez en cuando bajaba la cabeza para arrancar de un mordisco un trozo de hierba, él observaba desde fuera la comitiva y, cuando el sepulturero con el ayudante acabaron el trabajo, fueron pasando uno a uno por delante de ella. Y ella, estrechando con una mano la de Sidret, que llevaba en el brazo una cinta negra cosida a toda prisa, tal vez un poco ancha para la medida de la americana, ofrecía la otra mano a todos los que iban desfilando: el amo y el director con sus señoras; lo lamentaban, no podían quedarse más, él y el señor Boix tenían unos asuntos urgentes que atender, pero el señor Viladomat, atento como siempre, puso a su disposición el coche con el chófer para volver a su casa. Después pasaron los mayordomos, el señor Gumfaus y el señor Torras, y los encargados, todos acompañados, faltaría más, por sus respectivas señoras. Y Climent, con los ojos enrojecidos, le tomó la mano entre las suyas más tiempo del debido, según el juicio de algún testigo suspicaz. Y a Matilde, aunque fuese con la cabeza gacha porque no se atrevía a mirar a la viuda a la cara, este detalle tampoco le pasó por alto. Y el señor Emili Camps, el maestro, y su mujer; la señora Margarida se había levantado con el tiempo justo para la ocasión, su salud no le permitía mucho más. Y Manel y Fina: hemos tenido que cerrar la tienda, en un caso así esperamos que todo el mundo lo entenderá. Y Pepito el Rengo, con la muleta nueva porque hay un trozo de camino malo y uno nunca sabe qué puede encontrarse. Y Joan, el padre de Climent, y su mujer, Filomena, muy afectados; amigos de toda la vida de los padres de Teresa, no salían de su asombro. Y Ramón, el portero, que el día de la desgracia no pudo ir porque unas anginas como una casa lo tenían postrado en la cama, con Maria Rosa. Y Miquel, el campanero y sacristán, con las manos vendadas —se ve que se le llagaron de tanto tocar a fuego—, y su mujer, Remei, con su hija, la contrahecha Assumpció, pobrecita, que también tenía su cruz. Y Gertrudis, sin pintar, alicaída, abatida, del brazo de su hermana Rosalia, la modista. Y Serafí Garcia, que lucía un brazalete negro en el brazo y, cuando se dio cuenta de que no lo llevaba nadie que no fuera familiar directo, se sintió incómodo, mientras Lola, su mujer, le aseguraba que era el único que había hecho lo que debía. Y Mercè, su hija, la más jovencita del despacho. Y Quico, discreto, solo, sin la máquina de fotografiar. Y Adela, muy afectada; la visita de los señores siempre era un trastorno para ella, pero, además, por un motivo como aquel..., y se tapaba la boca con el pañuelo, no quería que se oyesen sus sollozos. Y Carmeta, la hermana y ama de llaves del mosén, con las piernas

hinchadas, aún no sé cómo he podido llegar hasta aquí, a mi edad... Y las hermanas Amalia y Amelia, criadas del director. Todo el mundo con la cabeza gacha, entre el murmullo del rosario. Apretón de manos por parte de los hombres, un beso en la mejilla las mujeres, palabras de pésame, ofrecimientos de ayuda de todo tipo. Todos hacían lo mismo: los envidiosos, los curiosos, los asombrados, los limpios de corazón. Los de la derecha, los de la izquierda. Los del lado del sí, los del lado del no, los del lado del tal vez. La muerte de una persona joven siempre es una desgracia y, dejando como deja dos criaturas sin padre, más todavía. Y ella, serena, con aquella serenidad que da el haber derramado muchas lágrimas, agradecía a todo el mundo las palabras de consuelo. Igual que cuando enterraron a su padre, Cinto. Solo que entonces, a su lado, cogida del brazo, estaba Quitèria, su madre. Digna, firme, también serena. De hecho, tenía a quien parecerse. No recordaba haber conocido nunca a una mujer como Quitèria. Quién lo hubiera dicho, que la muerte de su marido la hundiría como la hundió. Siempre la había visto como el puntal de la casa; decidida, segura. Al revés de Cinto, por quien nadie habría dado un duro. Un resoplido de la mula le hizo mirar hacia dentro. Parecía que habían salido todos. Subió al carro. Agarró las riendas. El camino hacia su casa, aunque fuesen de vacío y de bajada, era siempre mucho más duro. Antes de decir arre, arre a la *Moreua*, aún tuvo tiempo de ver que mosén Josep acompañaba a la viuda con Sidret y la prima lejana hasta el coche y, mientras se sacaba el rosario del bolsillo, le decía aprovecharemos el viaje de vuelta para rezar y rogar a Dios por el alma del difunto. Y, sentado en el asiento de atrás, entre las dos mujeres, empezó: por la señal de la Santa Cruz...

Bernat recogió el plato de las sopas de encima del banco y, mientras entraba en la casa, sonreía con amargura: sí, sí, mucha santa cruz, pero de nuestros enemigos líbranos..., señor.

De nuestros enemigos, líbranos, Señor... En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... amén. Gracias a Dios y a los señores Viladomat, hoy todavía hay para todos. La hermana Dolors —cabeza un poco inclinada, toca almidonada, velo negro echado hacia atrás, hábito, escapulario y delantal blancos—, delante de la olla llena de leche humeante y con el cucharón en la mano, soltó la letanía de costumbre: he dicho que habrá para todos. Niños, niños... Si no os portáis bien, cuando venga a buscaros el señor Camps tendré que contárselo. Ah, y el que se salga de la fila se queda sin leche. Y las niñas lo mismo... ¿No me oís, o qué?

Sidret, aguantando con fuerza la cuchara dentro del bote con el dedo gordo, miraba a Raquel, que lloraba. Cèlia tiraba del brazo de su hermana mientras le decía que callase. Y, cuanto más se lo decía, más lloraba Raquel. Sidret se acercó a Jaume.

—¿Por qué llora tu hermana?

—¡Y yo qué sé! Dice que también quiere hacer la comunión.

Sidret salió de la fila y, con tono misterioso, se arrodilló al oído de Raquel.

—Si no lloras, cuando salgamos del colegio te contaré un secreto...

—¿Cuál...? —Los ojos bien abiertos mientras con la manga de la bata se enjugaba mocos y lágrimas.

—¡Es un secreto!

La amonestación de la hermana Dolors no llegó a tiempo; Sidret volvía a estar en su sitio. Cuando le tocó el turno de apoyar el bote en el borde de la olla, lo hizo con la cabeza alta, desafiante, y pareció que no había oído el «te voy a tirar de las orejas» de la hermana Dolors mientras le vertía la leche.

El silencio, roto solo de vez en cuando por algún sorbo de los más glotones, se impuso como de costumbre. Sentados en un banco arrimado a la pared, los niños a un lado y las niñas al otro, se llenaban la boca de unas sopas de leche aderezadas con la generosidad de los señores Viladomat. No, no había otra colonia en todo aquel margen del alto Llobregat que tuviese unos amos tan considerados como los señores Viladomat. La hermana Dolors no se cansaba de repetirlo. Y, por la manera como juntaba las manos y ponía los ojos en blanco, era difícil dudarle.

También juntaba las manos la hermana Maria sobre la tarima, sentada en una silla que chirriaba, tras una mesa de madera pintada de color marrón oscuro. Encima de la mesa podía verse una carpeta negra en el centro, unos cuantos libros a un lado y un montón de libretas bien apiladas al otro. Las libretas, todas del mismo tamaño, todas del mismo color, con las tablas de multiplicar detrás, solo se diferenciaban por el nombre del alumno escrito en cada una de ellas, con la letra redondeada y pulcra de la hermana Maria. Era la misma letra que podía verse en el enunciado de la pizarra situada detrás de la tarima: *Copiar cien veces: no seré tan habladora y no me moveré del sitio*^[1]. Y más arriba, en el centro, presidiendo la clase, un crucifijo entre dos

fotos.

Cèlia Palau miró el crucifijo y tragó saliva. Siempre le había impresionado aquel cuerpo casi desnudo, sobre todo en invierno, con la herida en el lado derecho que nunca dejaba de sangrar, la corona de espinas, el cuello inclinado y la cara de sufrimiento. ¡Vino al mundo para redimir nuestros pecados!, decía a menudo el mosén; cada vez que cometemos un pecado, lo crucificamos de nuevo. Cèlia volvió a tragar saliva y, para distraerse, miró las dos fotos. Aunque la hermana Maria les había contado muchas veces quiénes eran los personajes ilustres que presidían, no solo su clase, sino todas las clases de todos los colegios de todo el país, a ella le gustaba imaginar que eran los dos ladrones que murieron crucificados al lado de Jesús. El que va vestido de blanco y que ya le llaman santo, iba pensando ella, debe de ser el bueno..., y el otro..., el que va vestido de soldado, debe de ser... el malo; aunque la nariz ganchuda y las gafas redondas que llevaba el del vestido blanco tampoco le hacían ninguna gracia.

La hermana Maria desajuntó las manos mientras escondía algunos cabellos que, indiscretos, se le habían escapado de la toca, y después miró los pupitres uno a uno. En la hilera de la izquierda estaban sentadas las niñas de entre seis y ocho años, en la del medio las que tenían entre nueve y once y, en la de la derecha, las de doce y trece. Todas, dentro de una bata blanca, la miraban interrogantes y atemorizadas. No volveré a repetirlo; la que ayer, a última hora, entró en la clase sin permiso y se llevó la alcuza de la tinta, ahora tiene la oportunidad de confesarlo voluntariamente. Silencio. Porque si no me veré obligada a comunicarlo a la madre superiora, con las consecuencias que eso podría acarrear. Otro silencio. Si lo confiesa ahora, no la castigaré. Cuatro docenas de ojos alzados hacia la tarima esperaban, expectantes.

La llegada de mosén Josep a la escuela detuvo el interrogatorio, con gran alivio de las alumnas. La investigación de un hecho tan trascendente como la desaparición de la alcuza con que se llenaban los tinteros que había en cada pupitre les había hecho olvidar que era jueves y tocaba catecismo. Aunque ese jueves el mosén dijo que, al terminar la clase, se llevaría a las niñas que hacían la primera comunión a la iglesia para ensayar. Habían acordado con el señor Camps que también llevaría a los niños. ¿Niños y niñas juntos?, quería saber la hermana Maria, preocupada. No tenemos más remedio, falta menos de una semana para ese día y, si nos entretenemos, se nos va a echar el tiempo encima. Se instaló en la silla donde antes estaba sentada la hermana Maria y abrió el catecismo por la página de los mandamientos. Como el jueves anterior habían hablado de los tres primeros, empezó por el cuarto; tras insistir efusivamente en la importancia de honrar al padre y a la madre, comentó el quinto de paso y dijo que tendrían que hablar muy a fondo del séptimo, sin aclarar que en la hondura de esta decisión tenía mucho que ver el comentario que le había hecho discretamente la hermana Maria. Mosén, ¿y el sexto?, dijo con timidez Lúdia, la hija del portero, que estaba sentada en la fila de la izquierda al lado de Cèlia Palau. Mosén Josep alzó los ojos por encima de las gafas redondas de metal que se le enroscaban

detrás de las orejas hasta que chocaron con unas cejas espesas que le hacían de visera, se aclaró la garganta, echó el cuerpo atrás y, en un tono que no admitía réplica, sentenció: el sexto mandamiento lo dejaremos para otro día, y, mientras alisaba el catecismo con las manos, siguió: todos sabemos qué dice el séptimo mandamiento: no hurtarás. ¿Y qué quiere decir eso? Observó las tres filas de pupitres, desplazó la lengua hacia el lado izquierdo de la boca y se la mordió preocupado. Vamos a ver, ¿qué quiere decir? Quiere decir no robarás, que no te llevarás nada que no sea tuyo. Escuchadme bien, sobre todo las que tenéis que hacer la primera comunión: robar es un pecado mortal y solo puede perdonarse una vez se ha restituido lo que se ha robado. ¿Y adónde van a parar los que cometen un pecado mortal y no se confiesan? Volvió a levantar la cabeza, pero esta vez inclinó el cuerpo hacia delante y, con el índice de la mano derecha, iba señalando al suelo: al infierno. ¡Al infierno, para arder eternamente! Y las cuatro docenas de ojos se abrían, aterrorizadas.

De colocar a las seis niñas que hacían la comunión en fila, de dos en dos y cogidas de la mano para ir a la iglesia, se cuidó la hermana Maria con un lo siento, mosén, pero no lo podremos acompañar. La madre superiora no está y como no sabíamos lo del ensayo... no nos ha dado permiso. Una vez fuera del convento, el mosén, situado detrás de la comitiva, procuraba, como el buen pastor, que no se le descarriase oveja alguna. Eso es lo que le dijo Bernat cuando se lo encontraron mientras regaba los rosales que abrazaban los plátanos de la plaza. Pero antes se había quitado la gorra y le había deseado un buenosdíastengausted respetuoso.

Cuando llegaron a la iglesia, los niños delante y las niñas detrás, recorrían una y otra vez el pasillo del medio, con pasos cortos y poco a poco. Seguían con muchas dificultades el compás de la música que el señor Emili Camps, sentado ante el órgano, hacía sonar con maestría. Y, mientras tanto, escuchaban con cara de cansados las amonestaciones del mosén: ¡será el día más feliz de vuestra vida! Cèlia Palau soltó la mano de Lúdia y se acercó a Sidret para preguntarle en voz baja si era verdad lo del secreto que le había dicho a Raquel. Sidret asintió con la cabeza y puso cara de circunstancias. Pues, en voz aún más baja, yo también tengo un secreto y... Pero la mirada del mosén, como la del pastor cuando siente que tiene una oveja en peligro, interrumpió la conversación e hizo volver a Cèlia a su sitio. ¡Será el día más feliz de vuestra vida!, repetía con la mano derecha alzada, recibiréis por primera vez a Jesús Sacramentado, y bajando la mano se acarició la coronilla ampliada por los años y convertida en una calva que en verano el sol descascarillaba.

—¡Será el día más feliz de vuestra vida! —Sidret también levantaba la mano y se acariciaba los cabellos negros, rizados, mientras se asomaba entre las judías primerizas—, recibiréis por primer...

—¡Calla!, eso es pecado... —Cèlia, sentada en el margen del huerto de su abuelo, justo delante de la barraca donde Joan guardaba las herramientas, con Raquel cogida de la mano, miró a su hermano—. ¿Verdad que sí, Jaume?

—¡Y yo qué sé! —Iba saltando de una era a la otra, con los brazos extendidos,

hacia aquí y hacia allí, como una lanzadera.

—¿Qué es un pecado? —Raquel se plantó delante de Sidret—. ¿Es el secreto?

—Ssst... —Mientras le tapaba la boca con la palma de la mano.

—¿Qué secreto...? —Quería saber Pere, el hijo de los tenderos.

—¿Qué secreto...? —dijeron a un tiempo Lúdia y Jordi, los hijos del portero.

Al salir de la escuela, a la espera de la hora de la comida, aquel día se habían reunido en el huerto del abuelo en lugar de en la plaza. Lo había propuesto Sidret con el consentimiento de Jaume. Apenas acababan de mirarse, interrogantes: ¿contamos el secreto?, cuando unos chirridos que venían de detrás de la puerta de la barraca dejaron al resto del grupo aterrorizado. ¡Un fantasma! ¡Hay un fantasma!, decían todos a la vez. Raquel, abrazada a su hermana, se echó a llorar. ¡Calla!, dijo Cèlia, que no las tenía todas consigo. Los chirridos enmudecieron. Por un instante el silencio se adueñó del huerto. Sidret volvió a mirar a Jaume, Jaume asintió con la cabeza mientras levantaba un trozo de ladrillo de encima de un tiesto y sacaba una llave medio oxidada de cerca de un palmo, Sidret cogió la llave y abrió la puerta de la barraca. Una bola peluda se le echó encima y lo hizo tambalearse. ¡Oh, un perro...!, dijeron todos a un tiempo. Sí, dijo Sidret; lo he encontrado yo, es mío. Pero la barraca es de mi abuelo, puntualizaba Jaume. ¡Un perro, un perro!, gritaba Raquel. ¡Ssst, es un secreto!, dijo Sidret. Y todos callaron.

Un perro. Peludo, grisáceo, cariñoso, alocado. Con la punta de la cola blanca que no paraba de agitar mientras los olía uno a uno. No podían prever las consecuencias inmediatas, ni las posibles, ni tan solo las imaginables que acarrearía aquel descubrimiento. ¿Qué nombre le pondremos? Se habían sentado delante de la barraca formando un corro. El perro, como si supiese que hablaban de él, los miró con sus ojos azules medio escondidos tras una espesura de pelo. ¿Qué nombre le pondremos? La cara de luna llena de Pere se amplió cuando dijo ¡*Pincho!* ¡No! El no de Sidret no lo discutió nadie. ¿Y *Peludo*? Cèlia parecía satisfecha del nombre que había elegido. Tampoco. El perro sin nombre, con la cola enroscada en las patas de delante, no se perdía detalle. ¡Ya lo sé, ya lo sé, ya lo sé! Raquel, que había acompañado con un salto cada ya lo sé, dijo... ¡*Perla!* Las carcajadas de Pere, Lúdia y Jordi atravesaron las cañas de las judías primerizas y las de las tomateras que ya empezaban a florecer y no se detuvieron ni en el ciruelo ni en el melocotonero que había al final del huerto, sino que siguieron torrente abajo entre las matas y las ramas agachadas hasta que fueron a parar al río y la presa las engulló. ¡Calla!, dijo Cèlia tirándole del brazo. ¿Por qué?, ¿por qué, eh?, gimoteaba Raquel, ¿por qué se ríen? y, mientras el llanto iba cobrando fuerza, miró a Jaume. ¡Y yo qué sé! Y fue cuando se acercó a Sidret.

—Porque *Perla* es nombre de perra... —Sacó un pañuelo arrugado, que olía a mocos pegados, para enjugarle las lágrimas— y es un perro...

—Ah... —Con los ojos bien abiertos y húmedos, aunque Sidret se los había enjugado—. ¿Pues por qué no le llamamos... *Perro*?

Antes de que Pere, Lúdia y Jordi se echasen a reír de nuevo y su hermana la

hiciese callar, Sidret los miró a todos con expresión amenazadora.

—¡Buena idea! Le llamaremos *Perro*...

—Anda, venga, *Perro* no...

—¡Tú calla, que el perro es mío! Se llamará *Perro*.

La cara de luna de Pere había menguado, anda ya, *Perro* no es un nombre, hubiera querido decir, y miró a Lúdia y a Jordi en busca de ayuda, pero la ayuda no siempre llega cuando se necesita y sus compañeros de risas ya le habían dado la espalda y saltaban al lado del perro diciendo ¡*Perro, Perro*, ven aquí!

¡*Perro, Perro*, ven aquí!, repetía Raquel, y se metía entre las tomateras esperando a que *Perro* la alcanzase; y corría hasta el ciruelo y daba la vuelta al melocotonero y pasaba por la era de las lechugas. ¡Ay, su abuelo, si le estropeaba el huerto! Pero la alegría y los cinco años de Raquel no le permitían prestar atención, y siguió rodando por los suelos hasta que se levantó, juguetona.

—*Perro, Perro*, ven conmigo. —Raquel miró a Cèlia—. ¿Puedo llevármelo a casa?

—¡No!, mamá no lo querrá. —Estaba harta de hacer de hermana mayor, y más con lo que le había pasado aquel día.

—¡Que síiii!

—¿No ves que no cabe? —Sí, estaba harta.

—¿Y cuando vayamos a la casa nueva, que tiene patio?

Cèlia y Jaume agacharon la cabeza. No se atrevían a mirar a Sidret.

—Tampoco cabe. —Sin levantar los ojos del suelo, Sidret aplastó un terrón con el pie.

—Pues yo lo quiero, lo quiero, lo quiero. —Y lo abrazó—. ¡Puf!, apesta; ¿lo lavamos?

—¡Síiii! —Saltaban alborotados Lúdia y Jordi.

—¿Dónde? —Preocupado, Jaume.

—Aquí, no —sentenció Cèlia.

—Abajo, en el río. Yo llevaré una pastilla de jabón de mi tienda.

—No... —Sidret se puso delante del perro.

—¿Por qué? —Aunque el perro no era suyo, iba pensando Pere, lo habrían podido lavar con la pastilla de jabón de su tienda.

—Porque tenemos que ir a comer...

—Pues por la tarde, cuando salgamos del colegio...

—¡No!

—¿Por qué?

Porque... Se pasó el dorso de la mano por la nariz, se mordió la uña del dedo del medio. Uno no puede bajar al río si no tiene padre. Las madres no saben nadar. Y veía a su padre cuando lo cogía por las axilas y le hacía mover los brazos y las piernas. Y cuando le enseñó a sumergir la cabeza en el agua sin tragarse ni un sorbo mientras le decía: sin miedo, sin miedo. Y a él, entonces, se le iba todo el miedo. Todo. Después

de tragar saliva unas cuantas veces, levantó la cabeza con los labios apretados. No, él no podía bajar al río si no tenía padre.

—Porque es peligroso. —Los miró a todos, uno a uno, mientras se le escapaban las palabras empujadas por un suspiro—. El río es peligroso.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mi padre...

—Pero si tu padre...

—¡Calla! Sidret tiene razón. —Cèlia cogió de la mano a Raquel—. El río es peligroso. Mi padre también lo dice...

—Pues mi padre me dijo que quien tenga miedo del río es un cagado, un cagado y... un cagado. —Pere miró a Lúdia y Jordi—. ¿Verdad que sí?

—Sí... —El sí de los dos hermanos no fue más allá de la boca.

—¿Lo veis? Sidret es un cagado, un cagado, un ca...

¡Plaf! La primera bofetada fue a parar a la cara redonda de Pere, y le quedaron los cinco dedos marcados. La segunda se la llevó Sidret, con tan mala suerte que le empezó a sangrar la nariz. Jaume, mientras apaciguaba al perro que ladraba, dijo como se entere el mosén no os va a dejar hacer la comunión. Los luchadores primerizos se miraron, resoplando. Tenía razón Jaume, faltaba menos de una semana para la comunión y pelearse era pecado. Pere se fue con una mano en la mejilla maltratada sorbiéndose los mocos. Lúdia y Jordi lo siguieron. Jaume y Cèlia devolvieron el perro a la barraca. Raquel lo miró con ojos llorosos, ¿te duele? ¡No!, y se sacó el pañuelo pegado de mocos y húmedo de lágrimas. ¿Te ayudó?, insistía Raquel, y le cogió el pañuelo para limpiarle la cara con poca maña.

—¡Raquel...!, vamos a comer que mamá nos reñirá...

—¡Espera! —Y le devolvió el pañuelo sucio de sangre—. Dice Cèlia que me tengo que ir...

—Está bien... —dijo Sidret sin moverse.

Y Raquel se fue. Se sentía estirajada por la mano de su hermana mientras se apresuraba para poder seguir su ritmo. Dejaron atrás las judías, las tomatas que empezaban a florecer, la era de las lechugas, los pimientos y las berenjenas y las matas de fresas. Pasaron por delante del gallinero. Cuando estaban junto al ciruelo, se volvió para hacerle adiós con la mano a Sidret. Y entonces Raquel soltó la mano de Cèlia.

Cèlia andaba dando saltitos por la calle de la plaza. Se detenía y volvía a saltar mientras contaba las puertas; esta es la de casa de Lúdia y Jordi; mamá dice que tendré que venir a cortarme las trenzas cuando haya hecho la comunión, y arrugó la nariz. Aquí vive el campanero, y se quedó quieta aspirando el aire; el olor a madera y el ruido del cepillo le hicieron saber que había llegado a la casa de Pepito. Suspiró. Qué suerte tenía con Pepito. Cuando no sabía qué hacer, él siempre la ayudaba. Más que papá, que no estaba nunca en casa. Y más que mamá, que siempre tenía trabajo. ¿Y la abuela? La abuela sí que la ayudaba. Incluso el día que se comió los *panellets*, la abuela dijo que había sido ella para que mamá no la riñese. Pero eso de hoy..., eso de hoy a la abuela no le gustaría. No, eso solo podía contárselo a Pepito. Antes de llamar a la puerta miró por la ventana. ¡Otra vez! Volvió a mirar. No se había equivocado, no. La ventana abierta y la persiana enroscada hasta arriba le habían permitido ver muy bien lo que pasaba dentro. Otra vez esa. Esa. Con los dientes de conejo porcino. La asquerosa de Assumpció. ¿Y por qué no me llamas Ció como los de mi casa?, le dijo un día la muy asquerosa. ¡Asquerosa, asquerosa, más que asquerosa! Ay, sí, la pobrecita Ció. La contrahecha de casa del campanero. Mucho cuento es lo que tiene. Solo porque tiene un brazo que no puede mover. A mí a veces también me duele un pie y me aguanto. Y él, él sí que tiene una pierna encogida y siente pinchazos y muchas veces no puede andar. Y todavía se ríe. Y ahora también, mira cómo se ríe. Siempre ríe cuando le cuenta cosas la campanera. ¡Campaneraaaa! Ya sé que no quieres que te llamen así, pero yo te llamo así de todos modos: ¡campaneraaaa, campaneraaaa, campaneraaaa! Las palabras le repiqueteaban en el estómago. Y dio un golpe en la ventana.

—¿Qué pasa? —Pepito dejó el cepillo y levantó la cabeza—. ¿Qué haces? ¿Quieres romper el cristal o qué? —Mientras apartaba las virutas de madera que de tan finas se ensortijaban.

—¿Qué hace aquí, la campanera?

—Ssst... ¿Qué te dije...?

—Déjala... —Ció, sentada en una silla baja de enea, miró al otro lado de la ventana donde se encontraba Cèlia—, esta moza de los Palau siempre será la misma...

—¿Qué quieres decir? —Cèlia, con cara morruda y las cejas fruncidas, se iba enroscando una trenza raquílica en el índice de la mano derecha; la desenroscaba y volvía a enroscarla.

—Que te gusta mucho hacer enfadar a los mayores...

—Huy, sí; eres muy mayor tú, mucho... mucho...

—¡Ya basta! —Pepito, apoyando una mano en el banco, cogió la muleta y se acercó a la ventana—. Eso no está nada bien. ¿Y eres tú la que el domingo va a hacer la comunión? Me parece...

—La comunión, la comunión. ¡Todo el mundo dice lo mismo! Pues ahora no te contaré una cosa, anda... —Y se fue corriendo, esforzándose por no llorar.

—¡Vaya con la chiquilla...! —Volvió a dejar la muleta en su sitio para retomar el trabajo.

—Es arisca como su madre...

—No creas, cuando la conoces bien, es muy simpática. —Pasando el papel de lija por el trozo de madera que había cepillado antes.

—A mí no me hace ninguna gracia. —Ció, con la mano derecha se cogía la izquierda e intentaba estirarse los dedos. Unos dedos que se habían obstinado en quedarse agarrotados, inmóviles, cuando todavía estaba en la cuna—. Nunca me ha hecho gracia...

—Mujer, no es para tanto... ¿No ves que es una criatura? —E iba desenroscando la pieza de madera del tornillo; después la miró con un ojo cerrado—. Bueno, me parece que esto ya está... —Mientras lo acariciaba—. ¿Qué, te gusta?

—No, no sé qué es... —Y volvió la cara hacia la ventana.

Ella a veces también parecía una criatura; quería y temía. Eso era lo que le pasaba. El día antes le había dicho que estaba trabajando en las patas de la cama. Y ahora simulaba que no se acordaba. Con Ció podía hablar de patas, de travesaños, de cabezales, pero de la cama, no. Se sonrojaba. Del armario sí que habían hablado mientras lo montaba. Observó con mucha atención cuando él puso las bisagras a las puertas; le parecían demasiado grandes. A lo mejor quedarán feas. Quería saber en qué lado de la puerta pondría el espejo, cómo repartiría los estantes y dónde colocaría la barra de colgar los vestidos. También prestó atención con las mesillas de noche; ponles dos cajones, insistía; uno para los pañuelos y el otro para la ropa interior. Pero con la cama se había quedado muda y, por lo que se veía, también se había vuelto desmemoriada. Ay, Cioneta, Cioneta, ¿qué vamos a hacer contigo?

—Claro que sabes qué es. —Dejó la pata de la cama encima del banco y se sentó en una silla baja a su lado—. ¿Ya se lo has dicho?

—¿El qué...? —Se mordió el labio inferior mirando al suelo.

—Quedamos en que cuando tuviese los muebles acabados se lo dirías... —Le cogió la mano inmóvil y fría. Se la apretaba con la suya para darle calor.

—¿Ya están...? —Sin prestar atención al significado de la pregunta.

—Solo me falta encolar las patas y dar la última capa de barniz. Esta semana quedará todo listo. —Con la otra mano le sujetó la barbilla—. Mírame...

—Mi padre no querrá... y mi madre..., mi madre tampoco. —Suspiró con desesperanza—. No, no querrán... Será mejor que esperemos... —Y lloriqueaba.

Criatura. Pero él, que no compartía su resignación, no podía esperar más. No podía esperar a que el tiempo lo hiciese caer todo a pedazos. Se levantó y se paseaba sin muleta, cojeando, por el espacio reducido que le dejaban las herramientas desperdigadas por todas partes, las maderas de diferentes medidas apoyadas en la pared y la silla donde se sentaba Ció. Se detuvo. Jadeaba. ¿Quieres que hable yo con

ellos? La estancia quedó invadida por aquella pregunta que nadie respondió. Y no era la primera vez que ocurría. ¿Cómo podía darle a entender que no quería ir a escondidas, que no le gustaba actuar así y que tampoco tenía edad para ello? La edad. Esa era la cuestión. Él también sospechaba que los padres de ella no querían; Cío era demasiado joven para él. Cuando ella nació, él ya era un muchachote que pasaba de los quince y su padre todavía le sermoneaba: si quieres ganarte la vida haciendo de carpintero, vas a tener que echar el resto, chico. No te creas que por el hecho de ser cojo te van a regalar nada; te lo tendrás que ganar, como todo el mundo. Y él escuchaba y callaba, porque es lo que hay que hacer cuando habla un padre. Y también se esforzaba. No quería dar pena a nadie. Un día oyó sollozos en la cocina y se acercó, cauteloso. Era Remei, la mujer del campanero. Abrazada a su madre le contaba que su Cioneta, que aún no había cumplido un año, había tenido un ataque de meningitis. Y Cioneta, con el tiempo, se convirtió en la reina de la casa. La carpintería vibraba con sus risas. Y las risas continuaban el primer día que fue a la escuela, cuando le enseñaba todo lo que llevaba en la cartera. Y él le regaló el rosario y el libro cuando hizo la primera comunión. También le confeccionó una caja de madera barnizada para guardar las trenzas cuando se las cortó a los catorce años. Y un día ella entró en la carpintería entre sus padres con la cabeza gacha. Iban a darle el pésame. Hacía poco que había muerto su madre y ya enterraban a su padre. Miquel, el campanero, con una mano en el hombro de su hija, se aguantaba las lágrimas con gran esfuerzo; no éramos solo vecinos: tu padre era el mejor amigo que he tenido jamás. Cioneta se acostumbró a llevarle, todos los días al mediodía, un pote de caldo, de parte de mi madre, decía, para que comas algo caliente, entre vecinos ya se sabe, tenemos que ayudarnos. Hasta que él les dijo que se lo agradecía mucho pero que ya era hora de que se espabilase por su cuenta. Y se espabiló. Caramba si se espabiló. Aunque a menudo escuchaba con mucho respeto los consejos del campanero; eres un poco como un hijo, decía, como un hijo. Sí, como un hijo, pero eso no quería decir que estuviese obligado a confiarle a su hija. De todos modos, no podía desanimarse. Todavía no. La vida, en los tiempos que corrían, no era fácil para nadie. Y para él menos todavía. Y había salido adelante, ¿no es cierto? Pues ahora también. ¿Quieres que hable yo con ellos?, volvió a decir. Ella simuló no haberlo oído. Él simuló que se lo creía. Se levantó. Enroscó otra pata en el tornillo con parsimonia. La miró. Cogió el metro. La midió. Se sacó el lápiz de detrás de la oreja. Hizo un par de rayas. Volvió a mirarla. Sujetó el cepillo y se puso a cepillar. Todo requiere su tiempo.

Siempre igual. Siempre igual. Siempre la campanera de por medio. Pues ahora no se lo contaré, iba sollozando Cèlia mientras levantaba el ladrillo roto del tiesto y cogía la llave para abrir la barraca. No se lo contaría a nadie, hala. Ni a Pepito ni a Sidret. A nadie. A Sidret, tampoco. Y mira que cuando estábamos dentro de la iglesia le he dicho que tenía un secreto, pero él no me ha hecho caso. Él solo hace caso a Raquel. Mejor. Así no tendré que contarle. Y a Pepito tampoco. A nadie. No lo contaría a nadie. Y, con la llave en las manos, sentada en el suelo, se iba columpiando

mientras lloraba. Su cuerpo se balanceaba como las olas de aquel mar del que tanto había oído hablar pero que nunca había visto. El ruido que venía de la barraca hizo que se atascara el último sollozo. Entre suspiros prestó atención; se levantó y, secándose los mocos con la manga del jersey, fue hacia la puerta, maquinalmente, y la abrió. La bola peluda le olió los pies, resoplaba, saltaba a su alrededor y los volvía a oler. ¡Estate quieto! Entre la espesura de pelo, unos ojos azules la miraron. ¡Perro!, dijo mientras le acariciaba el lomo. Y entonces *Perro*, con dos lamidos, se le llevó las lágrimas que todavía le resbalaban por la cara. ¿Qué haces? *Perro* se fue el tiempo justo para levantar la pata y volvió con la lengua fuera meneando la cola. ¡Perro!, mientras lo abrazaba. ¡Huy, sí que es verdad que apestas!, tendremos que lavarte. Y, con una mueca hecha de gimoteos, yo también debería lavarme. Dice el mosén que quien comete un pecado tiene el alma sucia. Y yo debo de tenerla muy sucia, mucho. ¿Sabes?, he cometido un pecado mortal. Y *Perro* aplanaba las orejas mientras entrecerraba los ojos y le lamía la cara. ¡Déjame!, así no se lava el alma; déjame. Y venga a llorar. Pero *Perro*, que seguramente no entendía de almas pero sí de regueros que mojan las mejillas de los humanos, no paraba de barrerle la cara con la lengua. Y el domingo tengo que hacer la comunión. Y dice el mosén que hacer la comunión en pecado es un sacrilegio. *Perro* levantó la cabeza con las orejas erguidas. Sí, no me mires así; es un sacrilegio. Dice que los pecados solo se perdonan yéndose a confesar y que no lo sabrá nadie, que es un secreto. Pero si confieso que he robado, me obligarán a devolverlo, y si lo devuelvo, todo el mundo sabrá que he robado y... ya no será un secreto y... ¿Qué hago?, mientras apartaba los pelos grisáceos y rizados de los ojos de su compañero. Eh, ¿qué hago? *Perro* movía la cabeza y, con disimulo, se rascaba las pulgas. ¡Estate quieto! Vamos. Ven. Y se metió dentro de la barraca. La luz del crepúsculo que entraba por la puerta solo dejaba ver, a trozos, las herramientas que su abuelo tenía bien alineadas y colgadas en un alambre; la azada, los rastrillos, el escardillo, la laya, el hocino, las horquillas. Un poco más allá, la carretilla para transportar el estiércol. Al lado, la regadera de la abuela, que solo la usaba para regar la almáciga. Sabía muy bien para qué servían todas aquellas herramientas. Se había pasado horas sentada a la orilla del huerto observando cómo las utilizaba su abuelo. Al otro lado había una mesa vieja y coja con la superficie llena de trastos. Se agachó y sacó de debajo una caja de lata, oxidada. Mientras la destapaba volvió a echarse a llorar. ¿Lo ves?, si no lo devuelvo a su sitio, cometeré un sacrilegio. Y cogió con mucho cuidado la alcuza medio llena de tinta. Yo no quería robarla. Ayer me la llevé porque no tenía tinta para hacer los deberes. Y hoy me he olvidado de devolverla. Pero no sabía que fuera un pecado tan grande. Su confidente inclinaba la cabeza mirándola. Volvía a mirarla y la inclinaba de nuevo. Y también la miraban la *azada*, el escardillo, el hocino. Y la laya, los rastrillos y las horquillas, con las púas señalando al suelo, parecían decirle: irás al infierno..., irás al infierno... ¡No..., no! Mientras devolvía la alcuza a la caja de lata oxidada y la escondía debajo de la mesa, los ladridos de *Perro* la hicieron girar.

—¿Qué haces aquí? —Joan, con cara enfurecida, miraba ora a la nieta mayor, ora al perrazo aquel sucio y lleno de garrapatas que gruñía y le impedía entrar en su barraca—. ¿Y el animalejo?

—¿No os lo ha contado Jaume? —Cèlia, medio agachada, se abrazaba al cuello de *Perro*.

—A mí nadie me cuenta nada...

—¿Qué pasa...? —Filomena dejó el cesto en el suelo y se agarró al brazo de su marido—. Niña, dame el escardillo, que tengo que ir a coger hierba para los conejos. —Hasta aquel momento no se dio cuenta de la presencia del perro—. Pobre bestezuela, ¿de dónde ha salido?

—Eso es lo que querría saber yo... —Joan se sacó el caliqueño apagado de un lado de la boca, expulsó la ceniza con el dedo pequeño y se lo volvió a colocar en el mismo lado.

—Es de Sidret...

—¿De Sidret...? ¡Ay, carajo...! Y qué hacéis vosotros con...

—Eso, abuelo... —Filomena, que todavía no le había soltado el brazo, se lo apretó con más fuerza—, piensa que ese chiquillo con todo lo de su padre ya tiene bastante... Y ahora encima el cambio de casa y...

—Está bien, está bien...

—Dice Sidret que él le traerá comida y cuidará de él. —Cèlia, sin soltar el cuello de *Perro*, miró a su abuela con complicidad.

—Oh, cuidará, cuidará... Eso ya lo veremos... —Se cambió el caliqueño de lado mientras alzaba el índice de la mano derecha—. Mira, si me rompe alguna caña o me estropea la vianda, este perrote tendrá que irse, ¿entendido?

—¡Entendido! —Y empujaba a *Perro*—. ¡Venga, hazle una caricia al abuelo!

Y *Perro* lamía las alpargatas del abuelo, entraba, salía, lamía las de la abuela y se quedaba fuera, volvía a entrar y volvía a salir.

Filomena había metido ya el escardillo dentro de la cesta; si no se daba prisa, llegaría tarde. Había dos conejas a punto de parir y tenía que coger la hierba para el día siguiente. Siempre había oído decir a su madre que a las conejas, en ese estado, hay que darles la hierba reposada. Las carcajadas de su marido la hicieron volverse. Y lo observó; sentado en un bidón que había junto a la puerta parecía una criatura mientras enseñaba a Cèlia a sacarle las garrapatas al perro. Sonrió. Su Joan. Todas las cosas buenas que le habían pasado en esta vida le habían venido de su parte. Lástima que se casaran un poco mayores. Demasiado. Y pensaron que no tendrían tiempo de nada. Cuando nació Climent, él no se cansaba de repetirlo: poco vamos a ver de este muchacho. Y mira, ¡quién se lo iba a decir! La nieta mayor va a hacer la comunión el domingo. Y, si Dios quiere, el año que viene la hará Jaume, y..., ¡ay, señor!, ¿dónde tenía la cabeza?

—¡Cèlia! Me ha dicho tu madre que vayas enseguida, que tenéis que ir a casa de Rosalia para hacer la última prueba del vestido...

—¿Ahora...? —Cèlia se sentó a la orilla del huerto con la cabeza gacha enroscándose una trenza—. Ahora no puedo. Tengo trabajo... —Simulando que buscaba garrapatas entre los pelos de *Perro*.

—¿La has oído, abuelo? ¡No puedo creerlo! ¿Cómo puede darte pereza ir a probarte el vestido para el día más feliz de tu vida?

Cèlia miró a su abuelo y él asintió con la cabeza. Las palabras de la abuela eran como una bofetada. Por un instante, su mundo se detuvo. Habría querido quedarse allí, sentada, entre la calma de la orilla, sintiendo el olor de las tomatas, y el del romero y el tomillo que venía del barranco, escuchando el ruido del riachuelo, abrazada a *Perro*, aunque apestara. ¡Hala, venga!, dijo la abuela. ¿No lo has oído?, dijo el abuelo, mientras añadía que ya se encargarían ellos de encerrar al perro. Se levantó. Y, arrastrando los pies, eligió el camino más largo para ir a casa de la modista. Allí la esperaba su madre para probarse el vestido que tendría que estrenar el día más feliz de su vida.

El día más feliz de su vida, Sidret estaba enfurruñado y abatido. No le gustaba lo que veía a su alrededor. Empezando por la visita que había hecho mosén Josep a su madre, acompañado por el señor maestro, el día antes de la fiesta. Créame, Teresa, tanto al señor Camps como a mí nos ha parecido que sería lo más conveniente para todos. Sobre todo para él; esta criatura ya ha sufrido bastante. Se habían encerrado en el despacho de su padre y hablaban en voz baja. Desde fuera, arrimado a la ventana que daba al patio, escuchaba; desde que no tenía padre se había acostumbrado a escuchar lo que decían los mayores y pudo darse cuenta de que a menudo ocultan cosas y no siempre dicen la verdad. Y, en aquel momento, él necesitaba más que nunca saber la verdad. ¡Esta criatura!, él no era una criatura, ya ha sufrido bastante, volvía a decir el mosén; no puede entrar en la iglesia acompañado solo por su madre; la ausencia del padre se le haría aún más evidente; por eso hemos pensado —y miró al maestro, que asintió con la cabeza—, hemos pensado que sería bueno que también lo acompañase el señor Camps; ¿qué le parece? No oyó lo que decía su madre, de tan flojo que hablaba, pero debió de decir que sí, porque al cabo de un rato vio por la rendija de la ventana que los dos visitantes se levantaban y su madre movía la cabeza hacia arriba y hacia abajo muchas veces mientras los acompañaba hasta la puerta. Y ella regresó enseguida para seguir con lo que estaba haciendo: empaquetar la ropa para la mudanza. Tenían que cambiar de piso muy pronto.

Y entró en la iglesia entre su madre y el señor maestro. Aunque el señor Emili se había puesto el traje de las grandes ocasiones, ¿cómo podía compararse con su padre? Su padre era más alto, más joven, más... todo... Y... eso no se lo diría a nadie, pero él todavía esperaba que su padre volviese, que no estuviera muerto del todo. La yaya les había contado muchas historias de esas que habían pasado en los tiempos del cólera. Decía que las personas parecían muertas y no lo estaban, y el sepulturero oía golpes dentro del ataúd, lo abría y... el que se pensaban que estaba muerto volvía a casa y todos lo abrazaban y lloraban y se ponían muy contentos. Por eso el día del entierro de su padre sufría cuando vio que ponían tochos delante del nicho y los pegaban con cemento. ¿Y si no podía respirar? ¿Y si no lo oyen cuando se despierte y golpee desde el ataúd? A lo mejor había vuelto el tiempo del cólera y nadie lo sabía todavía. Y él, mientras tanto, esperaba, esperaba, esperaba que su padre volviera. Y si tiene que volver, que lo haga antes de que nos hayamos mudado, porque después será mucho más complicado. Casi sin darse cuenta se encontró al pie del altar, al lado de Pere y justo delante de Cèlia y Lúdia. Miró de reojo hacia abajo, al primer banco, donde se sentaban todos los padres —el día de la comunión era el único día del año que los amos dejaban el primer banco a los trabajadores—, y vio a su madre toda vestida de negro, con aquella mantilla que era de la yaya y le tapaba media cara. A un lado tenía a Núria, con ojitos de sueño, y al otro..., al otro no estaba el señor maestro, no. El señor Camps tenía los cabellos blancos y el hombre que se sentaba al lado de

su madre los tenía negros, muy negros, era más alto y tenía el bigote fino y bien recortado, no como el del maestro, que parecía que llevase una mosca gris debajo de la nariz. Y ahora..., ahora se pasaba el dedo por el cuello postizo como hacía su padre. ¡Sí!, igual que su padre, y lo miraba a él, síííí..., lo miraba y le sonreía como su padre..., ¡era su padre! El mosén se dirigió al púlpito para leer la epístola y encendió una lucecita que tenía para la ocasión. Una salpicadura de luz llegó hasta el primer banco. Y los cabellos tan negros que había visto hacía un momento se volvieron blancos y el bigote fino se convirtió en una mosca gris y, con el dedo, solo pasaba la hoja del misal, pero sí, sí que le sonreía, aunque él no pudo corresponderle.

Quico ya había hecho las fotos de la llegada de los chicos a la iglesia entre los padres, y las del momento solemne de abrir la boca y recibir por primera vez... ¡Ay, la hostia!, a él todo aquello le resbalaba, pero era así como querían que fuera; la gente de Colonia, ya se sabe. Y salió fuera a fumarse un cigarrillo para no impacientarse tanto. Al cabo de un rato prestó atención y, por el tono de la música, le pareció que era el final. ¡Ya era hora!, las misas cantadas no se terminan nunca. Y se preparó para inmortalizar al primero que apareciese por el cancel.

El primero que quedó inmortalizado por la cámara incisiva y observadora del fotógrafo por afición al que la costumbre había convertido en fotógrafo oficial fue Pere. Con su traje de capitán de la marina y con unos cordones que le atravesaban el pecho y los galones en la bocamanga. ¡Qué mono, su Pere de capitán!, iba pensando Fina mientras sonreía a la cámara. Y Manel también sonreía. Se había gastado un dineral para la fiesta y quería que se notase. Lo único que le dolía era que los amos no estuvieran. Se ve que la señora no se encontraba bien. ¡Qué lástima!, aquello deslucía un poco la fiesta. Eso, y el callo que se le había revolucionado con los zapatos nuevos. Y los dos dejaron de sonreír al mismo tiempo mientras daban la mano al niño y empezaban a bajar las escaleras. Tenían que dejar sitio a los que venían detrás: Ramón, el portero, y Maria Rosa, la peluquera, con Lúdia en medio, que no paraba de reír y de mover la cabeza. Le molestaban el velo y el tirabuzón que le salía por detrás de cada oreja y que su madre quería a toda costa que se vieran en la foto. Cuando se fueron para dejar paso a los Palau, Maria Rosa todavía refunfuñaba; estaba convencida de que la niña no había quedado bien del todo. A Cèlia también le salía un tirabuzón por detrás de cada oreja, solo que ella no reía. Ni en el momento de sacarle la foto. Por mucho que Matilde insistiera. Al final, Climent tuvo que imponerse diciéndole a Quico que se diese prisa, tanto si la niña reía como si no; no tenemos todo el día, hay muchos que esperan. No podía perderse de vista que Quico era su subordinado, ni que estaba en la plaza de la iglesia y en domingo, y mucho menos que Matilde estaba delante. Y así fue como Cèlia Palau quedó inmortalizada el día más feliz de su vida: con la boca cerrada y las cejas fruncidas. Esa misma cara es la que ponía Sidret, solo que a él nadie le dijo que la cambiase. Teresa tenía ganas de terminar cuanto antes y volver a su casa; había dejado a su madre sola y no tenía el día muy fino. Con discreción, el señor Camps se había retirado después de dar un

golpecito en la mejilla a Núria. En la iglesia, había representado su papel, pero no le parecía adecuado salir en la foto de familia.

Como un hilo que se desenrosca de la canilla, todo el mundo se fue esparciendo por la plaza al salir de misa. Y, como si volviese a enroscarse, iban formando corros. Ora se ampliaban porque se sumaban unos, ora se estrechaban porque se marchaban otros. Era un ir y venir de gente, de abrazos, de felicitaciones. Y los protagonistas de la fiesta iban de un lado a otro intercambiando recordatorios y comparando libros, rosarios y guantes. En los recordatorios, confeccionados en la misma imprenta y muy parecidos, rezaba que habían hecho la primera comunión en la iglesia de Santa Maria, en el año 1952. Año Eucarístico. Según mosén Josep, un privilegio. Y ese tercer domingo de mayo del privilegiado Año Eucarístico, a las once y media del mediodía, que era cuando solían terminar las misas solemnes, el sol que caía en la plaza de la iglesia obligó a aflojar más de un cuello postizo. Sobre todo a los que no tenían costumbre de llevarlo. No era ese el caso del señor Boix, a pesar de que la ausencia del amo lo obligaba a multiplicarse, junto con su señora, y a hacer el papel de padre considerado mientras atendía a todos los que iban a presentarle sus respetos y a los hijos vestidos para la ocasión. No hubo nadie que se olvidase de preguntar por los amos ni de lamentar su ausencia. Climent, con el traje nuevo que había encargado con prisas, Matilde, luciendo una mantilla elevada con una peineta que le había dejado su suegra, y Cèlia en medio, morruda, con el vestido de batista bordada que les había costado un ojo de la cara, fueron los primeros en iniciar el camino de los cumplidos. Aunque Climent no sabía dónde poner las manos por culpa de la americana cruzada. Aconsejado por su mujer, era la primera que había encargado de este tipo. Fíjate bien, el señor Boix las tiene todas así; debe de ser por algo. Y él se desabrochaba para meterse las manos en los bolsillos y se volvía a abrochar enseguida; se sentía desgarrado, con tanta ropa. Al final optó por cruzar los brazos a la espalda mientras se inclinaba, ceremonioso, ante la señora Boix. Antes, sin embargo, había insistido en vano para que Cèlia sonriese. Ni promesas ni amenazas hicieron cambiar la cara de la mayor de los Palau. Mientras tanto, Matilde, con unos zapatos de tacón que la obligaban a agarrarse del brazo de su marido con más fuerza que la que tenía por costumbre, hablaba entusiasmada con el señor Boix, algo que no pasó inadvertido a las mujeres que se encontraban en el corro más cercano. ¡Caray con la nuera de los Palau, cómo se esfuerza con el director! Claro, tiene que notarse que también corta el bacalao. ¿Habéis visto la peineta que lleva en la cabeza?, parece la mujer de Franco. ¡Ssst...! Unas risas mal disimuladas e impropias del lugar donde se encontraban —a dos pasos de la iglesia— hicieron que más de uno del corro de al lado se diera la vuelta. ¿Y qué opináis del marido? En dos meses, ha estrenado dos trajes; no sé si dará para tanto, la vaca. Remei, cogiendo la mano buena de su Ció, coreó las risas sin decir ni pío. Tenía muy presente lo que decía su marido: tú, escucha y calla, que en boca cerrada no entran moscas. Y escuchaba con tanta afición que ni cuenta se dio de las miradas que le dirigía Pepito a su hija, ni de las que ella le

devolvía. La que sí se percató, de hecho hacía ya tiempo que se fijaba, fue Rosalia, la modista, hermana mayor de Gertrudis. Y no solo porque era buena observadora, que lo era, sino porque hacía mucho tiempo que había puesto los ojos y el corazón en el talante reposado y la calidez de Pepito. Aunque el interés que demostraba por esa criatura contrahecha a menudo la sacaba de quicio, se había propuesto tomárselo con calma. Ella no era como Gertrudis, le gustaban las cosas bien hechas. Que Pepito fuese un poco cojo no le parecía un inconveniente para sus aspiraciones. Al fin y al cabo es un hombre, y un hombre... ¡es un hombre! Además, ella ya tenía una edad; no podía ser tan escrupulosa. Suspiró. Un suspiro que Pepito no pudo captar, distraído como estaba contemplando a Ció. Hacía un par de días que no iba a la carpintería y eso solo quería decir que no había hablado con sus padres, que no tenía respuesta alguna, que... ¿tal vez se echaría atrás? ¡No! Sus ojos decían que no, que solo necesitaba tiempo. Y también decían que tenía miedo. Miedo. Siempre el miedo. Él también tenía miedo. Y no sabía cómo asustarlo. Y con la muleta iba haciendo dibujos en las piedrecitas que cubrían el suelo de la plaza. Lástima que no haya también muletas que te ayuden a llevar los prejuicios. Y dio un paso atrás para evitar chocar con Bernat cuando pasó por su lado, corriendo, atolondrado, sin mirarlo. Así terminaré yo: viejo y solo, ofuscado y sin una triste mula que me escuche. La carrerilla de Bernat era para alcanzar a Teresa. No se había dado cuenta hasta aquel momento de que ella se iba a buen paso con las dos criaturas. Pobre Teresa. Qué día más triste le toca vivir. Sin embargo, él, incluso aquel día, tenía que cumplir con su deber y hacerle llegar el encargo que le había dado el señor Boix. Y el vigilante-mensajero tragó saliva. ¡Sería todo tan diferente para ella si su madre estuviese bien! Ya ves qué cosas le rondaban por la cabeza. Veía a Quitèria y a Cinto el día que Teresa hizo la primera comunión. Iban los tres muy arreglados. No. Los cuatro. Entonces Cintet, el mayor, todavía vivía. ¡Y qué guapa era Quitèria, madre mía! ¡Y qué rabia y qué desazón sentía él! Aún no sabía cómo fue que se le acercó y ella lo miró. ¡Rediós, cómo lo miró! Hay miradas que te llenan el corazón para toda la vida. Y a él le entraron ganas de llorar. Y venga a secarse los ojos, pero los tenía secos. Aquel día supo que también se puede llorar sin lágrimas. Eso es lo que le debe de pasar ahora a Teresa. Hacía días que se había dado cuenta. Si Quitèria fuera de este mundo, como hay dios que estaría orgullosa de su hija. Y se acercó. Perdone, señora Claret. Ella, sin soltar la mano de las criaturas, se volvió y lo miró con aquellos ojos tan parecidos a los de su madre. Lo siento..., debe de tener prisa, ¿no?, pero es que... el señor Boix ha insistido mucho en saludarla antes de que se vaya. Ella solo respondió está bien, y, atravesando la plaza, se dirigió poco a poco hacia donde se encontraba el director con su señora. Y con solo acercarse entendió el por qué de su prisa por irse: quería evitar lo que ya era inevitable. ¡Señora Claret!, venga, haga el favor. El sol había causado estragos en la calva del señor Boix, de la que brotaban unas gotas de sudor que se deslizaban hacia la frente. Él se las iba enjugando con un pañuelo blanco, impecable, mientras repetía con mucho interés: venga, acérquese.

Climent y Matilde le hicieron sitio en el corro con un hola seco por parte de ella y sobresaltado por parte de él. Cèlia miró a Sidret y le dedicó la primera sonrisa del día, aunque, si alguien se hubiera fijado, habría visto que no era una sonrisa demasiado lograda. Tampoco fue muy lograda la sonrisa de la señora Boix dirigida a Teresa. La carga de hostilidad que desprendía llegó hasta los corros más cercanos. Y todo el mundo enmudeció para no perderse ni un detalle. El sobresalto, la sequedad, la hostilidad y el interés... eran una mezcla bastante jugosa que prometía dar mucho de sí en el corro principal, situado en la plaza de la iglesia, a las doce del mediodía de aquel soleado tercer domingo de mayo. Eran pocos los atrevidos que de vez en cuando rompían el mutismo para hacer algún comentario en voz baja: ¡no tiene muy buena cara, la directora! ¿Y qué cara queréis que tenga?, se ve que su señor marido estos dos últimos meses ha enviado a buscar a la viuda tres veces. Tres. Y dicen que se encierran en el despacho y que él da órdenes de que no los moleste nadie. Quién sabe, tal vez tengan cosas para arreglar, para reparar... —Risita y mirada de complicidad entre el arreglar y el reparar—. ¿Para reparar?, él seguro que tiene cosas para repa... Y callaron. Siempre callaban cuando se acercaba el perro del director.

Bernat movió la cabeza de un lado a otro. Ya estaba acostumbrado. Hasta hacía muy poco aún se habría encarado con aquellas malas lenguas. Más de una vez lo había hecho. Pero ahora todo era diferente. Todo. Aunque en una cosa sí que tenían razón: era un perro. Sí, un perro que se guardaba la rabia para él solo. La mordía, la volvía a guardar y se la tragaba. Y ella, ella..., la serenidad con que recibía las humillaciones de unos, las bajezas de los otros y la cobardía, sobre todo la cobardía de los que más habrían tenido que defenderla. Y se quedó detrás de ella, cerca, como si quisiese protegerla no se sabía exactamente de qué. ¿O quizá sí que lo sabía?, mirando los cuatro pelos peinados y pegados con fijador que atravesaban la calva del señor Boix. ¡Y él era su perro! Pero también era el perro del amo, y de los mayordomos, y de... ¿Es que era más perro por ser el perro de todos? Quizá sí. Pero ¿qué habrían hecho los que ahora charloteaban si hubiesen estado en su lugar? Su padre siempre decía que las deudas hay que pagarlas pronto; cuanto más esperes, más caras te saldrán. Y a él le habían salido muy caras. Mucho. Demasiado. ¿Y por qué a él? ¿Por qué?, si él estaba hecho como los demás, con sangre, con lágrimas, con miedo, con mucho miedo. Como todo el mundo. Y miró a Climent. Observó las manos que tenía a la espalda, una sobre la otra. Todo él era un manojo de nervios. No le envidiaba en absoluto el triste papel que le tocaba representar. Por un lado, Matilde, atenazada en su brazo, posesiva y asfixiante. Por el otro, Teresa, que le pedía ayuda con un gesto mientras se iba haciendo pequeña, pequeña, a medida que el director se le iba acercando y le preguntaba cómo se encontraba. Tendrá que hacer de tripas corazón, le decía; hoy ha sido una prueba muy dura, pero usted es una mujer valiente. ¿Verdad que es valiente la señora Claret, querida? Y la señora Querida, que los miraba ora a uno, ora al otro, como si quisiese decir ¿hasta cuándo voy a tener que aguantarlo?, con un disfraz de sonrisa dijo desde luego, querido, desde luego.

Los corros cercanos al corro principal aún mantenían toda su concurrencia. Al principio no se atrevían a irse hasta que no se fuesen los que cortaban el bacalao; habría causado muy mal efecto y era de mala educación. Y después tampoco querían renunciar a ser testigos del hervor que ocasionaban los últimos acontecimientos. En cambio, de los corros más alejados ya casi se había ido todo el mundo. Para los que no tenían a nadie que hiciese la comunión, aquella hora era la de un domingo normal: los hombres iban al café a hacer la partidita y esperar la comida, y las mujeres, antes de prepararla, lavaban la ropa que necesitaban al día siguiente en el pequeño lavadero de sus casas. No era este el caso de Joan y Filomena, que desde que se jubilaron se habían acostumbrado a ir juntos a todas partes. Y hoy Filomena andaba de cabeza con la comunión de Cèlia. Solo se había detenido el tiempo justo para las fotos. Sin esperar a que saliesen todos del oficio y antes de que se formasen los corros, había cogido a su Joan del brazo: abuelo, no te entretengas, todavía tenemos que limpiar las peras. Cuando hablaba con Matilde de la comida de aquel día, le dijo que no se preocupase. A ella el pato con peras le salía muy bueno. Estaba segura de que le quedaría bien. Y más en una fiesta tan señalada, a la que asistiría la familia de ella. Para una vez que venían, y de tan lejos, quería tenerlos contentos. Desde luego, quién sabe por qué Climent tuvo que casarse con una chica del otro río. Su padre ya se lo había dicho: como si no hubiese chicas aquí. Pero a él se le metió entre ceja y ceja esta, y esta tuvo que ser. Claro que con todo lo que había pasado tal vez fuera lo mejor. Y no es que ella tuviese nada en contra de Matilde. No, de ningún modo. Matilde era buena chica. Un poco seria, eso sí, pero buena chica. Trabajadora como pocas. Limpia y ordenada. Y nunca les había faltado al respeto. No se podía pedir más. Pero con eso de ser de tan lejos, las familias no se habían relacionado mucho. Y era una pena, sobre todo por los chiquillos, porque a los otros abuelos casi no los conocían. Lo mismo pasaba con el hermano de ella, Xavier, y eso que era el único tío que tenían. Hoy mismo, cuando han llegado cargados de regalos, qué disgusto le ha dado el papelón que les ha hecho Cèlia. Mientras tanto, iba removiendo el asado y se quejaba del tiro de la estufa. Si hubiesen estado ya en el otro piso, con la cocina económica el pato le habría quedado mejor. Pero qué le vamos a hacer. Es lo que dijo Climent: lo que no puede ser, no puede ser. Y tenía toda la razón. Aunque Matilde no se lo tomó nada bien y estuvo varios días de morros, como suele hacer siempre que le llevan la contraria... Joan, lava bien las peras, no vayamos a quedar mal solo por ahorrarte un enjuague.

El que no había ahorrado esfuerzos era Manel. Incluso había contratado a una cocinera. Y se le hacía la boca agua mientras contemplaba la fuente de canelones tan bien puesta encima de la mesa. ¿Qué te parece el mantel?, dijo Fina para presumir de algo. ¿Te acuerdas cuando lo bordaba? Todavía éramos novios; yo salía a la puerta de casa con el tambor de bordar y tú te sentabas en el peldaño de piedra... Y él simulaba que observaba el bordado y, escondiendo la mano debajo del mantel, le acariciaba las piernas hasta que el ¡estate quieto! de ella volvía a poner las cosas en su sitio. ¡Claro

que me acuerdo! Y Manel no pudo abstenerse de abrazarla, aunque tenía a su suegra delante. ¡Anda, venga, a la mesa!, decía la suegra mientras miraba hacia otro lado; ella no estaba hecha para aquellas libertades.

¡A la mesa! Filomena se sujetó el moño con la peineta; las tribulaciones de cocer el pato tenían la culpa de que se le hubiese soltado. Madre, siéntese, le dijo Climent, ahora se ocupará Matilde. Y Matilde, que había cambiado el vestido de satén negro por una bata de estar por casa, empezó a servir los platos. A cada plato que llenaba echaba una mirada a su marido, a cada cucharada que servía le decía sin abrir la boca: Manel ha contratado a una cocinera... Ramón, a pesar de ser solo portero, ha hecho venir a una prima de lejos para servir la comida... Cada vez que alguien tenía que apartarse para dejarla pasar, se quejaba de que el comedor era demasiado pequeño para tanta gente. Mientras, Climent y los demás invitados alababan las excelencias de la cocinera y ella, sonrojada, no se olvidó de decir que suerte que el abuelo la había ayudado, porque la estufa no tiraba y ella sola se las habría visto negras. Y aún añadió que no se habría comprometido a hacer el guiso si hubiese sabido que no podrían estar en la casa nueva y sin la cocina económica.

La cocina económica sostenía un cazo con agua a punto de hervir que una Teresa pensativa contemplaba. Echó un pellizco de hierba luisa y lo tapó con un plato. La comida no le había sentado bien. Y, en realidad, apenas había comido más que cuatro macarrones a la fuerza. Igual que Sidret. La única que comió fue Núria, porque su madre, sin siquiera probarlos, agachó la cabeza y ocultó la cara en el embozo de la sábana gritando hasta que se durmió. Pasaba una mala época, su madre. Era como si, desde su mundo, presintiese todo lo que les esperaba. Hacía días que estaba nerviosa. Desde que murió Sidro, no había dicho una sola palabra. Antes, de vez en cuando, todavía gritaba: ¿Cinto, dónde estás?, o bien, ¡Cintet, ven, ven con madre, que te harán daño! También ella, últimamente, pensaba a menudo en su hermano. Desde que tenía hijos, podía entender la desesperación de sus padres cuando recibieron la noticia de que lo habían matado en el frente. Podía entenderla. En realidad, la entendía. La entendía, sí. Aunque se sentía incapaz de perdonar lo que hicieron después. E iba tomando las hierbas a sorbos. Asomó la cabeza en el comedor y respiró aliviada; Sidret, sentado en el suelo con Núria acurrucada a su lado, le leía un cuento. Entreabrió la puerta de la habitación de su madre para comprobar si aún dormía. A pesar de la tristeza, quería dejar espacio a la paz. ¿Y dónde está la paz, eh? ¿Dónde está? Dentro de ella se debatía lo que tenía que callar y lo que querría haber dicho. ¿Es que el hecho de que la culparan la hacía más culpable? Estaba desorientada. Muy desorientada. Y se sentó en la cama, al lado de su madre, mientras contemplaba su cara pálida, de cera. La enfermedad la había enflaquecido y se le había llevado el color y la vida. En aquel momento, dormida, no tenía nada que ver con la mujer que se ocultaba tras el embozo de la sábana y gritaba. Tampoco se parecía a la mujer que un día, del brazo de su marido, la miró de arriba abajo y sentenció: tendrás que cumplir lo que juraste, ¿no te parece, Cinto? Y su padre iba asintiendo con la cabeza. Te llamas Teresa Roca. Y los Roca jamás se han echado atrás, nunca han dejado de cumplir un juramento, ¿no es cierto, Cinto? Y su padre volvía a asentir con la atención puesta en la galería y en las jaulas que se divisaban desde el comedor. Siempre que pasaba por un momento difícil, su corazón de pajarero no podía dejar de buscar consuelo en los trinos de sus pájaros. Suyos. Solo suyos. Y aquel día cantaban como jamás lo habían hecho. Chasquidos de alas hacia arriba. Chasquidos de alas hacia abajo. Huida hacia un techo que estaba demasiado cerca para sus ansias de libertad. Gorjeos agónicos entre los barrotes. Como si supiesen que en breve alguien tendría que reflejarse en ellos. No puedes echarte atrás, volvió a decir su madre. Y su padre, por un instante, dejó de mirar las jaulas y, bajando la vista al suelo, dijo: madre tiene razón, no puedes echarte atrás. No. Una nunca puede echarse atrás. Nunca. Tampoco hoy. Pero ¿qué tengo que hacer hoy, madre? Dígame: ¿qué tengo que hacer hoy? Y se quedó quieta, la mirada perdida, sin hacer nada. Sin moverse. Sin siquiera cortar un padrastro que se le había desgarrado en la iglesia mientras la sonrisa

compasiva del señor Camps le recordaba la ausencia de Sidro. No, no se movería y esperaría. Esperar... ¿Qué es lo que tenía que esperar? ¿Que la visitase otra vez Gertrudis con cara esquiva y maliciosa para pedirle que fuese al despacho, que el señor Boix quería verla? Como aquel día que la recibió Climent y compartieron unos segundos de silencio mientras luchaban por ahogar unos recuerdos que ambos creían haber dejado atrás hacía años. Pero eso fue antes de que el director la hiciese entrar y la mirada de ortigas de Climent le pinchase la espalda. Como hoy en la plaza. Esa mirada era lo que más le dolía. Más que la de su mujer, más que la de la mujer del director, más que la de todas las mujeres de la Colonia. Y aquel día solo le faltaron las atenciones del señor Boix, sus manos perfumadas y sinuosas que la cogían por el brazo y la invitaban a sentarse al tiempo que se peinaba el bigote con la uña del dedo meñique. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la tenía más larga que las otras. Y él, estirando el cuello, se volvió a pasar la uña por el bigote con aire pensativo mientras se sentaba delante de ella casi rozándola y le decía lo siento mucho, señora Claret; créame, siento mucho lo que tengo que decirle. Y ella no pudo evitar mirarle la uña y se imaginó que era una espada y que de un momento a otro la atravesaría. Y volvió la cabeza hacia una foto inmensa de marco dorado del señor Viladomat padre que presidía el despacho del director. La presencia venerable del fundador de la Colonia y el hecho de que ella desviase la atención incomodaron al señor Boix, que, levantándose, dijo: iré al grano. El sufrimiento de un momento antes se convirtió en un ya sabe que tendrá que dejar el piso, ¿verdad?, chapucero y desconsiderado. Ella, sin dejar de contemplar la mirada escrutadora del patriarca, dijo sí, señor, con un hilo de voz. Aquella afirmación humilde y respetuosa pareció reavivar la buena voluntad del director, y se lo demostró con una sonrisa mientras añadía: claro que también podríamos intentar encontrar una solución, y se volvió a sentar delante de ella, tan cerca que ella tuvo que encoger las piernas debajo de la silla para no encontrarse con las de él. Aunque el señor Boix estaba dispuesto a hacer llegar sus buenas intenciones mucho más allá y no tomó en cuenta la actitud de ella, arisca y poco colaboradora. Y así se lo hizo saber mientras le acariciaba la mejilla y ella sentía la espada rascándole la piel. Una piel que palideció y se encendió al mismo tiempo. La ira y la rabia ahogaron su miedo e hicieron que se levantara, se dirigiera hacia la puerta y la abriera bruscamente. Al otro lado de aquella puerta abierta con precipitación se encontraba Climent con la mano en alto, cerrada, a punto de pedir permiso para entrar. Al verlo, ella sintió un agobio que le hizo atravesar el despacho corriendo, y dejó atrás la mirada inquisidora de Gertrudis, la actitud maliciosa de Serafí Garcia, la sorpresa de Quico y la comprensión de Mercè, la más jovencita del despacho.

En la Colonia se habló muchos días de este hecho. Se habló hasta que una tempestad destripó las tuberías de riego y todos tuvieron que hacer. Y quizá se habría olvidado de no haber sido porque el señor Boix volvió a enviar a Gertrudis a casa de la viuda de Isidre Claret con un encargo muy parecido al anterior.

Y Teresa volvió a salir de la casa por la puertecilla del jardín andando ligera hasta

el puente, aunque ni se sentó en la barandilla ni escuchó a los pájaros ni encontró a Bernat de bajada sujetando las riendas de la *Moreua*. Aquel día, al llegar a la oficina, Mercè la hizo entrar enseguida; el señor Boix hace rato que la espera. Al pasar, miró la silla que ocupaba Climent; menos mal que estaba vacía. Y entró en el despacho poco a poco, como si le diera pereza. El director estaba sentado detrás de la mesa y con aire indolente tamborileaba con los dedos mientras dentro del cenicero descansaba un cigarro humeante. A ver si terminamos de solucionar este problema de una vez, decía aclarándose la garganta y con media risita que a ella le agarrotaba las piernas. Y dejando de sonreír: no me gustó mucho lo que hizo el otro día. Ella bajó la mirada. No, no me gustó nada. Y ella bajó la cabeza. Yo solo quería ayudarla; espero que lo entienda. Y ella dijo sí, señor. Ya he hablado con el señor Palau y está de acuerdo. Y entonces ella levantó la cabeza, abrió los ojos y no dijo nada. He estado pensando y al final he encontrado la solución; una solución buena para todos, naturalmente, aclaró entre bocanada y bocanada de humo. El piso que ella ocupaba tenía que ser para el escribiente principal. Eso no podían cambiarlo. Pero se podía instalar en otro que estaba vacío y acomodarlo a sus necesidades. Teniendo en cuenta la situación tan delicada de su madre, y solo por eso, el señor Palau se ha comprometido a dejar que se quede donde vive ahora mientras duren las obras.

Unos golpecitos discretos en la puerta, un pase, pase por parte del señor Boix y entró Climent Palau. Mirada interrogativa del director a Climent. Perdona, pero Gertrudis tiene una conferencia para pasarle del señor Viladomat desde Barcelona; dice que es urgente. El señor Boix se levantó dando por terminada la visita. Mientras salían del despacho, ella se dirigió a Climent y le dio las gracias. Dáselas al director, sentándose sin mirarla, dáselas al director; con los ojos clavados en el libro abierto de inventarios que ocupaba media mesa, se puso a repasar la suma del medio; aquella hilera de números alineados hacía mucho tiempo que lo desafiaba.

Las obras costaba terminarlas. El señor Codina, el encargado de los albañiles, fue a casa de la viuda para informarla de los pequeños contratiempos que ocasionaban las prisas, sin pasar de la puerta por miedo a las murmuraciones y hablando en voz alta por si alguien escuchaba, para que comprobase que hablaban de trabajo y solo de trabajo. Y no se entendieron. Ella pedía que la habitación de su madre fuese la más soleada, pero sería necesario ampliarla porque no cabía la cama. Él le dijo que eso tendría que hablarlo con el director, que él no tenía permiso para hacerlo. Y un par de días después volvió, a última hora, para darle el encargo de que el señor Boix quería verla aquella misma noche. Ella abrió la boca con el ánimo de decir que no pensaba volver a ir, que hiciesen lo que quisiesen con el piso, que estaba hasta la coronilla, que la dejaran tranquila y que no gritase, que no era sorda; pero, como si una mano invisible le hubiese tapado la boca, calló, se quitó el delantal, lo tiró sobre una silla, dijo a los niños portaos bien que ahora vuelvo, y se fue hacia allí. El corazón, lleno de sangre miedosa, le palpitaba con fuerza mientras corría detrás de su aliento sin poder alcanzarlo.

¿Y ahora qué hago, eh? ¿Qué tengo que hacer? El marido muerto. La madre viva. Y los hijos que deberían serlo todo para ella. Pero no lo son. No. No lo son. ¿Qué tengo que hacer, madre? ¿Qué tengo que hacer?, mientras contemplaba cómo dormía. Sí, tiene razón la gente, madre; fui tres veces al despacho del director. Tres.

¿Tres veces? ¿Tres? El tintineo de las pulseras de la señora Boix mientras levantaba tres dedos de la mano quedó ahogado por la tos persistente y oportuna de Gertrudis.

No era la primera vez que la Directora, a través de Bernat, mandaba a buscar a la secretaria de su marido un miércoles a la hora de comer. La discreción recomendaba aquel día y aquella hora, ya que según qué es mejor que no lo sepa según quién.

Era un hecho bastante conocido por todos que, hiciese el tiempo que hiciese, todos los miércoles el señor Viladomat, acompañado de su chófer, subía a la Colonia a media mañana y no se iba hasta la noche. Y que buena parte del tiempo lo pasaba encerrado en el despacho con el señor Boix, ejerciendo las funciones de amo y gerente, que eran las que le correspondían y para las que había sido educado. Solo se permitían un descanso a la hora de comer. Una comida que tenía lugar en la torre grande. Y, según había contado Adela en alguna ocasión —muy bajito y solo a personas de toda confianza—, aunque fuese en el comedor pequeño, como el señor Boix era muy remilgado con la comida, le daba mucho trabajo.

Tampoco era la primera vez que la Directora recibía a la secretaria de su marido en la salita de atrás, la que daba al bosquecillo, lejos de la entrada principal y de miradas indiscretas. El primer día que fue, Gertrudis quedó extasiada observando las cortinas de cretona floreada, recogidas a ambos lados de la ventana, a juego con la tapicería de los sofás y con la mesita del centro forrada por los lados. Y el éxtasis continuó al observar aquí un secreter de roble macizo y unas estanterías con figuras de porcelana, allí una pequeña biblioteca con libros multicolores, y también acuarelas enmarcadas por las paredes y... No había visto nunca nada parecido. Todo hacía pensar que en aquel sitio no podía vivir alguien que no fuera feliz. Y, por detrás del disfraz de la boca pintada, sonrió. ¿Cómo quedaría, aquí, la mesa camilla del cuarto de coser de su casa, con las faldas descoloridas y deshilachadas, el tufo del brasero y el polvo de la ceniza? ¿Y el traqueteo continuo de la máquina de coser que Rosalia pedaleaba sin tregua aprovechando las horas de sol, ya que las restricciones a menudo las dejaban a oscuras? No podía pensar en ello. Estaba prohibido pensar. Aunque lo que más le había llamado la atención ese primer día fue una labor empezada encima de la mesilla; no se imaginaba a la señora Boix haciendo punto de media. Después de unas cuantas visitas se percató de que la labor se encontraba siempre en el mismo punto. Más tarde supo por una de las criadas que eran ellas las que todos los días, cuando quitaban el polvo, se encargaban de enderezar las agujas con mucho cuidado y dejar la labor en el mismo sitio como si fuera un descuido.

Y ahora Gertrudis, de reojo, miró las agujas y se puso la mano en la boca para disimular la tos cuando oyó lo que decía la señora. Fueron tres veces, ¿no? Las pulseras habían dejado de tintinear. Por un instante, la señora se quedó quieta, estática. Solo en un rincón de sus ojos podía verse la excitación mientras los párpados con las pestañas pegadas por el rímel se movían a sacudidas. Las de Gertrudis se

movían al mismo ritmo cuando se atrevió a mirarla para decirle sí, señora. Siéntese, por favor. Ella siguió parpadeando sin moverse. Siéntese, haga el favor. Y entonces se sentó; en la punta del sofá, con la espalda bien recta, mientras hacía una mueca por el sol que le venía a la cara, y delante de donde se sentaba la señora desde el principio de la conversación.

Con la misma desgana con que uno mira los cromos repetidos, Gertrudis la observaba simulando que no la miraba e iba contestando a las preguntas a ritmo de interrogatorio que la señora le dirigía. Con palabras estudiadas y pausas oportunas, llevaba la conversación por los caminos de la conveniencia habitual. La señora quería saberlo todo. Todo. Y la secretaria del director le iba contando todo lo que podía explicarle sin perder de vista con quién tendría que vérselas en caso de un resbalón. Aunque tenía práctica, no podía evitar que le temblasen los nervios. Y la Directora, con un mohín que pretendía ser media sonrisa, contemplaba el rayo de sol que poco a poco se había ido desplazando por la habitación. El lado donde se sentaban las dos mujeres quedaba ya dentro de la sombra, pero la señora todavía no tenía bastante. No tenía bastante con saber qué había pasado, también quería saber qué decía la gente que había pasado.

—¿Y qué dice la gente? —Sin perder la sonrisa desmochada y con el deje de suficiencia acostumbrado—: ¿Le importaría mirarme cuando le hablo? Así me gusta. Le preguntaba qué dice la gente.

—No lo sé, señora. —Cabeza inclinada hacia abajo, actitud sumisa.

—Ah, ¿no lo sabe? Señorita, que nos conocemos —la miró de arriba abajo. Aquella fulana no sabía con quién se las veía—, que a usted no se le escapa nada, ni de lo que se dice en el despacho ni de lo que se dice fuera.

—Yo... solo le he dicho la verd...

—¿Y quién habla de la verdad, aquí? Lo que yo le he preguntado es qué dice la gente.

Ni palabras estudiadas, ni pausas, ni todos los señoritas, iban a arrancar más información de la fulana, que sí que sabía con quién se las veía. Como también sabía que la señora no ignoraba cómo se distraía su marido en horas de oficina, que ella no había sido la primera en distraerlo ni tampoco sería la última. Pero, ahora, el callemos-porque-nos-conviene a que jugaban desde hacía años se había trastocado. La llegada al escenario, a traición, de la viuda, hacía tambalearse los principios más sagrados del contrato nunca escrito y siempre respetado al que se habían sometido de grado por fuerza.

La secretaria-amante e informadora-confidente de los habitantes de la torre pequeña estaba segura de que el problema no era qué decía la gente, sino lo que había pasado en aquella tercera visita de la viuda del señor Claret —¡qué pena!, él sí que era un señor de verdad— aquella noche en el despacho del señor Boix. ¿Qué había ocurrido? Ella tampoco lo sabía exactamente. El cabrón del director se había ocupado de echarla con un váyase a casa y descanse que mañana vamos a tener mucho trabajo.

Cli..., el señor Palau se había ido antes que ella. Al día siguiente, cuando le preguntó a Quico, no había podido sacarle nada; aquel tipo solo abría la boca para lo que le convenía. Con Serafí Garcia ya hacía años que se hablaban lo justo. Y Mercè, antes de hablar siempre miraba a su padre, y Serafí, con un gesto, le indicaba lo que podía decir y lo que tenía que callar. Y aquel día la niña, pobrecita, calló. Malo. Daba mala espina. Y estaba preocupada. Muy preocupada. Nunca había visto al director tan exaltado, tan fuera de sí por una mujer. Y aunque todo aquello fuese negativo para ella —bien lo sabía, hacía días que pagaba las consecuencias—, era mucho peor para su mujer, aunque ella diera a entender que solo le preocupaba lo que dijera la gente. ¡Y qué más! No diría lo mismo si hubiese visto cómo salió la viuda del despacho de su señor marido aquella noche. Ella, después de que el director la hubiera mandado a casa y mientras cenaba bajo la mirada de una Rosalia interrogante y suspicaz —siempre se comportaba así ante su mutismo—, tuvo un arrebató que la hizo levantarse de la mesa con precipitación y decirle a su hermana que se había olvidado de ordenar unos papeles y que volvía a la fábrica. Mientras se ponía la chaqueta, tuvo que oír las quejas habituales de Rosalia invocando el castigo de Dios por su vida pecaminosa. Cuando llegó a la oficina ya no había nadie. Solo oyó un rumor de pasos que venían del despacho del director y la puerta que se abría, y apareció la viuda, más colorada que un tomate, abrochándose la blusa mientras el señor Boix, de espaldas, miraba por la ventana. Cuando ella entró, él se volvió y, al percatarse de su presencia, se apartó los cuatro pelos que le quedaban y que inexplicablemente estaban fuera de lugar. Con expresión enloquecida la agarró por las muñecas. Lo que pasó después lo tenía archivado en la memoria del olvido.

Con la misma actitud sumisa, dejó de mirar al suelo para dar un repaso a las paredes altas y al techo impecable con molduras de yeso ocultando una sonrisa maliciosa. La señora todavía esperaba una respuesta. Aún espera que le conteste, la hijadep... ¡Que se joda! ¿Qué se ha creído? ¡Ahora venga, ahora siéntese, ahora haga el favor de mirarme, ahora ya puede irse!

—Pues ya puede irse. —Se levantó y con un gesto le señaló la salida.

—Sí, señora. —Cuando estuvo en la puerta, se medio volvió con una pequeña reverencia.

La señora apartó un poco las cortinas y la observó mientras bajaba por un caminito que se había abierto de tanto pasar por allí y que atravesaba los pinos de detrás de la torre. Miró como iba bajando poco a poco, obligada por la altura de los tacones, con el cuerpo inclinado hacia delante por miedo a resbalar. ¡Infeliz! ¿No te das cuenta de que hay resbalones que podrían hacerte más daño? Siguió mirando hasta que la casita de las herramientas le tapó la visión. ¡Esa casita!, ¡no sé por qué no la he hecho derribar, no hace más que molestar! Y se imaginó cómo seguía bajando con la misma lentitud. ¡Pobre chica! ¿Cómo se te ha ocurrido que me puedes engañar a mí? ¡A mí! Te crees que callando harás méritos. ¿Qué méritos? ¿No te has dado cuenta de que esta vez es diferente? ¿Que no podemos distraernos? ¿Que si nos

descuidamos esa putilla con cara de mártir mandará a hacer puñetas la estabilidad y la honorabilidad de una familia cristiana que con tantos esfuerzos hemos preservado?

Ella, a su Àlfred —lo pronunciaba con acento en la A desde que lo había oído en una película— lo conocía muy bien. Como también le conocía el rosario de amantes que había ido desgranando desde que pasó todo aquello. Con el tiempo, incluso había aprendido a clasificarlas según la importancia y la duración —sin caer en la vulgaridad de aquella teoría tan extendida de la catedral y las capillitas—. A menudo, durante las tardes ociosas, medio tumbada en el sofá y contemplando la labor que jamás acabaría, repasaba la lista, mientras se limaba las uñas entre sorbo y sorbo de té: contadas a ojo, encontraba a las ocasionales, de importancia mínima y duración cero. Las de conveniencia, de importancia escasa y duración conveniente. Y las fijas, de importancia relativa y duración indefinida. ¿O quizá podría decir hasta que surgía la sustituta? Al principio, ella había creído que la viuda podía ser una de esas sustitutas, pero ni bajo este supuesto acababa de convencerla. Una viuda con hijos y sin relación directa, pongamos por caso, como el hecho de trabajar dentro de la fábrica..., no veía que pudiese mantener la discreción que requería un asunto tan delicado. Su Àlfred, después del amo, era la persona más importante y distinguida de la Colonia y tenía la obligación de guardar ciertas formas. Él era consciente de eso. Y, hasta entonces, siempre las había guardado. Hasta entonces. Hasta entonces ella también, cuando le convenía, había enviado a buscar a la... señorita Gertrudis para poner orden y controlar la situación mientras intercambiaban verdades a medias y mentiras disfrazadas de sinceridad. Y también, hasta entonces, cuando a ella le entraba el mal de la noche, su Àlfred no le había fallado nunca. Nunca. Hasta entonces.

Nunca, hasta entonces, habría podido imaginárselo. Por mucho que la tuviese delante, le resultaba increíble. ¿Cómo una persona podía convertirse en lo que veían sus ojos? Lo había oído decir. Muchas veces lo había oído decir. Desde que le dio la embolia —había perdido ya la cuenta del tiempo que hacía—, la gente no paraba de decirlo, que Quitèria estaba desconocida, que se había adelgazado tanto que su cuerpo era un mero pingajo. Pero él no la había visto, nunca. Hasta entonces. Y eso que iba a menudo a su casa, sobre todo en invierno, a llevarle leña y carbón. A veces la había oído gritar, pero no la veía. Y ojalá tampoco la hubiera visto hoy. El día antes, cuando el señor Boix lo mandó a buscar para decirle que tenía que ayudar a la señora Claret a hacer la mudanza, tuvo un mal presentimiento. El simple hecho de ponerla en la silla de ruedas —prestada por el hospital del pueblo para la ocasión— ya fue un trastorno. Cuesta mucho transportar un peso muerto. Muerto, sí. El cuerpo de Quitèria era un manojo de huesos con colgajos. Muerto. Aunque, según decía su hija, a veces la excitación le hacía mover los brazos de manera convulsiva, no se le veía vida por ninguna parte. Solo los ojos, hundidos y turbios, colmados de preguntas, no paraban de moverse. ¿Cómo va eso, Quitèria?, le dijo con la secreta esperanza de que lo reconociese. ¿Cómo va?, volvió a decir mientras ayudaba a Teresa a sacarla de la cama con grandes esfuerzos. Y Quitèria, con la cara pálida y los ojos hundidos, inquieta y desorientada, lo miró. Solo un momento. Pero él tuvo la sensación de que sí, que lo conocía. Allí donde te llevamos ahora, le dijo, animado, también estarás bien; ya verás, también estarás bien. Y ella volvió a mirarlo. Como aquel lunes que lavaba en el lavadero grande y le cayó la pastilla de jabón dentro. ¡Cómo han cambiado las cosas desde entonces! Él esperaba los lunes como el santo advenimiento. Desde que lo habían cubierto, el lavadero tenía más parroquia. Su madre le había contado que antes, en invierno, se formaba medio palmo de hielo y tenían que romperlo con el picador para poder aclarar la ropa. Pero, ahora, ese cobertizo de paredes gruesas, grandes ventanales y el chorro de agua corriente que bajaba acanalado por un tubo desde el techo hacía que el invierno fuera más llevadero. Y qué alegría ver a las mujeres con el cesto y el picador, instaladas en el lavadero haciendo la colada y arreglando el mundo. De las pocas novedades que él todavía no sabía, el lunes acababa de ponerse al corriente desde el otro lado de los ventanales. Y qué gozada para la vista, aquella abundancia de piernas que algunas enseñaban hasta más allá de donde terminan las medias mientras aclaraban la ropa junto con las miserias. Aquel lunes, cuando entró al oír el griterío de las mujeres, ella ya se había subido una manga a pesar de la helada que caía y, con el brazo dentro del lavadero, intentaba sacar la pastilla del agua; un agua enturbiada por las horas de colada. Y no lo conseguía. Y pasaba el rato. Y aumentaba la angustia. Y allí dentro el jabón se deshacía sin remedio. ¡Que se te funde el jabón, Quitèria!, decía un alma caritativa al tiempo que escondía el suyo detrás del cesto. ¡Vaya si lo sé, maldita sea!,

gimoteaba Quitèria. Y se abalanzaba haciendo equilibrios hacia el agua. No te afanes, que no lo vas a encontrar, soltaba la optimista oficial de la Colonia. Y Quitèria se deshacía con el jabón cuando recordaba que era la única pastilla que tenía y que, hasta que cobrasen los quince duros de final de mes, no podía comprar otra. Y entonces fue cuando lo miró a él. Sin decir ni una palabra. Sin tan siquiera abrir la boca. Y él, que nunca había necesitado ni una palabra para entender la mirada de aquella mujer, corrió como un loco hacia los huertos, cogió las primeras horquillas que encontró sin pedir permiso a nadie, se subió al borde del lavadero y lo recorrió de un lado a otro desafiando el peligro de resbalar y las salpicaduras del chorro que bajaba del techo y se puso a pinchar el agua hasta que en un enristre acertó de lleno —siempre había sospechado que por casualidad— la pastilla de jabón y la sacó con tal prontitud y solemnidad que por un instante se creyó Neptuno saliendo de las aguas. Los ¡ooooh! y los ¡aaaah! de las mujeres que habían dejado la colada para no perderse detalle de la aventura del rescate se mezclaron con las felicitaciones por el éxito obtenido. Y Neptuno, con un bote ágil y majestuoso, bajó del lavadero dispuesto a ofrecer el trofeo a la dama de sus sueños sin reparar ni en los pantalones mojados, ni en el frío, ni en Cinto, que acababa de entrar porque en una Colonia se sabe todo enseguida y ya le habían informado de las tribulaciones de su mujer. Ella, al verle, se abrazó a él y se echó a llorar. Tanto rato de nervios, por un lado u otro tenían que salir. La emoción del abrazo le hizo olvidarse de dar las gracias al héroe momentáneo por la gesta con la que se había jugado la salud y quizá la vida. Eso es lo que pensaba después, solo en su casa, entre estornudo y estornudo, abrigado con una manta al amor de la lumbre mientras palpaba los pantalones, que todavía estaban húmedos.

Quedaban lejos aquellos lunes. Y volvió a mirar los ojos hundidos y turbios de la mujer que le había acompañado en la mayoría de sus sueños nocturnos de hombre solo. Quizá en aquel momento también lo había soñado, que lo miraba. Y sacudiendo la cabeza empujó la silla prestada y la dejó en la cocina, donde Teresa faenaba. A él también le quedaba mucho que hacer antes de llevar a Quitèria a la otra casa. Y se puso a desmontar la cama. La cama. La cama que ella había compartido con Cinto durante todos los años de casada. La cama donde, sin duda, habían vivido momentos que hubiera querido para él. Y desenroscaba, a tirones, los tornillos que sujetaban los travesaños a la cabecera, una cabecera de barrotes de madera que seguramente había barnizado Cinto. Unos barrotes de madera en los que él adivinaba regueros de sudor. Un sudor quién sabe si provocado por momentos de angustia o de placer. Quién sabe. Y apoyaba en la pared los travesaños, el cabezal, el somier, el colchón. Y venga a envolver muebles. Y venga a liar hatos. Pero allí no había nada que fuera suyo; ni hatos, ni muebles, ni sudor, ni recuerdos. Nada. Todo lo que goteaba de aquellas paredes, todo, olía a casa forastera.

Habían decidido Teresa y él que harían el traslado a primera hora de la tarde, cuando los niños estaban en la escuela, los del segundo turno todavía trabajaban y los

del primero, con un poco de suerte, tal vez dormían la siesta.

Y hubieran tenido suerte de no haber sido porque Lola, la mujer de Serafí Garcia, aquel día tenía hora en el médico del pueblo y en aquel preciso instante corría hacia la carretera para tomar el coche de línea de la tarde. De no haber sido por las vecinas de enfrente, que hacía días que se lo olían y se pasaban muchos ratos mirando desde detrás de la persiana. Y de no haber sido también por el mosén, que sabiendo como sabía el día y la hora del traslado —la dirección de la fábrica siempre le informaba de cualquier novedad que afectase a sus feligreses—, acertó la siesta y se presentó, diligente. Quería ofrecer a la viuda toda la ayuda espiritual que le hiciese falta.

Y mosén Josep, espiritualmente sentado y bien repantigado en el sillón del comedor —el sillón que la viuda de Isidre Claret no podía llevarse porque era del amo—, con el cigarrillo baboso a un lado de la boca, contemplaba cómo Bernat iba llevando paquetes y muebles envueltos hacia fuera, donde le esperaba la *Moreua* con el carro limpio para la ocasión.

La elección del carro —pensaba Bernat— también había sido un buen problema. No podía utilizar el de recoger la basura. Tampoco la tartana que enganchaba para el mosén cuando iba a visitar a los enfermos de las casas de campo de los alrededores. El de los muertos, ni se le pasó por la cabeza. Solo quedaba el de repartir leña y carbón. Y le costó dejarlo limpio. El día antes por la noche, cuando casi todo el mundo dormía, él, encerrado en el almacén del patio de la tienda donde guardaban todos los carros, con un cepillo enjabonado repasaba los trozos tiznados. Y ese día la *Moreua*, delante de la casa del escribiente principal, con un carro que había perdido el olor de siempre, resoplaba más que de costumbre. Aunque su amo le había atado el morral con un puñado de algarrobas para entretenerla, a ella no le pasaba por alto la manera como él arrastraba los pies, se secaba el sudor de la frente con el brazo y evitaba mirarla. Cada paquete que cargaba hasta el carro, un traqueteo, cada traqueteo un pellizco en el costillar, cada pellizco un escalofrío que le decía que no iban bien, que ese día la cosa no iba nada bien. Mientras tanto, el carro se iba llenando.

El mosén observaba las idas y venidas de Bernat con benevolencia. Lo tenía por una oveja descarriada, aunque hoy demostrase que era capaz de ayudar al prójimo. Claro que era porque se lo habían mandado, pero al menos lo hacía con eficacia. Y, dándole un golpecito indulgente en la espalda, le dijo no te canses mucho; después miró a Teresa: yo rezaré por todos vosotros, y, hundiendo las manos dentro de aquellos bolsillos que no se acababan nunca, se fue a preparar el santo Rosario de la noche; el mes de junio estaba dedicado al Sagrado Corazón y aún no tenía el sermón a punto. Además, se acercaba la fiesta del Corpus y le quedaba mucho por hacer.

Cuando Bernat hubo hecho el primer viaje, a los mirones de la primera tanda ya se habían sumado los que iban a regar el huerto y los que venían de comprar, los que no tenían nada que hacer y los que simulaban hacer algo. El mundo de la Colonia se había detenido mientras unos ojos curiosos escudriñaban qué transportaba el carro desde la casa del escribiente principal hasta la que habían arreglado para la viuda. ¡Y

no han escatimado esfuerzos para aviarla!, decían algunos; ve a saber por qué, añadían otros. Y Bernat, que ya hacía rato que notaba el aguijón de las miradas detrás de las persianas, mientras guiaba a la *Moreua* en el tercer viaje, siguió su camino sin levantar los ojos del suelo para evitar que se le escapara alguna maldición; ¡cagoendiez, gentuza! Y la gente, en la calle, acomodada, ya no se preocupaba de disimular el motivo por el que había dejado a un lado las obligaciones para perder el tiempo de una manera tan descarada.

Sobre todo Lola, que, además de la tarde, había perdido el coche de línea y la oportunidad de saber cuál era la causa de aquel dolor de cabeza que hacía noches que le impedía dormir, y todo por mirar cómo vaciaban aquel piso. La segunda vez que tenía que morderse la rabia cuando veía que lo ocupaban los que menos se lo merecían. Primero fue aquel forastero de Isidre Claret. Recomendado del amo, dijeron. ¡Recomendado! ¡Y tan recomendado! ¿Qué podía hacer el amo con un hijo bastardo sino recomendarlo? Aunque había quien lo negaba, ella lo sabía seguro; le había llegado la noticia de muy buena fuente. Y, mientras tanto, su marido arrinconado, sin que nadie lo valorase como se merecía. Y no es que ella no le diese buenos consejos. Siempre que tenía ocasión, aprovechaba para repetirle, con el orgullo y el acento que había heredado de su abuela valenciana: Serafí, rey, tienes que hacerte respetar, hombre; tienes que hacerte respetar. Pero no sirvió de nada. Esta vez tampoco. Dentro de poco tendría que ver como Matilde, también forastera, ocupaba el sitio que le correspondía a ella y solo a ella y que hacía tantos años que esperaba. El portazo que dio cuando entró en su casa ensanchó una grieta del recibidor tan antigua como su espera.

Manel y Fina no se habían movido de la tienda. Hacía años que habían aprendido el oficio de estar a buenas con todo el mundo sin molestar a nadie. Aparte de que se compadecía mejor con su manera de hacer, siempre habían sacado un buen rendimiento de ello.

Con el trabajo que tenía haciendo paquetes, aquella tarde Matilde no había podido salir. Si no había contratiempos, el cambio de piso sería pronto. Según le había dicho el señor Boix, la casa estaba impecable y solo necesitaba una mano de pintura. Como los pintores se habían comprometido a tenerla lista en tres días, ella calculaba que antes de una semana podrían instalarse.

Joan y Filomena no se habían movido de casa, tampoco. Estaban en su habitación; él, con las cartas esparcidas sobre la cama, hacía solitarios, y ella, rezando en voz baja, pensaba en aquellos chiquillos, pobrecitos, primero habían perdido al padre y ahora, ahora... Y se enjugaba una lágrima de espaldas a su marido.

Abajo, en la fábrica, también en la oficina se cernía la agitación del traslado. Mientras Mercè se escondía detrás de unos papeles, Serafí Garcia se desahogaba martilleando a preguntas, ora a Quico, que encogía los hombros, ora a Gertrudis, que lo escuchaba con una sonrisa indefinida.

—¿Así que ya tiene el nido arreglado, la viuda? —Se había puesto en pie. El

diente de oro le brillaba cada vez que simulaba una sonrisa maliciosa—. ¿No os parece que se han dado mucha prisa? —Subiéndose las mangas del guardapolvo. Se aflojó la corbata. No sabía si alguien más había notado aquella subida de temperatura—. ¿Quién tenía tanta prisa, eh? ¿Alguien lo sabe? ¿Eh? ¿Alguien puede decírmelo? ¿Y quién será el primero que visitará el nido de...?

—¡Serafí!

—Dígame, Clim..., señor Palau...

—Todavía no me ha traído la hoja de rendimiento de los telares automáticos —dijo desde su despacho.

—Se la llevaré mañana —se acercó a la puerta de vidrio esmerilado—, mañana a primera hora sin falta...

—Lo siento —con un tono que no admitía réplica—, pero tendrá que ser hoy.

Y Serafí Rey Tienes Que Hacerte Respetar, a quien aún le faltaba mucho para terminar el trabajo y ya se veía volviendo a hacer horas extra sin cobrarlas, dijo:

—Sí, señor.

Al anoecer, Bernat esperaba que el hambre obligase a ir a cenar a los cuatro curiosos que seguían sentados allí fuera. Al sol de junio le costaba irse, igual que a la gente. Pero a él le daba igual. Esperaría. Esperaría el tiempo que hiciese falta. Había apagado las luces para que todo el mundo pensase que no quedaba nadie allí.

Teresa y los chicos ya estaban en el piso nuevo. El piso nuevo, decía Sidret sin alegría; ¿hoy dormiremos ya en el piso nuevo, mamá? Sí, había dicho Teresa, agarrándolos a los dos bien fuerte de la mano y dirigiéndose hacia la puerta. Antes, sin embargo, le había pedido si podía esperar para llevarse a su madre cuando no quedase nadie en la calle. Y él dijo que sí. Y todavía seguía allí. A oscuras. Esperando. Y, mientras esperaba, se dio cuenta de que había una ventana abierta que de vez en cuando chirriaba. Habría querido cerrarla, pero no se movió por miedo a que lo viera alguien. Y la espera siguió hasta que oyó que ella tosía; sin atreverse a mirarla, le secó las babas al tiempo que le acariciaba el revés de una mano, zurcido de venas azuladas. Después, nada más. No oyó nada que no fuera el silencio ni vio nada que no fuese la penumbra. Y, entre la oscuridad, un vacío. Un vacío que él hubiera querido llenar de palabras y se percató de que no podía. No podía decirle hasta qué punto se sentía culpable de las desgracias de su familia. No podía decirle que, a pesar de haberla amado toda la vida, había sido incapaz de evitar a su hija el sufrimiento de aquel momento. No. No podía. Y calló. Calló porque no tenía respuestas para aquellos ojos extraviados y colmados de preguntas.

Y, poco a poco, el olor de los remordimientos atravesó la ventana abierta que chirriaba de vez en cuando.

De vez en cuando dejaba de pedalear la máquina de coser y escuchaba. Otra vez los gritos. Los tenía metidos en el cerebro. Y apenas hacía un par de semanas que se oían. Observó la longitud de tela que le quedaba todavía por respuntar. ¡Uf! Estaba hasta la coronilla. No tenía que haberse comprometido a coser aquellas piezas para engalanar la calle. Todos los años por el Corpus se encontraba con lo mismo. Y todos los años decía no me volverá a pasar, pero como no sabía decir que no —¿quién podía decirle que no al mosén?—, pues, ¡hala!, aquí tenemos a la burra de Rosalia dale que te dale respunteando, mientras los vestidos que debían estar listos para la Fiesta Mayor se le retrasaban. Claro que la festividad del Corpus era un día alegre, de fraternidad; si se dejaban de lado las disputas, insignificantes, para ver qué vecinos conseguirían un mejor resultado, daba gusto ver a todo el mundo trabajando, cada uno con lo que podía, para dejar engalanada su calle. Casi siempre ganaban ellos. Y eso era gracias a Pepito. Todos los años aportaba nuevas ideas, tanto para la alfombra de punta a punta de la calle como para confeccionar el altar. Dejó encima de la mesa camilla la montaña de ropa que tenía sobre la falda. Necesitaba respirar y salir a la galería. Aún había bastante luz para ver de lejos y sin esfuerzo el río que bajaba de color marrón y más crecido por culpa de las lluvias de los últimos días. Un poco más cerca, las eras bien alineadas de los huertos, que parecían un mantel gigante hecho con la simetría del punto de cruz, despedían un olor a tierra húmeda, a verdura fresca, a fruta a medio madurar. Se asomó a la barandilla de la galería y miró el tendedero del piso de abajo. Los ojos se le pasearon por la ropa tendida. Sin duda, eso de mirar los tendederos era una manía. Quizá le venía de haber oído decir a su madre tantas veces que por la manera de tender la ropa podía saberse cómo era una persona. Volvió a mirarla. Sonrió. Si hubiese un concurso de tender ropa, sin duda la vecina se llevaría el primer premio. Lástima de los gritos. Aún estuvo un buen rato en la galería. Ya anochecía cuando oyó que llegaba Gertrudis. El ¡patapam! de la puerta y el taconeo que resonaba en las baldosas del comedor le hicieron saber que aquel día —como solía suceder últimamente— la cena no iba a ser muy plácida. Sin embargo, el ruido de la entrada se desvanecía a veces en cuanto había atravesado la salita y se encerraba en su habitación. Pero aquella noche no hubo suerte. Al cabo de poco rato volvió a salir, a toda prisa, mientras gritaba:

—¿Todavía no hay luz?

—No lo sé... —Prendió el interruptor de lazo y lo hizo girar sin éxito.

—¿Qué quiere decir que no lo sabes? ¿Dónde estabas? —Intuía que no tenía derecho alguno a hacer aquel interrogatorio y que el tono tampoco era el adecuado.

—¿Y por qué gritas de esa manera? —Con voz contenida, serena. Un anhelo de armonía la obligaba a simular comprensión.

La oscuridad se había ido apoderando de la casa. Ni siquiera se veían las caras. A tientas, Rosalia cogió la palmatoria que tenían a mano, encima del aparador, encendió

una cerilla, la acercó al pábilo ennegrecido de la vela medio gastada, esperó a que se avivase y, protegiéndola con la palma de la mano, la dejó en el centro de la mesa. Se habían sentado una delante de la otra y se contemplaron con los ojos deslumbrados; una resignada, la otra avergonzada. Todavía tardaron un rato en romper el silencio.

—Perdona, no he tenido muy buen día...

—Dejémoslo. —Mientras se levantaba—. ¿Qué quieres cenar?

—No tengo hambre.

—Hay tortilla de patatas de este mediodía. Había pensado hacer un poco de pan con tomate y...

—Bueno.

Rosalía, con la palmatoria en la mano, se adentró en la oscuridad de la cocina. Fue entonces cuando se oyó otro grito. Ya estamos otra vez. Oyó como Gertrudis decía no sé qué de tener malos vecinos. Y eso sí que no. Por aquí no paso, le dijo mientras, bruscamente, dejaba encima de la mesa los platos con el pan con tomate y la tortilla. Aprovechando el resplandor que venía de la cocina, Gertrudis se levantó para llenar una botella de gaseosa de agua del grifo, cogió dos vasos del armario, los tenedores y las servilletas enrolladas dentro de una argolla, y volvió a su sitio. Mientras tanto, Rosalía había devuelto la palmatoria al centro de la mesa. Se miraron. Las caras de las dos mujeres quedaban iluminadas de manera intermitente por la luz amarilla y azul de la vela que, temblorosa, se inclinaba hacia un lado y hacia otro mientras un hilo de humo se elevaba envolviendo el tintineo de los tenedores cuando tocaban el plato. Y el olor a cera quemada se mezcló con el del pan con tomate y la tortilla. Hasta que otro grito hizo levantar a Gertrudis de un salto y tirar la servilleta sobre la mesa.

—¡No puedo más! —Y se fue hacia la puerta de la calle.

—¿Adónde vas?

—¿A ti qué te parece?

—¿Y qué le dirás?

—No sé. Lo primero que se me ocurra.

—Pobre Teresa...

—¡Ya está, ya me extrañaba a mí que no saliese antes la pobre Teresa! ¡Estoy harta, harta de la pobre Teresa! —Y se quedó quieta, a dos pasos de la puerta.

Rosalía, una vez más, tenía que preguntarse de dónde había sacado su hermana esa amargura, ese rencor. ¿Cómo era posible que las hubiese parido la misma madre? ¿Que las hubiese alimentado la misma leche? Y se esforzaba por recordar a una Gertrudis risueña, inocente, cuando todavía vivían en el pueblo y empezó a estudiar comercio, porque decía que quería hacer de secretaria como la protagonista de una película que había visto poco antes. Y cómo ella, en el papel de hermana mayor, la animaba, igual que su madre, a seguir. ¡Y lo consiguió! Recordaba a su madre — entonces ya vivían en la Colonia— feliz, presumiendo de tener dos hijas, una modista y la otra secretaria, las dos trabajadoras, limpias y ordenadas. Las dos prometidas, y

una de ellas a punto de casarse. Pero vino la guerra. La guerra. Sí, la guerra. Una guerra que segó tantas vidas, que durmió tantas conciencias, que heló tantos corazones. Una guerra que hirió de muerte a tantas familias. Ella todavía no sabía quién tenía razón. Solo sabía que en su cuarto, dentro de un baúl, había unas sábanas de matrimonio por estrenar y un vestido de novia hilvanado en el que, cuando lo veía lleno de arrugas y amarillento, le parecía ver la cara de tantas chicas como ellas que habían perdido la oportunidad de ser mujeres, mujeres de verdad. Pero gracias a Dios había salido adelante. Sí, Dios Nuestro Señor la había ayudado a seguir viviendo. Esa era la diferencia entre ellas dos: Gertrudis le había vuelto la espalda como si Él fuera el responsable de todos sus males. Aunque fuese a misa los domingos, lo hacía sin fe, para quedar bien. Ella misma lo había confesado en más de una ocasión, que el director. —¡Virgensanta, el daño que le ha hecho este hombre!— todos los lunes, al llegar al despacho, hablaba del Evangelio y del sermón del domingo. Según decía ella, lo hacía para controlar que todo el mundo hubiese ido a misa. Como si ese señor —si es que se le podía llamar así— tuviese autoridad moral para controlar algo. A ella se le ponía la piel de gallina cada vez que pensaba en la vida pecaminosa que llevaba y en la manera como había arrastrado a ella a su hermana pequeña.

Y la hermana pequeña, a punto de abrir la puerta para irse, se detuvo al oír la pregunta recriminadora que le dirigía su hermana mayor.

—¿Qué te ha hecho Teresa? —Ojos aguados, rostro preocupado—. Es buena chica. Tú lo sabes tan bien como yo. La conocemos de toda la vida. ¿O es que ya no te acuerdas de cuando venía a casa a aprender a coser y nos hacíamos aquellos hartones de reír?

—Los tiempos cambian. Las personas, también. —Desanduvo el camino hacia la puerta y se quedó de pie, delante de Rosalia. La luz de la vela apenas le llegaba al cuello, dejándole la cara a oscuras—. Tú hablas de una Teresa que no tiene nada que ver con la de ahora. Si supieses...

—¡No me lo creo! Ya sé qué dice la gente, pero yo no me lo creo. Tendrías que haberla visto, tendrías que haberla oído el otro día cuando subió aquí...

—¿Aquí? ¿Tuvo el atrevimiento de venir a...?

—¡Basta! ¿Qué hay de malo en venir a saludar, ahora que somos vecinas? Pobre. Lo primero que hizo fue disculparse por los gritos de su madre...

—Sabe mucho, ella, de hacer el papelón. —Seguía teniendo la cara en penumbra—. Hace dos semanas que están aquí y no hemos podido dormir una sola noche entera...

—Como si fuese culpa suya. Se ve que su madre se ha trastornado mucho con el traslado. —La luz de la vela le enrojecía la cara a trozos—. Primero tuvo que dejar su casa, después...

—No entiendo por qué la defiendes...

—¿Has oído hablar alguna vez de caridad cristiana?

Gertrudis arrugó la nariz, desanimada. Las conversaciones sobre ese tema nunca

terminaban bien. Le dolía que su hermana defendiera a los de fuera de casa y le recriminara su conducta. Siempre igual. Según ella, todo el mundo tenía derecho a la caridad cristiana, todo el mundo menos ella.

Rosalía también estaba cansada. Las piernas, doloridas de tanto pedalear todo el día, se negaban a obedecerla. Le daba pereza levantarse. Tampoco tenía ganas de discutir. Pero una Gertrudis a la defensiva, plantada delante de ella, le decía que sería inevitable. Como lo había sido el día antes y el antepasado, la semana anterior y el año pasado. Como ya era inevitable en vida de su madre. Sí. El carácter de Gertrudis había sido su gran preocupación y, seguramente, uno de los motivos que la llevó a la tumba antes de tiempo. Puso los vasos y los cubiertos encima de los platos y se entretenía en apilar unas migas de pan que se veían encima del hule, cuando oyó que Gertrudis decía:

—¿Por qué me habrá tocado una hermana tan beata y santurrona?

—Esa beata, como tú dices, te pone el plato en la mesa, te lava la ropa, te...

—¡Ya estamos! ¡Ya estamos! ¡Además de beata, virgen y mártir! Claro que... —
Calla, calla o tendrás que arrepentirte—, claro que..., lo de virgen, si es que lo eres, será a la fuerza, ¿no?

La Virgenalafuerza se levantó de un salto, sacó del aparador una botella de aguardiente doméstico y un vasito pequeño, lo llenó hasta arriba y se lo bebió de un trago.

—No tanto como tú eres una ramera por gusto —mientras se le acercaba con la botella en una mano y el vaso vacío en la otra. Después volvió a llenarlo.

Gertrudis se apartó. El tufillo de anís la mareaba. Y, más que verla, se imaginó a su hermana entre sombras, con la bata de estar por casa, descolorida. Con unas caderas prominentes y blandas que destacaban por culpa del lazo del delantal que le estrechaba la cintura. Y las piernas cubiertas con las medias de algodón áspero, y los cabellos teñidos de un negro azulado, rizados por fuerza con la permanente, tres veces al año.

—¡Envidia puñetera! —A Gertrudis le restallaban los dientes—. ¡Envidia puñetera!

—¿Envidia, yo? —Reía. Ya se había echado al colete el quinto vaso de aguardiente—. ¿Envidia, yo? —Volvió a reír hasta que un espasmo le arrancó la tos. Se sentó. Roja. Medio asfixiada.

Su hermana se acercó. ¿Con pena? ¿Con miedo? Cuando se abrazaba al aguardiente, Rosalía se convertía en otra mujer. Y sí, le daba miedo. Casi tanto miedo como el que se daba a sí misma.

—¿Te encuentras bien?

—¡Déjame, mala pé...! —Ya había recuperado el aliento—. Envidia, yo. Envidia ¿de qué? ¿De que todo el mundo hable mal de ti? ¿De tener que ir a menudo a la torre de tu... lo que sea, a dar explicaciones a su mujer? ¿De llegar todos los días a casa de mal humor? —Respiró hondo—. ¿De llevar unas medias de cristal que no podrías

pagar ni con todo lo que ganas en un mes? ¿De ser una pecadora? Sí, sí. Una pe-ca-do-ra. No hace falta que me mires así. —Volvió a respirar hondo—. ¿Por qué tendría que enviarte, yo?

—Porque eres una solterona resentida que cuando llega la hora de la verdad tienes que abrazarte sola a la almohada y no tienes quien te consuele ni... te riegue el huerto.

Silencio. Un silencio pesado que contagiaba tristeza. Fuera, los grillos también habían enmudecido. El aire, imperceptible, apenas hacía temblar las matas de los huertos y la ropa de los tendedores. Dentro, las dos mujeres quietas, calladas, alrededor de la luz de la vela con lágrimas de cera, goteando, apenas si respiraban. Rosalia se tapó los oídos para no oír tanta quietud. Después se levantó, cogió la palmatoria sin darse cuenta de que dejaba a Gertrudis a oscuras y se encerró en su habitación.

Todavía le duraban los vapores del aguardiente cuando se quitó de un tirón el delantal, la bata y la combinación y se sentó en la cama camera arrimada a la pared para sacarse las medias; las enroscaba hacia abajo dejando al descubierto unas piernas lechosas con el vello erizado. Unas piernas que ni las medias finas de Gertrudis habrían podido arreglar. Con las alpargatas como chancletas, se acercó al armario, abrió la puerta y se miró al espejo. Poco a poco, se quitó el sujetador. Los pechos, que se le habían marchitado de no usarlos, reposaban sobre el estómago con los pezones mirando al suelo. Y se acordó de su Quim, cuando ya eran prometidos. De las veces que se los había querido tocar —entonces aún los tenía duros, con los pezones animados— y ella no lo había permitido. Era pecado. Eso decía su madre. Y de aquella vez que la cogió desprevenida, le desabrochó un botón de la blusa y le agarró uno. El derecho. Se lo tocó. Sintió el mismo escalofrío que aquel día. No bebería más anís. Al día siguiente, cuando se fue a confesar, mosén Josep también le dijo —después de pedirle que le explicara con pelos y señales cómo había sido— que era un pecado y de los gordos y que ya tendrían tiempo de todo después de unirse con el sacramento del matrimonio. Se equivocó de medio a medio, el mosén. Maldita guerra. Si hubiese sabido que su Quim no volvería del frente, quizá..., pero no, o quizá... Y se iba poniendo el camisón. Eso de hoy no lo diría a nadie. Ni al mosén.

De pronto, la bombilla de veinticinco protegida por una pantalla que colgaba del techo parpadeó y se quedó prendida con una luz mortecina, como solía ocurrir cuando volvía la luz. Apagó la vela medio oculta entre el charco de cera rígida. Se puso la bata encima del camisón y salió de la habitación. Giró el interruptor de lazo para apagar la luz del comedor, la de la cocina, la del pasillo. No veía a Gertrudis por ninguna parte. La puerta cerrada de su habitación indicaba que debía de haberse ido a dormir. Mejor. Necesitaba estar sola. Necesitaba pensar en su vida hilvanada. Tan hilvanada como el vestido de novia escondido dentro del baúl. Entró en el cuarto de coser y, ¡plaf!, el maniquí con la chaqueta de la señora Torras a punto para la primera prueba le recordó el trabajo atrasado. No era el momento de pensar en ello. Y

contempló la montaña de ropa que había dejado antes sobre la mesa camilla. Tendría que acabar de respuntarla si quería tenerla lista al día siguiente. Había quedado con Pepito que a primera hora se pondrían a trabajar para arreglar el altar. Él ya había hecho la estructura de madera y ella le llevaría la ropa para forrarla. Fue precisamente trabajando juntos por el Corpus cuando ella —hacía ya unos años— había empezado a fijarse en Pepito; era cálido, amable, educado, atento. Y tenían más o menos la misma edad; superaban por muy poco los cuarenta. Todavía tenían tiempo. Un eructo ahogado le devolvió el regusto del aguardiente mal digerido. Dirigiéndose a la cocina a beber agua, recogió los platos que, con la conmoción de la pelea, había dejado en la mesa del comedor, mientras se repetía que sí, que todavía tenían tiempo. Lástima de aquella chiquilla. Pobrecita Ció. Tan contrahecha. Y se bebió dos vasos de agua, uno tras otro, sin respirar. Claro que no creía que él, a quien tenía por hombre de bien, se hubiese encaprichado de aquella mocita. ¡Si casi podía ser su padre! Además, estaba segura de que el campanero no les dejaría hacer aquel disparate. Y no hablemos de la campanera, con lo unida que estaba a su Cioneta. Aunque solo fuera con el objetivo de hacer callar a Gertrudis, tendría que inventarse algo para que él se diese cuenta de que aún era una mujer de buen ver. Cuando se hubo bebido el tercer vaso de agua, volvió al cuarto de coser. Con el centímetro midió la cintura del maniquí. Después midió la suya. Torció el labio inferior en una mueca. Qué importan unos centímetros más o menos, a estas alturas.

No soportaba que entrase la humedad del río ni que saliese el ruido; a los vecinos no les incumbía lo que hiciese o dejase de hacer, y cerró el balcón. Sentada ante la máquina de coser, pedaleaba con el afán de terminar el trabajo, con el afán de acabar el día y que llegase el día siguiente. El día siguiente podía ser su día.

No era su día. Como hay dios que no era su día. ¡Malditas fiestas! Eso de encargarle el trabajo que no sabían o no querían hacer los demás ya se había convertido en una costumbre. ¡Y, encima, esa maldita mujer!, que había ido a verle no sé ya cuántas veces con los problemas del altar. ¡Para altares estaba él! Se encogió en la silla, abatido y preocupado. Hoy había visto llorar a Ció. A primera hora de la mañana, había entrado en la carpintería para decirle que aún no había podido hablar con sus padres, que lo había intentado muchas veces, pero que no se atrevía. Y él observó cómo se le humedecían las pecas de las mejillas. Y que se las enjugaba deprisa para que él no se diese cuenta. Pero lo vio. Le vio los ojos rojos, las pestañas húmedas, la boca temblorosa. Y no pudo resistirse a apretársela bien fuerte contra la suya mientras la abrazaba con los ojos cerrados. No sabía cuánto había durado. Solo que, cuando los volvió a abrir, se encontró con la mirada inquisidora de la campanera. Remei tiró de la mano buena de su hija y se puso delante de ella, protectora, mientras se encaraba con un Pepito quieto, petrificado. Y se enfadó consigo mismo por mirar al suelo, por enmudecer, por cambiar de color sin motivo, por no ser capaz de sacar a Ció de detrás de su madre y decirle es a mi lado donde tiene que estar porque lo quiere ella, porque yo también lo quiero, porque queremos vivir juntos, porque ya hace tiempo que hablamos de ello, porque ya tenemos los muebles a punto, porque ya somos mayores, porque es nuestra vida, ¡nuestra!, y nadie, nadie, tiene derecho a meterse por medio. Porque nos queremos, ¡carajo!, ¿tan difícil es entenderlo? Estaba convencido de que había llegado la hora de plantar cara, y que era una suerte que su madre los hubiese pillado, así no tendrían que esconderse más. Y levantó la cabeza con orgullo y abrió la boca, pero la mirada suplicante de Ció hizo que la volviera a cerrar, resignado. Remei empujó a su hija hacia la puerta: vete; ¡ay, tu padre cuando lo sepa! Y Ció, a punto de irse, vio a Pepito con la cabeza bien alta, vio la dignidad con que ocultaba el dolor de estar de pie sin muleta y se revolvió, desafiante: me quedo, lo que tenga que decirle a él, también puedo oírlo yo, ya soy mayor, ¡he cumplido veinticinco, madre! ¡Vete hacia casa, deprisa! ¡No!, me queeedo. La campanera no podía creerlo. ¿Quién le había sorbido el seso a su niña? A la reina de la casa. ¿Cómo podía ser que Pepito, a quien habían tratado como un hijo, se lo pagase de este modo? Y no quería ni pensar en cómo se lo tomaría Miquel cuando lo supiese. Sería capaz de... ¡Dios nos libre! No había habido jamás un escándalo de este tipo en la familia. Respiró hondo. Intentó serenarse. Vamos, Cioneta, vamos a casa; ahora tu padre tiene mucho trabajo con la procesión, pero por la noche hablaremos; los tres, cuando estemos más tranquilos. Y observó al carpintero con rencor; ¡vamos! Pepito miró a Ció, Ció miró a su madre y su madre miró a Rosalia, que acababa de entrar y los miraba a los tres: esto..., Pepito, ¿podrías venir a echarme una mano? La campanera aprovechó la interrupción para llevarse a su hija soltando un adiós precipitado. Él se sentó, resoplando. ¡Mecagoenestamujer!, ¿qué viene a hacer aquí cada dos por tres? Con la

cabeza gacha, sin mirarla: ¿qué hay, Rosalia, qué hay? La modista, buena observadora como era, intuyó que pasaba algo, y quiso hacérselo saber: ¿te has peleado con la campanera, Pepito? Él volvió a resoplar; ¡no, qué va! Con la mano se acariciaba la pierna, que le dolía. La tensión y el largo rato que había estado de pie le pasaban factura. Voy enseguida, Rosalia; vaya pasando que ya voy. Me voy si me prometes que a partir de ahora me tutearás; ¡que son muchos años de conocernos, Pepito! Y él le dijo que sí. Y se quedó solo, encogido en la silla, abatido y preocupado. No. Hoy no era un buen día.

La modista no iba del todo desencaminada en reclamar la atención de Pepito. Los últimos acontecimientos de la Colonia habían alterado la rutina de los años recientes, sobre todo en la festividad del Corpus. Empezando por el hecho de que dos puntales de la organización como eran Climent y su padre se habían ido a la otra calle. Aunque Serafí se había ofrecido enseguida para sustituirlos, los resultados no eran para animarse demasiado; todo el mundo quería mandar y nadie sabía qué tenía que hacer. Al desconcierto general se añadían los niños, que, ante la ausencia de autoridad, entre juegos y risas y el perro —este año solo faltaba el perrazo ese, decía Serafí—, echaban por tierra el trabajo hecho. En un descuido de Gertrudis, encargada desde hacía años de confeccionar la parte central de la alfombra, los chiquillos habían mezclado los pétalos de las rosas rojas con la retama. Ella, cara larga, morros de medio palmo, no paraba de repetir que con Climent eso no pasaba, mientras iba separando las flores rojas de las amarillas. Lola se acercó simulando querer ayudarla.

—Mi marido no puede estar en todas partes. ¿No te has dado cuenta de que este año todo el mundo remolonea, solo para hacerle la pascua?

—Muchas manías tienes tú...

—¡Vaya quién habla! ¡Pero si tu hermana es la primera! Se ha pasado toda la mañana de un lado a otro con un trozo de tela que nadie sabe para qué va a servir.

—Mi hermana, para que lo sepas, hace más de quince días que trabaja para...

—Y el carpintero, ¿dónde está? ¿Lo ha visto alguien, al Rengo? Los otros años, a estas horas, el altar ya estaba listo.

—¿Queréis que os ayude? —Teresa se ofrecía con un hilo de voz.

Las dos mujeres se volvieron, después se miraron y, como si se hubiesen puesto de acuerdo, dijeron al mismo tiempo:

—¡No hace falta!

—¡Teresa! —Rosalia, a dos pasos del portal donde separaban las flores, no se había perdido ni un detalle—. ¿Quieres venir, por favor? Allí arriba te necesitan. —Y, sin mirar a Gertrudis, le dijo a Lola—: Ah, por si no te habías enterado, el Rengo se llama Pepito.

Cuando se iban, encontraron a Fina cargada con una cesta llena de rosas.

—Teresa, ¿puedo contar contigo para hacer los ramos? —Fina la cogió del brazo—. Son para el altar.

—¡Claro que sí! —Agradecida, la viuda de Isidre Claret.

Pepito aún tardó en aparecer; con la cabeza gacha, pálido, distraído, cojeando más que de costumbre. Rosalia, al verlo, corrió hacia él, solícita.

—¿Te encuentras mal? —Ella no podía sacarse de la cabeza la visita de la campanera y Cioneta a la carpintería, a primera hora. Había pasado algo. La cara de *su* Pepito, aquí se sonrojó un poco, lo decía bien claro—. ¿Quieres que vaya a prepararte una manzanilla? No pareces demasiado...

—No, no, gracias. Estoy bien, estoy bien. No perdamos el tiempo. ¿Cómo ha quedado, la tarima...?

—Ven —y se acercó a él, sonrojada—, ven y lo verás tú mismo.

Rosalía se había rejuvenecido. Corría de un lado a otro, entraba, salía, se agachaba, se levantaba; para cualquier cosa iba de un extremo a otro, por cualquier cosa se echaba a reír. Aquí daba cuatro puntos al forro de la tarima para eliminar una arruga, allí enderezaba unos cojines que no habían quedado exactamente a su gusto. Para pulir unas juntas de lo alto de una arcada, se subió a una escalera de mano, a pesar de que la habían avisado de que no era muy segura. Subía y bajaba por la escalera, ligera como un gamo, hasta que uno de los travesaños cedió y ya tenemos modista, centímetro, acerico, travesaño y escalera, todo al suelo; y Fina, Teresa y Pepito, agolpados sobre ella, intentando sacar a Rosalia de aquel mal paso. Cuando por fin lo consiguieron, habían llegado ya Gertrudis, Serafí y Lola, que se acercaron corriendo al oír el alboroto. Por fuera, solo una rascada insignificante en la mano, la bata polvorienta y un desgarrón en las medias. Por dentro, una vergüenza que no habría podido ocupar ni todo el largo de la alfombra. Renqueante, cogida del brazo de su hermana, quería tranquilizar a todo el mundo con un no ha sido nada, no ha sido nada. Y mientras se iba a su casa a cambiarse las medias, se sacudía la bata para quitarle el polvo. Miraba cómo iban cayendo las motas, cómo desaparecían antes de llegar al suelo. ¿Y qué esperabas? No es más que polvo. Solo polvo. Como los sueños.

Ni el sol de junio que calentaba de lo lindo, ni las disputas ni los sustos pudieron impedir que las calles de la Colonia quedasen engalanadas, cada una según el estilo que proponía la gente que vivía en ellas. Los responsables contemplaban orgullosos el trabajo terminado mientras echaban un vistazo para comprobar que todo estuviese a punto para la procesión de la tarde en aquella festividad del Corpus Christi de 1952. Año Eucarístico.

Aparte de los amos, que ya habían anunciado su ausencia —según Adela, se ve que la señora no estaba muy fina—, no faltaba casi nadie. Empezaban la procesión tres monaguillos con dos cirios y una cruz, con los niños y el maestro detrás. Después, las niñas y las monjas, seguidas de los hombres y las mujeres. Mosén Josep cerraba la procesión —acompañado de seis monaguillos más y los niños que habían hecho la comunión aquel año— sosteniendo la Custodia con los brazos en alto, bajo palio, sujetado por el director y el escribiente principal, en primer lugar, los mayordomos en medio y los encargados en tercer lugar. Con la capa pluvial dorada,

arrastraba los pétalos de rosa y la retama de las alfombras que con tanto cuidado habían confeccionado sus feligreses. En cada calle, un altar. En cada altar, una parada. Y todo el mundo de rodillas cuando el mosén depositaba en él la Custodia y rezaba una oración en voz alta:

*Los alimentó con el mejor trigo, aleluya,
y con la miel de la peña los sació, aleluya.
¡Aleluya, aleluya, aleluya!
Canten con gozo a Dios, fortaleza nuestra,
al Dios de Jacob aclamen con júbilo.
¡Gloria al Padre!*

Y mientras, arrodillados, acompañaban en el rezo a mosén Josep, había quien miraba de reojo las guirnaldas, los altares y las alfombras de las calles vecinas para poder comparar. Ese año estaban pendientes de la calle de los mayordomos. Esperaban que, por el hecho de haberse trasladado allí Climent, el resultado mejorase, ya que —mirándose burlones— los que cortaban el bacalao no es que dejaran su calle muy bien adornada, que digamos. Y, con las rodillas aún en el suelo, disimulando el suplicio de alguna piedrecita que se les clavaba, con actitud devota, entre aleluya y aleluya comprobaron con satisfacción que la estancia del escribiente principal en la otra calle había pasado sin pena ni gloria. Mientras tanto, Climent, con el trajín de llevar el palio por primera vez, ya había olvidado la decepción que le causó el poco interés de sus vecinos por organizarse y el poco caso que hicieron de sus observaciones. La que sí que se acordaba, y con gran disgusto, era Matilde. Había esperado con tanta ilusión poder trabajar codo a codo con la señora Torras y la señora Gumfaus, y demostrar así su eficacia y experiencia, que no entendía la desidia con que se enfrentaban a los pequeños contratiempos ni la manera como —abusando de su influencia— delegaban en subordinados de sus maridos los trabajos más delicados y para los que ella se sentía preparada. Sin duda se abstuvo de mostrar contrariedad al recibir negativas sistemáticas a todas sus sugerencias. No tenían tiempo, dijeron. Lo que no tienen son ganas de dar golpe, había refunfuñado Joan tras oír las quejas de su nuera, sentado en el sillón que era del amo a la espera de la hora de comer. Ssst..., abuelo, que podría oírte alguien; y además, con la tensión alta que tienes no te conviene enfadarte; ya sabes qué dijo el médico, murmuraba Filomena mientras le hacía friegas en la pierna derecha; le preocupaba mucho la pierna derecha de su Joan.

Bajo palio, la Custodia bien alta y los bajos de la capa pluvial manchados de pétalos de rosa, mosén Josep, satisfecho del recorrido de la procesión, entraba en la iglesia por el pasillo central precedido de los niños y las niñas que habían hecho la comunión. Cèlia, que no había visto nunca de cerca la Custodia, estaba impresionada por el resplandor que emitía. ¡Es el Santísimo cuerpo de Cristo!, había dicho el mosén. ¡Aleluya, aleluya! Y ella se había vuelto a tragar el cuerpo de Cristo y había

cometido otro sacrilegio. Y no sabía a quién decírselo. Y le habría gustado irse de allí. Pero tenía al mosén demasiado cerca, a su padre al lado y la gente mirándola. Sí. Todo el mundo la observaba. Y seguro que todos lo sabían. Y la señalaban con el dedo: ¡has cometido un sacrilegio, has cometido un sacrilegio, has cometido un sacrilegio! Y, levantando la cabeza, aterrorizada, miró hacia el cielo, pero solo pudo ver a las chicas del coro que cantaban *aleluya, aleluya*.

Soltó la muleta de cualquier modo y se sentó en la primera silla que encontró. Observó las virutas de madera y el serrín que había por el suelo. Con el pie lo iba desplazando todo de un lado al otro. Entre el altar y la procesión, las prisas y todo lo demás, ni siquiera había tenido tiempo de dar un barrido. Y ya era demasiado tarde. Lo haría al día siguiente. Apagó la luz de la carpintería y se dirigía a la cocina a prepararse un poco de cena cuando una llamada a la puerta lo detuvo: ¿quién será a estas horas?, mientras quitaba el cerrojo.

—¿Puedo entrar?

Pepito buscó la muleta con la mirada. No se acordaba de dónde la había dejado.

—¿Puedo entrar? —repetía el visitante—. ¿O prefieres que lo que tengo que decirte lo oiga todo el mundo?

—Pase, pase. —Encendió la luz de la carpintería y se abalanzó sobre la muleta—. Siéntese, por favor.

—Prefiero quedarme de pie. —Y se metió las manos en los bolsillos. Unas manos carnosas que las cuerdas de las campanas habían llenado de callos.

Pepito necesitaba sentarse, pero se apoyó en la pared. Haciendo esfuerzos para mantener la serenidad, se disponía a escuchar todo lo que había ido a decirle el padre de Ció.

—Usted dirá...

—Nunca, nunca, ¿me oyes?, nunca me habría imaginado que tendría que decirte lo que te diré ahora: ¡eres un desagradecido y un malnacido!

—Por favor, Miquel. ¡Que hace muchos años que nos conocemos! Yo tampoco me podía imaginar que me diría algo así. —Dejó la muleta junto a la silla y se sentó—. No sé qué le ha contado Remei, pero le aseguro...

—¡Malnacido! —Lo cogió por la camisa y después lo soltó—. Mi mujer no miente. ¿Me oyes?, no miente.

—Yo... quiero a Ció. La quiero de verdad. Y ella también me quiere.

—¡Calla! No sé cómo he podido confiar en ti. Todos estos años has entrado en casa como uno más de la familia...

—Y es lo que quiero, ser de la familia...

—Ni lo sueñes. No te acerques más a Cioneta o todo el mundo sabrá que eres un degenerado. —Volvió a agarrarlo por la camisa—. ¿Me has entendido? —Lo obligó a levantarse—. Tú... tú... ¿te has visto bien? Solterón de los cojones. ¡Si podrías ser su padre!

—Pero no lo soy. Y si quiere decirlo a todo el mundo, yo lo ayudaré. No soy un

degenerado. La quiero y deseo casarme con ella. Quiero hacerla feliz...

—¡Calla!

—Queremos vivir juntos...

—¡¡Calla!!

—Soy un hombre normal. Y ella es una mu...

—¡Que te calles te digo!

—¿Es que no tenemos derecho a hacer lo que hace la gente normal?

—¡No quiero oírte más!

—Podríamos formar una familia y... tal vez tener hijos...

El padre de Cío se dejó caer en la silla que tenía más cerca. Apoyó la cara entre las manos. Después lo miró. Pepito estaba demasiado preocupado por sí mismo para darse cuenta de que el campanero se había vuelto viejo de golpe.

—¿Hijos?, ¿hijos de un contrahecho?

—Solo tengo problemas en una pierna. —Dudó mucho antes de continuar—. Igual que Cío los tiene en un...

—¡La niña ni la nombres! ¡Ni la nombres!

¿Cómo podían haber confiado en un desagradecido que les pagaba los favores de esta manera? ¿Cómo no se habían percatado de que era un depravado? ¿Que, sin ningún tipo de escrúpulos, con malas artes, había engatusado a su niña y a saber qué le había hecho para que ahora se alzase contra ellos sin querer escucharlos y estuviese tan fuera de sí? Porque desde la mañana estaba desconocida. Si hasta le había faltado al respeto a su madre, y a él, a él le había clavado una mirada que lo había dejado helado. Y todo por culpa de aquel malnacido. De ese ladrón. Ladrón, sí. Que había entrado en su casa simulando ser amigo y quería llevarse a la niña. ¡Su niña! Que se habían turnado para velarla día y noche cuando estaba enferma. Que aun ahora corrían los dos en cuanto le oían decir un ay. A veces la miraban mientras dormía y no podían creer que hubieran podido salvarla. Y él siempre había conseguido dos jornales; uno en la fábrica y el otro en la iglesia, para que no le faltase de nada. Y ahora, ahora que todo había quedado atrás. Que se había hecho mayor. Y guapa. Que está de buen ver. Porque estaba de buen ver, Cioneta... Su madre le cosía la ropa y no escatimaba nada. Ahora, viene este sinvergüenza y quiere llevársela. ¡Me cago en todo! Y se puso en pie de un salto.

—Lo que tenía que decirte ya te lo he dicho. —El campanero se iba hacia el pasillo—. No quiero que te acerques más a Cioneta. Ni que la mires. Ni de lejos. —Abrió la puerta—. Y será mejor que me hagas caso. Tú a mí todavía no me conoces. Por proteger a mi hija de perversos como tú, soy capaz de todo. —Desde la calle y mirándolo de hito en hito—. De todo.

De todo y más, es lo que había por las calles. Eran las reliquias del día siguiente de la Fiesta Mayor. Entre los de las paraditas de feria y la gente que no hilaba muy fino... ¡Eh! ¡Soooo! La *Moreua* se detuvo en seco. Un cubo de la basura derribado en medio del paso hacía renegar a Bernat, sin ganas. Y, tomando la escoba y la pala, recogía los desperdicios para echarlos al carro. Desde hacía un tiempo se encontraba a menudo con eso. Malditos perros. Aunque sabía seguro quién era el amo del perro que provocaba el desperdigamiento, de momento escurría el bulto. Tenía otros dolores de cabeza. Cuando terminó el trabajo de la calle de los mayordomos, antes de irse observó la puerta del escribiente principal. La visión de la silla de ruedas empujada por él mismo, aquella tarde cuando salía, cauteloso, por miedo a encontrarse con alguien, lo entristeció. Y se esforzó por devolver el buenos días a Filomena, que sacudía la alfombrilla del cancel. Agobiado, siguió hacia la otra calle. El serrín contribuía a que el cubo de Pepito no apestase tanto. Desde fuera, observó como el carpintero escarpaba una pieza inclinado sobre el tornillo. No le extrañó que, abstraído como estaba con el trabajo, no se percatara de su presencia ni tampoco de la de la campanera, que salía en aquel momento, corriendo, para vaciar la basura.

—Pensaba que no llegaría a tiempo. —Sofocada por la carrerilla.

—¿Cómo está Cioneta, Remei? —se apresuró a preguntar el vigilante-barrendero.

—Va tirando, va tirando. Gracias por el interés. —Arisca. Y recogía el cubo vacío al tiempo que volvía la cabeza para no tener que mirar a la ventana de Pepito.

Bernat siguió el recorrido simulando que no se daba cuenta. Y entre el ¡arre! y el ¡so!, le decía a la *Moreua* al oído, cogiendo la rienda: ¡aquí ha pasado algo gordo! ¿Tú habías visto alguna vez a la campanera de morros con el carpintero? ¡Pero si eran los vecinos mejor avenidos de la Colonia! Y hace días que dura, el enfurruñamiento. Exactamente... desde que se les puso enferma la chiquilla. ¡Ya ves lo que te digo! La *Moreua* asentía moviendo la cabeza hacia arriba y hacia abajo con un relincho corto.

Y venga a vaciar cubos entre hedores consumidos de verano y moscas pegajosas. Aunque se lo tomaba bien. Nadie de la Colonia podía imaginar lo que había aprendido recogiendo sus desperdicios. Seguro que el mosén diría: por lo que tiran los conoceréis. Y en eso sí que le daba la razón. Los sucios y pringosos, los limpios y aseados, los tacaños, los malgastadores, todos, todos quedaban retratados dentro de sus cubos. Y, para malgastadora, la modista —echando una ojeada a la basura que acababa de volcar—. Sigue dejando las mondas muy gruesas. Cuántos años hacía que se había fijado en las pieles de patata que tiraba Rosalia —iba pensando, camino del vertedero—. Ya en vida de su madre se lo había comentado. Y ella había sido muy clara y contundente: una mujer que deja las mondas gruesas puede hundir un hogar. Sonrió. Las manías que tenía su madre. Aunque él, en aquella época, se había encaprichado de la modista. Fue cosa de nada. La culpa era de aquella abundancia de piernas que enseñaba cuando aclaraba la ropa en el lavadero grande. Un día que la

encontró sola, lavando, un impulso lo obligó a acercarse. El chorro de agua que venía del techo parecía más abundante. Deslumbrado por el sol que entraba por los ventanales y por aquella hermosura, la volvió a mirar, de reojo, y quedó aturdido. Por más que abría los párpados, solo era capaz de ver a una Quitèria atribulada, buscando la pastilla de jabón. ¡Y cómo lo miraba pidiéndole ayuda! Salió corriendo del lavadero con lágrimas en los ojos. ¡Quitèria, mi Quitèria! ¿Qué he estado a punto de hacer? Por la noche, delante de la rubia del calendario, manoseando a la novia de siempre, trincó y trincó hasta que le entró el sueño. Pero eso era mucho antes de que muriese Cinto y de que Quitèria enfermase.

A la fábrica hacía un viaje expreso. En la parte de atrás, cada cuadra tenía un bidón numerado donde dejaba la basura. En cambio, tenía que entrar al despacho para vaciar una a una las papeleras. Con el tiempo se había acostumbrado a las bromas oportunas de Quico —aquel chico haría carrera—, a la actitud tímida y lisonjera de Mercè, a la mirada, con un ojo medio cerrado, de Serafí —nunca había sabido si era por el humo del cigarrillo o por desconfianza— y a los cambios de humor de Gertrudis. Sin embargo, en el despacho del escribiente principal, ya cuando vivía Isidre, hacía la recogida un poco tenso, y no cambió mucho con Climent, aunque fuesen compañeros de juego los sábados por la noche. Y no hablemos de cuando tenía que entrar en el despacho del director. Le daba horror. El olor a colonia cara, a cigarrillos humeantes, a sudor perfumado, le provocaba más náuseas que los desperdicios apestosos en pleno verano.

—¡Bernat!

—Sí, señor Boix. —Quitándose la gorra, saludaba con una inclinación reverente.

—Espere un momento. —Repantigado en el sillón—. Y cierre la puerta.

—Sí, señor. —Después de hacer lo que le mandaban, se quedó de pie a una distancia prudente, con la gorra sujeta con las dos manos a la altura del estómago.

Al director le pareció corta la distancia. El hedor a basura hería su refinado olfato. Aprovechando que se encontraba solo en el despacho —cosa difícil en las últimas semanas—, quería saber si había cumplido las últimas órdenes. La prudencia le aconsejaba no llevarlas a cabo él mismo y mantenerse al margen.

—¿Cómo fue? —Actitud indiferente, cuello estirado, ojeada al reloj del bolsillo de abajo del lado izquierdo del chaleco.

—Bien... —¡Cagoendiez!, ¡hijoputa!, ya sé por dónde vas.

—¿Y...?

—Yo... ya transmití su recado...

—¿Y qué dijo? —Sin esperar respuesta—: ¡Venga, que no tengo todo el día!

—Pues... que le diese las gracias...

—¿Y qué más?

—Que estaban instalados del todo y...

—¿Ha quedado bien la habitación de su madre?

—Sí...

—Y... —Voz baja, tono contenido—, ¿la de ella?

—También.

—Usted mismo montó los muebles, ¿verdad? ¿Quedó todo a su gusto?

—Sí, sí, señor...

—¡Perfecto! Ha sufrido mucho esta chic..., la señora Claret. Tenemos que procurar que se sienta cómoda. Cuento con usted, como siempre. Ya me entiende.

Bernat asintió mirándolo cara a cara. El director le aguantó la mirada, sorprendido. Era en momentos como este cuando dudaba de su lealtad. Pero después se tranquilizó. Este infeliz, como tantos otros, no tiene más opción que ser fiel. Y se volvió a centrar en el caso que le preocupaba.

—Y, sobre todo, si surge cualquier problema, venga a decírmelo enseguida. ¿Me ha entendido?

El director, que al final de la conversación había inclinado el cuerpo un poco hacia delante, con un movimiento de cabeza le indicó que se retirase. Y el vigilante-basurero-mensajero y montador de muebles de viudas desamparadas, mientras atravesaba la puerta, se volvió a calar la gorra. A punto de abandonar la oficina, aún tuvo tiempo de oír la voz enronquecida de fumador de habanos que ordenaba: señor Palau, venga un momento.

Climent se apresuró a meter unos papeles dentro de una carpeta azul marino, se la colocó bajo el brazo y, con un par de zancadas, se plantó ante el director. El señor Boix se había levantado y se paseaba de un lado a otro de la estancia. Aunque se hubiese desabrochado la americana, el bochorno del mes de julio le angustiaba y ni los dos ventiladores que había instalados en el techo, aparte de levantarle los cuatro pelos peinados, evitaban que le chorrease el sudor por la calva. Todos los que tenían un trato directo con el señor Boix sabían que el verano no era buena época para sugerir nada ni para pedir favores. Por este motivo, Climent no se sorprendió del tono agrio de las observaciones que le dirigió, aunque insistiese en que procedían de los mayordomos; tanto el señor Gumfaus como el señor Torras se habían quejado en más de una ocasión y de manera contundente de la desidia con que llevaba algunos asuntos y, teniendo en cuenta que hacía tan poco tiempo que ocupaba el cargo, a él le parecía excesivo y nada afortunado. Los ventiladores tampoco aliviaron el sudor angustioso que impregnaba la piel de Climent. Con todo el respeto, con humildad y sujetando la carpeta azul marino bajo el brazo, le preguntó de qué asuntos se trataba, ya que él no era consciente de tal desidia. Una de las cuestiones que más le preocupaba, y siempre desde el punto de vista de los mayordomos, era la firma de los permisos para poder utilizar las existencias del almacén, para la cual, decían, siempre tenían que esperar más tiempo del necesario, lo que hacía retrasar los envíos de las piezas tejidas. Y eso no era todo. Desde Barcelona, el departamento comercial le había formulado quejas, ya que aquellos retrasos, como era evidente, perjudicaban las ventas. Climent tragó saliva. En aquel momento echaba de menos a Isidre más que nunca. Más que nunca echaba de menos su firmeza, la valentía, la serenidad con que

enfocaba estos problemas. Le había visto reaccionar en el acto y plantar cara a aquellos dos hipócritas que siempre se ponían de acuerdo para comprometer la gestión de contabilidad y ocultar de ese modo su ineptitud. Y él habría querido contar al director que la firma de los albaranes de salida necesitaba un tiempo determinado para poder hacer las comprobaciones necesarias, y que las prisas de esos dos señores no siempre estaban justificadas, pero intuía que el señor Boix no quería entrar en la cuestión, él les pagaba, decía a menudo, para que aportasen soluciones, no problemas. Climent abrió la carpeta que llevaba bajo el brazo.

—Aquí están todos los albaranes que me han pedido. Hasta esta mañana no...

—No me interesan los detalles. —Se secó la frente—. A partir de hoy, se reunirán los tres semanalmente. El señor Gumfaus y el señor Torras ya están al corriente. Espero que consigan la coordinación que, como es evidente, necesitan. —Pausa y peinado del bigote con la uña del dedo meñique—. Quiero un informe aquí — señalando la mesa— de esta reunión el mismo día. Le hago responsable de ello.

—De acuerdo, señor Boix. —Un chasquido de las gomas de la carpeta—. ¿Algo más?

—No. —Volvió a repantigarse en el sillón—. Cierre la puerta al salir.

Y la cerró. Y se apoyó. La madre que lo...

—Climent... —Sentada en la silla de las visitas, Gertrudis levantó la cabeza, más para hacerse ver que para ver, mientras lo observaba con una actitud cálida y comprensiva.

—¿Qué quieres? —Arisco.

—No le hagas caso. —En voz aún más baja—. Es insoportable.

—Toma —sin mirarla, le dio la carpeta—, dile a Mercè que la lleve al despacho del señor Torras.

—Cuidado con lo que firmas... —Alargando el brazo para cogerla.

—¿Con qué me sales tú ahora?

—Ya me has oído...

—No estoy para adivinanzas. —Y se puso a ordenar la mesa maquinalmente.

—No te fíes de esos dos...

—Ya lo sé. No soy un aprendiz. Cuando estaba Isidre también pasaba...

—No era lo mismo.

—Así, ¿tú también crees que fracasaré?

—Yo no he dicho eso...

—Pero lo piensas.

¿Quién más lo pensaba, sin decirlo? ¿Quién más lo miraba con pena, con desconfianza, como Gertrudis en aquel momento, pero sin dar la cara? Sin duda, los mayordomos. Y los encargados, y todos los subordinados como los de la oficina, especialmente Serafí, y los del almacén. Y lo que era más grave, quizá también el señor Boix. Aunque lo había recomendado especialmente, lo más probable es que a estas alturas ya se hubiese arrepentido. Incluso Bernat evitaba mirarlo mientras

jugaban al tute. Y ni siquiera se atrevía a imaginar qué pensaba de todo ello Matilde. Con la excusa de los compromisos sociales que habían adquirido con el nuevo cargo ya no tenían tiempo ni de sentarse como antes, por la noche, a escuchar la radio y hablar de sus cosas. El único que confiaba en él era su padre. Con aquella chispa de ilusión que no podía disimular cada vez que le preguntaba: ¿todo bien? Y él asentía, porque estaba convencido de que era lo que quería oír. Muy diferente de su madre, que nunca le preguntaba nada. No le hacía falta. Para ella, su hijo siempre lo hacía todo bien, como su padre. Pero eso no era consuelo alguno. Como tampoco lo eran las advertencias amistosas que le había dedicado Gertrudis. Intuía que no podía fiarse de ella. Su implicación emocional con el director la hacía vulnerable. Ya había observado en otras ocasiones aquella especie de rebeldía que la obligaba a morder la mano que le llenaba el cajón. Y al final volvía al nido toda miel, con dos golpecitos en la puerta y un ¿se puede? prometedor. El pase, pase, no siempre era tan amable, aunque el rato que dedicaban a los asuntos internos hacía pensar en un buen entendimiento. No. Aquella mujer que tenía delante y lo miraba, acogedora, no era de fiar.

Gertrudis lo observaba con discreción para disimular el tipo de sentimientos contradictorios que siempre le había inspirado. Era tan amable y tan discreto, y tan... dulce, y se le veía tan solo y tan asustado. Aunque la actitud de Climent nunca había sido clara y a menudo le había parecido incomprensible. Cada vez que ella había querido dar un paso para acercarse a él, chocaba con su rechazo.

Y no era algo nuevo. Quizá la primera vez que notó ese rechazo fue cuando Teresa lo dejó plantado. Ya está, ya ha salido Teresa. ¡Teresa, siempre Teresa! Porque fue ella quien lo dejó. Estaba segura. En aquel tiempo trabajaban juntos, con Climent —ella todavía no había ascendido a secretaria, hacía el trabajo de Mercè—, y, aunque él era más joven, tres o cuatro años, se llevaban muy bien. Era inteligente, ambicioso, alegre, atractivo. Muy atractivo. No entendió nunca lo que hizo Teresa. Ni ella ni nadie de la Colonia. Se habló mucho de ello, pero no pudieron dar con la solución. Se dijo que ella era una oportunista y que aspiraba a más, como lo demostró el hecho de que después se casara con el recomendado del amo.

Y también que sus padres tenían algo que ver. Pero ni los Palau ni los Roca lo aclararon jamás. Y, desde entonces, Climent cambió. Al principio, ella intentó acercarse a él para distraerlo y él se encerró dentro de un caparazón. Un caparazón que, lejos de desaparecer, el tiempo fue endureciendo. Lo vio sufrir. Encogerse. Luchar. Siempre solo. Y después resignarse cuando Teresa se casó. Y cómo simulaba recuperarse cuando apareció la forastera Matilde y se casó con ella. Durante unos años pareció que había encontrado el camino de la placidez. Pero la muerte de Isidre Claret lo había trastornado todo. Y Teresa ha vuelto a resurgir. Con sus aires impolutos, desganados, siempre con sus remilgos. ¿Por qué desprecia todo lo que a ella la haría tan feliz? Pero no renuncia a nada. Ha vuelto a escarbar en antiguas heridas. Solo hay que ver cómo la mira Climent. Y ha abierto otras nuevas. También

se ha interpuesto entre ella y el director. Aunque fuese una relación de la que no se sentía demasiado orgullosa, era la única que le quedaba. Y también se ha estropeado por su culpa. Se la imaginaba en el despacho del director haciéndose la mírame-y-no-me-toques —algo que sabía por experiencia que a él le encantaba—, para acabar cediendo. Porque sospechaba que Teresa había cedido. Se lo decía la indiferencia con que el director le mandaba el trabajo todos los días y el rechazo que mostraba después.

Pobre Climent. Estaba allí sentado delante de ella con la cabeza gacha. Vencido. Pero lo piensas, le había dicho. Y no iba desencaminado del todo. Aunque quería ayudarlo. En ese momento, sentía que quería ayudarlo. Que tenía que ayudarlo. Que estaban en el mismo bando. Que tenían el mismo enemigo. Y le sonrió, amistosa.

—No, no lo pienso. Y tú deberías saberlo.

—Sí, tal vez sí... —Con ganas de creérselo.

—Mírame. No bajas la cabeza. Eres un buen contable. Isidre confiaba en ti, ¿no?

—Sí... —Y la miró—. Es que hay cosas que no veo claras...

—Podrían cambiar...

—¿Qué quieres decir...?

—El sobrino.

—¿Josep Maria?

—¿No te has fijado que últimamente todas las semanas acompaña al señor Viladomat?

—Solo porque está de vacaciones. Le falta mucho para acabar los estudios...

—Ya lo sé. Lo que te quiero decir es que esta situación no durará eternamente; no podemos perderlo de vista. Y, mientras tanto, tú pon atención en lo que firmas. —Se puso de pie—. Seguramente no tendría que meterme, pero de ese —y señaló la puerta del director— tampoco te fíes.

—No te pases, ¿eh? Isidre confiaba en él...

—Ve con cuidado. —Y se fue, abrazada a la carpeta azul marino.

Bernat ya había hecho el segundo viaje al vertedero. Liberó a la *Moreua* del carro, aunque las chispas que salían de las piedras por las patadas que les daba le decían que no estaba muy contenta, la estacó a la anilla de la tienda y le colgó el morral de las algarrobas. Volviendo de la estación, adonde iba todas las mañanas para recoger la correspondencia, mientras andaba con la cartera colgada a la espalda, hacía un repaso de todo lo que tenía que repartir; aparte de los cuatro periódicos habituales, había una docena de cartas y para de contar. Dos para el tendero; seguro que eran facturas. Dos para el mosén; caramba, una del obispo y... ¡paf!, en medio del puente chocó con Sidret, que seguro que iba al huerto de los Palau.

—Eh, zagal, no corras tanto. Ven aquí.

Sidret dudaba. Lo esperaban para jugar. Pero ante la insistencia del vigilante se detuvo.

—Me han dicho que tienes un perro.

—Sí. —Ceñudo, sin mirarlo.

—¿Ya lo cuidas bien?

—Sí.

—Entonces, si vuelvo a encontrar un cubo tirado y compruebo que ha sido tu perro, te obligaré a recogerlo...

Sidret echó a correr sin acabar de escucharlo. Bernat sonrió. ¡Vaya con el chiquillo! Mira que es travieso; su madre debe de estar de él hasta la coronilla. Y acabó de repasar las cartas; una para el convento, una para el maestro, ¿y una para el campanero?, ¿y de un médico de Barcelona? Ya decía yo que todo eso de Cioneta olía a chamusquina. Hace demasiados días que está enferma y no quieren decir qué tiene. Dos llamadas a la puerta, una larga espera y el silencio por respuesta le obligaron a echar la carta por debajo de la puerta. Y se fue a la carpintería.

Pepito lo dejó entrar, refunfuñando; tenía mucho trabajo, no podía entretenerse. Quería acabar de barnizar aquella mesa antes de comer. Por la tarde, allí daba un sol que mataba. Siéntese, siéntese, yo mientras tanto seguiré trabajando. Y Bernat dejó la cartera vacía en el suelo y se sentó. No sabía qué fuerza le había empujado hacia la carpintería. Y ahora no sabía cómo hacer para irse. Usted dirá, dijo Pepito. Y al vigilante, mientras se arremangaba la camisa, le salió sin pensar: ¿qué sabes de Ció? El carpintero siguió trabajando como si no lo hubiera oído. Encima del banco tenía un bote de barniz, mojaba el pincel, lo pasaba hacia arriba y hacia abajo, arriba y abajo, hasta que la madera se tragaba toda la pintura. Bernat sacó la petaca y el papel de fumar y se puso a liar un cigarrillo. Cuando lo hubo encendido, se sacudió las manos y se levantó; tendremos que ir a comer, que ya es hora. Después de atravesar el cancel, oyó que Pepito decía: no sé nada. Entonces se volvió; dicen que está enferma. El carpintero dejó el pincel y se acercó a él; eso dicen, pero ¿usted sabe qué tiene? Bernat hizo que no con la cabeza. Él tenía ojos en la cara. Y había visto muchas veces a Ció en la carpintería. Y también había visto cómo se miraban. Y que fuese viejo y no se hubiese casado nunca no quería decir que no supiese qué era amar. A veces las palabras necesitan palabras, a veces solo necesitan silencio. Y calló.

Pepito desató la cuerda de la persiana para bajarla. La visita del vigilante le había dejado un nudo en el estómago. La corriente de comunicación entre Bernat y él nunca había sido profunda ni abundante, pero intuía que aquel día habían dado un paso, tal vez insignificante, pero un paso más allá, iba pensando mientras guardaba las herramientas. Claro que todo formaba parte de aquel desasosiego que le encogía los huesos del alma. Hacía días que andaba con el fantasma de la impotencia. Se sentía maltratado e incomprendido y se había ido aposentando en él un firme resentimiento. Dos llamadas insistentes a la puerta le hicieron abrir con precipitación. La presencia de los visitantes lo dejó desconcertado. ¿Podemos pasar? Claro. Adelante.

Los campaneros no sabían si quedarse de pie, si sentarse en la silla que les ofrecía Pepito o si dejar que lo hiciera él primero. Al final se acomodaron los tres a un tiempo. Unos no se atrevían a abrir la boca, el otro esperaba que hablasen ellos

primero para atreverse. Y todos echaban de menos la antigua sinceridad que una conversación precipitada había desgarrado. Ció sabe que estamos aquí, dijo el padre, apaciguado. Y como si aquel nombre fuera la llave para abrir el entendimiento o la varita que hace desaparecer las tensiones, los tres suspiraron, aliviados. La tenemos muy enfermita, se le escapó a la madre con un hilo de voz. ¿Qué tiene?, si yo puedo hacer algo... Los ojos húmedos de Pepito animaron a los padres de Ció. Por eso hemos venido. Miquel se tragó una lágrima que no quería acabar de salir. La han visitado los médicos de Manresa y también uno de Barcelona, y todos han dicho lo mismo: es de los nervios. ¿Y le ha venido de un día para otro?, a Pepito se le había secado la garganta. No, se ve que hacía mucho tiempo que lo arrastraba, pero no nos habíamos dado cuenta; por lo que hemos entendido, viene a ser como el mal del abatimiento. Pepito se atolondró. No había oído hablar nunca de ese mal; no sabía de qué se trataba; ni si era grave, ni... ¿Y qué mal es ese? Bien, ellos le dan otro nombre, pero pasa más o menos lo mismo; se van debilitando, se van poniendo tristes, se van adelgazando y... ¿Puede morirse?, alarmado, Pepito. Los dos asintieron con la cabeza. ¿Y qué vamos a hacer? Dicen que solo una ilusión muy grande podría hacer que le volvieran las ganas de vivir. ¿Puedo verla? Los campaneros dijeron que sí al mismo tiempo. Cojeando, en dos zancadas, miedosa la primera, más decidida la segunda, se plantó en la puerta de la calle. ¿Vamos?

¿Vamos? Miquel contemplaba la cara resplandeciente de su hija. Ella alzaba la cabeza con los cabellos al vuelo, como movidos por latidos de felicidad. ¿Vamos?, volvió a decirle, y salieron del brazo a la calle. Bajo las miradas de la gente de la Colonia, que había salido al portal para verlos pasar, pisaban la grava de la plaza, camino de la iglesia, precedidos por Remei y el resto de sus familiares. Ció daba pasitos cortos para no tropezar disimulando su afán de llegar al altar. De lejos se oía el murmullo de los que estaban más cerca; ¿la habéis visto?, la moza del campanero se casa de blanco. Es la primera novia que se casa así en la iglesia desde que terminó la guerra. No sabía que eso de tocar campanas diera para tanto. Figúrate, siempre ha habido manirrotos en la Colonia. La nuestra también habría podido casarse de blanco, pero su padre dijo que no quería hacerse pasar por rico sin serlo. A la nube donde se encontraba Ció no llegaban los murmullos lejanos, solo se oía la música del órgano que tocaba, extasiado, el señor Emili Camps. Los invitados, que se encontraban ya dentro de la iglesia, se volvieron al oír los primeros acordes. A Miquel le costaba respirar. Poco acostumbrado a la vestimenta que llevaba, se sentía prisionero de una americana abrochada, de un chaleco estrecho, de unos zapatos justos y de haber estado a punto de perder a su hija y recuperarla para volver a perderla ya sin remedio. Levantó la cabeza, apuntó una mueca que quería ser una sonrisa y dejó a la niña en manos de aquel hombre que le había jurado que la haría feliz, ¡pobre de él si no!, y, arrastrando los pies, se fue al lado de su mujer, que le esperaba, compuesta y llorosa, sentada en el primer banco.

Pepito también llevaba un traje nuevo y ni siquiera se daba cuenta de que lo torturaban los zapatos. Todo su universo era Ció. Aunque fuese de reojo, no se cansaba de contemplarla, con el velo que le caía a los lados, los cabellos castaños, ondulados y sueltos, la nariz remangada y la cara pecosa. Le daba miedo despertarse y que fuera un sueño. Desde hacía unos meses, todos los días se levantaba con este temor. Al principio, estaba convencido de que solo por el hecho de reencontrarse, ella se reanimaría. Pero se equivocó y costó, costó mucho que levantase la cabeza de la almohada, que lo mirase, que le volviesen los colores a la cara, que sonriese. No quería recordar aquel final de verano y el otoño que se dirigía hacia el invierno. Ni las horas alrededor de la estufa de leña en casa del campanero, con la olla en el fuego para hervir las sopas de la noche. Cuando llegaron los primeros fríos, aún le costaba comer y la tristeza no se le había ido del todo. El médico del pueblo iba una vez por semana y decía que los días cortos de invierno no eran muy propicios para esa enfermedad. Y eso que él siempre se inventaba proyectos para poder contarles; Bernat me ha ayudado a pintar la habitación de los padres; es la más grande y será nues..., la mirada del campanero, a veces, le hacía enmudecer. Pero al día siguiente volvía a ordenar la casa, a dejarlo todo a punto para cuando ella se recuperara del todo y, si convenía, cuando los padres remoloneaban y le decían en voz baja: ¿no te

parece que corres demasiado?, él hacía suyas las palabras del médico y les recordaba que solo la ilusión podría curarla pronto. Y los días se alargaron, y también los paseos que daba Ció, primero con su madre y después —¿no sabéis la última noticia?, se ve que la contrahecha de casa del campanero se casará con el Rengo—, después con su novio. Al principio salían de casa de ella, uno al lado del otro, emocionados y más pendientes de lo que habrían querido de las miradas curiosas y de los comentarios que los acompañaban. Hasta que un día él se decidió a tomarla del brazo, lo que le permitió dejar la muleta y provocó un gran revuelo, tanto para los padres de la chica como para los noticiarios oficiales de la Colonia.

Abril había arrinconado a marzo. Las excursiones del mediodía, que al principio limitaban el paseo a dar una vuelta por la plaza, fueron cambiando de itinerario. Ya se atrevían a llegar hasta el puente. Se sentaban un rato en la barandilla y soñaban entre el olor de los eucaliptus y los sauces, mirando cómo saltaban los gorriones y escuchando a jilgueros, pinzones y verderones. Incluso la *Moreua*, un día que pasó por allí con su amo, los saludó con las orejas erguidas. Y, soñando, contaban los días que faltaban todavía para casarse. Veintitrés con el de hoy. ¡Uf!, falta mucho todavía, decía Ció, con los hoyuelos que se le marcaban en las mejillas pecosas cuando sonreía y que dejaban a Pepito con la boca abierta.

Tan abierta tenía la boca que Pepito no oía la pregunta que le formulaba el mosén por segunda vez: «Usted, Josep Astals i Baldrich, ¿quiere recibir a Maria Assumpció Feliu i Puigdemívol, aquí presente, como esposa legítima según el rito de la Santa Madre Iglesia?».

Una tos imperceptible de Maria Assumpció le hizo volver la cabeza y tartamudear sí..., sí, padre.

El coche de línea llegaba con retraso, como siempre. Claro que el chófer no sabía que ese día, en la Colonia Viladomat, tenía que recoger a una pareja que se quería contra todo pronóstico, contra las normas establecidas, contra las costumbres más arraigadas. No sabía que el novio había trabajado sin descanso para conseguirlo y que la novia estuvo a punto de dejar la piel en ello. Y ahora, a pesar de tener casa propia y muebles hechos a medida, iban a tomar aquel coche de línea que los llevaría a Manresa, donde subirían a un tren para ir a Barcelona, donde los padres de ella se habían ocupado de reservar, a través de un conocido, dos plazas en una fonda económica, para una semana. Era lo que se solía hacer. Y no querían dar más motivos de conversación a la gente de la Colonia. Ya habían sido el centro de los chismorreos durante demasiado tiempo. Y la campanera, después de la ceremonia, había hecho un aparte con su niña, las dos solas, y, además de quejarse del poco tiempo que había tenido para contarle las cosas de la vida, le advirtió: sobre todo, ahora, cuando vayáis a casa a cambiaros, no tardéis mucho. Y es que recordaba las risitas y las burlas de algunos en ocasiones similares. Todo eso el chófer del coche de línea no lo sabía, ni el cobrador que, indiferente, les vendió los billetes. Ni la dueña de la fonda, una mujer de mediana edad con pechos abundantes, cuando les pidió los papeles por

rutina y se sorprendió al comprobar que los tenían en regla a pesar de ser unos huéspedes poco habituales. Subieron a la habitación del segundo piso con la ayuda del marido de la dueña, que hacía las funciones de encargado del orden y de chico para todo. El suelo de madera, cubierto con una alfombra descolorida, y las paredes vestidas con un papel oscurecido por los años contrastaban con el olor a comida casera que venía de los bajos de la fonda y que subía por el hueco de la escalera. El encargado, un hombre bajito pero robusto, dejó la maleta en el suelo de la habitación y corrió las gruesas cortinas, de un estampado legañoso, entre el chirrido de las anillas. La luz del atardecer que entró de pronto por la ventana dejó entrever una cama de matrimonio que hizo sofocar a los huéspedes, que se volvieron de espaldas a ella simulando que no la veían. Hay que aprovechar la poca luz que queda todavía, les dijo el hombre bajito para ganar tiempo a la vez que alargaba la mano. La falta de costumbre hizo que Pepito tardara en reaccionar para buscar en su cartera y sacar, avergonzado, una peseta flamante con la Dama de Elche mirándolo burlona. La precipitación con que el hombre se fue no le aclaró si había sido generoso o todo lo contrario.

Con la puerta cerrada, la maleta en el suelo, las cortinas abiertas, un armario vacío con cuatro perchas, una silla al lado del armario, un lavabo diminuto al lado de la silla, las mesillas de noche con un tapete acartonado y la cama que todavía simulaban no ver, se miraron. Sonrieron. Se abrazaron.

La cena era a las nueve y media, en punto, les había dicho la dueña de la pechera abundante cuando les dio la llave. Todavía faltaba más de una hora. Y volvieron a abrazarse. Ella fue la primera en separarse. A pesar de la emoción, tenían que dejar espacio al juicio. Tenemos que colgar la ropa, si no se nos va a arrugar. Él colocó la maleta sobre la cama. Ella fue a buscar las perchas. La ropa en el armario, los zapatos de recambio debajo de la cama, los cepillos de dientes dentro de un vaso que aclararon y volvieron a aclarar. Una ojeada al trabajo hecho. Un suspiro de satisfacción. Una sonrisa de complacencia. Y el ¡nang! del reloj del comedor de la fonda que anunciaba las nueve y media. Ella todavía tenía que lavarse las manos. Todavía tenía que ponerse la chaqueta. Aún tuvo que entrar y salir un par de veces porque tenía la sensación de dejarse algo. Eso hizo que llegaran al comedor cuando todos los demás ya estaban instalados.

Aunque la iluminación no era generosa, enseguida se dieron cuenta de que la mayoría de las mesas —una docena escasa— las ocupaban personas solas, tirando a mayores y silenciosas. Solo se veían dos parejas al fondo del comedor. En la indiferencia con la que fueron recibidos, ellos respiraron el olor de la libertad. Se sentían independientes, sin obstáculos. Sin ojos escrutadores que los observasen. Sin críticas, sin coacciones que los obligasen a cambiar de opinión. Y se alegraron de estar lejos de casa. Y de que su presencia no interesase a nadie. A ella la sopa le pareció más buena que la que hacía su madre. Él dijo que nunca había comido un pescado tan sabroso. Y los flanes que les sirvieron de postre, ni los de la abuela, en

paz descansa, que según decían se daba tan buena maña, podían compararse con aquellos. Y la escalera no la encontraron tan lúgubre, ni el pasillo tan estrecho, ni el papel de las paredes tan oscuro. Y, al cerrar las cortinas, las anillas no chirriaron tanto. Y la cama, aunque no oliese a barniz ni tuviese dibujos en la cabecera, ni luciese las sábanas que había bordado ella, estaba cubierta por una colcha con flecos que, uno por cada lado, doblaban con lentitud. Y ella le dijo date la vuelta y no mires. Y él obedeció sin protestar. Y los dos, sentados en la cama, de espaldas, se apresuraban a quitarse la ropa y a ponerse uno el pijama y la otra el camisón. Y cuando él preguntó con timidez si se podía volver..., ella dijo que sí, escondida dentro de la cama, con el embozo de la sábana hasta la nariz, y apaga la luz. Y él la apagó.

Les daba igual que la cortina no fuese lo bastante gruesa para impedir el paso a la luz intermitente de un cartel de la calle de enfrente. Les daba igual el ruido de los coches y el alboroto de los noctámbulos que iban de bar en bar. Una oleada de emociones envolvió su vida. Una vida de cuya existencia nada habían sabido hasta entonces. Para él, cada rasgo del rostro de ella era una llamada. Y, más que verlo, se lo imaginaba a través de la intermitencia de la luz; con la cabellera esparcida en la almohada, la nariz remangada y las pecas, que habría querido contar una a una, los ojos que chispeaban de anhelo y la boca que lo invitaba a saborear todos los placeres del mundo. Su actitud, su entrega, lo animaban, deleitaban sus sentidos. Y juntos fueron abriendo puertas cerradas. Y unidos, con la necesidad de unirse, como en un tanteo, fueron descubriendo todos los rincones, todos los secretos, todos los tesoros. Y más tarde, con los ojos todavía entelados por la emoción, él apartó la sábana dejando los dos cuerpos al descubierto y se inclinó y acarició la mano agarrotada y el brazo sin vida, mientras la llenaba de besos y lágrimas. Y después, él oyó cómo ella se movía y cómo sus labios húmedos recorrían su pierna encogida.

Cuando se durmieron, la madrugada había ocupado ya el lugar de la noche.

Por la noche, los grillos se apropiaron de los márgenes de los huertos de ese lado del río. Y su cricrí insistente a menudo amortiguaba suspiros amorosos, llantos de bebés o sollozos de borrachos. Y hoy también ahogaba la risa sincopada, el gimoteo contenido de aquella mujer, mientras observaba los retales sobrantes de un vestido de novia que ella había diseñado, cortado, probado y cosido. Quitando, poniendo, añadiendo. Un poco de aquí, un poco de allá. Y, ¡cuidado!, el refuerzo del lado izquierdo tiene que disimular la espalda caída. Sobre todo, que la niña quede favorecida. Y quedó. Desde luego que quedó favorecida... ¡la niña! De eso no podía haber queja alguna. ¡Ni una! Ella era una profesional. ¡Una pro-fe-sio-nal! El cuarto, ¿o quizá era el quinto?, vasito de aguardiente le había procurado la serenidad que necesitaba. La botella medio vacía a un lado de la mesa, el vaso cerca entre retales y ella, agarrada a una silla, haciendo equilibrios, canturreaba la canción que le había oído a su padre de pequeña:

*Llena el vaso que esté vacío,
vacía el vaso que esté lleno,
no lo dejes nunca vacío,
no lo dejes nunca lleno.*

—¿Qué pasa? —Gertrudis aparecía coronada de rulos enrejados y con cara de sueño.

—Tú también lo sabes, ¿no?, que soy una profesional.

—¿Ya estamos otra vez? —Y miró la botella.

—¿Soy una profesional o no lo soy?

¡Una borracha es lo que eres! Debería habérselo dicho. Pero se lo tragó. Y no era la primera vez. ¿Por qué había cambiado tanto su hermana? Y volvió a mirar la botella. Por la mañana estaba prácticamente llena. Esto va a terminar mal. Y ella ya tenía bastante con sus problemas para tener que perder el tiempo con las tonterías de Rosalia. Porque seguro que eran tonterías. Seguro. Ya se le pasará. Aunque echaba de menos aquel tira y afloja de antes que al final siempre terminaba con un ¿qué quieres para cenar? conciliador.

Rosalía, sentada en una silla, arimada a la mesa, empezó a sollozar. Gertrudis cerró el balcón y entornó los postigos. La obligo a levantarse y, como otras veces, la empujó hacia la cocina y la puso debajo del grifo entre aspavientos propios de criatura, de una mezcla de rebeldía y docilidad. Sin moverse de la cocina, sentadas en sendas sillas de enea un poco rasgadas debajo del asiento, ella misma la ayudó a secarse los cabellos. Rosalía empezó a desenredarse la permanente estirajada por la humedad mientras miraba a su hermana y sus rulos sujetos con la redecilla,

inamovibles, como una fortificación a prueba de cualquier batalla.

Gertrudis también la observaba; ¿qué te pasa?, habría querido preguntarle. Pero no habían iniciado nunca el camino de las confidencias, todavía. Ni de pequeñas jugaban juntas. Ni siquiera lloraron juntas la muerte de los hombres con los que tenían que casarse. Mientras una rezaba y hallaba consuelo en Dios, la otra le daba la espalda, maldiciendo al dios que la consolaba. Y hoy no sabía quién era más peligroso, si aquel dios o la botella.

Perdóname. Rosalia dejó el peine para sonarse y secarse los ojos. Perdóname, volvió a decir, me da tanta vergüenza que me veas así. Gertrudis buscaba algo de qué hablar para distraerla, y sonreía cuando le dijo tendrías que estar contenta, hoy; en la calle todo el mundo hablaba de la maña que se dio la modista para vestir a la novia. Y no pudo entender por qué esas palabras causaron un llanto más ruidoso que el anterior que desembocó en un precipicio de histeria y desesperación. Y se quedó quieta, sentada en la silla de enea, dejando que su hermana volviese a agarrar la botella y se sirviese dos vasos, uno tras otro, sin respirar. Estaba ya dispuesta a volver a la cama convencida de que no podía hacer nada, cuando un tirón en la redecilla le hizo temblar la corona fortificada, lo que acabó con la poca paciencia que le quedaba.

—¿Qué haces?, ¿qué te has creído? —De espaldas, intentaba enderezar los desperfectos.

—¿Y del novio no hablaban? —Eliminaba las lágrimas, a zarpazos.

—¿Con qué me sales tú ahora?

—¿No decían que era el mejor hombre de la Colonia?

—A ti te falta un tornillo...

—¿No decían que es..., que es una lástima que se haya casado con esa chiquilla con cara de conejo que no sabe qué es la vida ni qué es un hombre, ni qué quiere decir esperar y esperar para que al final se vaya con otra?

—¿Pero de quién hablas?

Le volvió un sabor de anís a la boca. Claro. Ella no existía. Ni para su hermana existía. Y apretó los dientes, rebelde sin serlo, y miró a Gertrudis de cara.

—De mí..., hablo de mí...

—¿De ti...?

—Sí..., de mí...

—¿De ti y... Pepito? ¿Desde cuándo? ¿Te había dicho algo él?

—No.

—¿Entonces? ¿A qué viene todo eso? ¿Qué esperabas de un hombre que no te había dicho nunca nada?

—No lo sé. Tal vez esperaba que se diera cuenta de que yo... —Otro cabezazo para tragarse el licor—. Tú tenías razón...

—¿Razón...?, ¿razón de qué...?

—Cuando llega la hora de la verdad, no tengo a nadie, nadie que me... —se terminó la botella y sacó otra de debajo de los fogones— que me..., ya entiendes qué

quiero decir. En cambio, tú...

—¿Yo?, ¿yo qué...? —Gertrudis se dejó caer en la silla.

—Tú, aunque sea a escondidas, tienes, tienes...

—¡Nada! ¡Yo no tengo nada! ¿Me oyes? Nada... —Y se arrancó la redecilla de un tirón.

—Te hace regalos. —Los ojos fijos en el vaso vacío.

—Ahora ya no... —Desenroscando los rulos.

Ahora ya no. Pero, incluso cuando se los hacía, tampoco tenía nada. ¡Le habría gustado tanto saber contárselo! Decirle qué poca cosa eran los regalos a cambio de tanta humillación. Decirle que ella también sabía qué significaba ver cómo se casaba el hombre con quien te habías hecho ilusiones sin que él ni siquiera se diese cuenta. Decirle que el tiempo cura esa amargura y deja en la memoria un regusto agridulce. El regusto de haber querido sin pactos, sin intercambios, sin condiciones; solo con lo que una siente por dentro y nada más. Y que no tiene nada que ver con la suciedad, la vergüenza, la indignidad de unas relaciones que le pesaban no tanto porque ya no existían sino por los años que habían durado. Y una bocanada de angustia la ahogó y la obligó a levantarse de pronto para ir a buscar un vaso mientras se quitaba el último rulo y se dejaba los cabellos en libertad.

—Ponme. —Acercándole el vaso—. ¡Ponme!

—¿Sí...? —Y hacía lo que le decía, con la satisfacción de quien ha encontrado compañía para su viaje.

—*Llena el vaso que esté vacío...* —Riendo.

—*Vacía el vaso que esté lleno...* —Riendo más fuerte todavía.

Y *mientras* la botella de debajo de los fogones se vaciaba, la cocina se llenaba de carcajadas con olor a aguardiente y a confidencias. Y en medio de una complicidad que apenas estrenaban, maldijeron la guerra. Y lloraron por Quim, ¿te acuerdas qué pelo más rizado tenía? Y lloraron por Nando, ¿te acuerdas de aquellas manazas que lo querían agarrar todo? Y una levantando el vaso decía ¡sí, somos víctimas de la guerra! Y la otra, haciendo lo mismo, añadía ¡sí, somos víctimas del fascismo! ¡Ssst!, dirigiéndose haciendo eses al balcón para comprobar que estaba cerrado. Y entre revelación y revelación también salieron los hombres a los que ya nunca podrían conocer porque les habían hundido la vida, y a los que les habría gustado conocer para volver con los que habían conocido... del todo...

—¿Del todo? —Rosalia miraba a su hermana, sonriente.

—Sí, del todo, del todo. Ya me entiendes. —El codo sobre la mesa, la mano bajo la barbilla para sostener la cabeza, los cabellos en la cara, sin dejar de reír—. ¿A cuántos has conocido, tú?

—¿Y tú?

—Yo he preguntado primero...

—Pero yo soy la mayor y te ordeno que lo digas tú prim... —Y vuelta a estallar la risa.

—Está bien. Está bien. Solo te lo diré porque somos amigas. —Como si tuviese la boca llena—. Las mejores, las mejores amigas del mundo. —Con ojos vidriosos—. El primero, el primero fue... Naaando.

—¿Nando? ¿No me digas que pusisteis el carro antes que los bueyes?

—¡Mira, la santa! ¿Acaso no hicisteis lo mismo Quim y tú?

—¡No!

—¡Anda, venga! ¿Y aquel día que os vi yo que...?

—No pasó nada. Me cogió desprevenida. Y ya me confesé...

—¿Lo dices en serio? —Aguantándose la risa.

—Sí. —La miró fijamente mientras sacaba la lengua—. ¿Y el segundo? ¿Quién fue el segundo?

La garganta seca, un vacío bajo los pies y las paredes balanceándose le decían ¡calla!, ¡calla! Y, al mismo tiempo, el vacío bajo los pies la obligaba a volar mientras oía cómo murmuraba: ¡sigue!, ¡sigue!, ¡sigue! Y siguió.

—Es que..., el segundo..., el segundo...

—El segundo, ¿qué?

—El segundo... —Se echó a reír. Y venga a reír. Sonrojada por el esfuerzo y por el licor, abría la boca y no le salía más que otra carcajada—. Entre los tirones de cuello —y estiraba el cuello, imitándolo—, la calva, la barriga y que la tiene así de pequeña. —Con el dedo gordo señaló el meñique.

—¿Cómo la tiene de pequeña? —Se tapaba la boca con las dos manos.

—Así. —Y volvía a juntar el dedo meñique con el gordo.

Las carcajadas alarmaron incluso a los zorros del otro lado del río. Se desternillaban de la risa y no podían parar cuando, de pronto, a Rosalia se le volcó la silla y se cayó de espaldas. Gertrudis se soltó para ayudarla y, cuanto más se esforzaba, menos lo conseguía. La cocina se balanceaba, los platos traqueteaban, la aceitera y el salero estaban boca abajo. Y, entre tanto descalabro, intentaron levantarse. El grifo bien abierto, la cabeza debajo. Primero una, después la otra. Un café caliente, bien fuerte y colado con la manga ennegrecida. Poco a poco se fueron serenando.

—Hay algo que no entiendo —murmuraba Gertrudis apoyada en la barandilla de la galería, temblando, pálida, con la voz ronca.

Rosalía, a su lado, pálida, también temblando, la miró.

—¿Qué es?

—Si tú te habías hecho ilusiones con Pepito, ¿cómo es que le regalaste a la campanera tu vestido de novia?

La modista sonrió. La mirada quieta. La cara amarillenta, como el vestido escondido tantos años dentro del baúl. Nada que ver con el que admiró la gente de la Colonia cuando pasaba por delante de la casa al atravesar la plaza para entrar en la iglesia. Y, con aquella media sonrisa y la mirada inmóvil, le dijo:

—No lo sé.

El agua del río corría inquieta presa abajo; la sirena, rugiendo, anunciaba el primer turno, mientras la noche agrietada por los grillos se desvanecía.

Se desvanecía, todo se desvanecía. Las ganas de ser alguien. El deseo de que se te reconozca que eres alguien. Todo se había desvanecido. Bastaron cuatro palabras. Cuatro palabras que se llevaron todos los esfuerzos de los últimos años. ¡Maldita Colonia! Estaba asqueada. ¡Y harta!, harta de vivir en aquel culo del mundo. Con una gente que después de tantos años todavía la miraba de reojo. Como si fuese una forastera. En realidad, así la llamaron durante mucho tiempo. Sí, decían, esa engreída que cruza la calle es la nuera de los Palau, la forastera. Al principio le costó acostumbrarse a las miradas curiosas, a los codazos y a los murmullos cuando pasaba. Ella, de soltera, vivía con la familia en el otro río, en una ciudad pequeña, donde la gente era discreta, puede que menos abierta, pero más libre. Podías entrar y salir de casa sin que nadie se preguntase dónde va esa, de dónde viene, qué hace. Sí. Le costó, le costó mucho acostumbrarse. La única persona con quien congeniaba era Maria Rosa, la peluquera. Quizá porque fue la única que le dio la bienvenida con una sonrisa el primer día, cuando entró en la cuadra de los telares. Y aunque ella ya no trabajaba allí, todavía se veían a menudo. Al menos una vez por semana, cuando iba a peinarse. Y hablaban: de cine, de moda, de los hijos, de los maridos, sin entrar en intimidades. Y lo pasaban bien mirando revistas de actualidad e intercambiando comentarios con cierta envidia sobre las mujeres elegantes que las ilustraban. Sin meterse en la vida de nadie, que era, por lo que parecía, el deporte oficial de la Colonia. Cuando ascendieron a Climent y ella tuvo que dejar la fábrica, Maria Rosa le había dicho: ¡te echaré tanto de menos!, nunca había tenido una compañera de trabajo como tú. Pero ella, en aquella época, tenía otras aspiraciones. Soñaba con las nuevas amistades. Estaba convencida de que no tardaría en escalar a posiciones más elevadas. Con todo el derecho y también por méritos propios. Eso es lo que ella creía. Pero no acababa de encajar. Tanto la señora Gumfaus como la señora Torras y las demás señoras de los encargados se movían en un círculo muy cerrado, donde ella no era bien acogida. Al menos, esa era su impresión. Las veces que se había relacionado con ellas se sentía desplazada, inútil, ya que la poca atención que le prestaban olía a hipocresía. Y tuvo que refugiarse en la amiga de antes, cuidando, sin embargo, de no dejar traslucir la frustración que ese hecho le causaba. Y lo afrontó con la cabeza bien alta. La dignidad por encima de todo. Fue entonces cuando se le ocurrió hacerse moño. Una consulta profesional a Maria Rosa para saber qué estilo se adaptaría mejor a su cara terminó de decidirla. Podríamos hacerlo como el de Eva Perón, le aconsejó la amiga; aunque tú tengas el pelo más oscuro, encaja con tu físico y tu personalidad. Le gustó la comparación. Ella había visto a Evita en el No-Do una vez que vino a España, y se quedó impresionada. Se veía distinguida, importante. Mira si era importante que hasta fue a recibirla Franco. Y se puso en manos de su amiga y los resultados le produjeron gran satisfacción. Se veía más alta —hay que decir que subió un poco la medida de los tacones—, más elegante, más... señora. Y con la altura

también le subió la moral. Ya no le preocupaba tanto la opinión de las... mujeres de los mayordomos y de los encargados. A veces también imponía su opinión. Y se sorprendió al ver que le hacían más caso que antes. A esas alturas, entre los tacones, el moño y la moral, recibió, a través de Bernat, un recado de la señora Boix que le decía que, si podía, la esperaba aquella misma tarde, hacia las cinco, para tomar el té. Este aviso tan deseado la pilló desprevenida y a duras penas pudo responder al vigilante-mensajero un ¡sí, claro que puedo! precipitado. No sabía cómo vestirse ni cómo ponerse; incluso dudaba de que el moño fuera lo más idóneo. A la hora de comer lo habló con Climent, pero él, aparte de mostrarse preocupado y sorprendido, no le sirvió de gran ayuda. Y es que ya hacía tiempo que ella y su marido se ayudaban poco. De hecho, no pasaban por su mejor momento. La excusa era el trabajo. Siempre el trabajo. Pero los dos sabían que era solo eso, una excusa. Una excusa que ni se acordaba de cuándo había empezado. A menudo ella se decía que la culpa era del nuevo cargo, que las responsabilidades habían hecho cambiar a su marido. Pero sospechaba que no se decía la verdad. Con solo rascar un poco en la superficie, tenía que reconocer que venía de mucho más atrás. De tan atrás que a veces tenía dudas de que hubiera habido tiempos mejores. ¿Cómo podía haber llegado a aquella conclusión? ¿Cómo era posible que no tuviese presentes los buenos momentos que habían vivido juntos? ¿Y cuando se conocieron? Se le escapó una sonrisa fugaz. Fue en agosto de 1943. Se lo presentó su hermano, en el entoldado, durante la Fiesta Mayor. Climent había ido a pasar las fiestas, le dijo mientras bailaban un *fox*. Y se había instalado en casa de un pariente que resultó ser amigo de su hermano. Ella escuchaba todo lo que le contaba como de lejos mientras deseaba que aquel *fox* no terminase nunca. Se sentía tan a gusto bailando con él..., bailaba tan bien, iba tan arreglado, era tan atento, tan cálido, tan... todo. Que cuando le pidió bailar el resto de los bailes, para disimular la alegría murmuró tengo que ir a decírselo a mis padres que están en el palco de ahí arriba; ahora vuelvo. Y por el camino se aguantaba el corazón, cuyo pum-pum hacía la competencia a la batería de la orquesta. Recordaba como una nebulosa los viajes que él hacía desde la Colonia un domingo al mes para ir a verla. El año, escaso, de noviazgo se le hizo muy largo. Él le contó que era hijo único —lo que quería decir que tendría que ir a vivir con sus padres—. Le habló también de ellos, de la Colonia; hay buena gente, te gustarán, ¡ya lo verás! Pero ella solo lo veía a él. Se casaron hacia finales de la primavera del 44, en la catedral. Llovía. Y la niebla, que visitaba a menudo su ciudad, tampoco faltó aquel día. Aunque para ella fue un día tan luminoso como resplandeciente y, entre la lluvia neblinosa, parpadeaban las miradas de ilusión y las promesas. ¿Cuánto tardaron en deteriorarse, en fundirse, en desaparecer? ¿Quizá cuando comprobó que la calidez y las atenciones de él iban acompañadas de un silencio que ella no sabía descifrar? ¿Quizá cuando ella insistió en examinar sus ojos y solo encontró tristeza? Y se dio cuenta de que eran los silencios y la tristeza lo que la había enamorado. Pero ahora era su marido, ¡suyo!, y no tenía bastante. Ya no le bastaba con saber qué hacía, qué

decía, también quería saber qué pensaba, qué sentía. Y en el camino de escudriñar sentimientos se encontró con un muro infranqueable. Y entonces recurrió a su suegra. Era una mujer comprensiva que la había acogido con afecto, pero sus respuestas no aportaron luz alguna al nudo de dudas que la mortificaba. El nacimiento de Cèlia hizo renacer la esperanza al compartir la dicha de ser padres. Y un nuevo centelleo envolvió aquellos ojos tristes por naturaleza. Hasta que la llegada de Jaume y Raquel, en muy poco tiempo, les dio un aire de rutina y cotidianeidad, pero al mismo tiempo de confianza, y motivos para llenar los silencios y conversaciones familiares, por la noche, uno delante del otro, sentados en sillones de mimbre, escuchando la radio. Y en la esquina de un día cualquiera, encontró el cajón del olvido y se resignó a guardar en él las preguntas sin respuesta. Y cuando la ilusión del nuevo cargo y del cambio de piso, y el reconocimiento de los méritos, hicieron agua y se peinó el moño, y la invitación de la señora Boix le hacía pensar que quizá algo había cambiado y se encontraba en el buen camino, aquellas cuatro palabras se llevaron, bruscamente, los motivos por los que había luchado, callado, resistido, olvidado. Fue la señora Boix quien las pronunció, entre el tintineo de sus pulseras y una sonrisa. Primero hubo un recibimiento caluroso y una conversación banal con atenciones desmesuradas, mientras una de las chicas, con el uniforme reglamentario, servía el té en el salón grande. Ella estaba tan impresionada que mezclaba el azúcar con mucho cuidado por miedo a que se le notase el temblor de las manos, bañadas por la luz que venía de los ventanales. Cortinajes de terciopelo recogidos con un lazo, sofás a juego, una mesita de centro dorada, puertas macizas de madera noble, cuadros colgados con una simetría impecable, paredes altas, infinitas. Todo, todo le hacía pensar en un sueño que se convertía en realidad. Sentada delante de la señora de la casa, recibiendo sus cumplidos y el servilismo de la criada, poco a poco se fue tranquilizando.

Y casi no se dio cuenta cuando la señora entró en el terreno de la conchabanza, que ella siempre había rechazado. El tono amable, los argumentos justificados, la sutileza con que lo envolvió todo consiguieron que se lo tragara como una píldora envenenada. ¡La señora lamentaba tanto lo que había pasado el último año!, empezando por la muerte del escribiente principal, pobre, él sí que era un santo varón.

Y siguió: aunque este hecho haya beneficiado a su marido, señora Palau, estoy segura de que usted, como buena cristiana que es, lamentó su pérdida, como todos nosotros. Y dejaba el plato con la tacita de té encima de la mesa dorada con una elegancia que la hizo encogerse. Y aún se empequeñeció más cuando le dijo con una sonrisa: como también sé que lamenta la soledad y el abandono en que ha quedado su viuda. La situación de una señora sola no es nada cómoda. Créame, no lo es. Y es bien sabido por todos que la tenemos, ¿cómo lo diría?, un poquito... alborotada, a esta señora; si me permite la expresión. En este punto, Matilde se aturdió. ¿Se había perdido algo? Si era así, no sabía qué, ni cuándo, ni por qué. Y, procurando que la falda le quedase por debajo de las rodillas, cruzó las piernas, alarmada, con esa

alarma que provoca la inseguridad. Y quizá porque la tarde ya declinaba, le pareció que en la sala faltaba luz. Y en aquella sala oscura, poco después, también le faltó aire cuando la mujer del director le soltó: pero qué voy a contarle yo que usted no sepa, teniendo en cuenta la relación que tiene esta señora con su marido. Miedo. Solo el miedo de que las palpitaciones de un corazón que no avisaba se notasen por encima de la blusa de color crema con lentejuelas que se había comprado para las fiestas y que estrenaba aquella tarde. Un miedo irracional a no saber representar el papel que le correspondía. Pero ¿qué papel se supone que tiene que representar una mujer cuando le hablan de la relación que otra mujer tiene con su marido? ¿Qué voy a contarle que usted no sepa? ¡Que usted no sepa!, que usted no sepa... Cuatro palabras. Solo cuatro. ¡Pues no! ¡No lo sé, señora descubridora de secretos que todo el mundo sabe menos la única persona que debería saberlos!, le habría querido decir. Pero se calló, en parte porque la obligaba el nudo de la garganta y porque la dueña de aquella casa sin luz y sin aire se inclinó hacia ella, con actitud intrigante, mientras perdía un poco las formas y le decía sé que usted me entenderá, mi marido también ha hecho lo posible para que ella se quede en la Colonia. Y después le contó que el señor Viladomat ofreció a la viuda el piso de los porteros de su finca de Barcelona, el que habían ocupado los padres del señor Claret cuando todavía vivían, como también le ofreció escuela para sus hijos, y que ella lo había rechazado. Insistió en que fue su marido, ¿cómo se llama?, Climent, ¿no?, el que había convencido a su Àlfred para que le arreglaran un piso aquí, en la Colonia, para que se sintiese cómoda y no tuviese que irse. Y todo eso da un poco de apuro, ¿no le parece?, mirándola fijamente. Suerte que siguió hablando sin esperar respuesta, porque cada una de sus palabras había ensanchado el nudo de la garganta y no era capaz de articular ni un sonido. Su mutismo debió de ser interpretado por la señora descubridora de secretos como un asentimiento, y siguió, más animada. Ella, después de pensarlo mucho, iba contando, había llegado a la conclusión de que, teniendo como tenían los mismos intereses, deberían unir esfuerzos y trabajar unidas para poner fin a esa situación. Tenemos que conseguir que la viuda acepte la oferta del amo, como sea; tenemos que intentar convencer a nuestros maridos; si nos lo proponemos, juntas lo conseguiremos, ¡lo conseguiremos! Además, será lo mejor para ella y para sus hijos. En otro caso, ¡créame!, no se me ocurriría proponerle una cosa así. Y, sin duda, será lo mejor para todo el mundo, ¿no le parece, señora Palau? A la señora Palau le parecía que una pesadilla había devorado sus sueños. Cuando creía que tocaba el cielo con las manos, el hedor a gangrena le subía por las piernas. Y movió la cabeza, maquinalmente. Y, cuando vio la cara de satisfacción y la sonrisa de aquella serpiente, se dio cuenta de que la había movido afirmativamente.

Efectuó la salida por la puerta principal acompañada de la señora, y de la reverencia de una de sus criadas, como si no fuese ella, como si todo lo que había visto y oído aquella tarde en la torre del director, tomando el té, formase parte de una historia que le habían contado y que había ocurrido mucho tiempo atrás. Y esta

sensación todavía le duraba cuando llegó a casa y le dijo a su suegra: madre, ¿puede encargarse de los niños y de la cena?, es que tengo tanto dolor de cabeza que me voy a la cama. Y todavía pudo oír que su suegra le ofrecía unas hierbas y una aspirina antes de dejarse caer sobre la cama, sin quitarse siquiera los zapatos de tacón ni la chaqueta, ni la rabia que crecía por momentos. Cuando llegó su marido ya era de noche, ella se había metido en la cama y había tenido que aguantar a los niños más de una vez porque entraban, ora uno, ora otra, a preguntarle: mamá, ¿qué te pasa?, mamá, ¿te encuentras mal?, mamá, ¿quieres cenar?, pregunta la abuela. Climent, nada más entrar en la casa y recibir el alud informativo de todos a la vez, se fue corriendo a la habitación.

—¿Cómo estás?

—¡No enciendas la luz! —Con voz oscura, ronca, de quien hace rato que no ha pronunciado palabra.

—¿Estás mejor?

—Sí.

—¿Te levantarás para cenar? —Y se sentó en la cama, a su lado.

—No.

—Dice mi madre que te ha preparado una sopa de pan. ¿Quieres que te la traiga?

—No.

—¿Seguro que no quieres nada? —Le acariciaba los cabellos, le sonrió—. Pues yo voy a cenar un poquito. Volveré enseguida, ¿me oyes? —Y la abrigó y le rozó la mejilla.

El desfile de los niños antes de irse a dormir fue más ruidoso de lo que su cabeza podía soportar, aunque su padre les recomendaba silencio; ¡sst, que mamá no se encuentra bien! Sus suegros le desearon buenas noches, que te mejores, desde la puerta y, al cabo de poco rato, un silencio reparador acompañaba la luz indirecta de la mesilla de noche.

La luz de la mesilla parpadeaba mientras Climent se desnudaba poco a poco a los pies de la cama con la secreta esperanza de que su mujer se hubiera dormido. A él también le dolía la cabeza. A última hora de la tarde había tenido la reunión semanal con los mayordomos que le había impuesto el señor Boix hacía cerca de un año. Y cada día estaba más convencido de su inutilidad. Desde el principio, esos dos le pusieron las cosas difíciles. Se sentían Fuertes porque estaban unidos y porque el director se mantenía al margen. Al menos aparentemente. La falta de apoyo por su parte le hacía sentirse solo ante unos hechos que lo preocupaban. Miró a Matilde, ¡sobre todo, que no se despierte!, mientras se ponía el pijama, apartó la ropa y se metió dentro y, cuando se inclinaba para comprobar si dormía, ella, como proyectada por una catapulta, se sentó en la cama. Él hizo lo mismo mientras le preguntaba ¿qué te pasa? La luz de la mesilla emitía destellos de ansiedad. ¿Qué te pasa?, volvió a preguntar Climent. Sin respuesta. Rostro de cera, ojos hundidos, nariz enrojecida, boca cerrada, cabellos enmarañados y ninguna respuesta. Ella lo miró de reojo; las manos apretadas, una sobre la otra, temblorosas, sobre el embozo de la sábana.

—¿Qué te pasa, qué tienes? No me asustes, ¿qué te ha pasado?

—He ido a la torre, a tomar el té con la señora Boix —voz profunda, extraña, desconocida.

—Eso ya me lo has dicho al mediodía, pero ¿qué ha pasado?

—No lo sé. Dímelo tú...

—¿Yo? —extrañado, asustado.

—Sí, tú, tú. ¿Qué hay entre Teresa y tú...?

Un suspiro pesado, de muy adentro, le empujó los labios hacia fuera. Era la pregunta que se formulaba él siempre en sus pesadillas y, cuando estaba a punto de contestarla, se despertaba. Pero esa no era una respuesta para nadie, y menos aún para su mujer. Y le daba miedo, mucho miedo, no tener otra. Para él Teresa era... Teresa. Y nada más. ¿Cómo es que Matilde le hacía aquella pregunta? ¿No se había casado con ella? ¿No era la madre de sus hijos? ¿No vivían bien, tranquilos, con las pequeñas cosas de cada día, como cualquier familia normal? ¿Con qué le salía? Y él, en aquel momento, tenía la cabeza a punto de explotar.

—No tienes derecho a hacerme esa pregunta... —Lo dijo muy flojo, como indicando que era el único tono que sus oídos le permitían absorber.

—Tengo todo el derecho... ¡Todo!

—No grites —se aguantaba la frente con una mano—, despertarás a los niños y mis padres pueden oírnos...

—¡Me da igual! ¡Que lo oigan! Además, seguro que ya lo saben ¡Si lo sabe toda la Colonia...!

—Pero, pero ¿de qué hablas?

—¿Qué voy a contarle que usted no sepa? —Imitando la voz de pito de la

directora—. Se ve que lo sabe todo el mundo.

—¿Qué es lo que sabe todo el mundo?

—Que Teresa y tú sois...

—¡Eso no es verdad...!

¡Desde luego que era verdad! Todo le cuadraba. Los silencios, la tristeza de antes. Y, después, el poco interés que mostró en cambiar de piso. Desde el primer momento puso trabas. ¡Y lo hacía por Teresa, por ella! ¿Cómo había podido ser tan ciega? La distancia, la frialdad, el mutismo de los últimos tiempos, que ella atribuía a la muerte del amigo y después a las responsabilidades que le habían caído encima, ¿eran solo porque consolaba a la viuda del amigo? ¡Qué cinismo! La tenemos un poco alborotada, a la señora, había dicho la mujer del director. Y tan alborotada que debía de estar para hacer que su marido cambiara tanto. A la ansiedad del resplandor de la luz de la mesilla se añadían ahora la furia, la rabia y una ofuscación sin límite.

—¿Tampoco es verdad que el amo le ofreció el piso de la portería de Barcelona...

—¿Y eso qué tiene que ver...?

—... y que tú y el director os apresurasteis a arreglarle uno aquí, en la Colonia?

—No sé de qué me hablas. ¿De dónde has sacado todas estas mentiras? —Mustio, abatido, cansado.

No eran mentiras. Cada gesto, cada una de sus palabras confirmaban la teoría de la directora. Pero ¿por qué no era capaz de ser más falso? ¿Por qué no se levantaba de un salto y juraba y volvía a jurar que no era verdad? ¿Que la quería a ella y a nadie más? Que no había habido nunca nada entre Teresa y él. ¡Nunca! Ni antes ni ahora. ¡Nunca! ¿No era capaz de ver que era eso lo que ella necesitaba oír? ¡Engáñame, engáñame!, pero con pasión; ¡tiembla, vibra y engáñame! ¡Y abrázame, abrázame aunque sea para mentirme! No tenías derecho a traerme a este culo del mundo lleno de hipocresía si tú no sabes estar a la altura. ¿Cómo podré salir mañana a la calle? ¿Cómo podré mirar a la cara a toda esa gente que sé lo que piensa de mí, que me tiene lástima porque sabe que el hombre que duerme todos los días a mi lado, todas las noches, quiere a otra?, ¿que el hombre que me hizo tres hijos, me los hizo pensando en otra?

—Júrame que son mentiras. —Las manos todavía bien apretadas sobre el embozo, ojos quietos, penetrantes.

—Te lo juro. —Con desencanto, derrotado.

—Está bien. Pero ahora —poco a poco, midiendo las palabras y el tono—, quiero que me lo cuentes todo desde el principio...

—¿Qué quieres decir?

—Quiero saber qué saben los demás que yo no sepa. —Sacó un pañuelo de debajo de la almohada y se sonó—. Quiero saber lo que deberías haberme contado antes de casarnos. Quiero saber lo que habéis callado durante todos estos años tú y tu familia. —Se echó los cabellos atrás y lo miró—. Tengo todo el derecho.

—De acuerdo, de acuerdo. Tienes derecho a saberlo. Y tal vez sí, tal vez sí que

debería habértelo contado antes.

Se levantó y, descalzo, fue a buscar la petaca y el librito al bolsillo de la americana, tardó más de lo habitual en liar el cigarrillo por culpa de las manos sudadas y del temblor. Removió el cajón de la mesilla en busca de una caja de cerillas. Sentado en la cama, con los pies sobre la alfombrilla y de espaldas a su mujer, empezó con voz de murmullo, entre bocanada y bocanada de humo.

Le parecía que ya le había hablado alguna vez de la amistad que había entre las dos familias, que en aquella época eran vecinas. Hasta donde llegaba su recuerdo, veía a los Roca y los Palau, en verano, al anochecer, sentados al fresco ante la puerta y, en invierno, alrededor de una estufa de leña con carbón mezclado, de palique, cuando aún se podía hablar de todo, y después, cuando ya no se podía hablar casi de nada. Y una guerra entre medio. Una guerra que no llevó tropas ni tanques a la Colonia, solo hambre. Un hambre que obligaba a vigilar los huertos las veinticuatro horas del día y aun así, si te descuidabas, se te llevaban la poca vianda que contenían. Teresa, su hermano y él vigilaban los huertos de día —los padres de noche—. No tenían más que hacer, porque la fábrica, entre la escasez de hombres y la de materias primas, apenas funcionaba. Y, para pasar el rato, leían libros de aventuras, de teatro y de poemas que iban a buscar a la biblioteca y compartían las inquietudes de aquella adolescencia tan difícil que les había tocado vivir. Y, cuando decían que la guerra terminaba, reclutaron a Cintet, el hermano de Teresa, para ir al frente. Pero antes de que terminase, sus padres aún tuvieron tiempo de recibir una carta con la notificación oficial de que su hijo había muerto como un héroe para defender a la patria. Y más tarde, cuando volvieron a decir que la guerra terminaba y empezaron a movilizar a los de la quinta de Cinto y él dijo que no quería ir a matar gente y que se escondería en el bosque, su padre, aunque era mayor, con el miedo de que al final le obligasen a ir a él también, dijo que lo acompañaría. Y una madrugada, al rayar el alba, huyeron de la casa solo con un hacha y un saco colgado a la espalda como si fueran a buscar leña. Una vez se hubieron ido, su madre y Quitèria, juntas, rezaban de día y lloraban de noche, por separado. Hasta que al cabo de tres días de rezar y no dormir, a medianoche, el roce de unos pasos en las baldosas alarmó a su madre, que estaba en cama con los ojos enrojecidos y abiertos de par en par. Y sintió que una mano que olía a muerto y a suciedad le tapaba la boca mientras decía: ¡ssst, no te asustes, soy yo! Al día siguiente, cuando su madre se lo contó, todavía lloraba, y decía hemos cambiado el miedo de que lo maten en el frente por el miedo de que lo fusilen si lo encuentran. Y entonces fueron a casa de Quitèria y de Teresa y su madre se lo contó todo. Estaban escondidos en el cementerio. Dentro de un nicho vacío. No salían más que de noche para estirar las piernas. Su padre había ido a avisarlos, arrastrándose en la oscuridad por los márgenes, para que estuviesen tranquilos y porque necesitaban comer. También le dijo a su madre que tuviesen cuidado, porque seguro que los buscaban y probablemente las vigilaban también a ellas. Tuvieron que organizarse. Les llevaban comida al anochecer. Acordaron que lo liarían Teresa y él. Les parecía

que una pareja de adolescentes no sería tan sospechosa. Llevaban la poca comida que tenían en una fiambarrera, escondida entre la ropa, y hacían como que paseaban. Procurando que no los viese nadie, entraban por detrás saltando la tapia y la dejaban al lado de una cruz caída cerca del nicho donde su padre había dicho que se escondían. No los vieron nunca. Pero la fiambarrera que encontraban vacía todos los días les aseguraba que no los habían descubierto, que todavía vivían.

Climent apagó el tercer cigarrillo y se metió en la cama. Se había enfriado. Con la almohada apoyada en la cabecera y él apoyado en la almohada, medio sentado, medio tumbado, siguió. Matilde, sin moverse, solo inclinó un poco la cabeza para examinar sus ojos mientras escuchaba.

Hacía ya bastantes años de todo aquello, pero a veces aún lo perseguía el ansia del hambre y el miedo. Su madre y Quitèria tuvieron que sustituir a sus maridos en los trabajos del huerto, y Teresa y él también ayudaban. Sin su padre y sin Cinto, todos se esforzaban mucho para cosechar muy poco. Y, al anochecer, los dos, todos los días, tenían que enfrentarse al miedo de ir al cementerio, al miedo de no encontrarlos, al miedo de que una imprudencia los descubriese. Un día ventoso y nublado se entretuvieron más de la cuenta y se les hizo de noche, la oscuridad proyectaba sombras que parecían muertos vivientes y los aullidos del viento les daban voz. Y se pusieron a correr, aterrorizados, entre cruces de hierro oxidadas y lápidas medio cubiertas por malas hierbas. De pronto, Teresa se detuvo y dijo ¡déjame, no tires de mí, no me hace gracia! Y cuando él le dijo que no había hecho nada y le enseñó las manos para que viera que no la tocaba, sin mirar atrás, ella se arrancó el jersey que la aprisionaba y la inmovilizaba y, pies para qué os quiero, apretó a correr y llegaron a casa ella sin aliento y él con los pantalones mojados. Al día siguiente, cuando volvieron a plena luz del día, encontraron el jersey de Teresa enganchado en una zarza como un fantasma.

Climent miró a su mujer. ¿Cómo puede explicarse lo que hay entre dos personas que han padecido tanta hambre y tanto miedo durante tanto tiempo? ¿Cómo se explica el dolor de una herida mal cerrada que nunca ha dejado de supurar? ¿Cómo se explica un miedo vivido desde dentro, respirado con el propio aliento? Un aliento surgido incluso mucho antes que el miedo, cuando jugaban juntos, iban a trabajar, reían y bailaban juntos, compartiendo sueños de adolescentes, proyectos de futuro. Siempre juntos hasta que..., hasta que se separaron.

Su mujer también lo miró, interrogativa, ¿eso es todo?, dijo sin palabras. Y él siguió. La guerra terminó. Y todo el mundo tuvo que esforzarse para volver a la normalidad. Mi padre y Cinto salieron del escondite. Como también salieron el mosén, el director y los amos, aunque se habían escondido en otros sitios y por motivos diferentes. El amo volvió con ganas de mejorar y de hacer cambios. Y una de las cosas que hizo, rompiendo la tradición, fue traer al nuevo escribiente principal de Barcelona. Lo recomendó especialmente. Le tenía la máxima confianza. Se dijeron muchas cosas de Isidre, pero lo único cierto era que era hijo de los porteros de la

finca que los amos tenían en Barcelona, que sus padres habían muerto hacía poco y que le habían dejado unos ahorros para acabar la carrera. Aunque la guerra lo hubiese paralizado todo, atrasando los proyectos de unos y destruyendo los de otros, allí estaba, con un título bajo el brazo, con un cargo que nadie se había atrevido a discutir y con un saber hacer y un saber estar de señor, tan natural, que convenció a todo el mundo y despertó la envidia de más de uno.

Matilde resopló, impaciente. Hablaba desde hacía más de una hora y todavía no le había dicho nada de lo que quería saber.

—¿Entre los envidiosos estabas tú también?

—Tal vez sí. —Medio sonrió—. Sí, tal vez sí.

—Y a todo eso, ¿qué decía Teresa?

—¿A qué te refieres?

—Entre las aventuras que has contado, que por cierto algunas ya sabía porque tus padres las han repetido docenas de veces —quería evitar ser irónica sin conseguirlo—, ¿qué relación había entre Teresa y tú?

—Normal...

—¿Normal... de amigos? ¿Normal... de pareja que salía, o acaso... estabais prometidos?

—No estábamos prometidos...

—¿Pues qué erais?

—Ya te he contado todo lo que vivimos, todo lo que compartimos. Éramos... vecinos y amigos y...

—¿Os queríais?

—Éramos muy jóvenes...

—¿Os queríais?

—Sí...

¡Ya era hora! ¿Por qué le costaba tanto enfrentarse a la verdad? Pero ¿por qué aquel sí, que le había salido con tantos esfuerzos, no aclaraba ni las dudas ni los interrogantes que le golpeaban el cerebro desde la tarde? Si se querían, ¿por qué ella se casó con Isidre? ¿Y por qué, por qué él la sacó a bailar aquella maldita tarde de fiesta mayor? ¿Por qué? ¿Por qué ella vio en sus ojos unas promesas que nunca, nunca se habían cumplido?

—Entonces, ¿por qué no os casasteis?

—Porque ella eligió a Isidre...

—¿Así de fácil? ¿Me tomas el pelo? ¿Ella no te quería?

—Supongo...

—¿Y por qué se casó con Isidre?

—Eso tendrás que preguntárselo a Teresa.

—¡Anda ya! Tanto rato hablando solo para decirme, para decirme...

Climent se enderezó, le cogió las manos frías que descansaban sobre el embozo de la sábana y la miró de cerca, con calidez. Le aseguró que aquello era todo lo que

podía contarle. Que él, en aquella decisión, no había tenido nada que ver. Formaba parte de la vida de Teresa y de su familia. Y por ese motivo no tenía derecho a revelarlo. No podía. Y, honestamente, creía que ellos dos no tenían nada que ver. Ni tú ni yo, le dijo, tenemos nada que ver. Nuestra vida es otra, nuestra familia también. Cuando ellos dos se conocieron, Teresa ya se había casado. Y toda esa historia formaba parte del pasado. ¿Me oyes bien? ¡Del pasado! Ella y sus hijos eran el presente y el futuro. Solo ellos. Y le dolían los interrogatorios y las miradas de desconfianza. ¡Porque él le había dado todo lo que tenía! ¡Todo lo que podía! ¡Todo lo que sabía! ¡Y es que no sé hacerlo mejor, Matilde, no sé hacerlo mejor!

A Matilde le costó mantener la actitud de indiferencia. La confesión de él se acercaba un poco a los anhelos, a los deseos que tenía ella de hacerlo vibrar. Pero estaba demasiado dolida. La mordedura de la serpiente la había envenenado. Necesitaba tiempo, y aclarar algunos puntos aún oscuros de aquella historia que le recordaba —y aquí hizo un gesto despectivo— las novelas de Pérez y Pérez. Con todo, suavizó el tono y, poco a poco, fue cambiando el interrogatorio por la información, concisa, escueta, de la conversación que había tenido aquella tarde. Primero aceptó la frustración que le había provocado ver como una señora a la que admiraba y envidiaba perdía las formas para intentar conchabarse de manera tan indigna. Y aunque estuviese absorbida por los hechos que contaba, no le pasó por alto el interés que mostró su marido y, por un momento, se cambiaron los papeles y pasó a ser él quien interrogaba. Ella, más segura, consciente del cambio, le ofrecía la información con cuentagotas, alargándole los dientes. Sin embargo, la oportunidad que le brindaban las circunstancias de vengarse la hizo sentirse generosa y acabó exponiéndolo todo de manera más detallada.

El ambiente de confianza que se respiraba en la habitación del hijo y la nuera de la familia Palau, envuelto por la luz indirecta de la mesilla de noche, propició que los detalles fuesen ampliándose por ambos lados. Y así fue como Climent le confirmó que el amo había ofrecido a Teresa el piso de Barcelona y que, según le había dicho el director, ella no había podido aceptarlo porque era muy pequeño y no tenía las condiciones mínimas que necesitaba para su madre. Como también fue el mismo señor Boix quien le comunicó la decisión de arreglarle un piso aquí, en la Colonia. A él solo le consultó si tendría inconveniente en esperar a que se terminasen las obras. Y la verdad es que se sentía tan abrumado por los acontecimientos que incluso agradeció no tener que tomar decisión alguna. Como también se alegró de que al final se encontrase una solución digna.

Ella no se perdía ni una palabra, ni un gesto, ni un suspiro, ni un parpadeo. Lo olía todo con el olfato de un perdiguero y, poco a poco, se fue relajando. El aire que le llegó, mezclado todavía con un poco de humo, le produjo el efecto de que transpiraba el olor de la verdad.

Al final, Climent acabó hablando de las visitas que hacía Gertrudis a la torre y de los comentarios que ella había soltado alguna vez cuando volvía: en lugar de escuchar

los seriales de la tarde, en la radio, como todo el mundo, *la señora* me hace ir para montar sus propios seriales; ¡un asco! Matilde sonrió. Tal vez sí, tal vez lo hacía para matar el aburrimiento. Tal vez sí. Y después él añadió: Gertrudis dice que esa mujer es tan retorcida que, encima de la mesilla de la sala pequeña, tiene un jersey de niño empezado, cuando todo el mundo sabe que nunca ha tenido hijos y que, además, ya le ha pasado la edad de tenerlos. La forastera, la nuera de los Palau y señora del escribiente principal desde hacía más de un año, echó la cabeza hacia atrás recordando a aquella rubia teñida, de carnes generosas, recogidas con corsé firme, de uñas largas, enjoyada, y el grosor abundante de pintura que le tapaba las arrugas, con voz de pito, patética. Y embargada de una especie de lástima respiró hondo y, apartando la ropa de la cama, dijo voy a calentar un poco de leche, ¿quieres tú?, y él dijo que sí.

Sentados alrededor de la mesa de la cocina, con una taza que humeaba entre las manos, Matilde rompió el silencio de la noche, receptiva; con las últimas conmociones había olvidado un asunto muy importante: Cèlia.

—¿No te lo ha dicho tu madre? Últimamente la ha oído gritar por la noche, mientras duerme.

—No —dijo Climent, preocupado.

—Ya te dije hace días que yo la veo extraña...

—Todavía se mea en la cama, ¿no?

—Sí, y todavía lo disimula y esconde la ropa mojada.

—Hace meses que dura. Deberíamos volver a decírselo al médico, ¿no crees?

—Sí, seguramente tienes razón.

Seguramente tenía razón y era mejor que no fuera. Seguro que no era necesario. Pero un temor tan antiguo como su piel la hacía dudar entre la necesidad y la obligación. Solo pensarlo, se angustiaba. Ahora que todo se había normalizado, que su madre estaba más tranquila, como los niños, sobre todo Sidret, que volvía a ser el de siempre: tozudo, pendenciero y con ganas de pelea. Y, encima, el perro. Aunque estaba convencida de que el hecho de encargarse de él le había servido de ayuda para superar la muerte de su padre. Agradecía a los Palau, principalmente a Joan y a Filomena, que le dejaran tener a aquella bestia en el huerto, donde Sidret pasaba la mayor parte de las horas cuando no estaba en la escuela. Y también que lo invitasen a menudo a su casa a jugar con Jaume. En realidad, se llevaban muy bien los cuatro, con Cèlia y Raquel, también. Cuando los encontraba a veces en la plaza y veía la complicidad que había entre su hijo y Raquel, no podía evitar mirarla y ver en ella los ojos oscuros y cálidos de su padre. No le extrañaba que llevase a Sidret por donde quería. Esta visión la había asustado y reconfortado a un tiempo, y no pudo evitar hacer comparaciones de otros tiempos con parecidas complicidades. Y un solo deseo: que tengan suerte, que tengan más suerte. Con Climent no había vuelto a hablar desde el día que ella había ido al despacho del señor Boix y la conferencia del amo la había liberado de aquella situación tan incómoda. Casi todos los domingos se veían, siempre de lejos, a la salida de misa. A ella le habría gustado saber que estaba bien. Que el trabajo le iba bien. Isidre siempre le hablaba de la eficiencia y honestidad de Climent; estaba muy satisfecho de él. Ella desde el principio confió en que lo conseguiría, pero la información que le había llegado últimamente, aunque no muy precisa, la preocupaba. Basta. Basta de cavilaciones. Basta de lamentaciones. No quería quejarse más. No todo era malo, mientras pensaba en la visita que le hizo Rosalia al día siguiente del Corpus del año anterior. Le dijo que iba retrasada con el trabajo y que si la quería ayudar. No seas modesta, añadió cuando ella expresó dudas sobre si estaba capacitada para coser para otros. ¿Ya no te acuerdas de quién fue tu maestra? Tienes unos dedos de plata, Teresa, créeme; te lo digo yo, que sé de qué hablo. Aceptó, encantada. El dinero le hacía mucha falta. La paga de viuda —aunque le constaba que el amo había hecho gestiones para que no fuese tan escasa— era justa para una familia de cuatro. Con Rosalia siempre se había llevado bien, aunque últimamente la veía muy cambiada. Incluso hacía poco le había confesado que, si no fuese por ella, tendría problemas para quitarse el trabajo de encima. Y también le comentó que, según Gertrudis, parecía que Climent tenía problemas en el trabajo.

Barajar, cortar y repartir. Aquella noche, de un sábado cualquiera, el olor a café exprés, el humo que rodeaba las pantallas de las bombillas encendidas, las moscas enganchadas a las tiras que colgaban del techo —cumpliendo religiosamente su finalidad—, el rumor de conversaciones más o menos animadas y alguna carcajada de vez en cuando, no pudieron ahogar el grito ni el puñetazo sobre la mesa de mármol,

protegida por el fieltro verde: ¡canto las cuarenta! ¡De las cuarenta!, mientras soltaba el rey de copas sobre el tapete verde. El cafetero meditaba tras el mostrador, secaba vasos y meditaba. Ramón ya estaba acostumbrado al griterío de los sábados y a los aspavientos. Había quien decía que los hombres, allí dentro, vociferaban por todo lo que tenían que callar en casa. Cuando el señor Boix le propuso regentar el café, no se sorprendió del todo; sabiendo como sabía que, para los asuntos de la Colonia, la opinión del mosén era la que más contaba; él, por si acaso, siempre había ido a misa. Aunque tuvo que pensárselo. La situación era un poco difícil porque su mujer ya se encargaba de la peluquería y no podía ayudarlo. Pero le halagó que pensasen en él, que le considerasen apto para aquel cargo. La portería no era el lugar más adecuado para demostrar su valía. Y se decidió: como el café solo se abría los sábados por la noche y los domingos y fiestas de guardar, estaba convencido de que saldría adelante. Y ¡qué caramba!, unos dinerillos extra no vienen nada mal. Todo era poco para criar a dos chiquillos en los tiempos que corrían. Además, Maria Rosa le prometió que lo ayudaría los dos días de más trabajo, el de la Fiesta Mayor y el de la Purísima. Y lo ayudaba, a fe que lo ayudaba; se sentía orgulloso de su mujer cuando la veía organizando la estancia de los músicos para el concierto. Parecía que lo hubiese hecho toda la vida. Alrededor de la mesa de billar ponía las sillas justas, dejando los espacios necesarios para los instrumentos y, encima de la mesa, sifones y ceniceros en medio, con el café y la copita para cada uno. Cuando entraba la cobla Els Lluïsos, que era la que la comisión de fiestas contratava para la ocasión, nunca se olvidaban de alabar su trabajo. Los músicos, que habían llegado ya a primera hora de la mañana para la audición de sardanas que se celebraba a la salida del oficio, después de comer, alrededor de la mesa de billar, una vez saboreada la copita y afinados los instrumentos, ejecutaban el concierto, serios y concentrados, contagiando su entusiasmo a la mayoría de la gente de la Colonia que se reunía allí. Eran los únicos días del año que, en aquel lugar sagrado, acogedor de griteríos y desahogos, entraban las mujeres. Y lo hacían con el vestido de las grandes fiestas, paladeando un café exprés que en casa no tenían y absorbiendo sin quejas la humareda de caliqueños y farías, mientras escuchaban con fruición la *Rapsodia húngara n.º 2*. Las mesas escondían los inevitables movimientos de sus pies, que seguían el compás de la música. Y, extasiadas, con movimientos de cabeza imperceptibles, sonreían disimulando el placer que les producía este hecho.

Barajar, cortar y repartir.

—¡Venga, roba y no te distraigas!

El cafetero observó la mesa del rincón. Poco a poco se habían ido yendo todos. Solo quedaban el vigilante y el escribiente principal. Siempre tenía que cerrar tarde por ellos. No había entendido nunca la amistad de aquellos dos. Y mucho menos desde que habían ascendido al heredero de los Palau. A veces lo comentaba con su mujer y ella le daba la razón, aunque le decía que, si alguna vez intentaba hablar de ello con Matilde, ella siempre desviaba la conversación. ¡Es su problema! ¡Cafetero,

a enjuagar vasos, que para eso te pagan!

—¡No te distraigas, carajo, que parece que estés en el limbo!

Bernat miró a Climent; está muy desconcertado, este chico, mientras observaba las cartas. Claro que él, en su lugar, seguramente también lo estaría. Y simulando que pensaba la jugada, bajó el tono de voz.

—He tenido que llevar un recado a Teresa de parte de *la señora* para que vaya a tomar el té...

Climent, ojos quietos, clavados en las cartas, no pudo evitar que un temblor imperceptible las moviese.

—¿Cuándo tiene que ir?

—El miércoles. Ya sabes que es el día que *el señor* está ocupado con el amo y no puede controlarla.

—¿A qué hora?

—Hacia las tres y media... —Sin levantar la cabeza y en un tono de voz más bajo —: Yo le he aconsejado que no vaya, que ya inventaré una excusa...

—¿Y ella qué ha dicho? —Además de las cartas, también le temblaba la voz.

—Que gracias pero que, como tendría que acabar yendo, prefería quitárselo de encima cuanto antes.

—Seguramente tiene razón.

—No sé. La veo muy ofuscada, a *la señora*. No me da buena espina. —Sin atreverse a preguntarle cómo le había ido la visita a su mujer la semana anterior.

A Climent, desde luego, no le daba buena espina. Y, disimulando, soltó sobre el fieltro el tres de oros, mientras levantaba la voz y decía ¡venga, a servir o a matar!

A pesar de dudar de que aquella invitación la ayudase a mantener un equilibrio tan frágil como inestable, decidió aceptarla. Y, a las tres y media en punto, la viuda de Isidre Claret atravesaba el puente. Andaba tan abstraída con sus temores que no se dio cuenta de que Climent se acercaba por el lado de la fábrica. Cuando se encontraron, Teresa ya enfilaba el camino formado de tanto pasar y que atravesaba los pinos de detrás de la torre.

—¿Qué haces por aquí a estas horas? —Medio sonrió, sorprendida, extrañada. Y miró atrás, solo faltaría que los viera alguien.

—Voy a ver al encargado de los albañiles. Ya sabes cómo es. No se fía de cómo le llevan las cuentas. De vez en cuando me acerco a repasárselas para que se quede más tranquilo. —Lo que no le dijo es que siempre iba por la noche—. ¿Y tú, adónde vas?

—La señora Boix... —Y volvió a mirar hacia todas las direcciones—. Es que sufro por si viene alguien...

Él también sufría, pero tenía que informarla de lo que pasaba. Y mientras se adentraban por el bosquecillo, le hizo un resumen atropellado y desmañado de la visita de Matilde a la directora, lo que todavía la asustó más. Climent quiso corregirlo quitándole importancia y asegurando que había elementos nuevos que invertían la situación y que haría lo posible por ayudarla. Confía en mí, le decía, confía en mí.

¿Cuándo era la última vez que había pronunciado aquellas mismas palabras? Se detuvo estremecida. Habían llegado a la caseta de las herramientas. Era una caseta de ladrillos de un par de metros cuadrados escasos. Según decían, un director que hubo mucho antes del señor Boix la había mandado construir para sus hijos, para que jugasen en ella. Desde entonces había servido para guardar las herramientas del jardinero, y más tarde, cuando le hicieron un cobertizo al lado del garaje, quedó abandonada. Ellos, de pequeños, iban a jugar allí. Lejos de las miradas de los padres, saboreaban la independencia que les ofrecía aquel lugar oculto entre pinos. Durante la guerra también les sirvió de refugio alguna vez, camino del cementerio, cuando el miedo hacía que se sintieran perseguidos. Confía en mí, volvía a decir Climent. Y ella observaba la caseta sin tejado, de ladrillos ennegrecidos y ocultos por las zarzas, el agujero de la ventana medio tapado con cascotes y mugre, las telarañas que cubrían parte de la edificación sin puerta y las lagartijas que huían al oír las pisadas de sus pies en la pinocha. Confía en mí.

El aliento de aquellas palabras se llevó las telarañas, reconstruyó el tejado, arrancó las zarzas, limpió la ventana y puso la puerta que chirriaba cuando la abrían para entrar. Él, con el pañuelo, limpió la madera fijada a la pared que hacía las veces de banco. Siéntate, siéntate y tranquilízate; confía en mí, encontraremos una solución. Ella lloraba; no había solución; ¡no había solución, ninguna!, ¡todo está perdido!, y seguía llorando. Él, sentado a su lado, le enjugaba las lágrimas con la boca; no llores. Ayer mi madre me lo dijo bien claro, y mi padre le dio la razón. Pero si eras una criatura cuando les hiciste aquella promesa. Fue un juramento. ¿Qué importa? ¡Tú no puedes entenderlo!, tú no has visto a tus padres abatidos por la muerte de un hijo de diecisiete años, lleno de ilusiones, que todavía no había empezado a vivir; tú no los has visto como yo, desesperados, solo con ganas de morir; tuve que jurarles que no los dejaría nunca, nunca. ¡Tenemos que encontrar una solución! Ya te dije lo que me propuso mi madre. Climent se levantó de un salto; es que eso no puede ser, Teresa, no puede ser; yo soy el heredero y, además, hijo único; no puedo irme de casa. Los dos quietos, paralizados por una realidad que se les hacía evidente, enmudecieron. Un jilguero daba saltitos en el marco de la ventana, picoteando un poco de aquí un poco de allí, con la tranquilidad de sentirse solo. Solo un gesto insignificante de Climent le hizo alzar el vuelo; aleteos y huida hacia el ciclo. Teresa miró cómo volaba. Su aleteo le resultó familiar.

Y se vio a sí misma la noche antes, enfrentada a su madre, con su padre observándolas mientras ella le decía que quería a Climent y su madre solo repetía: lo juraste, no puedes echarte atrás. Y, en un intento desesperado de zanjar la conversación, la sacudió; ¡ya basta!, ¡vete a dormir! ¡Déjeme!, desafiante, enfrentándose a ella, y fue a sentarse a la sillita baja de la galería. Fue entonces cuando su padre, con dos zancadas enfurecidas, se acercó y le levantó la mano. Su padre con la mano levantada, ella bajo la mano y su madre mirándolos desde el comedor, asintiendo. No sabía que se pudiese llegar a odiar tanto a unos padres. Él

poco a poco bajó el brazo, se echó atrás y, siguiendo a su madre, se fue a dormir. Y ella se quedó allí, sentada en la silla baja, observando las jaulas cubiertas de los pájaros que dormían.

Y respirando la angustia de la noche, contempló el centelleo de las estrellas y escuchó a los grillos, sin poder evitar el recuerdo de otra noche, de otra conversación que le calentaba el alma mientras le estremecía los sentidos y le despertaba el afán a oleadas: dicen, le recitaba Climent al oído, que los grillos cantan porque están enamorados de las estrellas. Y las estrellas, siguió ella, emocionada, seguramente salen para escuchar el canto de los grillos. Era una noche con una música y unos olores parecidos, cuando su madre todavía no la había sacudido ni su padre le había levantado la mano. Cuando todavía compartían el mismo aliento y no habían perdido la esperanza de amarse. Hacía una eternidad.

Ya no podía reprimir ni la necesidad de evadirse ni las ansias de volar y se iba hacia el barranco del final de la calle, movía los brazos y volaba..., volaba y, cuando le faltaba poco para llegar a los campos que había al otro lado, una bandada de cuervos le picoteaba la cabeza y la tiraba... y ella caía..., caía... y nunca acababa de llegar al suelo... hasta que la presa, rugiendo hambrienta, enloquecida, vomitando espuma, la envolvía mientras la engullía... y allí dentro, en medio de la turbulencia de las aguas, se sentía prisionera de un ahogo, de una oscuridad que la estremecía como el sonido de la primera sirena cuando la despertó.

Las piernas, encogidas bajo la silla baja, se le habían dormido. El cuello, envarado, se negaba a moverse. Un verdecillo, dentro de una jaula cubierta, se puso a piar; solo tres veces, y enmudeció. Ella se levantó y, cojeando por el hormigueo de las piernas, arrancó bruscamente las fundas que cubrían las jaulas. Chillidos y espantada. El día apenas se atisbaba. Un pinzón negro y blanco, gordinflón, de cuello desmirriado, también pio tres veces y calló. El verdecillo que había piado antes volvió a piar y enmudeció nuevamente. Un jilguero soltó un gorjeo melancólico y quebrado. El canto agónico de un ruiseñor la decidió, y se puso a abrir las jaulas una a una. Los invitaba a salir. Los obligaba. Metía las manos dentro y los empujaba hacia fuera. ¡Venga, salid!, ¡salid! ¡Sois libres, libres, libres! Y los pájaros, desorientados, entre píos píos y chillidos, aleteos hacia arriba, aleteos hacia abajo, gritos enloquecidos, salían de las jaulas uno tras otro, uno al lado del otro, uno pisando al otro, con impulsos súbitos, poco acostumbrados al aire de libertad. Si es verdad que los pájaros son músicos, si es verdad que primero escuchan al viento y las gotas de agua y después cantan, entonces, ¡salid, id a escuchar al viento!, id a escuchar las gotas de agua y después de cantar, ¡volad, volad! Volad, que yo no podré. Y, sentada en la silla, miró las jaulas vacías, las fundas por el suelo entre excrementos de pánico y alguna pluma perdida en la huida. Cuando su padre se levantó y se miraron, supo que el odio sería compartido.

Teresa observó el agujero lleno de cascotes y mugre que en otro tiempo había sido una ventana y se acordó del jilguero que se paseaba por ella y de su huida al

cielo, y entonces se percató de la mirada de Climent. Su insistencia le hacía sospechar que los dos pensaban lo mismo. No supieron luchar lo suficiente. No se atrevieron a plantar cara. Ni a defender su vida. Eran demasiado jóvenes. Apenas habían cumplido los diecisiete. Para unos, era el tiempo del miedo. La intransigencia de los demás hizo el resto.

Deslumbrados por el sol de mayo de aquel miércoles por la tarde que arañaba las ramas aisladas de los pinos y las atravesaba, y conmovidos por el hecho de encontrarse solos en un escenario tan conocido y añorado después de tantos años, habían buscado cobijo bajo un pino de ramas más frondosas.

—Tengo que irme. Es tarde y la señora Boix...

—¡Espera! —La cogió por el brazo—. Espérate, por favor...

—¡No puedo! No quiero ni pensar que pueda vernos alguien. —Se medio volvió mientras se echaba atrás los cabellos.

—Desde aquí no puede vernos nadie; ¡no te preocupes! —Y la contemplaba; incluso con un vestido de medio duelo, sencillo, y una rebeca, se veía distinguida. Ni los años ni el sufrimiento le habían robado aquel aire melodioso que a él siempre le había cautivado.

—De verdad, tengo que irme...

—Primero escúchame.

Desde la semana anterior, cuando su mujer fue a ver a la señora Boix, habían cambiado un poco las cosas. Pero antes necesitaba saber cuánto tiempo hacía que el director no la había mandado a buscar. Teresa hizo un gesto de alarma y de rechazo. Era evidente que no le complacía el giro de la conversación.

—Hace mucho tiempo. —De mala gana.

—¿Más o menos un año?

—Sí —pensaba—, más o menos.

—Desde aquella noche, antes de que los niños hicieran la comunión, ¿no te ha llamado más?

—No.

La actitud de ella, esquiva y poco amistosa, no pudo impedir que él hiciera la pregunta mal digerida que incubaba desde hacía mucho tiempo.

—¿Qué pasó aquella noche?

Lo miró, ofendida, dolida. Lo que había pasado aquella noche, ella luchaba para olvidarlo.

—No te importa.

—Para poder ayudarte, tengo que saberlo...

—¡Pues no me ayudes! —Y se dirigió, airada, hacia la torre.

—¡Espera! —Volvió a cogerla del brazo con más fuerza y la acercó a él debajo del único árbol frondoso que había—. No vayas. No hace falta. Le diré a Bernat que vaya a disculparte.

—Déjame.

Climent se secó la frente —el cuello postizo y la americana cruzada eran demasiado para el bochorno que hacía— mientras volvía a pedirle que lo escuchase. Y le contó que desde el lunes, en la oficina, había mucho alboroto. Gertrudis había descubierto que el señor Boix se había fijado en Mercè. Teresa se estremeció.

Él se pasó el domingo inquieto por la conversación del sábado por la noche cuando jugaban al tute. No podía ser que aquella maniática, con sus líos, alterase la tranquilidad de todo el mundo y, encima, de espaldas a su marido. Se sentía superado por unos hechos que le habían sorprendido en un momento en que su vida familiar no era nada envidiable. La relación con Matilde colgaba de un hilo. Y el asunto de Cèlia lo tenía preocupado. Cuando volvieron a llevarla al médico, este les aconsejó que fueran a hablar con las monjas. La madre superiora aceptó que sí, que había cambiado, pero le restó importancia asegurando a Matilde que a esta edad suele pasar, aunque estaría atenta. Y también añadió que se ocuparía personalmente. La explicación no les convenció a ninguno de los dos.

El lunes por la mañana se dirigía a la fábrica, acompañado de estas reflexiones. Cuando entró en la oficina, solo estaba Mercè, sentada en su sitio de costumbre. Gertrudis lo esperaba, impaciente, en su despacho. Serafí, como todos los lunes, había ido arriba, a la Colonia, a llevar las cuentas del señor Codina, el encargado de los albañiles. ¿Y Quico?, preguntó extrañado. En los urdidores había un problema con la producción del turno de tarde. Ella, mientras cerraba la puerta de vidrio esmerilado, decía tenemos que hablar. Ojeada de él hacia el despacho del director. No te preocupes, todavía no ha llegado. Y añadía es muy grave lo que pasa, y tú, como responsable de la oficina, tienes que saberlo; ya hace tiempo, desde la última conversación que tuvimos, ¿te acuerdas?, te dije que había cosas que no me gustaban. Empecé a sospechar el día que —bajando la voz—... *el señor* llamó a Mercè a su despacho y oí cómo le pedía el expediente treinta y seis de su archivo personal. Ese expediente se necesita poco, está archivado muy arriba, para cogerlo tienes que subirte a la escalera. Y, cuando estás arriba...

Bien, es el expediente que me pedía a mí al principio, cuando... no me hagas contar los detalles, y bajó la cabeza. Sentados uno delante de la otra, él no sabía adónde mirar y se revolvía en la silla, inquieto. Resopló. Ella siguió: al final ayer me decidí; al salir de misa fui a pasear con Mercè por la carretera; se echó a llorar; tiene miedo de decirlo en su casa, dice que no la creerán; y aún le da más miedo que, si la creen y su padre pide explicaciones, los despachen a los dos; tiene miedo de que se produzca un escándalo y que ella sea la más perjudicada. Gertrudis tenía los ojos llenos de lágrimas. Es buena chica, inocente; y tiene toda la razón, si hay un escándalo, la única perjudicada será ella. Un ¡patam! en la puerta de entrada, pisadas ruidosas en el suelo de madera, bocanada de humo de cigarro habano, mirada gélida. Cada uno de aquellos movimientos hablaban del hombre poderoso y consciente de su poder que entraba, exigente: ¡Mercè, venga a mi despacho, enseguida! Gertrudis se inclinó hacia Climent simulando que le enseñaba unos papeles. Cuando el director

pasó por su lado, dijo sin mirarla: cuando haya terminado con Mercè, tráigame las cartas que le encargué el sábado. Ella se levantó de un salto: ¡sí, señor! La cara de Mercè cuando entró detrás del director confirmó a Climent la historia de Gertrudis. Ahora le cuadraba eso de que enviase a Serafí arriba, a la Colonia, en lugar de mandar a Quico, que estaba más preparado, para llevar las cuentas del señor Codina. Lo quería lejos para... El tiempo que tardó Mercè en salir del despacho se le hizo interminable. Hasta la hora de comer, cuando ya había sonado la sirena que anunciaba el cambio de turno, no pudieron retomar la conversación, y lo hicieron mientras se dirigían a su casa, disimulando cuando se encontraban a los del segundo relevo que iban camino de la fábrica. Gertrudis insistía: en su casa tienen que saberlo; esta chica necesita ayuda, necesita la ayuda de la familia; tendrías que hablarlo tú con Serafí. ¿Yo? Eres su jefe y, además, responsable de la oficina. Eran incontables los resoplidos que había soltado Climent aquella mañana; se sentía demasiado abrumado para reaccionar. Hasta que Gertrudis dijo solo hay una solución, la única que puede detener todo eso es la directora; podría hacerle una visita. Le pareció buena idea, pero atrevida. Y afloró la antigua envidia que resurgía siempre a la hora de tomar decisiones. Al final, aspiró aire intentando contagiarse del coraje de ella y se pusieron de acuerdo en todo; él hablaría con Serafí al día siguiente, y ella lo haría con *la señora* el miércoles al mediodía.

—O sea, que a estas alturas ya han hablado. Por eso te digo que no hace falta que vayas. En este momento, la señora Boix tiene otras preocupaciones.

Aunque Climent le hubiese ahorrado los detalles dándole una versión reducida, a Teresa todavía no se le había pasado el susto.

—¿Y tú, se lo contaste al padre de Mercè?

—Sí.

—¿Y qué dijo?

—Nada.

Se había pasado todo el martes buscando el momento para hablar con él sin hallarlo; cuando no era el trabajo, era alguien que se lo impedía. Hasta que vio que se quitaba el guardapolvo a la hora de salir, no se atrevió a pedirle que lo escuchase. Después de unos cuantos serpenteos, pausas y accesos de tos, se lo dijo de la mejor manera que supo, mientras pensaba en sus hijas e intentaba, sin conseguirlo, ponerse en su sitio. Y le invadió una especie de frío extraño cuando contempló a aquel hombre pequeño, de cabellos de ceniza, rostro grisáceo y actitud agria que estaba de pie delante suyo, impasible y mirándolo con cara de saber por dónde podían llegarle las bofetadas. Cuando se fue sin decir ni pío, se dio cuenta de que tantos años de trabajar juntos solo habían servido para llegar a ser, con los mayores esfuerzos, dos desconocidos.

Serafí Garcia, el aspirante durante muchos años al cargo de escribiente principal y desengañado no hacía mucho de aquellas aspiraciones, siguió todos los movimientos del director, que acompañaba al amo en su visita semanal. Se sintió afortunado al ver

que el amo y gerente de Hilados y Tejidos Viladomat, S. A. acertaba el recorrido que hacía siempre en la fábrica por motivos que no tenía interés alguno en conocer. Hacia las cuatro, observó las reverencias del director, desde la puerta, para despedir al visitante ilustre del miércoles. Aprovechó que todavía no se le había borrado del todo la sonrisa para pedirle, humilde y reverente, si podía escucharlo, solo será un minuto, señor Boix. Él, con un gesto, le indicó que pasara. Estaba de buen humor. Hoy todo le iba de perillas. Por parte del amo no había recibido más que felicitaciones. Todo funcionaba. Podía permitirse perder el tiempo con aquel lameculos infeliz. Es más, casi le apetecía. Y se instaló en su silla, dejando entre ellos la distancia inmensa de la mesa. Con esta gente siempre hay que saber guardar la distancia.

—Usted dirá. —Y se extrañó de que se sentara sin haberle pedido permiso.

—Es acerca del trabajo que hago los lunes en casa del señor Codina. Por lo visto, él no se fía del todo y le pide al señor Palau que lo repase.

—Lo que haga el señor Codina no es de su incumbencia. —Y aún se extrañó más cuando se dio cuenta de cómo lo miraba.

—Y lo que le pase a mi hija, ¿le parece que es de mi incumbencia, señor Boix?

El director se puso en pie y dio por terminada la conversación. Le parecía increíble lo que veía. ¿Cómo se atrevía a quedarse sentado cuando él ya se había levantado?

—¡Haga el favor de volver al trabajo! —Una mano en el bolsillo y con el índice de la otra señalaba la puerta.

—Si me lo permite, y con todos los respetos, señor Boix..., le agradecería que me contestase a la pregunta.

—¡No se lo permito! ¡Fuera...! —El dedo volvía a apuntar hacia la salida.

El padre de Mercè, la más jovencita del despacho, se levantó con la lentitud de quien sabe que no puede rendirse porque le sobra razón. Y apoyó las manos encima de la mesa inmensa inclinando el cuerpo hacia delante.

—Pues me veré obligado a contestar yo a la pregunta.

Precisamente hoy. Hoy que había recibido las felicitaciones del amo. En mi nombre, le había dicho, y en el de toda la junta de accionistas. Tiene futuro, créame, tiene futuro en nuestra empresa; cuando mi señora lo recomendó, sabía muy bien lo que hacía; estoy satisfecho. Él también estaba satisfecho, y orgulloso de contar con la confianza de la señora hasta el punto de recomendarlo personalmente. De hecho, la amistad entre las dos familias venía de mucho antes, en tiempos de sus papás. Los Boix y los Manén siempre habían mantenido unas relaciones provechosas, además de cordiales. Durante mucho tiempo —se le escapó media sonrisa— incluso había pensado que sus papás habrían visto con buenos ojos que esas relaciones hubiesen terminado en matrimonio entre él y la hija de los Manén. Pero Montserrat no era su tipo —con todos los respetos por la que después se convertiría en la señora Viladomat—. Él era muy joven y tenía otros anhelos. Sin embargo, la amistad se mantuvo con firmeza entre las dos familias y, aunque él se hubiese alejado durante unos años —la

culpa fue de la obstinación de su mamá en no querer aceptar su boda—, tenía que admitir que el reencuentro fue halagador y, sobre todo, muy productivo. Era un placer trabajar para Vicenç Viladomat. Era un señor de pies a cabeza. Con quien coincidía casi en todo y compartía sueños, ambiciones y beneficios. Durante estos años, codo a codo, sacaron la fábrica adelante. Y hoy le había transmitido el reconocimiento de toda la junta de accionistas. Y precisamente hoy se presentaba este infeliz, plantándole cara con actitud amenazadora. Y, en la medida que el infeliz se inclinaba hacia delante, él, instintivamente, se inclinaba hacia atrás, hasta que se encontró empotrado en la silla giratoria. Debió de ser su movimiento familiar lo que le devolvió por un momento la seguridad, y levantó la cabeza con ira.

—¿Sabe lo que se juega, con esta actitud...?

—Sí, señor, yo sí que lo sé. Seguramente quien no lo sabe es usted.

—Caramba, caramba. —Balanceo en la silla y mohín de asco—. Creía que había quedado todo muy claro en su día. —Tirón de cuello con tic incluido—. Creía que usted había entendido perfectamente el papel que se le atribuyó.

—Yo también lo creía...

—¿Sabe que le va a salir muy caro...?

—No lo sé. Es posible que le salga más caro a quien más tenga que perder, ¿no le parece?

—Lo que me parece es que usted está perdido.

—No crea que me da miedo. ¿No ve que lo único que tengo es a mi hija? ¿Que si ella se pierde a mí ya no me queda nada que perder?

—¿Quién le ha embaucado? No sé de qué me habla...

—¿Cómo se ha arriesgado de este modo? —Envalentonado, se desconocía a sí mismo—. ¡Ya se ve que usted no tiene hijos!

Sin saberlo, Serafí Garcia le había tocado en la herida. Como también ignoraba que, de todo lo que había dicho hasta aquel momento, esa observación era lo que menos podría perdonarle.

—Yo ni siquiera le he puesto una mano encima a su hija. —Inseguro y furioso por ese motivo.

—Ya lo sé. Por eso sigo en este lado de la mesa...

—¿Me amenaza?

—De ningún modo. Solo he venido a pedirle un favor.

—¿Ah, sí? —Burlón. Ya le extrañaba. Esta gentuza nunca pierde la costumbre de mendigar. Había recuperado parte de la confianza—. ¿Y se puede saber cuál es ese favor?

—Que envíe a Quico a llevar las cuentas del señor Codina. —El hecho de que siguiera de pie no tenía nada que ver con que se sintiera más alto—. Ahorraremos trabajo al señor Palau y yo podré quedarme en la oficina para ver cómo usted cumple la promesa de no acercarse a mi hija. —La barba levantada, mirada fija—. Porque usted me ha hecho esta promesa, ¿verdad?

El director de Hilados y Tejidos Viladomat, S. A., el mismo día que había recibido las felicitaciones de la junta directiva y de todos los accionistas por boca del amo y gerente, recibió también la humillación más grande e imperdonable que le habían causado jamás. De momento, lo dejaría donde estaba. De momento. Estaban solo a media partida. El peón tenía que seguir defendiendo al alfil. La vida le había enseñado que, para conseguir objetivos, para ganar, había que esperar el momento oportuno. Estaba seguro de que ese momento llegaría. Solo tenía que esperar. Tiempo y paciencia. Paciencia y tiempo.

A Serafí Garcia, el silencio del director le pareció una buena respuesta y, con un adiós reverencioso, cerró la puerta detrás de él. Lástima que no pudiera contárselo a Lola. ¡Lástima! Ella no podría saber nunca que hoy su rey se había hecho respetar.

—¿Y qué te parece que va a hacer Serafí ahora?

—No lo sé. Tengo más confianza en lo que haga la directora. Supongo que ella le parará los pies... —Con gesto mecánico, Climent miró el reloj del bolsillo del chaleco.

—¿Qué hora es? —La angustia se le echó encima.

—Las cinco menos cuarto...

—Huy, tengo que irme. Pronto saldrán los niños del colegio. ¿Te encargarás tú de enviar a Bernat para que me disculpe ante...?

—Sí, sí, no te preocupes.

Hacía años que no habían estado tanto rato tan cerca uno de otro. Hacía años que no se habían dicho tantas cosas sin decirlas. Y, cuando se miraron, antes de despedirse, tuvieron la sensación de que no se les presentaría otra oportunidad. Y que no se lo habían dicho todo. Aunque no conocían palabra alguna que expresase todo lo que sentían. Eran herederos de un tiempo de miedo y de dudas. Arrancados del sueño por la realidad, habían tenido que desembarazarse sin hacer ruido de sentimientos instalados desde hacía mucho con el convencimiento de que ya era tarde para recuperarlos. Pero seguirían adelante. No podían hacer como sus padres, que habían empeñado la libertad de sus hijos para sobrevivir.

SEGUNDA PARTE

La hermana Dolors se dirigió con la celeridad que le permitía su artrosis a tocar la campana interior del convento, situada al final de la escalera que conducía a las dependencias privadas de la comunidad. Su ¡tilín, tilín, tilín! hizo salir a la madre superiora, la única que se encontraba arriba a aquellas horas. Como todas las mañanas, de lunes a sábado, la hermana Elvira daba clases a los niños y niñas de hasta seis años, y la hermana Àngels a las niñas de hasta trece. La hermana Rosa, en la guardería, cuidaba a los hijos de los demás; hacía muchos años que por amor a Cristo había renunciado a cuidar hijos propios. Y la hermana Beneta, a quien llamaban así a pesar de no haber profesado nunca, se encargaba del huerto y las gallinas cuando los trabajos auxiliares del convento —la compra, la cocina y la colada— se lo permitían. La madre superiora apareció en el rellano de lo alto de la escalera, que, de tan derecha y escarpada, desde abajo parecía que te iba a caer encima de un momento a otro.

—Perdone, reverenda madre —con recogimiento, pero obligada a torcer el cuello hacia atrás, en un desafío a las cervicales—, la visita que esperaba ya ha llegado.

—Gracias, hermana. Hágala pasar al recibidor grande. Bajo enseguida.

La madre superiora —velo negro, hábito y escapulario blancos— se mordió el labio inferior con preocupación y apretó el crucifijo que le salía por debajo de la toca almidonada para pedirle fuerzas. Las necesitaría. La voluntad de Dios había permitido que recayese en su humilde persona aquella cruz tan pesada que tenía que llevar hoy. Y lo haría dando gracias al Señor por la oportunidad de poder servirlo una vez más. Habían cambiado un poco las cosas desde que su predecesora, la madre Concepció, que Dios la tenga en su Gloria, la había aleccionado y encarrilado en aquella tarea tan difícil como reconfortante de atender, además de a las hijas que tenía a su cargo, a las necesidades que derivaban del hecho de que el convento estuviese bajo la protección de los señores Viladomat, por suerte católicos ejemplares, pero amos al fin y al cabo de la Colonia. Habían tenido algunas diferencias, nada importante que tuviese que comunicarse ni siquiera a la madre provincial, sobre las normas establecidas para la enseñanza de las hijas de los trabajadores. En su día, la madre Concepció había sido muy clara cuando le expuso las órdenes que había recibido desde arriba; aparte de formarlas como cristianas modélicas y futuras buenas esposas y madres, les bastaría con saber leer y escribir y las cuatro reglas. Para trabajar en la fábrica no necesitaban nada más. Durante unos años había funcionado esta enseñanza tan restringida, pero las cosas estaban empezando a cambiar. Ella lo intuyó el día que se presentó el padre de una alumna reclamando para su hija estudios secundarios. Y tal vez no le hubiera hecho mucho caso si no hubiese sido una persona distinguida con un cargo importante y, además, tanto él como su esposa, muy devotos y responsables con sus hijos. Ahora le venía al pensamiento la primera entrevista que tuvo con la madre hacía... tres o cuatro años; la señora Palau estaba preocupada por

su hija mayor; habían observado pequeñas irregularidades en su comportamiento. Ella la tranquilizó diciéndole que no creía que fuera nada grave. Como también le prometió que a partir de aquel día se encargaría personalmente de vigilarla. Cumplió la promesa y, poco a poco y con mucha paciencia, había conseguido que Cèlia no solo volviese a ser la que era sino que mejorase de una manera sustancial. Lo que no pudo conseguir, porque no dependía de ella y ni siquiera de la madre general, fue atender la reclamación del señor Palau para que su hija pudiera estudiar el bachillerato. Tuvo que decirle —después se confesó por ello y cumplió religiosamente la penitencia— que en la comunidad no había ninguna hermana preparada para encargarse de los estudios secundarios. Antes, sin embargo, había hecho una consulta de urgencia y las órdenes que recibió desde arriba, por boca del señor Boix, no fueron diferentes de las que le había transmitido su antecesora. Y ante su insistencia de que los tiempos habían cambiado, el señor Boix —que por cierto este señor, y que Dios me perdone, no es un modelo de buen cristiano—, con un tono que ella recibió como de amenaza, le dijo que aún cambiarían más, los tiempos, pero que mientras los amos se encargasen de los gastos de la comunidad, las cosas seguirían como estaban. Hacía ya una buena temporada de eso y habían empezado a entreverse algunos cambios. Menos mal que la señora Viladomat, señora de verdad donde las haya y gran defensora de los intereses del convento, en una de las visitas que solía hacer siempre que iba a la Colonia les había prometido su colaboración y ayuda para todo y en todo. Y era en ella, después de Dios, en quien tenía más confianza para aquellos asuntos. Tenía sus motivos. Fue la señora Viladomat quien organizó y promovió la remodelación de la parte del convento que estaba más deteriorada y que servía para acoger a las chicas de provincias que iban a trabajar en la fábrica. Siempre lo hacían con el consentimiento de los padres; ellos, confiados en la ayuda que les proporcionaría, también esperaban que se encontrasen en buenas manos. Y no se equivocaban. La hermana Dolors se encargaba de reconducir a esas chicas controlando que se cumpliera el reglamento. Ellas mismas administraban el dinero que ganaban en la fábrica y se cuidaban de sus necesidades personales. Obtenían la estancia por un precio escaso a cambio de un comportamiento propio de buenas cristianas. Los resultados eran excelentes. ¡Excelentes! Esta era la palabra que utilizaba a menudo la señora Viladomat con satisfacción. Medio sonrió al recordarlo. El hecho de tratarla y poder conocerla un poco a fondo era de las cosas más reconfortantes —desde el punto de vista terrenal— que le habían pasado desde que había asumido la responsabilidad del cargo. ¡Era una señora tan sencilla, tan humilde dentro de su grandeza! ¡Y llevaba con tanta resignación la cruz que Dios le había enviado! En una ocasión —que el Señor me perdone la falta de modestia—, me sentí honrada con sus confidencias. Y con qué conformidad me contó la muerte de su hijo único poco después de nacer y, como resultado, la pérdida de la salud y de la posibilidad de tener otro. Su serenidad y fortaleza interior son dignas de todos los elogios. Ojalá el asunto que tenía que abordar hoy pudiese ponerlo en sus manos. Y

bajaba la escalera agarrada a la barandilla. No entendía como la hermana Dolors, a su edad, podía bajar sin caerse. Con la otra mano volvió a apretar el crucifijo y a pedirle fuerzas. Ya lo había hecho por la mañana, durante la misa de seis y de manera especial después de comulgar. Dios le enviaba una prueba muy dura. No podía desfallecer. Y se dirigió hacia el recibidor grande donde la esperaba la visita.

La hermana Àngels, encima de la tarima, sentada detrás de la mesa pintada de color marrón oscuro en una silla que chirriaba y que había heredado de su antecesora, la hermana Maria, observaba a las alumnas de la fila de la izquierda y las del medio. Les había escrito en la pizarra unos problemas para resolver que correspondían al primer y segundo grado respectivamente. Mientras tanto, se disponía a preguntar la lección a las de tercer grado, que ocupaban la fila de la derecha. Cuando le tocó el turno a Cèlia, se quedó muda, como avergonzada, con cara de no saberse la lección. Le extrañó, porque era una de las alumnas más aplicadas que tenía. Le dijo que fuese a la clase pequeña de al lado, la que utilizaban para los trabajos manuales, a hacer un repaso; después te la volveré a preguntar. Cuando Cèlia se fue, la mirada burlona que le dirigieron sus compañeras la dejó preocupada. En realidad, ya hacía días que notaba un ambiente de secreto en algunas alumnas de tercer grado. Hasta cierto punto, podían considerarse cosas de la edad sin importancia, pero sospechaba que había algo más.

Hacía apenas dos años que la hermana Àngels había llegado a la comunidad. Venía del convento de un pueblo grande en el que, cumpliendo la voluntad de Dios, había ejercido la enseñanza de manera intensiva ante un alumnado muy numeroso, dando clases de comercio, bachillerato y música, hasta que finalmente se agotó. Por recomendación expresa de la madre provincial, la trasladaron a la Colonia para que descansara. La madre superiora ya le había contado que era un lugar tranquilo y rodeado de pinos donde solo se impartían estudios primarios. Se recuperará enseguida, ya verá; ¡usted, hija mía, es aún joven!, le dijo antes de irse la reverenda madre Victorina, con aquel tono afable que la caracterizaba. Al principio, además de a las hermanas y las antiguas alumnas, echaba de menos el trato bondadoso —casi no se atrevía ni a pensarlo—, que contrastaba con el de la actual madre superiora. Se decía y se repetía que seguro que era una servidora de Dios ejemplar, que lo servía con la misma abnegación y que también quería encontrar el camino de la perfección y seguirlo, aunque fuese de una manera más estricta, más severa. Y seguramente era eso lo que a ella le convenía. Pero sentía una añoranza indescriptible. Y todos los días pedía perdón a Dios por este sentimiento tan impropio de su condición de religiosa. Una de las reglas que tenían que observar era relegar el amor a todas las criaturas por amor a quien las había creado. Y le volvía la voz piadosa, benévola, de la reverenda madre Victorina; ¡usted, hija mía, es aún joven! Puede que sí, que fuera joven. Puede que incluso demasiado. Acababa de cumplir veintiséis y ya había profesado los votos perpetuos. Y lo había hecho convencida de su fe y de su amor a Dios. Desde que era pequeña quería ser religiosa, solo quería ser Esposa de Cristo, y no paró hasta que sus

padres lo aceptaron. Sin embargo, fue su hermano mayor, que ya había entrado en la vida religiosa, quien intercedió para que lo aceptasen de buen grado. Sabía por él en qué consistía la vida conventual. Y estaba de acuerdo: en la renuncia a las costumbres mundanas; en los votos de pobreza, de castidad y de obediencia. Estaba impaciente por ir al convento. Durante el noviciado, lo que más le costó fue adoptar la actitud de recogimiento. Era tan feliz que a veces no podía aguantarse las ganas de reír, lo que le había ocasionado más de un disgusto. Pero con la ayuda de Nuestro Señor lo había ido superando. Y había conseguido aceptar el sufrimiento y ofrecerlo a Dios en señal de amor a Él y por Él. Como ahora también se había acostumbrado a seguir el camino de una manera más estricta y rigurosa, con acatamiento y humildad, pero... que Dios me perdone, pero...

¡Yo, a los mayores, no los entiendo!

En la clase de trabajos manuales, sentada en una silla de enea repintada de color verde, delante del balcón que daba al huerto, con la enciclopedia abierta por la parte de la aritmética en la falda, Cèlia fingía que estudiaba. De vez en cuando observaba a la hermana Beneta, que arrancaba las matas secas de las judías y tomateras, las apilaba, las cubría de tierra y les prendía fuego. Como el abuelo. La veía ir de un lado a otro, ajetreada, con el vestido negro hasta los pies, remangado con pudor, y un pañuelo a la cabeza, también negro, que a veces se echaba atrás para enjugarse el sudor al tiempo que movía los labios; seguro que rezaba. Como la abuela. Aunque estuviese tan triste, sonrió.

Cuando iba a párvulos ya observaba cómo cuidaba el huerto la hermana Beneta. Y se lo contaba al abuelo, que se enfurruñaba cuando le aseguraba que hacía mejor que él según qué. Cuando iba a la clase de las mayores también observaba el huerto, pero entonces ya se había cansado de hacer rabiar al abuelo. Poco después de hacer la comunión, fue ella la que empezó a enfadarse con todo el mundo.

¡Yo, a los mayores, no los entiendo!

¡Suerte he tenido con la hermana Àngels! Solo ella me escucha.

Aunque... se le llenaron los ojos de lágrimas. Pasó la página del libro de la falda y volvió a fingir que estudiaba.

Hacía tiempo que no podía contar con Pepito. Tan amigos que eran, según él, y después solo hacía caso a la campanera. Y se casó con ella. Y, cuando nació su hija, ni siquiera la invitaron al bautizo. ¡Pues le daba igual! Un día que los vio por la calle paseando a la niña, no les dijo que le parecía fea como su madre. Y Sidret también fingía que eran amigos, pero solo tenía secretos con Raquel. ¡Pues yo tampoco quiero saber nada de ellos, hala! Y Jaume, o estudiaba o leía historietas de guerra porque salían aviones. Solo jugaba con aviones. Cuando era más pequeño andaba por la calle con los brazos tendidos como si fuera un avión. Y mamá, cuando trabajaba, aún, pero desde que lo dejó, no paraba de quejarse de que no hacía nada bien. Ya lo sé, que no hago nada bien. ¡No hace falta que me lo diga tantas veces! Es insoportable. ¡Que la zurzan! Y papá, siempre atribulado, siempre de mal humor. Solo quería saber cómo le

iban los estudios. ¡Había cambiado tanto, papá, desde que le habían dado el nuevo trabajo!

Yo, a los mayores, no los entiendo.

Cambian de opinión cada día. Primero le dijeron que si sacaba buenas notas estudiaría el bachillerato. Después le dijeron que no. Que si no quería ir a la fábrica, tendría que aprender a coser con Rosalia o a ser peluquera con Maria Rosa. ¡A mí no me gusta coser! ¿Y cómo queréis que haga de peluquera si ni siquiera sé peinarme yo misma?

Se miró en el cristal del balcón. Se reventó un grano que tenía en la frente. ¡Huy!, aquí también me quedará una marca. ¡Da igual! Al final tendré que ir a aprender a tejer. Dicen que es el mejor oficio que hay en la industria textil. Faltan cuatro meses para que cumpla catorce. Y tendré que ir a la fábrica. Ya lo han decidido. Oí como lo comentaban entre ellos. Como siempre, mamá quejándose de mí, que no hago nada bien, y papá le dijo no te preocupes, que pronto irá a cargar revólveres. Se ve que para aprender a tejer, primero hay que saber poner las canillas en unas ruedas que se llaman revólveres. ¡A mí me da totalmente igual! Iré a trabajar a la fábrica. Así no tendré que estudiar más. Antes aún podía hablar con la abuela, pero ahora está muy preocupada; dice que al abuelo le duele la pierna; ¡pobre!, casi no puede andar. ¡Suerte de la hermana Àngels! Ella sí que me entiende. Y eso que cuando llegó a la Colonia yo estaba muy triste y enfadada. Sobre todo con la madre superiora, que no me dejaba en paz. Me hacía ir al recibidor pequeño, me hacía sentar delante de ella y me decía hija mía, saca todo lo que llevas dentro. Cuéntamelo sin miedo. ¡Y una mierda! No le contaría jamás que había robado la alcuza y que después cometí tantos sacrilegios. Con aquella cara de rabiosa que tiene. Le daba miedo. Seguro que se lo habría dicho a todo el mundo. Y la habría obligado a pasearse por toda la clase con un cartel a la espalda que dijese: soy una ladrona. Una vez lo hizo con un niño de párvulos. De la hermana Maria tampoco se podía fiar. Por su culpa, y por todo lo que dijo el mosén, aquel día no se atrevió a devolver la alcuza. Hasta que llegó la hermana Àngels. Se veía que era diferente. Hacía poco que había llegado a la Colonia cuando a la hora del patio se pusieron a hablar. A veces la hacía reír sin ganas. Le contaba que cambiarían muchas cosas dentro de la orden; por ejemplo, que acortarían los hábitos, al menos un palmo, decía, así las hermanas podremos jugar al fútbol. Y reía. Y también que podrían sacarse el carné de conducir. Ella pediría permiso para ello. Y, cuando tenga el carné, pediré que me dejen llevar una gorra de conductora. Y las dos se echaban a reír. ¡Venga a reír! Hasta que un día pasó la madre superiora y las miró con esos ojos pequeños que se le veían detrás de las gafas y, mientras se rascaba el lunar negro con dos pelos largos que tiene debajo de la barbilla, dijo menos reír y más oración; y tú, Cèlia, si no tienes que jugar con tus compañeras, ve ahora mismo a la capilla a rendir una visita al Santísimo y no vuelvas hasta que hayas rezado diez padrenuestros, diez avemarías y diez jaculatorias. Y cuando se iba oyó que decía con usted ya hablaremos más tarde. La hermana Àngels no le contó nunca

qué le había dicho más tarde. Aunque, en el patio, ya no hablaron nunca más. Sin embargo, por la tarde, a la hora de la labor, antes de rezar el rosario, ella simulaba que no le salía e iba a enseñarle el bordado de la sábana que no se terminaba nunca, y hablaban. Un día le contó que en su casa le hacían muy poco caso; Jaume porque es el niño, Raquel porque es la pequeña... La hermana Àngels le sonrió de una manera que dejaba bien claro que la entendía. Hasta que por Santa Lucía, como todos los años, las niñas de tercer grado fueron a buscar musgo para el pesebre del convento, con la hermana Elvira y la hermana Àngels. Siempre que llegaban aquellas fiestas tan alegres solo tenía ganas de llorar. El Niño Jesús ha venido al mundo para redimirnos, decía el mosén, y ella seguía cometiendo sacrilegios. Se apartó del grupo y, sola, atravesó una colina, se sentó bajo una encina y, con la cesta del musgo en la mano, se echó a llorar. De lejos se oía el griterío de las niñas y la hermana Elvira que decía ¡no os escapéis, sobre todo, no vayamos a perderos! Hasta que la voz de la hermana Àngels la sobresaltó; ¿qué te pasa, Cèlia, qué te pasa, hija? Y ella lloró aún con más fuerza. La hermana Àngels se sacó un pañuelo blanco del bolsillo del hábito y le enjugó la cara. Sus manos olían a limpio, a un limpio diferente, imaculado. La miró y lo soltó todo.

Qué sencillas resultan las cosas cuando se cuentan con sinceridad y se escuchan con naturalidad. Qué llano es el camino para poner remedio a conflictos inexistentes.

La hermana Àngels le preguntó si todavía tenía la alcuza. Ella le dijo que sí. Pues lo primero que tienes que hacer es devolverla; me la das a mí y yo la dejaré en su sitio. ¿Y los sacrilegios? Eso tendrás que contarlo al padre confesor; solo él puede absolverte. Es que me inquieta decírselo a mosén Josep... Ya sabes en qué consiste el secreto de confesión... Sí, pero me da vergüenza... Pues espera al confesor forastero que vendrá para las fiestas. ¡Claro! ¡Claro! ¿Cómo no se le había ocurrido? Bajó la colina saltando y sembrando el musgo por el camino. Cuando llegó a casa abrazó a la abuela, al abuelo, a Jaume, a Raquel. A papá y mamá no, porque no estaban. La cena le pareció más buena que nunca. El confesor de fuera, un fraile de barba gris que ya había ido otros años, le dijo que lo más importante era que su arrepentimiento fuera sincero. Le ordenó menos penitencia de la que esperaba. Salió nueva del confesionario. Recordaba aquellas Navidades como las mejores de toda su vida. ¡Las mejores! Mamá ya no la reñía tanto. Papá la escuchaba más. Y la niña de la campanera hasta era mona y todo. Un día se levantó con las sábanas secas. Durante un tiempo todo parecía estar en su sitio, hasta que...

Yo, a los mayores, no los entiendo.

Pronto tendría que ir a trabajar a la fábrica. Y no podría volver a ir a la escuela. Ni jugar en el patio con las amigas. Ni participar en el festival que organizaba el convento el día de la comunión. Ni mojarse los pies con todo el grupo, en verano, en la riera de Merlés. Ni ir a buscar musgo por Santa Lucía. Tendría que levantarse a las cuatro y cuarto de la mañana, cuando sonase la sirena. Y meterse en aquella cuadra grande y húmeda con el techo lleno de ruedas que giran movidas por unas correas que

suben y bajan sin parar. Cuando mamá trabajaba allí había ido a verla alguna vez y siempre tenía miedo de que las correas se la llevaran. Y la borra que volaba y se quedaba pegada en el cuello y los cabellos. Y el ruido de los telares, traca-traca, traca-traca, que obligaba a la gente a hablar con las manos, como si fuesen todos mudos. Para avisar cuándo tenía que cambiar el turno, apagaban y encendían las luces —hacer la señal, lo llamaban—, porque ni siquiera la sirena se oía desde allí dentro. Y las lanzaderas, pim-pam, pim-pam, de un lado a otro. El abuelo contaba que un día, cuando todavía trabajaba, estaba instalando una pieza y se le escapó una lanzadera, y mira adónde fue a parar, enseñándole un agujero muy hondo que tenía en la mejilla. Mamá también decía que los aceites sucios que soltaban las máquinas impregnaban la suela de esparto de las alpargatas y que al final pesaban tanto que casi no podías arrastrarlas. ¡Me da igual! ¡Me da totalmente igual! Mañana es el día de Todos los Santos. Solo faltan tres meses y un poco más para que tenga que dejar la escuela e ir a trabajar. Solo tres meses y dos semanas. Tres meses y... catorce días y medio...

—Cèlia, ¿qué haces?

—Nada.

—¿Nada? ¿No habíamos quedado que estudiarías la lección?

—Ya me la sé...

—¿Ah, sí? Pues vamos a clase y...

—Espere, hermana, por favor. Tengo que decirle algo...

—Es que... —La hermana Àngels cambió de cara—, ya sabes que a la madre superiora no le gustan las conversaciones privadas y...

—La madre superiora no lo verá...

—Pero ¿qué dices...?

—Tiene una visita...

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Ha venido mamá a verla. Ayer recibió un mensaje...

—¿Un mensaje...?

—De la madre superiora. —Bajó la cabeza—. Para hablar de mí. —Bajó la voz—. Dijo que era urgente...

—¡Dios mío!

¡Dios mío!, otra vez las flores. El nicho limpio y flores frescas recién dejadas. Como todos los años. Y nunca había podido saber quién las llevaba. La vigilia de Todos los Santos, por pronto que fuese, siempre encontraba que alguien había madrugado más que ella y había dejado un ramo en el nicho de Sidro. Y el olor de una presencia la hizo girar. Nada. Imaginaciones. A aquella hora no se veía a nadie en el cementerio. Dejó el ramo que llevaba al lado del más madrugador con rabia. El suyo era tan raquítrico, comparado con el otro, que estuvo a punto de tirarlo, a aquel intruso, y dio dos pasos hacia atrás para mirarlo. Lo dejaría. Como siempre. Y hacía ya seis años. Otra vez la sensación de que había alguien cerca. Nerviosa, se dirigió hacia el lado viejo del cementerio. Apenas habían tocado nada desde la guerra. Miró hacia arriba; en el tercero empezando por la derecha era donde se habían escondido su padre y Joan al terminar la guerra. Una pared de ladrillos mal rebozados con letras despintadas tapaba el agujero que les había servido de refugio. ¡Con el miedo que pasaron, y después se supo que no los buscaba nadie! Un trozo más allá todavía estaba la cruz medio derribada donde dejaban la fiambarrera. Y aquella sensación que tenían Climent y ella de que los seguían debía de ser imaginaria. Como ahora. Seguro que también se imaginaba que la vigilaban.

Sin dejar de mirar a todos lados. Sin embargo, las flores del nicho de Sidro eran una realidad. Y, por mucho que pensase, no podía acertar quién las llevaba. Durante un tiempo hizo cábalas ella sola, hasta que una tarde, mientras se afanaban por terminar un abrigo, se le escapó y se lo dijo a Rosalia. Ella no solo se interesó, sino que todos los años estaba pendiente de ello cuando se acercaba la festividad. Una vez que hablaban de eso, Gertrudis las oyó, lo que teniendo en cuenta su actitud poco amistosa desde hacía años la contrarió bastante, pero le sorprendió comprobar el interés que demostraba y cómo se añadió a los comentarios y especulaciones. Siempre había creído que este hecho fue la excusa que propició un acercamiento por parte de las dos. Y se alegraba. Carente de compañía y afecto, agradeció el ambiente acogedor que reencontró en aquella casa a la que había ido a aprender a coser de jovencita. Aunque no tuviesen tantos motivos para reír como entonces, Gertrudis conservaba el carácter fantasioso que la llevaba a sacar punta a cualquier cosa. Y así, cuando entraba a saludarlas mientras Rosalia y ella cosían, el día que salía el tema del ramo misterioso, decía con cara de creérselo que Sidro debía de tener una enamorada secreta. Y empezaba a citar a unas cuantas que, según ella, podían ser candidatas. También había matizado que, en el caso de que existiera la dama misteriosa, seguro que él ni siquiera se había dado cuenta; no he conocido a un hombre más fiel a su mujer que Sidro. Aunque, añadía, tampoco he conocido a ninguno tan reservado y hermético como él. Exactamente al revés que Climent, seguía con parsimonia, que es tan franco, a veces tan ingenuo, que le ha acarreado y le acarreará más de un disgusto. Tenía razón Gertrudis. Los conocía muy bien a los dos. Recordaba que el día que a

ella se le enganchó el jersey en una zarza en el cementerio, cuando llegaron al portal de su casa, Climent le dijo he pasado tanto miedo que me he meado encima. Siempre había echado de menos en Sidro aquella sinceridad. Hasta que estuvieron a punto de casarse, no le habló de su enfermedad, y tampoco le dijo que durante la guerra lo habían ingresado en un sanatorio de tuberculosos. Aunque las cualidades que tenía la habían llevado a admirarlo profundamente, a menudo había sentido que entre los dos había una especie de membrana que le impedía quererlo. ¡Desde luego que los conocía bien, Gertrudis! Quizá demasiado. Y, desde hacía tiempo, no podía evitar sentir envidia de la oportunidad que tenía ella de compartir con Climent las confidencias, reflexiones o comentarios que suelen hacerse los compañeros de trabajo, y más si son amigos. ¡Teresa, no te embales!, no es asunto tuyo, no te concierne; ¡solo faltaría! Pero... cuando pensaba en ello, como ahora, se le instalaba una especie de congoja en el estómago. Y entonces era ella la que iniciaba la conversación y preguntaba. Quería saber, saber, saber: qué hacían, cómo se miraban, qué decían, con qué tono de voz, si alguna vez habían hablado de ella. Todo. Quería saberlo todo. Daba igual que le hiciera daño. Daba igual que tuviese que simular que no le hacía daño. Porque las dudas, como una astilla angulosa, todavía le dolían más. Apenas oír el nombre de Climent, levantaba la cabeza, prestaba atención, dejaba la aguja, se quitaba el dedal, se secaba el sudor de las manos. A menudo tenía la sensación de que Gertrudis le leía el pensamiento. Que conocía su inquietud. Que disfrutaba torturándola, dejando la conversación a medias o haciendo pausas innecesarias. Después decía que no; ¿cómo podía ser tan mal pensada? Gracias a Gertrudis había sabido que la visita que le hizo aquel miércoles a la señora Boix dio sus frutos; de la noche a la mañana, el director dejó de molestar a Mercè y Serafí dejó de ir a llevarle las cuentas al señor Codina. Este hecho era uno de los que más le gustaba comentar a Gertrudis. Se sentía muy orgullosa del éxito de su gestión. Como también más adelante le hizo saber que Mercè y Quico salían juntos. Más tarde se prometieron y hacía poco que habían anunciado que se casarían la próxima primavera. Se ve que el ambiente en el despacho había mejorado mucho; Serafí incluso terminó poniéndole buena cara al futuro yerno. Había otro tema del que no hablaban pero que a menudo se cernía sobre sus conversaciones y era el hecho de que a ella no le había llegado ningún mensaje más, ni del director ni de su mujer, lo que le permitía sentirse más tranquila.

Tampoco le quedó claro si Gertrudis también se había liberado de él. Rosalia le confesó que no hablaban del tema: antes me metía demasiado en su vida y siempre discutíamos. Ahora estamos mejor y no quiero estropearlo.

Volvió al nicho de Sidro y contempló nuevamente las flores, y volvió a reprimir las ganas de tirarlas. Un roce de pasos y los chirridos de la puerta de hierro de la entrada la obligaron a salir corriendo. Quien fuera, si es que había alguien, se había dado la prisa necesaria para perderse entre el bosque espeso de pinos. Temblaba. No eran imaginaciones suyas. *La persona* misteriosa ya estaba cuando ella había llegado.

Sintió su presencia. Su olor. Y juraría que era un olor conocido. Con el pulso acelerado se adentró por el camino del bosque. Entre el aroma de pinos, encinas y robles, volvió a oler aquel perfume conocido. Andaba deprisa. A lo mejor podría atraparla. Hasta que vislumbró la Colonia sin ver a nadie en ninguna parte no se desengañó. Era tonta de remate. Por un instante se había sentido protagonista de una novela de misterio. ¿A quién esperaba encontrar? Se había dejado llevar por las fantasías de Gertrudis y ahora, mientras atravesaba la carretera y la vía del tren y enfilaba la calle de los mayordomos, le cayó encima el último trance que la visita misteriosa del cementerio le había hecho olvidar. Como siempre, fue Bernat quien le llevó el recado. ¡El pobre!, cuando lo vio en el cancel de la puerta con aquella cara de circunstancias se temió lo peor. No se asuste, señora Claret, aunque el recado de hoy viene de parte del señor Boix, me ha dicho el señor Palau que no se preocupe, que es para una entrevista con un abogado de Barcelona. ¡Y vaya si no se preocupó! Su padre siempre decía donde hay abogados, seguro que hay problemas. Sin embargo, a la hora concertada llamó a la ventanilla. Era verdad que el ambiente de la oficina había mejorado. Mercè la recibió con una sonrisa y un brillo en los ojos que confirmaban la noticia. Deseo de felicidad a la pareja. Saludos a Serafí. Actitud distendida con Gertrudis. Y un hola suave a Climent, que la esperaba de pie junto a la puerta acristalada. Hola, Teresa; pasa, pasa; el abogado ya está aquí. Intercambio de miradas: interrogante una, tranquilizadora la otra. Dos golpecitos en la puerta maciza, un ¡adelante! decidido. Presentación respetuosa por parte de Climent: la señora Claret, el señor González, y retirada discreta del escribiente principal. El señor González había ocupado la silla giratoria del director con su aquiescencia, como lo demostraba la sonrisa de asentimiento que él le dedicaba. El señor Boix la miró, considerado, y le ofreció una silla mientras él se sentaba a cierta distancia para darle a entender que lo que iba a decir el señor González contaba con su aprobación. Aquel señor dio muchas vueltas para decirle que trabajaba para un notario de Barcelona y que uno de sus clientes había sido su marido, el señor Claret. No podía creerlo. Ella no sabía nada. El señor Claret se había procurado un seguro que cubría los gastos para los estudios de su hijo a partir de los catorce años. ¿Solo el hijo?, se atrevió a preguntar ella. Sí, señora, solo el hijo. El señor Boix creyó que era el momento de intervenir y la tranquilizó diciéndole que aquel notario también era el del señor Viladomat y, por tanto, de toda confianza. El señor González siguió. El chico tendría que ir interno a un colegio regentado por curas, el mismo en el que había estudiado su padre. Y desgranó una retahíla de detalles que la aturdieron; ¿le ofrecían cubrir los gastos de los estudios o querían llevarse a su hijo? Más que la administración de un seguro parecía que quisieran administrarle la vida. No podía creer que Sidro hubiese redactado, ni tan siquiera imaginado, todo lo que decían aquellos papeles. Y levantó la cabeza, confusa. El director le sonrió, atento, mientras le decía confíe en el señor González; ¡créame!, el señor Viladomat está al corriente y él no permitiría jamás una gestión que pudiese perjudicarla a usted o a alguien de su familia. Abrumada,

preguntó si le permitían pensarlo un poco. El abogado estuvo de acuerdo. Tenían tiempo. Estaban hablando del próximo curso y quedaba por delante el que acababa de empezar. ¿Cuándo cumplirá los catorce su hijo?, con el tono de quien ya sabe la respuesta. En mayo, en mayo del año que viene. ¡De acuerdo, pues!, y cerró la carpeta. Mientras tanto, el director se levantó y, con un buenos días, la acompañó hasta la puerta. Cuando ella pasó por delante de Climent, él se puso de pie de un salto, ¿qué ha pasado?, tienes mala cara. ¿Sabías tú algo de todo eso? Ayer me lo contaron. ¿Y te lo crees? No lo sé; ¿Sidro no te había dicho nunca nada? No, nunca. Piensa solo que es bueno para Sidret. ¿Estás seguro?

Es bueno para Sidret. Es bueno para Sidret. Hacía una semana que lo repetía una y otra vez y no acababa de verlo claro. A lo mejor era una mala madre. A lo mejor era una de aquellas madres egoístas que no pueden soportar que sus hijos se vayan de su regazo. ¿Cómo iba a dejar que se fuera solo a Barcelona, interno en un colegio, si no se dormía hasta que ella iba a desearle las buenas noches?, si todavía era una criatura, si... Además, lo encontraba todo muy raro. No podía creer que Sidro hubiera planificado internar a su hijo en un colegio del que él siempre se había quejado, y mucho menos sin consultárselo. No se lo creía. ¡No, no se lo creía y basta! Era como si se repitiese la historia. A Sidro también, una vez muertos sus padres, le comunicaron que le habían dejado unos ahorros para terminar la carrera. Ella le había preguntado alguna vez si no le parecía extraño y él siempre respondía que no, que desde muy pequeño le habían enseñado a no hacer preguntas. Al principio, ella, con el afán de acercarse a él, de conocerlo, de descifrar su actitud misteriosa, le había pedido que le contase cómo eran sus padres. Y él, con una media sonrisa indefinida, decía que lo que más recordaba de su madre eran las gafas en la punta de la nariz mientras hacía calceta en la portería, pendiente de las entradas y salidas de los habitantes de la escalera, sobre todo de los señores Viladomat, que según se decía eran los propietarios de la mayoría de los pisos. También recordaba sus inclinaciones de cabeza, su servilismo; lo que usted mande, señora Viladomat, y se encorvaba; lo que usted diga, y volvía a encorvarse. A él, de pequeño, eso le molestaba mucho, hasta que se acostumbró. En cambio, su padre, aunque estaba igualmente a su servicio, se veía más digno en sus atribuciones. ¿Y contigo?, insistía ella, ¿cómo eran las relaciones de tus padres contigo? Y Sidro encogía los hombros; supongo que normales. Una vez que Sidret se puso enfermo y le subió mucho la fiebre, ella se pasó toda la noche poniéndole trapos húmedos en la frente y de pronto se dio cuenta de que él la contemplaba desde detrás con una mirada que no le conocía. ¿Qué te pasa?, le preguntó, sorprendida. Nada, mientras bajaba los ojos; ¡cuando era pequeño me habría gustado tanto estar enfermo con una madre como tú! Y se fue. Durante mucho tiempo le buscó aquella mirada sin conseguir hallarla; era como si se le hubiese gastado toda aquella noche. Aunque estaba segura de que la quería, quizá más de lo que merecía, había muchas cosas de Sidro que se le escapaban. Y ella tampoco se había esforzado nunca en aclararlas. Era hermético, como decía Gertrudis, casi

misterioso. Y los misterios, en la Colonia, siempre habían alimentado murmuraciones. Aunque ella en alguna ocasión también había tenido sus dudas. Como ahora.

Meneó la cabeza. Se había entretenido demasiado en el cementerio. Antes de llegar a casa, entró en la tienda a comprar un poco de fruta. Delante de ella estaba la señora Torras, que, como siempre desde que había dejado de ser importante, simuló que no la veía. Sonrió. Ya se había acostumbrado. Cuando le tocó el turno, le despachó Fina, sonriente, acogedora como siempre, también. Te pongo uva de la que le gusta a Sidret, ¿no? ¡Claro!, la compraba solo para él. ¿Qué tipo de uva comprarían los curas, si es que compraban? Sacó un duro del billetero, esperó el cambio y, cogiendo el cucurucho de la uva, salió corriendo de la tienda. Cuando estuvo en la calle se detuvo, sofocada. A lo mejor se estaba pasando de la raya. Tenía que tranquilizarse. Respiró hondo. Y, maquinalmente, miró hacia abajo, a la izquierda. Aquella que andaba tan deprisa y entraba en el convento tan estirada, con el moño peripuesto, ¿no era Matilde?

Matilde se ajustó el pañuelo al cuello. Una especie de frialdad húmeda, triste, como la de aquellos sitios que han reñido con el sol, la estremeció. Miró hacia arriba. La ventana cerrada y los postigos medio ajustados dejaban entrever una claridad desmirriada. Se sentó en una silla negra de brazos de madera maciza con patas de garra de león y echó una ojeada a su alrededor; el resto de las sillas —contó tres—, idénticas a la que ocupaba ella, y una mesa del mismo color, eran todo el mobiliario. Se levantó, impaciente. Tardaba mucho, la madre Tomasa. Sonrió con ironía; debe de tener trabajo. Y volvió a mirar hacia arriba, pero esta vez sus ojos se pasearon por las paredes altas, austeras, de color indefinido, para detenerse en unos cuadros que ya había observado la primera vez que la hicieron esperar en aquella sala. Recordaba vagamente el que estaba situado en el centro de la pared del fondo, presidiendo la estancia: representaba a santo Domingo, fundador de la orden. Y el que estaba entrando a la izquierda, a san Vicente Ferrer, maestro en teología. El que tenía más presente, seguramente porque estaba cerca de la ventana y lo había podido observar con detalle, era el de santo Tomás de Aquino, patrón de la escuela. Todos dominicos, de la orden de predicadores, y canonizados entre los siglos XIII y XV. Eso es lo que se veía escrito con letra pequeña y redondeada en los rótulos situados en un extremo de los cuadros y que Matilde leía, a pesar de la escasa luz, mientras esperaba que pasase el tiempo y el frío. Suspiró. Cuando le llevó el recado una chica del convento, el día anterior por la tarde, ya temió que iba a perder toda la mañana, pero había ido esperanzada. Por la noche, Climent y ella estuvieron hablando y los dos llegaron a la conclusión de que podían ser buenas noticias. En la escuela, las dos niñas iban bien. Con Raquel no habían tenido nunca problemas y con Cèlia, desde que estaba la hermana Àngels, tampoco. El único incidente que se había producido fue alrededor de las Navidades del año anterior, cuando se les presentó la niña, decidida, diciendo que quería ser religiosa: esposa de Cristo, dijo, emocionada. Y aunque su suegra la apoyó, suerte que Climent actuó deprisa. Le pareció muy acertada la reflexión que le hizo a Cèlia en el sentido de que tenía que meditar muy bien una decisión de este tipo. Hacerse monja quería decir renunciar al mundo y ella todavía no lo conocía. Le proponía esperar un tiempo. Cuando conozcas el mundo, si aún quieres renunciar, te prometo que tendrás nuestro consentimiento, como también, le dijo, te daremos la dote que haga falta. Ella se fue muy contenta y no había vuelto a hablar más de ello. Lo que les preocupaba ahora era que Cèlia no pudiese seguir estudiando. Su padre estaba muy disgustado. Le dolía que la niña tuviese que ir a la fábrica a hacer de tejedora. Y a ella todavía más, porque conocía el paño. Climent había hecho lo imposible para evitarlo, sin éxito. Incluso habló con el señor Boix y él le dejó claro que estos asuntos los llevaba personalmente la señora Viladomat; pero, si puedo hacer algo, huelga decir que lo haré. La promesa del director les hizo pensar, al recibir el

recado urgente de la superiora, que a lo mejor se había producido algún cambio.

Cuando se abrió una hoja de la puerta y apareció la madre superiora, Matilde ya había repasado dos veces a los dominicos sin poder evitar que se le enfriasen los pies. Le devolvió el buenos días con una sonrisa que consideró adecuada al lugar y las circunstancias y se inclinó para besarle el escapulario. Le parecía que ya hacía tiempo que había superado el aprendizaje de señora del escribiente principal y ahora solo confiaba en haber pasado el examen con buena nota. Esperó a que la madre superiora la invitase a sentarse para instalarse otra vez en la silla negra con patas de garra de león y, procurando que la falda le tapase las rodillas con generosidad, colocó las piernas bien juntas. Las costuras de las medias, lo había comprobado antes de salir de casa, eran de una rectitud impecable.

La reverenda madre se sentó delante de ella entre el tintineo del rosario sujeto al cinturón que le ceñía el hábito holgadamente.

—Siento haberla hecho esperar. Debe de tener mucho trabajo y...

—¡No!, ni hablar. De ningún modo —con voz modulada como las locutoras de Radio Nacional—; así he tenido tiempo de apreciar esos cuadros tan magníficos que tienen en esta sala.

—Celebro que le gusten. Son unas reproducciones excelentes.

—El que más me ha impresionado es el de santo Tomás de Aquino.

—Estoy de acuerdo. —Bajó los ojos pensando que fue en honor del santo patrón que ella eligió aquel nombre para la nueva vida dedicada a Cristo. Y repetía, sonriente—: Estoy de acuerdo. Por cierto que el original de este cuadro se encuentra en el Museo del Prado de Madrid. Creo que el autor es un tal Benson...

—Sí, sí, Benson, Ambrosius Benson. —Segura, Matilde, recordando la letra pequeña y redondeada.

Se miraron. Y sonrieron. La madre superiora, las manos ocultas bajo el escapulario con recogimiento, no sabía por dónde empezar. ¿Cómo podía contar a aquella señora culta y refinada el problema que les había caído encima? ¡Lo sentía tanto! Por ella y también por su marido, el señor Palau. Un señor considerado, atento y, sobre todo, comprensivo con las pequeñas irregularidades que encontraba a menudo en las cuentas de la comunidad. A ella, una humilde servidora de Cristo, ¡a veces se le hacía tan difícil que cuadraran! Y él, ¡tenía tanta paciencia para arreglarlo!, que, cuando le tuvo que decir a su señora tenemos un problema grave con Cèlia, hemos observado en ella ciertas tendencias pecaminosas, la señora Palau no podía imaginarse el dolor inmenso que sentía por el hecho en sí y por el disgusto que le ocasionaba.

A Matilde no se le movió un músculo de la cara. El aprendizaje para conseguirlo había sido largo y laborioso, y ahora podía comprobar los resultados con satisfacción. Furiosa; ¿cómo se atreve a hablar de tendencias pecaminosas de una niña, ¡su niña!, de trece años? Indignada; ¿qué se ha creído esta monja? Pero no movió un solo músculo de la cara mientras la miraba, serena, esperando a que siguiese. Y la

reverenda madre, afligida, siguió. Discúlpeme, seguramente no nos hemos explicado bastante bien; ella, pobrecita, es un ángel de Dios; la culpa es nuestra y solo nuestra. La manera de culpabilizarse dejó desconcertada a Matilde; había observado ya en alguna otra ocasión la costumbre que tenía de hablar en plural aunque se refiriese a ella misma; por eso no pudo abstenerse de preguntar de quién hablaba cuando decía nuestra. Perdona, es una manera de decirlo; entra dentro de las reglas que tenemos de compartirlo todo; para hacerlo más comprensible, diremos que es culpa mía, ya que soy responsable de todas las hermanas de la comunidad y de todo lo que sucede dentro del convento. La toca blanca que le enmarcaba la cara resaltaba el color de las mejillas. Las cejas, gruesas, sobresalían por encima de las gafas cuando se le juntaban. Y dejó el plural de lado. E inclinó la cabeza para decirle lo he meditado mucho antes de avisarla; pero creo que tenía que saberlo; no podía esperar a que le llegase la noticia por otra fuente; las habladurías crecen; tenemos que trabajar unidas para ahogarlas. ¿Qué noticia? ¿Qué habladurías? ¿Qué decía aquella monja? Y la miró fijamente. El muro de contención de la cara se le agrietaba y la rabia flotaba por las grietas desafiando su voluntad.

—Perdone, pero me parece que no acabo de entender...

—Ya le he dicho que me hago responsable...

—¿Responsable de qué?

—De no haber sabido detener a tiempo las murmuraciones sobre la hermana Àngels y su hija.

—¿De qué murmuraciones habla? —Los dientes detuvieron un suspiro encallado que le salía a trompicones. Los apretó con tanta fuerza que se le dibujaron las mandíbulas en la cara.

La madre superiora invocó a santo Tomás para pedirle serenidad. Aquella señora se lo ponía más difícil de lo que se había imaginado. Ella no podía decirle que la llegada de la hermana Àngels a la comunidad había sido una preocupación desde el principio. El carácter rebelde, impropio de una servidora de Dios, sus ideas, que quería imponer con la falta de humildad, la alegría excesiva, incluso la manera de andar, decidida, sin recogimiento, tan poco adecuada, convirtieron su permanencia en la congregación en un problema. Desde el principio se había interpuesto entre ella y sus alumnos contradiciendo sus órdenes. Hecho que consideraba inadmisibile por el grado de desobediencia que implicaba. Se arrepentía de no haberlo expuesto a la madre provincial. En su momento no lo consideró necesario. Tampoco quería preocupar a la reverenda madre con un asunto que, humildemente, había creído que podría resolver sola. Al terminar el curso, esperó con paciencia que la trasladasen. Pero no fue así. La madre provincial le comunicaba en una carta amable, pero concisa, que la hermana Àngels se quedaría un año más para recuperarse del todo. Lo aceptó con sumisión, como debía ser. Entonces todavía no conocía el escándalo que estaba a punto de estallar. Ella, una modesta servidora de Cristo, débil, como la más débil de las criaturas, también había pecado. Su pecado fue de orgullo por no haber

denunciado los primeros indicios. Por haber creído, ¡pobre alma pecadora!, que sería capaz de resolverlo sola. Estaba arrepentida. Profundamente. Ya lo había confesado. Y mosén Josep la había absuelto. Pero no tenía bastante. Y hacía actos de contrición. Y se puso el cilicio el doble de tiempo del reglamentario. Y todavía no le parecía suficiente. Su penitencia exigía cortar el mal de raíz. Tendría que ponerle remedio. Sin dudas. Sin que le temblase el pulso. Y apretaba el crucifijo con firmeza.

—Señora Palau, entiendo que para usted debe de ser muy doloroso aceptar lo que le estoy contando —y bajó la cabeza—; también lo es para mí, ¡créame! —Y bajó la voz—, también lo es para mí.

—Lo supongo, pero le agradecería que hablase más claro.

—Es lo que intento. Con la ayuda de Dios lo conseguiremos.

La espalda en el respaldo con un gesto de sufrimiento contenido. Por debajo del hábito blanco, que ocupaba toda la silla, sobresalían las puntas de unos zapatos negros que con gran esfuerzo conseguía mantener quietas; el resto del cuerpo, inmóvil, como una estatua. Con la vista baja y un tono de oración, empezó a desgranar los hechos que las obligaban a estar sentadas cara a cara con tanta incomodidad; lo supo por las chicas que asistían a la clase de labor que impartía ella por la noche; lo comentaban también las chicas de provincias que vivían en el convento; más de una había sido testigo de algún hecho reprobable; y lo confirmaron las compañeras de Cèlia, a quienes ella misma había interrogado para tener una certeza absoluta. ¿Cuáles eran aquellos hechos reprobables?, quería saber Matilde, sofocada. Las han visto cogidas de la mano, dijo la madre superiora, compartiendo el sofoco.

—¿Y...?

—Este verano, un domingo por la tarde, la hermana Àngels y la hermana Elvira llevaron a las niñas a la riera, a bañarse. Usted ya sabe que lo hacemos cada verano. Bien, iré al grano; mientras se metían en el río, a pesar de que el agua les llegaba solo hasta los tobillos, Cèlia se levantaba el vestido de una manera indecorosa. En medio del griterío y el alboroto, simuló que caía y la hermana Àngels —bajó la cabeza—, que Dios me perdone, desde la orilla le dio la mano para ayudarla.

—A Cèlia siempre le ha dado mucho miedo el agua. ¿Eso es todo?

—¿Le parece poco? Si tienen este comportamiento delante de todo el mundo, ¿qué cree que podían haber hecho durante el curso cuando, según me han informado, se encerraban en la clase de trabajos manuales las dos solas y no las veía nadie?

Se quedó muda. No podía concebir que existiese una mente tan retorcida. A la hermana Àngels no la conocía. Solo la había visto de paso al salir de misa. Era joven, risueña, tenía otros aires. Y estaba convencida de que el cambio tan positivo de Cèlia era gracias a ella. No podía haber nada malo en eso. Se lo decía el instinto. Se lo decía el sentido común. Por mucho que la superiora lo transformara con insinuaciones que no estaba dispuesta a admitir.

Y la superiora retomó el hilo queriendo transmitir un mensaje de tranquilidad. Por

suerte lo hemos cogido a tiempo, y le preguntó cuándo cumplía Cèlia los catorce.

—A finales de febrero.

—¡Huy!, falta mucho todavía.

—Casi cuatro meses.

¡Qué no habría dado la reverenda madre Tomasa por haber heredado del santo patrón la fortaleza de espíritu, tan necesaria siempre y más en aquellos momentos difíciles que se presentaban! Sabía hasta qué punto era delicada la situación. Si trascendía a la casa madre, tal como habían ido las cosas, sería una mancha para su incipiente carrera dentro de la orden; no podía perder de vista que era su primer destino como superiora. También era mala suerte que en aquel asunto estuviese implicada la hija de una familia distinguida de la Colonia. Y la señora Palau no le parecía nada receptiva, lo que lo complicaba todo aún más. De momento, no parecía que se lo acabase de creer pero, si llegaba el caso, quería asegurarse de que no comprometería a la comunidad y, de rebote, su gestión. Había que tener en cuenta que Cèlia todavía era una niña; rebelde, difícil, complicada, pero una niña; y la hermana Àngels, una persona adulta y, además, su profesora. Sin olvidar que la hermana había llegado al convento recomendada por la madre provincial y que le constaba que era de una familia influyente. Un asunto delicado. Muy delicado. Y peligroso. Muy peligroso. Tenía que convencer a la señora Palau, darle a entender que la discreción era la mejor arma que tenían para defender el honor y el buen nombre de su hija, que en un caso como este podría echarse a perder muy fácilmente. Y empezó pidiéndole ayuda para los cuatro meses que quedaban antes de que su hija dejase la escuela para ir a trabajar. Tenemos que estar atentas. Las dos. La vigilancia dentro del convento la tiene garantizada. Me hago responsable. Solo le pido que observe a su hija en casa y que me comunique cualquier anomalía. Tenemos que trabajar unidas. Ya sabe que una vez lo hicimos así y los resultados fueron excelentes. A Matilde no se le escapó el énfasis que puso en el último punto; era como si quisiese insinuar que los problemas con su hija venían de tiempo atrás, y la indignación que sentía se mezcló con la incredulidad. La capacidad de fabulación de aquella mujer no dejaba de sorprenderla mientras escuchaba y callaba. Aunque, cuando le apuntó la posibilidad de que Cèlia dejase la escuela antes de hora —evita la ocasión y evitarás el peligro; total por cuatro meses que quedan—, ella se opuso rotundamente. Y entonces creyó que ya había callado bastante y que quizá había llegado el momento de hacerse oír. La inmovilidad de estatua de aquella monja ya no la impresionaba. Le dijo, con las palabras justas, que no se lo creía y que primero hablaría con Cèlia; como también le gustaría hablarlo con la hermana Àngels. Algo que la superiora, entre lamentaciones por su desconfianza, le dijo que no era posible, que las reglas no lo permitían. Y se puso en pie, la cabeza inclinada, manos entrelazadas bajo el escapulario; ¡créame!, y haga caso de lo que le diré: sobre todo, vigile a su hija; vigile también sus cajones, los bolsillos, los libros que lee, todo: lo tiene que repasar todo, controlarlo todo; estoy segura de que encontrará algo, algún indicio que la obligará a darme la razón. Y

recuérdelo: cuando llegue el momento, tendremos que afrontarlo juntas con firmeza y discreción. La firmeza y la discreción chocaron con la hoja de la puerta que la reverenda madre había abierto y Matilde aprovechó para cruzarla.

Y bajó los cuatro escalones del convento, pasó por delante de la tienda, atravesó la plaza y se metió en su casa de un tirón, casi sin respirar. No podía creer lo que hacía cuando se vio abriendo cajones, sacudiendo bolsillos, removiendo libros. Repasándolo todo. Controlándolo todo. ¿Qué buscaba? Nada. No buscaba nada. Eso es lo que quería encontrar: nada. Para hacer callar a la estatua que escupía veneno. Y el miedo de que hubiera algo la aceleraba, la llevaba de un lado a otro, le hacía levantar el colchón, mirar debajo de la almohada, hasta que apareció Cèlia en el marco de la puerta y, al ver tanto desorden, se asustó.

—¿Qué pasa, mamá?

—¿Y eso qué es?

Matilde había esparcido encima de la cama de Cèlia los cuentos de hadas que ella misma compraba a las niñas, las revistas de *Patufet* que la abuela había guardado durante años dentro de un baúl, algún libro de geografía e historia de Climent y el libro de misa de los domingos y fiestas de guardar de Cèlia. Después de ojearlos los había puesto boca abajo. Hasta que del misal cayeron unas estampas. Las recogió con avidez y le temblaban las manos mientras leía lo que ponía al dorso, escrito con la misma letra elegante que había llenado la cartilla de escolaridad el último curso.

—¿Qué es esto? —volvió a decir Matilde.

—¡Son estampas! ¿Por qué me lo registra todo? —Alzando la voz, y las volvía a poner dentro del libro llorando.

—¡¡¡A mí no me grites!!! —decía ella gritando más que la niña—. Y no empecemos con las lagrimitas, que no te servirán de nada.

—¿Qué le he hecho yo? —Enjugándose los ojos, ceñuda.

—¿Quién te ha dado estas estampas?

—La hermana Àngels...

—¿Y por qué?

—Una me la dio por mi santo, la otra...

—¿Las da a todas las niñas por su santo?

—No lo sé, supongo que sí... —Extrañada por el interrogatorio.

—¿No lo sabes o no quieres saberlo?

—¡Y a mí qué me cuenta! ¿Por qué le interesa tanto lo que hago en la escuela? Total, dentro de cuatro días tengo que ir a cargar revólveres...

—¡No te salgas por la tangente, descarada!

—¿Qué pasa? —dijo Filomena asomando la cabeza por la puerta.

—Madre, por favor, no se meta...

—Pues no gritéis tanto. El abuelo lo oye desde la cama y se preocupa. —Mientras cerraba la puerta tras ella.

Matilde se sentó en la cama de Raquel y contempló el desorden. A lo mejor se

había excedido.

—¿Dónde están tus hermanos?

—Se han quedado jugando en la plaza con...

—Anda a buscarlos. Ya saben que al salir de la escuela primero tienen que venir a casa...

—Para lo que me ha servido a mí... —Y se fue, corriendo, antes de que a su madre se le escapase la mano.

Matilde se quedó en el mismo sitio, preocupada, con la sensación de haberse pasado de la raya. Aunque la actitud de Cèlia tampoco ayudaba mucho. A veces la sacaba de sus casillas. Según como, parecía que ocultase algo. Pero no. Las palabras de la superiora la habían envenenado. Solo era eso. Seguro que solo era eso. Y en aquel instante se le ocurrió que, aunque las insinuaciones no fueran verdad, Cèlia iba de boca en boca. ¡Maldita Colonia!, y recogía todo lo que había desperdigado con furia. ¡Cuando se lo cuente a Climent! Poco a poco volvió a ponerlo todo en su sitio mientras sin querer esbozaba una sonrisa. ¡Eran tan inocentes los escritos de las estampas! Y releía el de una estampa de la Virgen de Montserrat: *Invoca cada día a la Stma. Virgen y será tu protectora. Con todo el afecto. Unión de oraciones, Hna. Ángeles, O. P.*^[2] Bien redactado y escrito con buena letra, elegante, de persona culta y refinada. Y envolviendo la firma con una rúbrica de trazo tan esbelto que le despertó cierta envidia. ¿Y aquí tenía que encontrar los indicios de las tendencias pecaminosas?, ¿de los hechos reprobables? Se estremeció. La frialdad y la humedad de aquella sala le habían calado los huesos y ahora le venían a la cabeza los cuadros amarillentos de años y oscuridad y las caras de los frailes, martirizadas, llenas de fanatismo y obsesiones. Las mismas que había visto hoy en la cara de la superiora. Como si no hubiesen transcurrido siglos. Y volvió a estremecerse cuando pensó en qué manos se encontraban sus hijas. Todavía no sabía cómo se lo tomaría Climent. ¡Y ellos que habían creído que la mejor noticia sería que la niña pudiese seguir en la escuela! El tiempo que faltaba para llegar a febrero se le haría eterno. Tampoco podían acortarlo, cualquier cambio daría alas a las murmuraciones. Sin embargo, los meses que faltaban serían difíciles de pasar. Muy difíciles. Al oír que llegaba Climent, corrió a recibirlo.

¡Correr, correr..., eso es lo que tienes que hacer, y no te detengas! Y corría sin parar hasta que llegó a lo alto de las escaleras de casa del mosén, resoplando. Y venga a llamar a la puerta. Y volvía a resoplar. ¡Ya voy!, se oyó de lejos la voz del ama de llaves. ¡¡¡Ya voy!!!, volvió a decir, y abrió el cerrojo. Carme apenas abrió la puerta un palmo para que se vislumbrara la cara enmarcada dentro de una cofia blanca con entredós y encaje y los ojos medio cerrados por el sueño y las legañas.

—¿Qué pasa? ¿Qué haces aquí, Sidret, a estas horas?

—¡La yaya, la yaya que se muere!

—¡Virgen Santa! —Y acabó de abrir mientras se cruzaba la manteleta de lana que le cubría el camisón hasta más abajo de la cintura—. Voy a avisar al mosén ahora mismo. ¡Dios mío, precisamente hoy!

Muy pocos oyeron la campanilla que tocaba Sidret, vestido de monaguillo, con la sotana que le llegaba a media pierna, acompañando al mosén por las calles de la Colonia mientras llevaban el Santo Viático a Quitèria. Aquella noche de Navidad, entre la misa de gallo, la cena y el jolgorio, todo el mundo se había ido a dormir tarde y, a las tres de la madrugada, la mayoría se encontraban aún en el primer sueño. Menos Pepito, que su mujer se había puesto de parto y tanto él como sus suegros, nerviosos, aturdidos, hacían lo que podían para ayudar a la comadrona. La señora Lluïsa les había anunciado que sería un parto difícil, más que el primero, sentenció; esta criatura viene de culo, nos hará padecer. Antes de que llegase la señora, la campanera había puesto el agua a hervir y había preparado las toallas blancas, procurando no hacer ruido; solo faltaría que ahora se les despertara la niña. De vez en cuando, se asomaba a su habitación y la miraba; ¡pobrecita, su Rosaliona, dormía como un ángel! Cuando nació y le preguntaron si quería ser la madrina dijo que sí, pero con la condición de que se llamase Rosalia. Aparte de que el nombre le gustaba, era una manera de agradecer a la modista el regalo que había hecho a Cioneta por la boda. Siempre se emocionaba cuando recordaba lo guapa que estaba su niña con el vestido de novia largo hasta los pies. Aunque fuese solo por un día, fue la envidia de toda la Colonia. Cargada con el cubo, entró en la cocina.

—Miquel, atiende el fuego. —Y cogía dos trapos para agarrar las asas de la olla—. Voy a ver si la comadrona necesita más agua. Y tú, Pepito, cálmate; todo saldrá bien, ya lo verás.

—Y cómo queréis que me calme, ¿eh?, cómo queréis que me calme si me siento un inútil, aquí sin hacer nada —decía Pepito cojeando, yendo de un lado a otro en busca de la muleta—. Ella me necesita. Lo sé. No entiendo por qué no puedo estar a su lado.

—Porque es cosa de mujeres —le soltó Remei desde la puerta entre el vapor que despedía el agua.

Mosén Josep, con el roquete blanco y la estola de color morado, depositó el

copón de las hostias sobre la mesilla de noche, cubierta con la toalla de comulgar de lino, bordada, y se dispuso a ungir a Quitèria con los santos óleos para administrarle la extremaunción. *In nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti*. Y Sidret respondió: *Amén*. El mosén se inclinó, fervoroso, y observó la paz que desprendía la enferma, una sierva de Dios ejemplar, en un momento como aquel. Le puso la mano en el pulso unos segundos que se hicieron eternos. Miró a Teresa; ya ha ofrecido su alma al Señor, le dijo, mientras pedía a Sidret y a Núria que sostuviesen los cirios. Y juntó las manos con la cabeza gacha: oh, Dios, creador de todos los fieles, conceded al alma de vuestra sierva Quitèria el perdón de todos los pecados, para que con nuestras oraciones fervorosas consiga la indulgencia que siempre deseó. Quien siendo Dios vive y reina entre nosotros por todos los siglos de los siglos. Y los tres dijeron: amén.

Le cerró los ojos con la mano. Descanse en paz.

El día de Navidad de 1958, los habitantes de la Colonia se despertaron con el toque de difuntos. Las campanadas caían sobre los tejados, pesadas e insistentes. Se detenían, alargaban su tono seco y triste y se desvanecían como a la fuerza, transportadas por un viento invisible, avaro y misterioso.

Y Miquel, con gesto cansado, automático, se colgaba de las cuerdas para mover los badajos; arriba y abajo, arriba y abajo. Su pensamiento, sin embargo, no se movía de la cama donde su niña luchaba para traer al mundo a una criatura que se resistía a romper la membrana y abrirse camino hacia la vida. Y siguió tocando a difuntos. Hasta que la claridad que entró al abrirse la puerta de la iglesia hizo que se volviese y una Remei acalorada, con el delantal recogido, le dijo entre el retumbo de las campanas: ¡es un niño!, un niño precioso; ¡los dos están bien, gracias a Dios! ¡Gracias a Dios!, repitió el campanero, y una energía nueva hizo que tirase de las cuerdas con más fuerza, sin dejar de tocar.

La noticia que anunciaban las campanas recorrió enseguida toda la Colonia. ¡Pobre!, ¡en un día como hoy! Que Dios la haya perdonado. Ella descansará, y su familia también. Las primeras en llegar fueron Rosalia y Gertrudis, ¿por qué no me has avisado antes?, dijo la modista, te habría ayudado a vestirla, y abrazó a Teresa. A media mañana llegó Filomena, sola, Joan hace días que no se levanta, tiene la pierna muy mal; ¡habíamos vivido tantas cosas juntas!, mientras le tomaba las manos, llorosa. Cuando salía se encontró a Bernat. Él, sin mirar a nadie, sin abrir la boca, arrastrando los pies, esperó el permiso de Teresa para dirigirse a la habitación. Se quedó mucho rato, de pie, sin moverse, y al salir apenas pudo articular unas palabras de pésame. Después, con la misma lentitud, se fue. Más tarde, abrazado al cuello de la *Moreua*, le dejó la crin empapada. Después de comer se presentaron Climent y Matilde con Jaume y Raquel; Cèlia está un poco pachucha estos días, dijo Matilde como de paso. Teresa se sorprendió cuando oyó que Raquel le decía a Sidret ¿cómo estás, Isidre? No se habría extrañado si hubiera sabido que su hijo, mucho antes de dar el estirón hasta ser más alto que ella, le había dicho a Raquel a mí me gustaría que me llamasen Isidre, como mi padre; y ella le respondió: pues a partir de hoy yo te

llamaré así. Al anochecer se acercaron los tenderos, el maestro con su señora, y también Serafí y Lola, que disculparon la ausencia de Mercè: ha ido a comer a casa de sus suegros. Incluso Adela se presentó a última hora con palabras de consuelo y, al irse, mientras abrazaba a Sidret, le dijo: sobre todo ayuda a tu madre, ahora te necesita más que nunca. Más que nunca. Y a Teresa se le vino a las mientes el señor González y su propuesta, que se había visto obligada a aceptar.

El goteo de visitas no había parado en todo el día. El hecho de ser fiesta, y tan señalada, había propiciado la ocasión para el cumplido y, de rebote, para contentar la curiosidad de unos cuantos. Aunque nada que ver con la muchedumbre que se acercó cuando murió Sidro. El hecho de que no fuera el amo, ni en consecuencia el director, los mayordomos ni los encargados, evidenciaba la categoría de la persona difunta.

Teresa había obligado a los niños a comer un plato de caldo con codillos que había traído Rosalia y a irse a la cama a continuación y, aunque Sidret se había resistido, al final lo convenció; tenéis que descansar, mañana será un día muy largo. Y llenó la estufa de carbón: necesitaba que durase unas horas. El frío y la presencia de la muerte tan cerca le impedían meterse en la cama. Con Sidro fue muy diferente, porque no estaba en casa. Se lo habían llevado para hacerle la autopsia y ya no volvió. Llevó una silla a la habitación de su madre, se sentó y la contempló, serena. No había cambiado mucho. ¡Hacía tanto tiempo que tenía aquella cara de esperar la muerte que no llega! Y al final le ha llegado, madre. Le ha llegado. Se ha pasado meses, años, esperándola, y seguramente temiéndola. Y al final le ha llegado. Ha dejado de respirar, en silencio. Como había vivido en los últimos años. En paz, ha dicho el mosén. Y yo quiero creerlo. Necesito creer en su paz para conseguir la mía. ¡De pequeña me había dicho tantas veces que yo era una niña afortunada porque tenía madre! Tú no puedes entender, me decía, lo que representa no poder decir madre a nadie, como me ha pasado a mí. Yo no le confesé nunca, madre, cuánto me costó decírselo y quererla. Ahora sé que no sabía más. Me lo ha ido diciendo su silencio de los últimos tiempos. Pero todavía no puedo llorar, madre. No puedo. Aunque haya dejado de respirar. Aunque la casa se haya llenado de palabras de pésame. Aunque quizá algunas de esas palabras hayan sido sinceras. Aunque su cara rígida, fría, desprenda placidez. Aunque...

Adormecida, volvió a verse en el barranco del final de la calle, y se contempló volando con los brazos levantados, sin cuervos que se lo impidiesen, y observando desde arriba la presa lejana, mansa, tranquila, que le sonreía. Sin embargo, en esta ocasión no la despertó la sirena; era san Esteban. Y en las fiestas de guardar la sirena permanecía muda. Se levantó de la silla, adormilada. Los cirios todavía echaban humo. Su aroma, mezclado con el hedor de la muerte, le provocó un mareo. Y salió de prisa de la habitación. Miró el reloj del comedor. Todavía era pronto para preparar el desayuno.

—¿Y el desayuno? —Filomena le había dejado un trozo de pan con chocolate encima del mármol.

—No lo quiero... —Sentada en una silla de la cocina; ojos enrojecidos y cara de sueño.

—Venga, Cèlia, no seas cría, cógelo; hasta las nueve de la mañana son más de cuatro horas; te desmayarás de hambre.

—No quiero nada, abuela. Me duele la barriga... —Encogida, con la cabeza gacha—. No quiero ir a trabajar...

Ya se lo imaginaba. Cuando el día antes Matilde le dijo mañana, como es el primer día, tendríamos que despertar a Cèlia, aún no está acostumbrada a despertarse con la primera sirena, y ella se ofreció —en realidad, temerosa de hacerle daño a Joan en la pierna, se pasaba la noche en vela—, ya se olió que tendría problemas. Hacía tiempo que a la niña la veía extraña. Aunque no se lo contasen, sabía que pasaba algo. Lo delataba la cara de perro que ponía la nuera. Y, de Climent, mejor no hablar. Antes aún le contaba algo, pero de un tiempo a esta parte se había vuelto tan arisco como su mujer. Y, claro, los niños pagaban las consecuencias. Y Cèlia hacía tiempo que no estaba bien. Ella estaba convencida de que si la hubiesen escuchado cuando dijo que quería hacerse monja, ahora no tendrían tantos quebraderos de cabeza. Le parecía normal que no quisiese ir a trabajar si su vocación era entrar en un convento. No podía entender que no les gustase tener una hija dedicada a Nuestro Señor y que prefiriesen verla trabajando como una burra en una fábrica de mala muerte. Aunque Climent había hablado con el mayordomo de los telares y por lo visto decidieron que la pondrían de aprendiz con Maria Rosa; como era amiga de Matilde, pensaron que tal vez le tendría más consideración. Pero fíjate que Maria Rosa no obliga a su hija a ir a la fábrica. Cuando cumpla catorce, Lúdia se quedará en casa para aprender a hacer de peluquera. Joan no habría consentido nunca que su hijo se arrastrase por debajo de las máquinas como él. Por eso se preocupó de darle estudios. Claro que era un chico. Una chica es diferente; no puede ir por esos mundos de Dios a estudiar sola. Y, mientras tanto, le ponía el pan con chocolate en el bolsillo y le decía coge las tijeras y el peine de tejer que tu madre te ha dejado encima del aparador, y ponte la chaqueta vieja, que allí, en los telares, la ropa se llena de borra y queda hecha un asco, y coge la bufanda grande, que en febrero por las noches todavía hiela. Y mientras la ayudaba a envolverse con la bufanda a punto ya de irse, le hizo una última recomendación: acuérdate de rezar tres avemarías antes de ponerte a trabajar, para que te guarden del mal.

La segunda sirena la alcanzó cerca del puente y miró hacia arriba, a lo alto de la colina, presidida por el convento medio envuelto en la penumbra. Solo podía vislumbrarse gracias a la luz de una bombilla llena de polvo protegida por una pantalla con telarañas. Y observó las ventanas donde estaban las dependencias

privadas de la comunidad. La hermana Àngels le había comunicado en una nota que, a aquella hora, solía estar en la celda rezando y que se asomaría a la ventana para desearle suerte. Desde la visita que había hecho su mamá a la madre superiora se habían comunicado por carta. La madre Tomasa había prohibido a la hermana Àngels que tuviesen ningún tipo de conversación privada. Al principio, a ella le parecía extraño que la hermana la interrumpiese cada vez que intentaba hacerle alguna confidencia. Después le sorprendió la manera en que la obligaba a callar. Y se encogía al ver como evitaba mirarla. Pero como ella insistía, al final se lo tuvo que decir: no puedo escucharte, hija, cuando profesamos hacemos un voto de obediencia, y me lo han ordenado; tampoco puedo decirte por qué; Dios quiera que algún día lo entiendas. Cuando oyó todos estos razonamientos, Cèlia, aunque le habría costado admitirlo, se alegraba de que su padre la hubiese convencido de no hacerse monja. No veía claro que el hecho de ser Esposa de Cristo obligase a obedecer aunque la orden fuera injusta. Una tarde, mientras rezaban el rosario, ella, en un brote de ira y rebeldía, le contó todo lo que le pasaba por la cabeza en una carta que dejó encima de la mesa. Al día siguiente, la hermana Àngels le dio la respuesta con un gesto de complicidad, como diciendo aún no me han prohibido escribir. Y se acostumbraron; ella, al mediodía, dejaba la enciclopedia dentro de su pupitre con una carta disimulada dentro del forro y, por la tarde, se la llevaba con la respuesta. Y así pudieron hablar, sin vergüenza, del sentimiento oculto que con el tiempo iba creciendo dentro de ella hacia Sidret. De aquel secreto que la hacía languidecer. Y de la impotencia al comprobar que se habían hecho mayores pero que las cosas no cambiaban; él solo estaba pendiente de Raquel, la miraba y le sonreía con una adoración que hubiera querido para ella. Aunque Raquel fuese la pequeña, tenía los ojos más grandes y era más guapa, más inteligente, más graciosa y más trabajadora, y nunca creaba problemas, y seguro que cuando hizo la primera comunión no cometió ningún sacrilegio; y papá la escuchaba más, mamá no la reñía y ella, ella no quería odiarla, no, de ningún modo, y echaba de menos la época en que aún eran pequeñas y la llevaba cogida de la mano y tenía que hacer todo lo que ella le decía. No, no la odiaba, ni cuando ella se meaba en la cama y Raquel decía ¡otra vez, otra vez! Y se ponía a cantar: es niñita, es niñita, se hace pipí en la cama, duerme con un osito, y mientras se escapaba porque ella la perseguía y, antes de que la abuela la hiciese callar, aún se oía que decía: quiere que le hagan mimos. No, no quería odiarla, no, pero... Los consejos de la hermana Àngels la ayudaban, la hacían reflexionar, la animaban a ver el lado positivo, le contagiaban su optimismo. Y se le iba aquel dolor de barriga que le entraba siempre que se acordaba. Alguna vez también le había preguntado qué harían para comunicarse cuando dejara de ir a la escuela. Y la hermana le decía Dios nos ayudará a encontrar una solución. Pero ella seguía sin entender nada. Nadie le dijo nunca qué había pasado aquel día. Y ella no sabía por qué su mamá le había revuelto los libros y esparcido las estampas por el suelo. Y tampoco por qué no podía hablar con la hermana Àngels si era la única persona que

le hacía caso. ¿Qué tenía de malo contar sus cosas a alguien que la escuchaba? ¡No entiendo nada! Con su mamá tampoco se había entendido nunca, ni antes del registro. Y se lo había preguntado a papá y él le dijo que solo querían lo mejor para ella, que hiciese caso a mamá, que pronto iría a trabajar y todo eso se acabaría. Papá tampoco entendía nada. ¿No veía que precisamente lo que ella quería era no tener que ir a aquel sitio que apestaba a aceite sucio, lleno de ruido, humedad y borra?, ¿que ella necesitaba seguir en la escuela y estudiar y poder hablar con la hermana Àngels como antes? Oyó un chirrido que venía de las ventanas de las celdas. Sacó la nariz por encima de la bufanda y levantó la cabeza. Le pareció ver una silueta con el brazo levantado. Solo eso. Pero supo que estaba, que había cumplido la promesa, que había pensado en ella; sí, había alguien que pensaba en ella, que se preocupaba, y sintió una especie de calor hecho de compañía que la envolvió. Y siguió aquel camino de bajada que ya no se le hacía tan cuesta arriba. Tenía delante cinco o seis sombras, envueltas también con bufandas. Por el otro lado del puente bajaban unas cuantas más. Todas tenían el mismo aspecto; iluminadas por las escasas bombillas que se encontraban en el trayecto, parecían fantasmas, como ella. Cuando llegó a la cuadra de los telares automáticos, el encargado de la mañana la llevó a la hilera de Maria Rosa; ella, al verla tan alicaída y asustada, le sonrió con afecto mientras le comentaba Lídia me ha dicho que tu madre ya te ha enseñado a hacer el nudo del tejedor, ¿verdad?, eso está muy bien; es mucho trabajo adelantado. Y la acompañó a una habitación pequeña, con unas paredes que no llegaban al techo, húmedas y pringosas, pintadas de un color gris confuso. Al entrar, se sintió invadida por una vaharada de peste a pies. Solo había un banco de madera en forma de U arrimado a las tres paredes, y unos colgadores numerados a la altura de la cabeza, con chaquetas llenas de borra. Debajo del banco se veía una colección de alpargatas de todos los colores y de tamaños diferentes, algunas de ellas hechas jirones y culpables del tufillo aquel que echaba para atrás. Del fluorescente que bajaba del techo y parpadeaba se desprendían unas guedejas de borra como telarañas espesas. Mientras colgaba la chaqueta en el sitio que le indicó la madre de Lídia, se empezó a oír algún tracatrac de los telares. Vamos, le dijo, pronto darán la señal para empezar. Dos segundos mientras se apagaban y encendían las luces y, pocos minutos después, la cuadra se llenó de un ruido ensordecedor; ella se tapó los oídos. Ya te acostumbrarás, le decía Maria Rosa mientras corría a poner en marcha un telar que se había parado en la otra punta de la hilera. Le enseñó a coger las canillas de cuatro en cuatro y a empujarlas dentro de los revólveres con el puño cerrado: crac, crac, crac y crac. De momento, eso era lo único que tenía que hacer. Aprendería el oficio poco a poco. Cuesta, y exige mucho tiempo, ser una buena tejedora. A las nueve pararon a desayunar. Algunos, los más mayores, se quedaban al lado de las máquinas, sentados en una caja con la fiambarrera, mientras hablaban de la poca suerte que habían tenido el día que les habían puesto una pieza mal encolada. Y bajaban la voz cuando tocaba quejarse del malnacido del contra maestre, que arreglaba los telares de su mujer antes que los suyos. Pero los jóvenes preferían ir a

desayunar a su casa; tardaban cinco minutos en llegar, comían en un cuarto de hora escaso y aún tenían tiempo de conversar un rato antes de volver al tajo a las nueve y media.

Aquel primer día, Cèlia recorrió sola el camino hasta su casa y, al llegar a la bifurcación del puente, no pudo evitar mirar hacia el convento; a las nueve empezaba la clase. Seguro que en aquel momento la hermana Àngels estaba pasando lista. A lo mejor ya había llegado a la P. A lo mejor no la había borrado y la costumbre la llevaba a decir: Palau, Cèlia Palau, y ella ya no estaba para decir: *¡Presente!* Cuando llegó a casa, su mamá y su abuela la esperaban sonrientes mientras la llenaban de preguntas: ¿cómo te ha ido?, ¿estás muy cansada?, ¿te ha gustado?, ¿qué te ha dicho Maria Rosa? Y ella, para no tener que escucharlas, se fue a ver a su abuelo: ¿cómo se encuentra? Tirando. Y desde la cocina su mamá le decía no te entretengas, tienes muy poco tiempo para desayunar. Raquel y Jaume estaban en la escuela, su papá en la oficina. Y ella comió sin hambre un plato de sopas y una rebanada de pan tostado con aceite y bebió un vaso de leche con Cola Cao.

Cuando terminó a la una y media, delante de su casa encontró a Lúdia, que la esperaba; la hermana Àngels me ha dado este libro para ti, dice que lo leas, que te irá muy bien para la nueva vida que empiezas. Tuvo que hacer un esfuerzo para no saltar de alegría. Cuando llegó a casa, se encerró en el lavabo. Tenía prisa por sacar de debajo del forro la carta que adivinaba.

Su mamá ya le había organizado la vida. Por la tarde iría a casa de la modista a coser. De momento, se haría su propia ropa. Y al anochecer, como todas las chicas, a la clase de labor de la madre superiora. De aquellas clases salían unos trabajos que todos los años se exponían en una sala del convento por la fiesta mayor de la Colonia. La inauguración era muy sonada. La presidía la señora Viladomat, que, como era habitual, en el discurso de apertura no se olvidaba de elogiar el trabajo hecho por las chicas, trabajadoras incansables que, además de cumplir con su deber en la fábrica, sacrificaban el tiempo libre para hacer unas labores que eran el orgullo de toda la Colonia. Pero, sobre todo —repetía año tras año—, quería manifestar su agradecimiento más sincero al alma de la exposición, y alargaba el brazo hacia el sitio donde se encontraba la superiora —y la reverenda madre Tomasa, manos y soberbia ocultas bajo el escapulario, bajaba los ojos, humildemente—, sin cuya abnegación, enfatizaba la señora del amo de la Colonia, no sería posible. Los aplausos casi siempre ahogaban la última palabra y todo el mundo se extendía por la sala para poder admirar las maravillas que se exponían. Principalmente las madres, que buscaban con anhelo los juegos de té, camisones, sábanas y manteles que habían bordado sus hijas. La exposición tenía tanta fama que la visitaba la mayoría de la gente de aquella parte del río. La responsabilidad que representaba había hecho que la madre Tomasa no parase de exigir cada día más dedicación a las incansables trabajadoras para no decepcionar ni a la señora ni a la comarca y, sobre todo, para no perder la oportunidad de ofrecérselo a Dios, y levantaba la cabeza invocándolo y

dejando al descubierto el lunar negro, peludo, bajo la barbilla.

A Cèlia no le gustaba coser y solo el libro forrado que le llevaba Lúdia y que ella devolvía, impaciente, para poder recibir otro le hacía soportable la perspectiva de tener que coger la aguja tarde y noche. Y Lúdia, mensajera y cómplice a medias, había aceptado de buen grado el encargo que le propuso la hermana Àngels. Aunque algunas compañeras de clase la criticaban en voz baja, ella estaba segura de que era por envidia de no poder compartir secretos con la hermana Àngels y con Cèlia. Y todo eso propiciaba que se sintiera importante y protagonista, no sabía exactamente de qué, pero protagonista.

El aislamiento al que estaba sometida Cèlia hacía que cada noche, en la clase de labor, cuando se abría alguna puerta, mirase con la secreta esperanza de ver aparecer a la hermana Àngels, aunque ella ya le había notificado que a aquella hora, cumpliendo órdenes de la superiora, se encontraba arriba en el refectorio, ayudando a la hermana Beneta. El domingo, al salir de la misa segunda, se entretenía para verla pasar, y la hermana, aunque fuese con la cabeza gacha, en fila, al lado de la hermana Elvira, reconduciendo a sus alumnas, y delante de la madre superiora y la hermana Dolors, le hacía un gesto para que supiera que la había visto y en la siguiente carta le comentaba cómo la había encontrado, siempre de buen humor, para arrancarle una sonrisa. Entre bromas y consejos, un día le contó que, mientras ayudaba a la hermana Beneta, a veces salía a la terraza que había en el refectorio y que daba a la parte de atrás del convento. Si para ir a la clase de labor das una vuelta por allí, podría verte la cara malhumorada que tienes. Dicho y hecho. Al salir de casa de la modista, rodeaba el convento con pasos ligeros, alegres, anhelantes. Se sentía libre, libre por la perspectiva de poder burlar una vigilancia absurda. Hasta la brisa que subía por la riera y arrastraba el olor de la retama, el tomillo y el romero olía a libertad, a una libertad prohibida. Y le enseñó a la hermana unos cuantos signos que había aprendido en los telares para poder hablar de lejos. Y los pusieron en práctica y se reían porque a menudo se hacían un lío y no había manera de entenderse. Sin embargo, había cosas que no podían decirse con signos y seguían contándose por escrito.

El libro forrado viajaba en manos de la mensajera-protagonista, puntualmente, y Cèlia no se cansaba de repetirle que siempre la había tenido por buena amiga. Durante todo el mes de marzo y abril pudo constatarlo casi todos los días. A mediados de mayo, un sábado al mediodía, cuando ella salía de trabajar, se la encontró en la puerta de su casa, llorosa y sin el libro.

—La madre superiora —dijo con una mueca de gimoteo—, la madre me lo ha quitado.

—¿Se lo has dicho a la hermana Àngels?

—No he podido.

—¿Y ahora qué pasará?

—No lo sé.

Y se abrazaron. Hacía unos días que se había encontrado a la madre Tomasa y le

había preguntado dónde iba con aquel libro. Ella le dijo que era para hacer un trabajo, y se fue corriendo. Pero después se había puesto tan nerviosa que seguro que la madre sospechó.

—Hoy no me ha preguntado nada. Me lo ha arrebatado de un tirón. ¡Es una bruja!

—¿Y ahora qué pasará? —volvió a preguntar Cèlia.

—No lo sé, mañana es domingo, y además el día de la primera comunión —dijo Lúdia.

—Sí..., es domingo..., hasta el lunes no lo sabremos.

6

¡Nunca sabremos seguro de dónde ha salido; todo esto apesta a Colonia! El caballo alado de la escribanía tembló y estuvo a punto de caerse al suelo. El gesto brusco de Matilde al recalcar que ¡esto apesta a Colonia! hizo tambalear el tintero, la pluma y todos los utensilios de encima de la mesa. Climent y ella se habían encerrado en el despacho de su casa. Era el único sitio donde no se atrevían a entrar ni su suegra ni los niños. El asunto que tenían entre manos era demasiado grave para exponerse a interrupciones. Climent se paseaba hacia arriba y hacia abajo de la estancia, después de cerrar la ventana y de indicar a su mujer con un gesto que bajase el tono de voz. Aquel hecho lo superaba. Era lo que le faltaba. Hacía tiempo que en la fábrica se escondía de los problemas del trabajo. Y en casa se escondía de los problemas de la fábrica. Lo mirase como lo mirase, vivía escondido. Y solo. Y lejos. De todo. De todo el mundo. Y ya se había acostumbrado a evitar aquellos ojos de mujer que lo interrogaban. Demasiado a menudo. Que le daban miedo. Como siempre. Ahora también. Aunque de lo que pasaba en aquel momento no fuese él el responsable directo, ella sabría dar las vueltas necesarias para que lo pareciese. Y esperaba. Que la peste de la Colonia le cayese encima. Que lo engulliese. Como otras veces. Y todavía no lo sabes todo, añadió Matilde dejando encima de la mesa una caja de galletas llena de cartas escritas con letra pulcra, elegante, de persona culta.

—¿Qué es esto?

—Lo he encontrado encima del armario de la habitación de las niñas.

—¿De quién es?

—Ya te lo puedes imaginar... —Abrió la caja y trasladó los papeles doblados de un lado a otro.

—¿Son... cartas?

—Sí...

—¿Las has leído?

—Un poco por encima..., aún no he tenido tiempo de...

—¿Y qué dicen?

—No lo sé exactamente —suspiró—. Pero me dan mala espina. No las acabo de entender. A ver si al final tendrá razón la madre superiora...

—¡No fastidies! —Y tomó una, la empezó a leer y la soltó enseguida como si quemase—. Solo le da consejos.

—Y también habla de amor, de amar. Fíjate en los encabezamientos —y las iba desplegando mientras leía ora el de una, ora el de otra—: *querida, muy querida, queridísima...*

—... en Cristo...

—Sí, sí, en Cristo. Pero ¿no te parece que es demasiado? ¡A ver si la querrá más que nosotros! ¡Me parece tan ridículo todo esto! —Y las recogía—. Si alguien lo leyera podría pensar lo peor...

—Sí..., tienes razón, tienes razón... No sé cómo vamos a resolver este asunto...

Tenían que actuar con rapidez. Estaban los dos de acuerdo. Tenían que asegurarse de que no recibiera ninguna más. La superiora ya le había dicho a Matilde que, de momento, sería mejor que Cèlia no asistiera a las clases de labor. Tenían que esperar a que se calmasen las murmuraciones y su presencia no hacía más que incitarlas. También le dijo que por la hermana Àngels no se preocupasen, que se cuidaría ella personalmente. Y todo eso lo soltó entremedio de un ya se lo decía yo, si me hubiese hecho caso, que Matilde se tuvo que tragar allí de pie y bajo la mirada inquisidora de los dominicos. ¡Ha estallado el escándalo! Fueron las palabras de bienvenida que le ofreció la reverenda madre aquel anochecer de un día cualquiera de finales de mayo. El recado para que fuera a verla se lo llevó la misma chica de la otra vez. ¿Qué tipo de escándalo? El que ya le anuncié. Y tuvo que volver a oír idénticas advertencias; vigile bien los libros, los bolsillos; esta vez no son suposiciones; tengo pruebas. ¿Pruebas? Una carta; busque bien, en su casa tiene que haber más. El alboroto que armó en la habitación de las niñas al día siguiente por la mañana, cuando una estaba en la escuela y la otra en el trabajo, hizo refunfuñar a la suegra, y ella le tuvo que volver a pedir que no se metiese, y escondía la caja en un cajón del despacho. Y se lo repitió más tarde, al mediodía: ¡madre, no se meta!, con Climent delante y Cèlia llorando en un rincón, mientras Raquel y Jaume se habían ido al patio, obedeciendo a su padre, y su suegro gritaba desde la cama: ¿qué cojones pasa hoy en esta casa, no vamos a comer o qué? Dejaron a Cèlia sola para que siguiese llorando. Ellos dos se habían encerrado en el despacho y ahora se miraban y se preguntaban qué hacer. Para empezar, quemar las cartas. ¿Sin hablarlo con Cèlia?, preocupado, Climent. Es lo primero que he hecho cuando ha llegado de la fábrica. ¿Y ella qué ha dicho? Nada; se ha ido al rincón donde tú la has visto, a llorar. Climent movió la cabeza de un lado a otro; sí, tienes razón, tenemos que quemarlas. Una vez delante de la cocina económica, apartaron la olla de la comida que nadie había destapado y, mientras uno quitaba el redondel con el gancho, el otro iba tirando aquellos papeles escritos por ambos lados con estilográfica que se inflamaban enseguida, y la letra de trazo elegante plasmada con tinta azul se volvía negra, se retorció y soltaba pequeñas llamaradas de color lila hasta convertirse en ceniza. Aquella visión los hizo respirar, liberados. Al contrario que Cèlia, a quien le había parecido un espectáculo dantesco. Y se le escapó un gemido. Hasta entonces no se dieron cuenta de su presencia, de aquella mirada hacia la caja vacía, hacia el humo, insignificante, que soltaba la ceniza entre los redondeles de la cocina económica. Matilde, todavía molesta por todo lo que había tenido que callar delante de la superiora y por haberse visto obligada a defender unos hechos que, a pesar de las dudas, estaba casi convencida de que eran indefendibles, se volvió, furiosa: ¿qué haces aquí? Climent dio un paso hacia Cèlia, protector, le rodeó los hombros con el brazo y la acompañó a la puerta: luego hablaremos, ¿de acuerdo? Y, mientras la veía irse, cerró los ojos para conservar en la retina aquella mirada tan parecida a la suya, no tanto por el color como por el temor

que desprendía.

Y dice que dicen que han dicho... ¿No lo dirás en serio? ¡Claro que sí, que te lo digo yo! Se ve que... ¿Qué dices? ¡No fastidies! ¡Puedes creerlo!

Y la rueda de hierro iba dando vueltas para bombear agua de la fuente que había delante de la tienda. Eran muchos los que, al mediodía, todavía iban a buscar agua para refrescar el vino. No habían querido sumarse a los amantes del progreso, que tenían nevera y que, según decían, con un trozo de hielo el frescor les duraba todo el día. No. Los había que eran fieles a lo que habían hecho siempre, ya en tiempos de sus padres y abuelos; empujar la rueda de hierro para que voltease mientras rodaban las últimas noticias.

Y las de hoy eran sonadas. Y los que primero habían dicho escuchadme, después dijeron callaos que... E hilaban rumores y tejían mentiras mientras se llenaban cántaros y cubos. Pero ¿acaso alguien sabía exactamente qué había pasado?, comentaban también esperando el turno para regar el huerto; todo el mundo daba su opinión y nadie sabía nada. Se ve que en casa de los Palau les ha caído encima mucho trabajo; se murmuraba en la tienda, a escondidas de Fina; la mayor les había salido un poco... rara, por no decirlo más claro. Y de la monja... ¿qué me decís de la monja?, para que uno se fíe de los golpes en el pecho y la comunión diaria. ¡Quién iba a decirlo!, ¡lo que puede haber detrás de las paredes de un convento!

Y se ve que... ¡ssst! Se acercaba Fina con la cara larga; ¿a quién despacho?, disimulando las ganas de despacharlas a todas y echarlas a la calle. Y en la fábrica, en el cuarto de paredes húmedas, bajo los parpadeos del fluorescente, mientras se quitaban la borra de la cabeza con el peine de tejer, tampoco se quedaban cortas; ¡mira la mosquita muerta! Y, encima, ahora ni siquiera viene a trabajar. Se ve que ha traído la baja. No, si esta chusma hace de todo menos traba... ¡Ya basta! El grito de Maria Rosa hizo que las lenguas afiladas se volvieran. Y callaron el tiempo justo hasta que se fue. Después retomaron la conversación sin malicia y con buen fin, ¡faltaría más!, con un añadido: esta ya puede hacerse la ofendida, que, según dicen, su niña también está involucrada. ¡Claro!, por eso se ha puesto como se ha puesto. ¡Claro! Y se ve que... ¿Qué dices! ¡No fastidies! ¡Puedes creerlo!

A las cuatro y cuarto de la mañana sonaba la primera sirena. Insistente. Obstinate. Ensordecido el cielo manchado por las últimas sombras de la noche. Barrenando el cerebro de quien se resistía a levantarse. Cèlia, sin la abuela, cogió el pan con chocolate y salió a la calle antes de que sonara la segunda. Y respiró hondo. A pesar del frío que hacía a aquella hora, su andar era lento, pesado. Llevaba encima las indicaciones del médico, los consejos de su padre, las advertencias de su madre, que la conducían a la misma conclusión: tenía que volver a la normalidad. Aunque la normalidad fuese resignarse a las miradas de reojo, a los silencios tensos, acusadores, cuando entraba en el cuarto con tufo a transpiraciones asentadas a colgar la chaqueta. Ya el primer día, cuando volvió a trabajar, mientras se cambiaba las alpargatas, oyó sus comentarios burlones. Incluso el fluorescente le pareció que le guiñaba el ojo con

mofa. Le costó levantarse del banco, atravesar la cuadra de los telares pequeños y evitar las preguntas curiosas de algunas tejedoras, sobre todo de Lola, a quien se encontró cara a cara, e ir a la de los automáticos, llegar a su hilera y ponerse a cargar revólveres: crac, crac, crac y crac. ¡Ya se cansarán!, le dijo Maria Rosa. El médico le había dicho lo mismo. Aunque él era nuevo en la comarca y no acababa de entender por qué daban tanta importancia a lo que decían algunos. Por la tarde, en casa de la modista, Gertrudis también la había animado; tú no hagas caso; les durará hasta que tengan otro motivo de distracción; créeme, mi hermana y yo sabemos un rato de plantar cara a las malas lenguas de la Colonia. ¿Y cómo contarles que para ella eran tan incomprensibles las acusaciones de unos como la defensa de los otros? ¡Y eso no es todo! Sabía por Lúdia que la madre superiora había sustituido a la hermana Àngels en clase y que nadie la había vuelto a ver en el convento. Oyó decir a su abuela que todos los días estaba en misa de seis, como siempre, y los domingos en la misa primera. La última vez que ella la había visto fue en la fiesta de la comunión, por la tarde, cuando la hermana reconducía en fila a las niñas hacia el teatro para el festival; ella se acercó y la madre superiora le envió a la hermana Dolors, que se le puso delante: Cèlia, tú ya no vas a la escuela, ¿verdad?, pues aquí no tienes nada que hacer. Más tarde supo por su madre que tenía prohibida la entrada al convento. ¿Por qué?, si era el único sitio al que iba desde que era pequeña; los días de diario a clase y el domingo a jugar allí toda la tarde. Las otras chicas también iban. ¿Por qué ella no? ¿Adónde iría ahora? Hacía días que se lo preguntaba. Primero desde la cama donde había tenido que pasar una semana por un acceso de fiebre que ni el médico sabía de dónde venía. Y se lo siguió preguntando con las risitas que resbalaban por su espalda mientras aprendía un oficio que no le importaba lo más mínimo y arrastraba con grandes esfuerzos las alpargatas de suela de esparto, empapadas de aceite sucio que los telares soltaban por el suelo, y subía a su casa a desayunar, se hacía la ropa por las tardes y el domingo se arreglaba para ir a la misa segunda. Ese era todo su universo; situado a ras de los aceites que se filtraban. Haciéndose la sorda para no tener que oír lo de ¿no sabéis la última de la mayor de los Palau? ¿Cèlia? ¡Sí, Cèlia!, ¡Cèlia!, ¡Cèliaa...!, y se volvió. La mirada hacia arriba, hacia la pared que rodeaba el huerto del convento. La luz de la madrugada le permitió entrever una toca blanca y, con algo parecido a la desesperación, subió por el margen, corriendo, pisando las matas de retama, arañándose con las zarzas. A pesar de la poca luz, se dio cuenta de los ojos hundidos y el rostro demacrado de la hermana Àngels.

—¡Hola...!

—¿Cómo estás, hija mía?

—En este momento muy bien —le decía sonriente.

—No tenemos mucho tiempo. ¿Puedes hacerme un favor?

—¡Claro! El que usted quiera.

—Es para mi hermano. —Le dio una carta—. Ya sé que es abusar, pero ¿le pondrás tú misma el sobre y el sello? Las hermanas no podemos disponer de ellos sin

permiso de la superiora. Aquí tienes la dirección. —Y le dio un papel doblado.

—De acuerdo, de acuerdo, pero ¿qué pasa? ¿Qué ha pasado? Yo no entiendo nada; mamá me quemó las cartas.

—¿Las quemó...?

—Sí...

—Mejor.

—¿Por qué?

—Ya lo entenderás cuando seas mayor...

—¡Yo quiero entenderlo ahora!

—Tengo que irme. Pronto tenemos que entrar en la capilla y, si no voy...

—También la tienen prisionera...

—¿Prisionera? —En el esbozo de sonrisa de aquella cara enflaquecida solo se veía tristeza.

—Sí, es como yo me siento; encerrada en una cárcel...

—No digas eso. Todo se arreglará, ya lo verás. Si tienes que decirme algo urgente, házmelo saber a través de la hermana Elvira. Puedes confiar en ella... ¡Adiós!

—¡No se vaya todavía...!

—¡Adiós!

—¡No se vaya!

¡Adiós! ¡Todavía no! Quiero saber qué pasa. Y se puso de puntillas, apoyada en la pared, el tiempo justo para verla desaparecer entre dos perales con las ramas apuntaladas de tan colmadas de peras que estaban. El año pasado, por esa época, un sábado, con la hermana Àngels había cogido peras para la clase de dibujo. Y aun sabiendo que no la oía nadie, volvió a decir: ¡¡¡quiero saber qué pasa, qué pasa!!! Carreras y espantada de conejos dentro del gallinero. Y se encontró la carta en los dedos. De pronto, no sabía qué hacer con ella. Dónde ponerla. Y volvió de prisa, aturdida, hacia su casa. Entró de puntillas. Silencio. Parecía que todo el mundo dormía. ¿Dónde podía esconderla? Con miedo, se metió en el despacho de su papá. Abrió un cajón, otro, y otro más. Al final encontró lo que buscaba. Poco después, serena, echó la carta al buzón. Estaba salvada. Le daba igual llegar tarde al trabajo, le daban igual las preguntas que le hizo el encargado, le daban igual las miradas de reojo, los comentarios burlones, las preguntas fisgonas. Pase lo que pase, ¡está salvada! ¡La carta está salvada! Pase lo que pase.

Pase, cierre la puerta y siéntese. Se lo dijo todo de un tirón. Y él obedeció con la misma celeridad. La espalda recta, la mirada baja, la carpeta azul marino sobre las rodillas. Cuando hizo ademán de abrirla, el director le dijo no hace falta, hoy vamos a hablar de otro caso. Climent volvió a cerrar las gomas de la carpeta; usted dirá. ¡Lo he tenido que saber por mi señora! ¡Mi señora! Aunque los mayordomos ya le habían adelantado algo, él no hizo caso hasta que...

La señora del señor director había llegado al convento a la hora acostumbrada — pasadas las diez— y, también como siempre, tenía la intención de pedir a la hermana Dolors que enviase a una niña a casa del mosén para decirle que lo esperaba en la capilla. Lo que no podía imaginar la señora directora era que mosén Josep, en plena siesta después del desayuno, recorría el camino refunfuñando: un día se lo diré sin ambages, quien quiera comulgar tiene que venir a misa de seis, pero... Había hablado de ello alguna vez con la madre superiora y, aunque ella también se quejaba de que cada día tuviese que salir una niña de clase, le había dado a entender que quien manda, manda, aunque no tenga razón.

Y la señora, además de mandar y no tener razón, aquella mañana sentía curiosidad por el alboroto que se respiraba en el convento. Es que ha venido un padre dominico, se apresuró a decir la hermana Dolors con cara de éxtasis y tono de confidencia; es un músico extraordinario, toca el piano como los ángeles; todo el mundo está en la sala de recreo, quería enseñar no sé qué canciones a las niñas; perdone, pero enseguida voy a buscar a una para... No, no hace falta; no quiero molestar... ¡Cómo!, usted no molesta nunca, señora Boix. ¡Señora Boix, qué alegría verla!, exclamaba la superiora enrojecida por el ajetreo de la visita, si tiene un momento... Lo tengo; para usted siempre lo tengo, reverenda madre. Y se dirigieron hacia el recibidor grande. No sé por dónde empezar, decía la madre Tomasa, de espaldas al santo patrón y mirando al suelo, mientras la invitaba a sentarse. La señora Boix no pudo disimular un gesto de complacencia; cuando no se sabe por dónde empezar, quiere decir que hay para rato, y eso le auguraba distracción para el resto de la mañana. ¡Créame!, no se lo he comunicado antes porque en un principio no parecía que fuese tan grave. Y, con voz de misa, entre matices e invocaciones al Señor, la informó a grandes rasgos del asunto que le había quitado el sueño los últimos meses, sin dejar de poner de relieve que la escasa colaboración de los padres había contribuido a agravarlo. ¿Está al corriente de todo eso la señora Viladomat? ¡No!, primero he querido hablarlo con usted. Lo comprendo, ¿y cómo se lo ha tomado la madre provincial? Tampoco se lo he dicho todavía; no quería hacer nada sin su consejo. Huy, debe de tenerlo difícil, la reverenda, si está dispuesta a escuchar consejos, y decía con una sonrisa: le agradezco la confianza. Usted se la merece, mientras se tragaba aquella sonrisa engullendo saliva; no le veía la gracia por ninguna parte, y mucho menos desde la mañana, cuando se había presentado el hermano de la

responsable de sus noches en vela. Sospechaba que no había llegado por casualidad. ¿Cómo se había enterado? Hasta hoy, ella creía que lo tenía todo bajo control, que no faltaba mucho para el final del calvario; solo tenía que esperar que terminase el curso. Los rumores que le habían llegado desde la casa madre eran que pronto recibiría la orden del nuevo destino de la hermana rebelde. ¡Faltaba tan poco! Y entonces va y se presenta su hermano, un padre dominico de cara amable, alegre y con don de gentes que había acaparado la atención de toda la comunidad y había revolucionado a todo el convento, igual que había hecho ella cuando llegó, con cierto aire de costumbres mundanas, ¡como ella! Tenía que ir con mucho cuidado. Y tenía la impresión de que no sería oportuno hacer uso de la autoridad que le confería su cargo para impedir aquella especie de fiesta que se había organizado en torno al dominico. Y permitió que el resto de las hermanas, con las niñas y las chicas de provincias, lo acompañasen a la sala de recreo. Ella misma las acompañó hasta allí para hacer los honores, aunque su hermana se le colgase del brazo con afán de posesión, algo impropio de una Esposa de Cristo, pero cuando los vio tocando el piano a cuatro manos y riendo con complicidad, el sentido de la decencia la obligó a abandonar la sala. Y eso no era lo peor. ¿Cómo podría evitar las oportunidades que tendrían de hablar los dos solos? ¿Qué calumnias sería capaz de proferir una hermana que no era ejemplo de abnegación ni de modestia de espíritu?, que había roto el voto de obediencia y el de... ¡Dios mío!, apretando los labios para ahogar una especie de suspiro que la delataba. Pero se apresuró a devolver la sonrisa a la señora directora y siguió la retahíla de confidencias acompañada de la sinceridad habitual. Y mientras la señora se esforzaba por ofrecerle los consejos que le había pedido, la reverenda madre, en el fondo, no podía dejar de compadecerla por su mala suerte; una señora tan inteligente, como lo demostraba el hecho de haber entendido su posición en aquel asunto, una señora devota; no había más que ver el recogimiento con que comulgaba todos los días, una señora digna, sobre todo digna, no merecía tener un marido tan... tan... ¡que Dios me perdone! Había sido testigo en más de una ocasión de las confesiones de las chicas de provincias que tenía a su cargo que acusaban a aquel señor de un comportamiento poco honorable. Por suerte, la formación moral de las chicas y su intervención directa habían impedido que... fuese más allá. Y con una sonrisa piadosa, la acompañó hasta la puerta de la calle, desde donde aún se oía la música ejecutada a cuatro manos. Y la señora inteligente y devota, y sobre todo digna, bajaba los escalones del convento y lamentaba haber dejado de practicar, hacía mucho tiempo y por circunstancias que no venían a cuento, la costumbre de mandar a buscar a la secretaria de su Àlfred, cuyas visitas la mantenían al día de todos los asuntos importantes, para no haber tenido que esperar a las confidencias provocadas por la necesidad de una pobre monja acorralada.

En el énfasis con que pronunció ¡mi señora!, Climent adivinó un problema añadido. ¡Y ya estaba harto!, de callar, de decir sí, señor, y de oír cómo hablaban de su hija en aquellos términos. Y se puso en pie sin permiso y sin poder evitar que le

cayese al suelo la carpeta azul marino.

—¡Es todo mentira! ¡Mentira!

—¿Me está diciendo que mi señora miente?

—¡No, de ningún modo!, solo que está mal informada.

Aquella mirada de rebelión, poco habitual en su subordinado, le hizo recordar otra parecida. Y sintió como Serafí Garcia le clavaba unos ojos amenazadores. Los tiempos habían cambiado. A lo mejor aún cambiarían más. Y sospechaba que no saldría favorecido de los cambios. Sin ir más lejos, estaba la cuestión del señorito Josep Maria, el gilipollas del sobrino. Aún no había terminado la carrera, y tampoco era un alumno demasiado brillante —al menos es lo que decían—, y ya iba a meter las narices a la fábrica, más de lo que era necesario. Y lo más grave: ¿cuánto hacía que el amo no le transmitía felicitaciones ni de parte de la junta de accionistas ni propias? Este sí que era un problema que le preocupaba, muy al contrario del asunto del convento; en poco tiempo, dejaría de ser asunto suyo. Y la actitud del padre ofendido le aconsejó cambiar de táctica. Le invitó a sentarse y a recoger la carpeta mientras le sugería que le contase cuáles eran, según él, los hechos. Climent, sorprendido, fue desgranando las cábalas que había hecho con Matilde. En todo ello había una buena colección de malentendidos. Ellos se inclinaban a creer que se trataba únicamente de un celo excesivo por parte de la superiora hacia una manera de ser, diferenciada, de la hermana Àngels. En fin, cosas de monjas que no eran de su incumbencia si no fuera porque su hija se había visto involucrada; los chismosos y desocupados de la Colonia habían hecho el resto; ya sabe cómo son; todos los hemos sufrido en alguna ocasión. La intencionalidad con que subrayó esas últimas palabras no gustó en absoluto al director, que apagó con fuerza el habano en el cenicero y se puso de pie.

—Bien, daremos el asunto por cerrado. No tenemos que hacer caso de los chismes. —Y lo miró fijamente—. Porque son solo chismes, ¿verdad?

—Sí, señor.

Le gustó el sí, señor. Le pareció que había recuperado la entonación de los mejores momentos, de cuando no se atrevía a levantar los ojos del suelo y le sudaban las manos. Por otro lado, las razones que le había dado eran totalmente satisfactorias. Coincidían punto por punto con las de su señora: exceso de celo. Sonrió. Seguramente era eso. De hecho, tal vez este exceso fuera el único que podía permitirse la dama en cuestión. Y volvió a sonreír.

—Perfecto. Ya sabe que la moral y la honestidad son los valores más apreciados y necesarios para la convivencia entre buenos cristianos. —Tirón de cuello con tic incluido—. Y nosotros, cada uno desde su posición, tenemos que dar ejemplo.

—Sí, señor.

Al día siguiente del Corpus, cuando las calles conservaban todavía restos de flores mustias arrinconadas por las aceras y las guirnaldas de acebo seguían medio desprendidas en las paredes, Lúdia esperaba impaciente que Cèlia saliese del trabajo.

Apenas la vio aparecer por la esquina, echó a correr. La hermana Elvira le había dicho a la hora del patio que la hermana Àngels se iba de la Colonia al día siguiente.

—¿Mañana...? ¿Y no te ha dicho nada más?

—Que ella la acompañará. Tomarán el primer coche de línea que pasa por el cruce.

—¿A qué hora...?

—A las siete y media...

—Y... ¿nada más?

—Nada más. ¡Ah, sí! Que te lo dijese...

—Pero yo a esa hora trabajo... ¿Y a ella, la has visto?

—No. Solo el día que vino su hermano.

Aquel día también la había visto ella. De lejos. Por la tarde había aprovechado un descuido de la hermana Dolors para escurrirse en la sala de recreo. El padre dominico daba una conferencia a las chicas del convento. La hermana estaba sentada a su lado y, al otro lado, estaba la bruja. ¡La bruja! No entendía nada. ¿Cómo podía estar allí poniendo buena cara y riendo después de haberle hecho tanto daño a la hermana Àngels, y a ella también? Y, encima, iba a comulgar todos los días. Se lo había preguntado a la abuela: ¿está segura? ¡Claro que sí!, va siempre, niña; pero ¿qué te importa a ti? ¡Pues que comete un sacrilegio!, se le escapó; sabía que mosén Josep solo iba una vez por semana a confesar a las hermanas. La madre Tomasa había sido la primera en inculcarle los principios de la doctrina cristiana. Con ella había aprendido el catecismo de arriba abajo. Por ella supo que hacer falsos testimonios y mentir era pecado mortal. ¿Y qué había hecho la superiora sino mentir, mentir y mentir? ¿Qué les había dicho a las niñas, cuando todavía iba a la escuela, para que la mirasen de aquella manera y le volviesen la espalda? ¿Y a las chicas de la clase de labor? Cuando entraba ella, todas callaban; la superiora, la primera. Y a la hermana Dolors, ¿qué mentiras le había contado para que le impidiese el paso cuando intentaba entrar en el convento repitiendo lo siento, solo cumplo órdenes, hija? Ya no podía ir a ningún sitio. ¡No tenía a nadie que la escuchase! ¡Nadie! ¡Nadie! ¡Es igual! ¡Todo es igual! Ya ni siquiera necesitaría volver a poner los pies en el convento. Ella y Lúdia se miraron.

—¿Vas a ir mañana al cruce? —Cèlia estaba a punto de llorar.

—No lo sé. A esa hora todavía no me he levantado. ¿Y tú?

Yo ya hace casi tres horas que trabajo, estuvo a punto de decirle.

—No puedo..., estoy... en la fábrica...

Cuando clareaba, el sol quería penetrar los cristales a través de la borra que los envolvía. Alguna vez lo había conseguido y entonces, durante un buen rato, se iluminaban las poleas del techo. ¡Pero quedaban tan arriba! ¡Y los telares tan abajo!

Aquella mañana, los ojos de Cèlia llegaban solo a la altura del reloj y se quedaban clavados en las agujas: las siete. Todavía tenía tiempo. Podía atravesar el bosquecillo de detrás de la torre pequeña que iba a dar a la carretera. El cruce quedaba cerca.

Todavía tenía tiempo. No la vería nadie. Nadie lo sabría, y le dijo a Maria Rosa me encuentro mal, me voy a casa. Avisa al encargado, se imaginó que le recalca desde lejos por el movimiento de los labios.

Corriendo, con pasos largos, atravesó el bosquecillo y la vía del tren y siguió carretera abajo. Desde lejos vio dos capas negras. Y, cuando se volvieron, pudo distinguir las tocas blancas que desgarraban la negritud. La hermana Àngels dio un paso adelante.

—Me alegro tanto de verte, hija.

—Yo también...

Aunque la hermana Elvira, discretamente, se había alejado, bajó el tono de voz para agradecerle el favor, también en nombre de su hermano. Su estancia sirvió para aclarar malentendidos. ¿Qué pasó? Nada, nada importante. Él, después, aprovechó una visita que tenía que hacerle a la madre general para dejarlo todo aclarado. No tenía que sufrir ni preocuparse de nada. Se iba a pasar el verano a un pueblo de Lérida, en una comunidad donde la necesitaban más que en la Colonia. Y el próximo curso, si Dios quiere, otra vez la normalidad. La madre Victorina le había escrito para decirle que ya tenían ganas de que volviera. Cèlia la escuchaba angustiada; ¿y yo?, ¿qué voy a hacer yo?

—Confía en Dios...

—Pero...

—Te escribiré. Desde donde sea. Como sea, te escribiré... Te lo prometo...

La hermana Elvira se acercó a ellas. Llegaba el coche de línea. La hermana Àngels sacó las manos de debajo de la capa y tomó las suyas para apretarlas fuerte, muy fuerte, como si quisiera sellar la promesa. El olor a limpio, inmaculado, de aquellas manos se mezcló con el humo que salía del tubo de escape del coche de línea cuando arrancaba, ¡y aún tuvo tiempo de ver el último gesto de la hermana despidiéndose! Tanto el gesto como la mirada que lo acompañó le dijeron que no volverían a verse. Nunca más.

TERCERA PARTE

1

Había sido siempre mujer de gesto suave y mirada tibia. Y hoy pensaba que, aunque no haya tiempo para todo en este mundo, al menos ellos habían podido probar las migajas de felicidad que la vida les ofrecía. Y le acarició el rostro con una mano arrugada, de dedos retorcidos y uñas cercenadas y pulcras, una mano deseosa de curar todas las heridas. Y con la ternura que despierta haberlo compartido todo, le puso dos dedos en el hoyo de la mejilla. Él tenía los ojos cerrados. Y recordó el día en que aquella maldita lanzadera se había proyectado hacia su cara y le abrió la brecha. Sonrió. Te costó creer que con la cicatriz te quería todavía más. Poco después nació Climent. Volvió a sonreír. Siempre he creído que os parecíais. Aunque él no corra a buscar a su mujer para besarla cuando llega a casa como hacías tú. Ya ves; tiene más estudios, va más arreglado, pero ¿es más feliz? A veces pienso que no. ¿Qué es lo que hicimos mal? ¿O tal vez lo que no hicimos? Él, desde jovencito, era muy respetuoso y nunca se atrevió a decirnos lo duro que era para él ser hijo único. ¿Por qué no fuimos capaces de verlo? ¿Por qué decidimos mirar hacia otro lado? ¿Quizá porque pensamos que no tenía edad para saber lo que quería? ¿Quizá porque creíamos que eran los otros los que tenían que tomar la decisión? Con ellos tampoco lo hablamos. ¡Y mira que éramos amigos! Pero todos callamos. ¡Todos! Y tú y yo, cuando nos encontrábamos aquí mismo, en esta cama, apagábamos la luz para no tener que ver los reproches en nuestras miradas. Y a oscuras, mudos, durante muchos meses, quizá durante años, nos amábamos ahogando los remordimientos. Es un peso que he llevado siempre en el corazón. Hoy tenía que decírtelo.

Sentada en la cama, un poco inclinada, paseó su mano por aquel cuerpo que conocía tan bien y que aún quería por encima de todo y de todos. La deslizó por el cuello y el pecho y siguió por encima del embozo de la sábana y la colcha hasta llegar al vacío. El vacío que le había dejado la pierna. Una pierna cansada de correr campo a través para ir a refugiarse a un nicho del cementerio, de arrastrarse por debajo de las máquinas durante tantos años, de aguantar haces de leña, de trabajar en el huerto. Hasta que dijo ¡basta! y se puso negra. Él nunca creyó que la culpa fuera de los caliqueños. Y, mientras pudo, los fumaba a escondidas. Y cuando ella se dio cuenta de que no lo convencería de que los dejara, dijo ¡maldita sea!, ¿por qué no me enseñaron a mí a fumar?; si eso es lo que te mata, yo también quiero ese veneno. Y cuando la pierna dijo ¡basta!, y cuando tuvieron que amputártela, otra vez la sombra de la duda te oscurecía los ojos. Y tuve que volver a decirte que te quería más que nunca. Y hoy, hoy me parece que por fin lo has creído. Él seguía con los ojos cerrados. También te costó aceptar que Climent no supiese plantar cara a su hijo cuando, al cumplir los dieciocho, le dijo que quería ir a la mili, que iría voluntario a aviación, y más tarde cuando dijo que iba a quedarse en el ejército. ¡Tú que te la jugaste para que nuestro hijo no tuviese que ir a la mili! Con lo poco que te gusta mentir y lo hiciste por los codos hasta conseguir los papeles que lo declaraban inútil.

Me gustan menos los militares que las mentiras, soltabas, ceñudo. ¡Y al final lo conseguiste! Pero ahora te toca ver a Jaume, a tu único nieto, como dices tú, disfrazado. En cambio, te pusiste muy contento el día que Raquel te trajo a Sidret y te dijo: abuelo, cuando él acabe la carrera nos casaremos. Teresa ha tenido suerte con sus hijos. Ya le convenía, pobre chica. Sidret llegará a ser todo un ingeniero y Núria, tan dulce, tan formal, no se ha movido nunca de su lado. Dicen que cose como los ángeles. ¡Con solo dieciséis años ya ha aprendido incluso a cortar! Raquel me dijo que una prima de Rosalia que trabaja de modista en Barcelona quiere jubilarse y le ha propuesto a Teresa traspasarle la clientela. Con lo bien que cosen madre e hija, les han dicho que tenían el pan asegurado. Si pudiese verla Quitèria, ¡qué orgullosa estaría! Por lo visto todavía no se ha decidido, pero seguro que aceptará. Si viviese en Barcelona, podría volver a tener a Sidret en casa; a él todavía le quedan dos años para terminar la carrera...

—Madre... —Climent, desde la puerta, sin atreverse a encender la luz, se esforzaba por distinguir las dos sombras que discernía encima de la cama—. ¿Cómo está? —Señalando a su padre.

—Igual, hijo, igual...

—Matilde dice que ya tiene la cena a punto. Vaya a comer un poco. Me quedo yo a velarlo...

—Hoy, no. Hoy no quiero moverme de su lado...

—Pero... —Se acercó—, tiene que tomar algo. Aunque solo sea un vaso de leche...

—No, no tengo hambre. No podría comer nada...

—¿No se encuentra bien?

—Sí, más que nunca..., más que nunca...

—¿Quiere que encienda la luz?

—No vale la pena. Para lo que tenemos que hacer tu padre y yo, tenemos luz de sobra... —Y lo miró. Sus ojos centelleaban en la oscuridad.

Durante unos segundos, Climent se quedó prisionero de aquel brillo y recordó a su madre cuando era pequeño y lo enviaba a dormir pronto porque —tardó unos años en entenderlo— quería quedarse sola con su marido.

—Buenas noches...

—Adiós, hijo..., adiós...

Antes de irse, aún tuvo tiempo de ver como ella se inclinaba sobre su padre y peinaba con sus dedos los cabellos de nieve.

¿Lo ves? Es buen chico. Se preocupa por nosotros. Aunque no sabe que ya no lo necesitamos. Y, de Matilde, tampoco podemos quejarnos. Al menos se esfuerza. Se esfuerza mucho. Y a mí ya se me pasó hace tiempo el disgusto de cuando hizo cambiar la cocina económica por un fogón de petróleo que echaba un humo que apestaba. Y, poco después, lo cambió por uno de gas con horno incluido pero que, según decía Bernat, es como tener una bomba en casa y cualquier día explotará. Todo

el mundo lo compra, decía, son cosas del progreso. Tuvimos que cambiar el olor a leña por la peste a gas. Porque la estufa también la pusieron de esas que llevan una especie de olla con asas, de color calabaza, que en cualquier momento puede estallar. Durante mucho tiempo me horrorizaba solo verla. Y Matilde lo aprovechó para hacerse dueña de la cocina. No me dolió tanto como había pensado. Así pude dedicarme más a ti —le sonrió, acariciándolo—, que ya nos hacía falta. En cambio, la nevera eléctrica no me pareció tan mal. Tener que ir a buscar hielo todos los días, con el calor, era muy cansado. También me acostumbré a la lavadora, aunque estropea la ropa y me quedé sin los encuentros de los lunes en el lavadero grande. Y para comprar esa especie de radio que cuando hablan se ven las caras, ya ni siquiera me consultaron. Todo el que puede tiene una, decían; es el progreso. No sabía que el progreso fuese pasar las veladas sentados delante de aquella caja sin poder hablar de las cosas de cada día como se hacía antes. ¡Ha cambiado tanto la vida en la Colonia! No parece la misma. Sobre todo desde que no está Bernat. ¡Pobre hombre! No merecía lo que le pasó. También se echan de menos las visitas de los amos. Tan señores, tan buenos, tan considerados. Seguramente sería difícil encontrar otros en esta orilla del río que se preocupasen tanto por los trabajadores. ¿Quién sino ellos hacía repartir diariamente la leche para las criaturas y se interesaba por su educación sin escatimar dinero ni esfuerzos? Y cuando las cosas empezaron a torcerse y tuvieron que ajustarse el cinturón, hubo quien los criticó. ¿Qué podían hacer ellos, si la crisis llegaba a todas partes? El mismo año que Cèlia empezó a trabajar, hacia el otoño, hubo muchos cambios. Al principio, donde más se notó fue en el convento. Después de que la madre superiora se fuera de manera repentina y cuando los amos se desentendieron de los gastos de la comunidad, la nueva superiora tuvo que espabilarse y en la escuela empezaron a enseñar de todo, tanto a la gente de la Colonia como a los de fuera. Qué pena que haya terminado todo; se ve que no les salían las cuentas. Hoy me ha dicho Cèlia que, en cuanto termine el curso, cerrarán el convento. Con lo bien que le ha ido a ella todos esos años; sobre todo con las clases que daban por la noche a las chicas que trabajaban; Cèlia fue una de las primeras en apuntarse. ¡Estaba tan contenta! Decía que quería aprender a escribir a máquina y a llevar cuentas para poder entrar en un despacho. Y su madre, poco convencida, la amonestaba: mientras no dejes de ir a coser... Y fue entonces cuando se metió Raquel: si quiere estudiar, que estudie; ¡de la ropa de la casa ya me encargaré yo! A ella sí que le gustaba la costura y, cuando cumplió catorce, enseguida se fue de aprendiz a casa de Rosalia. Además, con la excusa de que iban a ser cuñadas, se había hecho muy amiga de Núria. Desde que empezó a estudiar por las noches, Cèlia estaba más tranquila, aunque con su madre se las tenían cada dos por tres. Pero ¿qué voy a decirte que no sepas?, ¡si te lo he contado docenas de veces! Lo que más me preocupa de Cèlia es que desde entonces no ha vuelto a ir a comulgar. Y poco a poco también dejó de ir a misa los domingos. ¡Quién iba a decirlo! ¡Ella, que quería hacerse monja! A pesar de lo que he insistido, no le he podido sacar nada. Dice que

tiene sus motivos. ¿Qué motivos? ¿Qué motivos puede tener una chiquilla como ella para no querer la ayuda de Nuestro Señor? ¡Si la necesita más que nunca! Y con su madre todo sigue igual; todavía se pelean un día sí y otro también. Claro que Matilde... ¡menuda es Matilde! Este año, por Pascua, no sé si te lo había dicho, nos hicieron comer la mona entre morros y lágrimas. Se ve que Cèlia ya ha aprendido todo lo que enseñan aquí, en el convento, y un día leyó en el periódico que en Barcelona necesitaban chicas para el trabajo que ella sabía hacer, y pidió permiso a sus padres para ir. Matilde le paró enseguida los pies diciéndole que solo tiene veinte años, que aún es menor de edad, que de irse, ¡ni hablar! La niña se rebotó de mala manera y se dijeron cosas muy gordas. Madre e hija se han perdido el respeto y eso no es bueno, no es bueno para una familia. Y ahí sí que Climent tendría que intervenir. Me preocupa mucho este chico. Siempre abatido, siempre preocupado. Por lo que he oído sin querer escuchar, se ve que tiene problemas en la fábrica. No te había dicho nada hasta ahora para no preocuparte. Pero hoy quiero contártelo todo. Todo. Como antes. Cuando no teníamos secretos. Cuando los dos éramos solo uno. Así tiene que ser. Dos personas que se quieren tienen que estar unidas en todo. Tienen que ir juntas a todas partes. Siempre lo hemos hecho así.

Y se tendió a su lado. La cabeza contra la almohada. La vista fija en los postigos abiertos como dos pupilas vacías que los observaban. Y, poco a poco, le apretó la mano fría, helada, sin sorprenderse. Saboreando el silencio que se había instalado mucho antes, se dejó envolver por el misterio de la vida. Y cerró los ojos.

Ojos desorbitados. Dientes apretados con fuerza. De pie. Envarado. El sudor que la camisa de nailon —que había sustituido a la de algodón con cuello postizo— era incapaz de absorber le recorría la espalda. La carpeta azul marino encima de la mesa inmensa.

Tras aquella inmensidad, la silla giratoria no paraba de balancearse empujada por un ocupante inquieto que observaba con cautela a su interlocutor. En aquel balanceo, el ocupante parecía inseguro y cansado, sobre todo muy cansado. Durante años había creído estar preparado para enfrentarse a la situación. Pero ahora, precisamente ahora, no contaba ya con aquel descalabro. Y se acarició los cuatro cabellos que le quedaban y que el tiempo había pintado de gris.

—¡No pensaré que voy a creerlo...!

—¡Es la verdad...!

¡La verdad!, repetía Climent obsesivamente. Al llegar por la mañana, se dio cuenta enseguida por la actitud del director de que pasaba algo gordo, pero se había empeñado en imaginarse que el trastorno de su casa por la muerte súbita de sus padres le hacía ver visiones. Y cuando poco después el señor Boix lo llamó y le dijo venga a mi despacho con toda la documentación de las entradas y salidas de los almacenes, ¡ahora mismo!, supo que era una realidad. Como también lo era el hecho de que al día siguiente de la noche en que su madre no quiso cenar, se los encontraron a los dos muertos en la cama, con las manos unidas, rígidas. Solo de pensarlo se le hacía un nudo en la garganta. Según el médico, él había muerto unas horas antes que ella a causa de la enfermedad que arrastraba desde hacía tiempo. Y ella de una insuficiencia cardiorrespiratoria. Así lo dijo. Con estas palabras. Con una frialdad que helaba la sangre. ¿Puede morir una persona sin estar enferma? Sí. El médico dijo que sí. Cuesta creerlo. ¡Adiós, hijo!, el eco de aquellas palabras todavía lo golpeaba. ¿Acaso no vio lo que estaba pasando? ¿Cómo es que no supo entender lo que en realidad le decía? Ni siquiera intuyó que era una despedida. ¿Y ese brillo en los ojos? Cuesta, cuesta creer que uno pueda morir solo de ganas de morir. Y él reflexionó mucho los días que no fue a trabajar después del entierro. Quédese en casa y descanse, le había dicho el señor Boix con una consideración que lo sorprendió, la muerte de los padres de uno siempre es dolorosa, pero ambos el mismo día..., me hago cargo de su estado de ánimo; vuelva a trabajar cuando se sienta mejor. Y durante dos días se levantó pronto, antes de que sonase la sirena, con la luz de las madrugadas de junio, y se iba al bosque del otro lado del río, subía a lo alto de la montaña y, cuando en la Colonia todo el mundo aún dormía en medio de la nada, él contemplaba las rayas simétricas, iluminadas por cuatro bombillas, donde se adivinaban las calles, la plaza, la iglesia y los huertos que la configuraban. ¡Desde allí se veía tan inofensiva! Y el río con la presa, vertiendo agua en silencio, y la fábrica con la chimenea que soltaba humo a bocanadas con suavidad. Solo la sirena, de lejos,

parecía aullar como el viento de aquel anochecer en el cementerio, cuando corrían él y Teresa aterrorizados. Aquel aullido le hacía sentirse herido de muerte... como los árboles cuyas raíces son cortadas a hachazos. Y las palabras de su madre lo martilleaban: para lo que tenemos que hacer, hay luz de sobra. ¿Qué clase de luz se necesita para morirse?, mientras envidiaba a su padre la penumbra de aquella noche, la placidez y la compañía. Y decidió que necesitaba volver a trabajar. Temía enloquecer si seguía pensando.

Aparte de la actitud del señor Boix, aquella mañana también los mayordomos ponían cara de circunstancias. Él se olía que le ocultaban algo. Gertrudis se lo confirmó, asustada, medio en voz baja, medio con signos y con la vista fija en la puerta entreabierta del director: el día de la muerte de sus padres había llegado al despacho, desde el departamento comercial, un pedido extraordinario para exportación. Al principio pareció que sería algo bueno para plantar cara a la crisis de los últimos meses. Desde que el señor Viladomat había cedido la gerencia a su sobrino, las cosas no funcionaban como antes y la junta de accionistas intervenía más directamente en los asuntos de fabricación. Este hecho restaba autoridad al señor Boix, lo que dejaba al descubierto algunos fallos en la organización de la fábrica. Acostumbrado como estaba a tenerlo todo bajo control, se veía que a él la situación se le hacía insostenible y que su prestigio pasaba por un momento delicado. El maldito pedido, que aparentemente debería haber sido una buena noticia, en pocas horas se convirtió en el principio de un desastre. Y el mismo día empezaron, por parte del director y los mayordomos, los movimientos extraños, las carreras y las reuniones hasta las tantas de la madrugada.

Desde el otro lado de la puerta se oyó con tono imperioso: señor Palau, ¿tiene ya lo que le he pedido? Sí, señor. ¿Pues a qué espera para traérmelo? A pesar de la voz airada y la actitud furiosa, a Climent le pareció que el director estaba acobardado, como los mayordomos. El señor Gumfaus y el señor Torras, sentados delante de la mesa inmensa, daban la impresión de haber perdido el aire prepotente y de suficiencia que los caracterizaba. El señor Boix, después de consultar los albaranes que había sacado de la carpeta azul marino, lo miró con cara de preocupación; según reza aquí, usted ha dado la conformidad a todas las salidas de los almacenes de estos dos últimos meses, tanto del hilo como de las piezas... Sí, señor... Y, por descontado, en el despacho de Barcelona tienen una copia de cada uno de estos movimientos... Sí, señor... Entonces, ¿cómo se explica que las existencias que según ellos tenemos no se correspondan con la realidad?, y dejó los papeles de distintos colores sobre la mesa. ¿Qué quiere decir?, asustado, Climent, mientras los cogía para mirarlos; pero... ¿Pero qué?, impasible, el director. ¡Una parte de estos albaranes la semana pasada no estaban...! ¡No me diga...!, con cara de asco. ¡Alguien los ha puesto aquí durante los días de mi ausencia! El señor Boix volvió a mirarlos. Los fue mirando uno a uno y enseñándole la firma: ¿es suya esta, y esta, y esta...? Las hojas pasaban por delante de Climent como un remolino mientras la voz lejana de Gertrudis le murmuraba mira

bien lo que firmas, no te fíes de esos dos... Y repasó los albaranes donde destacaban unas cantidades poco habituales por excesivas; estaba seguro de que él no lo había autorizado, y dijo contundente: es la primera vez que veo estas entregas.

Ojos desorbitados. Dientes apretados con fuerza mientras el director repetía: no pensaré que voy a creerlo... ¡Es la verdad...!, volvía a decir él, y se sentaba, abatido, obsesionado con su verdad y observando las firmas detenidamente. El señor Boix esperaba, frío, calmado, escrutador. Los mayordomos no habían abierto la boca. Hasta que Climent se levantó de un salto.

—¡Estas firmas están falsificadas!

—¡Caramba, caramba, señor Palau! ¿Con qué me sale usted ahora?

—Esta no es mi firma. —Y esparcía sobre la mesa los papeles de la discordia.

Los mayordomos se miraron. El director miró a los mayordomos y los tres alzaron los ojos para clavarlos en el único miembro de la reunión que estaba en pie. Y estalló un silencio que convirtió los crujidos de la silla giratoria en gemidos de ultratumba. El director de Hilados y Tejidos Viladomat, S. A., pensó que no era justo. No, no era justo que le pasase eso a él. Y precisamente ahora, cuando le faltaban solo seis meses para jubilarse y sus relaciones con la directiva se habían deteriorado por culpa de la renuncia al cargo del gerente y amo, y socio y compañero de aventuras financieras. ¡Lo echaba tanto de menos! Con él al mando, todo resultaría más fácil. Como la otra vez. Aunque entendía su renuncia y estaba de acuerdo. Él, en su lugar, habría hecho lo mismo. Si su mujer se hubiese puesto enferma, también lo habría dejado todo. Cuando se llega a cierta edad, las prioridades cambian. Pero lo había dejado solo con un asunto por medio muy complicado y con un margen de maniobra escaso. Y miró a los tres subordinados que tenía delante y que, por motivos diferentes, eran parte del problema. Un ligero movimiento de cabeza indicó a los mayordomos que se fueran y ellos abandonaron el despacho de la misma manera en que habían asistido a la reunión; en silencio. El señor Boix echó el cuerpo atrás y miró al escribiente principal, el que había sustituido hacía exactamente... más de doce años, a Isidre Claret. Isidre Claret. Él sí que fue un auténtico problema. Y por partida doble. Suerte que había sabido guardarse las espaldas. Y, con una de las sonrisas más logradas de su colección, dijo:

—Climent...

Climent se asustó. Era la primera vez desde que lo habían ascendido que lo llamaba así y la intuición le aconsejó que huyera de allí, pero se quedó. A estas alturas no sabía qué podía perder.

—Climent... —repitió—, ¿cuánto hace que nos conocemos? Muchos años, ¿no? —Con la misma sonrisa de antes—. ¿Le he engañado alguna vez, yo?

—No —dudaba—, no... Creo que no...

—Pues hágame caso. Hágame caso. Y acepte su responsabilidad... Acéptela. Será más fácil para todos y, aunque le cueste creerlo, a la larga también será lo mejor para usted.

¿Cómo podría hacerle entender que si fuera culpa suya lo aceptaría? ¿Qué tenía que decirle para que creyese que él no había firmado aquellos albaranes y que la semana pasada no estaban en la carpeta? Necesitaba tiempo para demostrar su inocencia. Aquellas falsificaciones eran muy chapuceras, pergeñadas deprisa y corriendo. Estaba seguro de poder demostrarlo. ¡Solo le pido un poco de tiempo! El director lo escuchaba sin un parpadeo, meneando la cabeza de un lado a otro.

—Lo siento, pero no tenemos tiempo. Tiene que entenderlo. —El pañuelo, impecable, enjugaba unas gotitas de sudor que se deslizaban por la calva—. No es cualquier cosa. Estamos hablando de la desaparición de miles de kilos de hilo y miles de metros de tela. Traducido a pesetas son unos cuantos millones...

—Pero...

—En este asunto, ni usted ni yo hemos tenido suerte. ¡Créame! Ni usted ni yo. Los de arriba me presionan demasiado. Arden en deseos de ver rodar cabezas...

—¿Y tiene que ser la mía?

—¿Quién es el responsable de los almacenes?

Buena pregunta. Empezaba a entenderlo. No era una situación nueva. Venía de años atrás. Cuando Isidre aún vivía, él ya había intuido lo que se traían los mayordomos entre manos. Sospechaba que utilizaban las existencias de los almacenes para hacer negocio con ellas. Y, cuando se lo comentó a Isidre, él, aparte de pedirle discreción, le dijo que ya lo sabía y que no tardaría en poder demostrarlo para cortarlo de raíz. Pero no llegó a tiempo. Las malditas llamas le robaron sus propósitos junto con la vida. Cuando no hacía mucho que ocupaba su puesto, se dio cuenta de que todo seguía igual. Había intentado varias veces informar de ello al director, pero este se hacía el sueco. Al final, ante su insistencia, el señor Boix se dignó escucharle solo para quitarle importancia e insistir en que lo tenía todo bajo control. Y le daba una palmada en la espalda y le decía no sabe cómo le agradezco su lealtad, pero váyase tranquilo, todo eso no son más que insignificancias. Durante una larga temporada estuvo inquieto, pero al final tuvo que acostumbrarse, en parte porque todos los años, a la hora de pasar balance, las existencias del almacén se normalizaban y no le planteaban problemas dignos de mención. Teniendo en cuenta que las *insignificancias* se producían con el beneplácito del director, le resultaba más cómodo simular que se lo creía, que todo estaba controlado. Lo que no podía imaginar era que fuese un asunto de tantos millones. Solo ahora se daba cuenta de la magnitud del problema. Y no llegaba a entender cómo se habían arriesgado tanto. Porque la posibilidad de que llegase un pedido extraordinario, como acababa de ocurrir, y que se descubriesen sus trapicheos siempre había existido. Era remota, pero posible. Además, ya había pasado otra vez... sí, la otra vez, cuando... ¡la otra vez! Y, de pronto, sintió que le empapaba el cuerpo una especie de sudor frío y un temblor imperceptible lo obligó a dejarse caer en la silla más cercana, sin percatarse de que el director lo miraba, interrogante. ¡Claro! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? ¿Cómo podía haber sido tan ingenuo? ¿Ingenuo? ¡No seas tan generoso contigo mismo!

¿Cómo has podido ser tan imbécil? ¡Si todos estos años lo has tenido delante sin verlo! La semana antes del fuego había llegado un pedido parecido. Lo recordaba bien porque le extrañó que no se cursasen las disposiciones para llevarlo a cabo. Aquellos días, Isidre estaba nervioso y se reunía a menudo con el director y los mayordomos. Desde la oficina se oyeron gritos en más de una ocasión. Algunas veces había sorprendido a Serafí con una risita, como si se alegrase de todo aquel desconcierto. Pero no trascendió ni una sola palabra. Él tampoco se atrevió a preguntar nada. El descalabro del fuego y la desgracia de Isidre lo trastocaron todo. Durante unas semanas, el señor Viladomat tomó las riendas para reorganizar la fábrica, y este hecho lo dejó más tranquilo. Llegó a creer que todo aquello habían sido imaginaciones suyas. Y con la tristeza por la muerte de una persona a quien admiraba y respetaba y los nervios por tener que ocupar su puesto, ni siquiera le pasó por la cabeza que las llamas que habían arrasado los almacenes y los telares automáticos seguramente también les habían resuelto el problema. ¿Adónde quieres ir a parar? Tú no estás bien. Matilde tiene razón. La tragedia familiar te ha obsesionado. Hace demasiadas noches que no duermes. Y todo eso son solo sospechas. Cosas que se te ocurren, sin fundamento ni prueba alguna. No estás en condiciones de razonar, ni de ser objetivo ni... Vete a casa y descansa. Es lo único que necesitas. Descansar. Dormir. Olvidar. ¿Por qué en ese momento se acordó de Bernat, de cuando echaba las cartas encima de la mesa y salía del café tambaleándose? Era uno de los muchos sábados que había dejado la partida a medias y él tuvo que acompañarlo porque el exceso de vino hacía que se tambaleara y podía caerse. Y le decía vamos a casa, lo que necesitas es dormir. Y mientras dejaba que lo desnudase y lo metiese en la cama, con palabras incoherentes sollozaba: estate atento, atento, hay mala gente..., por aquí hay mala gente; cuida que no te pase como a Isidre; ¡el hombre más bueno de la Colonia...!, y ¡lo mataron..., lo mataron...!, y seguía llorando. ¿Por qué le venían a las mientes estas palabras? ¿Por qué precisamente ahora? No te embales o acabarás como Bernat y tendrán que encerrarte. Demasiadas cosas en tan pocos días. No has tenido tiempo de asimilarlas. Cálmate, cálmate y, sobre todo, reflexiona. Reflexiona. Y concéntrate solo en los hechos. Todo esto es muy grave. Mucho más de lo que habías creído en un primer momento. Y es que... los mayordomos no podían estar detrás de un asunto de tanta envergadura. Al menos no ellos solos. Y ahora creía..., no, estaba convencido de que el hecho de dejarse engañar durante tanto tiempo por la buena opinión que tenía Isidre del señor Boix había sido más por conveniencia que por convicción. Y lo miró; sentado en su sitio, como siempre, con el mismo aire despectivo que cuando desviaba la conversación y sin hacerle caso le agradecía con tono de burla —ahora estaba seguro de que era así— su lealtad. Por fin había abierto los ojos y se daba cuenta de que detrás de aquella actitud desafiante solo se ocultaba el miedo. Un miedo que le rebosaba por todas partes y dejaba al descubierto que estaba involucrado hasta las cejas. Y una especie de arrebató le llevó a levantarse de golpe y abalanzarse sobre la mesa. Era inocente. No estaba dispuesto a pagar los

platos rotos de los demás. Y se lo hizo saber con la cabeza bien alta y la rabia contenida.

—¿Inocente? —Sonrió irónico mientras se peinaba el bigote grisáceo con la uña del meñique—. No del todo, señor Palau. No del todo. ¿Qué tipo de contable sería usted si durante todos estos años no hubiese detectado ciertas irregularidades?

—Claro que las detecté...

—Entonces, ¿cómo se explica que no cumpliera con la obligación que tenía de comunicarlo?

—Usted sabe perfectamente que lo hice...

—¿Ah, sí? Y... ¿tiene pruebas...?

Esta reacción no lo sorprendió. Era propia de gentuza como él. Pero no pensaba dejarse intimidar más. Estaba harto. ¡Más que harto! Se había terminado el miedo. ¡Se ha terminado! ¡Basta de reverencias! Basta de mirar al suelo. ¡Basta de decir sí, señor!

—Las encontraré. ¡Encontraré las pruebas y se las haré llegar al señor Viladomat! Y, si hace falta, a la junta de accionistas. —Recogió todos los albaranes y con dos zancadas creyó que podría abandonar el despacho.

—¡Un momento! Haga el favor de volver a sentarse. ¡Aún no he terminado! ¿No me oye? ¡Aún no he terminado!

No era la primera vez que por culpa de los gritos se le encallaba la llave en la cerradura cuando intentaba abrir la puerta de su casa. Madre e hija se habían acostumbrado a discutir sus diferencias con un tono de voz que a él le provocaba ganas de darse media vuelta, aunque hoy no sabría hacia dónde dirigirse. Y entró. Matilde se ajustaba un pasador del moño que los gestos acalorados de la conversación le habían aflojado.

—Menos mal que ya estás aquí...

—¿Qué pasa...? —Climent hacía esfuerzos para sostenerse de pie.

—Tu hija... Que te lo cuente ella...

—¿Qué pasa, Cèlia...? —Voz cansada, ausente.

—He encontrado trabajo de secretaria en Barcelona y me voy...

—¿No la oyes, pero no oyes lo que dice...?

¿No me oye? ¿No me oye? ¡Aún no he terminado! ¿No me oye?

—¡No estoy sordo! —gritando más que las dos.

Matilde enmudeció. Como siempre, cuando más lo necesitaba no la apoyaba. Tras la muerte de sus padres se había esforzado por entenderlo. Y aceptaba, comprensiva, la mirada ausente, las ausencias desde la mañana, los silencios. Pero esto ya pasaba de la raya. No estaba dispuesta a tolerarlo. Los problemas de los hijos son lo primero. ¡Faltaría más! Y le contó de un tirón que Cèlia, a escondidas y con mentiras, se había ido a Barcelona a hacer una entrevista para un trabajo que encontró anunciado en *La Vanguardia* y que acababa de recibir una carta en la que le comunicaban que había sido admitida y que tenía que empezar a trabajar la semana siguiente. Para ella, todo

lo relativo a aquel trabajo era sospechoso: la facilidad con que lo había encontrado, la rapidez con la que tenía que incorporarse, cosa que provocó la intervención de Cèlia, y siguieron discutiendo con la letanía acostumbrada: Jaume se fue a los dieciocho y nadie dijo ni pío... Un chico es diferente... Para acabar con la sentencia de siempre:

—¡Eres menor de edad! ¡No te irás, y no se hable más! Díselo tú. —Matilde miraba a su marido—. Si hace falta, te obligaremos a quedarte a la fuerza.

Climent, que todavía tenía las llaves en la mano y no se había movido del umbral del comedor, abrió la boca, pero la firmeza con la que contestó su hija se la hizo cerrar.

—Si me obligáis a quedarme —los miró a los dos, primero a su padre, después a su madre, con determinación—, cuando cumpla veintiuno me iré y no me veréis nunca más...

¿Qué había en los ojos de su hija que hizo que Climent la creyese? ¿Tal vez un poco de la tristeza de aquella niña que no sonrió el día de la primera comunión? ¿Tal vez el temor de la adolescente que habían compartido mientras contemplaban las llamaradas rojizas que soltaban los restos de las cartas de la hermana Àngels? ¿Tal vez la frialdad con la que había sentenciado no volveréis a verme?

—¿Cómo te atreves a hablarnos de esa manera? —La madre, ofendida, no había llegado todavía a este punto de reflexión y buscaba ayuda—. Y tú, ¿no dices nada, tú?

—¡Basta!

—¿Qué...?

—¡Calla!

—Pero... —Matilde no podía creérselo.

—¡He dicho que te calles! —Y miró a Cèlia—. Si me dices el nombre de la empresa, haré unas llamadas para saber si es solvente. Si lo es, puedes irte cuando quieras...

—Gracias, papá...

—Si te parece, si me necesitas, yo mismo te acompañaré...

—Gracias, pero no hace falta...

—¿Has perdido el juicio? ¡No puede irse de casa de esta manera! ¡Y sola! ¡Lo que nos faltaba! Ya ha dado demasiado que hablar. Además, ¿dónde va a vivir?

—De momento, en una pensión. —Cèlia se animaba.

—¿Una pensión? ¡Ni lo sueñes! —Matilde se aceleraba por momentos.

—He hablado con Teresa y con Núria y me han dicho que, dentro de poco, cuando se trasladen a Barcelona, puedo ir a vivir con ellas, que así las ayudaré a pagar el alquiler...

—Pero ¿qué es todo eso? ¿Cómo se atreve Teresa a meterse en la vida de...? —Con la vista clavada en su marido—: ¿Lo sabías tú?

—No.

Matilde lo miró, escrutadora. Teresa. Siempre Teresa de por medio. Como un fantasma. Aunque la negativa de su marido le parecía sincera. E intuyó que no era el

momento de abordar ese tema.

—De todos modos, no puedes irte tan deprisa. —Sin la ayuda del padre no le quedaban argumentos—. Cuando se deja un trabajo hay que dar unos días para...

—No hará falta. —Se aflojó el nudo de la corbata—. La crisis del textil va en aumento. Ya hace tiempo que encargaron un estudio para llevar a cabo una reducción de plantilla. Si Cèlia se va, casi les hará un favor. Ya me encargaré yo de decirlo al señor Torras...

—Niña, ve a tu habitación. Tu padre y yo tenemos que hablar.

La niña se fue y su madre se sentó. Sospechaba que había para rato.

El zumbido implacable que sentía Climent en su cabeza amenazaba con estallar en cualquier momento. Se quitó la americana, la colgó en una silla y se dejó caer en su sillón. Cerró los ojos. Las palabras del señor Boix le resonaban con contundencia: como puede ver, no le queda más remedio que aceptar sus responsabilidades. Ya había perdido la esperanza de que fuese solo una pesadilla. Y abrió los ojos para mirar a su mujer. ¡Pobre Matilde! ¡Con lo preocupada que estaba por el hecho de que Cèlia quisiese irse! ¿Cómo podría decirle que aquella era la mejor noticia del día? Se alegraba de que Jaume se hubiese ido hacía ya más de un año, y que los proyectos de Raquel la situasen lejos de la Colonia. Solo quedaba acelerar la marcha de Cèlia. Era necesario que estuviera lejos cuando... Consiguió reprimir unas lágrimas inoportunas que pugnaban por salir y que quedaron agazapadas tras los párpados. Suerte que Matilde en aquel momento había bajado la mirada y no pudo ver los esfuerzos que hacía para tragárselas. Y lo ahogaba el abrazo de su padre aquel primer día, cuando empezó a trabajar en el nuevo cargo, y las veces que le había dicho con orgullo: va todo bien, ¿no?, y la confianza de su madre, que ni siquiera tenía necesidad de preguntar nada. ¿Qué tipo de resignación le invadió para llegar a creer que la muerte de sus padres había sido un regalo?

—¿Qué pasa, Climent?

—¿Qué...?

—¿Me puedes decir qué pasa?

—Sí..., sí... —Bajó la cabeza—, al menos lo intentaré..., lo intentaré...

Lo intentaré, se decía a sí mismo, lo intentaré, y lo intentaba, y no era la primera vez; todo formaba parte de ese misterio tan significativo propio de las cosas insignificantes, y tendría que volver a intentarlo hasta conseguir sus propósitos. La música suave que salía del gramófono envolvía los muebles en penumbra. La lámpara de pie solo iluminaba el sillón donde estaba sentada ella y una parte de la mesita sobre la cual podía adivinarse la labor inacabada. Él, instalado en el sillón de enfrente, se peinaba el bigote con la uña del meñique mientras se decía una vez más que tenía que volver a intentarlo. Ella lo miraba, interrogante. Las agujas de hacer punto atravesaban sin compasión el ovillo de lana y el jersey empezado; apuntaban hacia arriba como si se burlasen de los dos. Se oyó el reloj de la sala grande que dejaba deslizar once campanadas. Las dos criadas, Amalia y Amelia, uniformadas, habían ido ya a desearles buenas noches, si no necesitan nada más... No, pueden retirarse, había dicho la señora con aire cansado y displicente y, en cuanto salieron, volvió a mirar a su Àlfred; intuía que, a partir de esa noche, ya nada sería igual. Él, cabeza inclinada, ojos fijos en las agujas, dijo sin decirlo: ¿hasta cuándo va a durar esto? Y ella, muda, con la boca cerrada, le invitó a hablar. Él se apresuró a sentarse a su lado y mientras tomaba sus manos entre las suyas se le escapó un ¡Pilarín, niña! Y Pilar Martínez, convertida desde hacía mucho tiempo por obra y gracia del sacramento del matrimonio en señora Boix, sonrió, bajó la cabeza y ocultó aquella debilidad con una mueca. La Pilarín que él evocaba se había perdido entre la agitación que él mostraba ante otras mujeres, y a la niña la habían ahogado las mentiras que no pudo digerir y que recordaba noche tras noche cuando, como ahora, cogía las agujas y el jersey para simular que hacía punto de media. ¡No!, por favor, ¡hoy no! Intentando hacerle entender que a partir de ahora todo cambiaría, le arrancó la labor de las manos y se arrodilló delante de ella: ya sé que tenía que habértelo dicho hace muchos años; lo que no sé es si llego a tiempo: ¡perdóname! Fuera, los tilos del paseo que separaba la torre del director de la de los amos soltaban un aroma reparador que se mezclaba con el de los pinos que configuraban el bosquecillo de detrás. El olor de aquel anochecer de mediados de junio entraba por el ventanal del salón pequeño y celebraba la única palabra que Pilarín hacía años que esperaba oír: perdóname... Y le acarició la cabeza y los cuatro cabellos que le quedaban mientras él escondía la cara en su falda. Una falda que había esperado en vano acoger a un hijo. Aunque lo hubiese soñado durante tanto tiempo. Aunque la pasión y la impaciencia por tenerlo a menudo le hubiesen hecho olvidar el agradecimiento que debía a su Àlfred por haberla sacado de la miseria en que había estado inmersa su vida. Aunque él se hubiese visto obligado a enfrentarse a sus papás para defenderla. La ausencia de hijos se convirtió en una obsesión que él intentaba paliar llevándola a todos los médicos que les recomendaban. Y la miraba atento, comprensivo, mientras le decía ¡Pilarín, cariño!, yo te quiero a ti y no a unos hijos hipotéticos que tal vez

nunca llegarán. En una de las pocas ocasiones en que había visto a sus suegros, mientras ella les comentaba el diagnóstico del último médico que la había visitado —según el doctor, no había motivo alguno que le impidiese quedarse embarazada—, observó cierta ironía en la cara de la mamá de Àlfred. Y quizá no le habría hecho caso —aquella señora siempre era así de desagradable— de no haber sido por el nerviosismo que ocasionó este hecho a su marido. Los miró a los dos, inquieta, desconcertada. Y su suegra, como si hubiera esperado ese momento desde hacía mucho tiempo, le dio dos golpecitos en la mejilla y le dijo: oye, mona, me parece que *mi* hijo todavía tiene que contarte varias cosillas. Y se fue, cogida del brazo de su marido, dejando tras ella el rastro de un denso perfume. Tardó mucho en saber qué le había dolido más, si el olor de aquel perfume o el hecho de que su marido le hubiese ocultado que unas malditas paperas que sufrió en la adolescencia le impedían ahora dejar a su mujer embarazada. Le costó arrancarle la verdad; no te lo había contado, dijo de mala gana, porque yo nunca me lo he creído; ¡qué saben, los médicos! ¡Él era muy hombre!, decía. ¡Soy un hombre de pies a cabeza!, volvía a decir, tú lo sabes mejor que nadie. Durante un tiempo estuvo desconocido: iba de un lado a otro, inseguro, aturdido, tembloroso; levantaba la voz, callaba de pronto; no sabía, no quería aceptar la realidad. Y ella no podía olvidar las visitas a los médicos, los tratamientos a los que se había tenido que someter, las ilusiones frustradas y, sobre todo, la certidumbre de que aquellos hijos no llegarían nunca. Nunca. Y sintió que ya solo le quedaban fuerzas para odiarlo. Todas las noches aceptaba que le demostrase que era muy hombre para poder odiarlo más todavía. Y, cuando creía que era imposible ser más infeliz, descubrió que su Àlfred ya no tenía bastante con ella para reafirmarse en la teoría del macho. Y escarbó dentro de sí misma buscando eso que llaman dignidad para rechazarlo. ¿No es eso lo que habría hecho una señora? Pero ella no era una señora. No la habían educado para serlo. Y tuvo que admitir que no bastaba con los vestidos, las joyas ni las visitas tres veces por semana a la peluquera para ser una señora de verdad. Ella necesitaba a su marido. Necesitaba sentirlo suyo. ¡Suyo! Aunque fuera después de salir estrujado de otros brazos. Necesitaba oler el deseo que desprendía su cuerpo empapado de sudor, imaginarse que en el fondo la quería a ella y solo a ella. Necesitaba creer que aquellos estrujones servían para aumentar el ardor, la pasión que sentía por su Pilarín. Y habría querido odiarlo y desearlo a la vez para poder perdonarlo después. Y más cuando él se le acercaba y le decía ¡Pilarín, niña!, y le quitaba la ropa y le ponía la cabeza en la falda y le hacía todo aquello que no le había hecho nunca nadie. Hasta que reapareció en sus vidas la señora Viladomat para ofrecerle a su Àlfred la dirección de una fábrica que tenían en un rincón del mundo. Las condiciones eran tan extraordinarias —buen sueldo, torre, coche, chófer, servicio a su disposición— que no pudieron negarse. Y ella enseguida vio en aquel ofrecimiento una buena oportunidad para rehacer la situación. Lejos de la ciudad, tal vez su Àlfred olvidaría sus caprichos, o al menos no tendría tantas ocasiones de ejercerlos. Aunque estuviesen atados por una fuerza que los empujaba

uno al otro, uno contra el otro, y los condenaba a la flagelación del alma, tal vez podrían volver a empezar..., volver a empezar... Quería creer..., no, estaba convencida de que se merecían otra oportunidad. Al principio, la nueva vida los deslumbró a los dos. Ni en sus mejores sueños habían pensado que tendrían el universo a sus pies. El poder que derivaba del cargo provocaba sonrisas, reverencias y consideraciones a porrillo entre los mayordomos y encargados con sus señoras incluidas, pasando por el mosén, la madre superiora, la comunidad y el resto de los mortales que habitaban en aquel sitio perdido mal llamado Colonia. Sin embargo, la ilusión de empezar de nuevo duró poco. Pronto pudo comprobar que en todas partes hay pelanduscas que se abren de piernas a cambio de unas medias finas y tuvo que volver a replanteárselo todo. Ahora, ella era para todo el mundo una señora. ¡Una señora! Distinguida. Respetada. Importante. Y se entretenía contando las pulseras que le había regalado su Àlfred cada vez que quería hacerse perdonar. Su tintineo le recordaba lo que habría preferido olvidar. Y empezó a colaborar en todas las obras benéficas que se le presentaban. Una vez por semana se reunía en el salón pequeño con las señoras de los mayordomos y de los encargados, organizaban tómbolas para el Domund y confeccionaban labores para poder ofrecerlas a los necesitados. Lo hacían con entusiasmo y dedicación, aunque algunas malas lenguas hubiesen dicho más de una vez que las piezas que salían de las generosas manos de tan distinguidas señoras, y que servían para cubrir la desnudez de los más pobres, también servían en el fondo para tapar sus propias miserias. Con el tiempo, ya se había acostumbrado a convivir con desagradecidos.

En una ocasión, la señora Gumfaus se olvidó encima de la mesita un jersey que tenía empezado para un recién nacido. Por la noche, cuando entró su Àlfred y lo vio, le cambió la cara y la cogió por las muñecas con los ojos desorbitados: ¿estás, estás...? Aún no sabía qué demonio la hizo callar. La venganza es un plato que hay que servir frío, dicen. Y ella, aprovechando el regalo que le ofrecía la casualidad, siguió muda, inflexible. Ese silencio abrió una nueva brecha en su complicada relación y a ella la llevó a sacar unas conclusiones decepcionantes: si él creía que estaba embarazada y no se alegraba de ello era porque sabía con certeza que no podía ser él el responsable. Y las excusas que le había dado y que ella, muy en el fondo, aún a veces quería creer, se estrellaron contra aquella realidad chapucera y significativa. Y cuando la evidencia aclaró el malentendido y él volvió a acercarse, suave, humilde, conciliador, ella lo recibió con la indulgencia de siempre, pero dejó la labor a medio hacer encima de la mesita. Aunque a veces, en un ataque de ira, él la había tirado al suelo, al día siguiente volvía a encontrarla en su sitio, impassible, desafiadora. Y él tuvo que aceptar con resignación que la inutilidad del jersey le recordase lo que nunca podría ser. Hasta el día de hoy.

Cuando se levantaron por la mañana, antes de lo que tenían por costumbre, los dos sabían que aquel iba a ser un día diferente. Vestidos de luto riguroso, subieron al coche bajo la mirada del chófer —uniforme gris, gorra de plato del mismo color—,

que los esperaba para llevarlos a Barcelona. Los funerales por la señora Viladomat eran a las diez en punto. Les había sorprendido la noticia. Aunque la escasa salud de la señora era un secreto a voces, y aun sabiendo que se había agravado, no podían imaginar un desenlace tan inminente.

Al anochecer, después de dejar atrás un día de conmoción, atravesaban el portal de la torre ante las dos criadas reverenciosas: solo tomaremos una infusión en el salón pequeño, dijo la señora, pálida, vestida aún de luto riguroso. Se sentaron uno delante de la otra y, bebiendo a sorbos, con palabras breves, sentidas, compartieron la tristeza y la reflexión que suele despertar la muerte de una persona conocida.

—Era toda una dama —dijo él cuando ya había oscurecido.

—Sí —admitió ella—, una gran dama.

No quería aceptar que eso era lo que más le escocía. Como tampoco le había gustado el interés que había mostrado en ofrecerle el trabajo a su Àlfred. Siempre le había parecido excesivo. Durante un tiempo la corroyeron las dudas, hasta que intuyó que no era el tipo de mujer que podía inspirar una pasión a su marido. Aunque nunca pudo entender la complicidad que se adivinaba entre ellos dos. Y hoy había visto a la gran dama por última vez y, a pesar de la frialdad inmóvil que desprendía —la barba levantada, la boca cerrada—, le hizo temer que no era inofensiva del todo.

También compartieron la actitud de dolor, la tristeza que contagiaba el señor Viladomat.

—Se querían de verdad —dijo él, yendo de un lado a otro.

—Sí —aceptó ella—, me ha impresionado mucho su desconsuelo.

—¡Y Montserrat era tan joven todavía!

—No tanto. Tenía cinco más que yo...

—Tienes razón, tienes razón —reflexionaba—. Era de mi edad. —Y se quedó pensativo.

—¿En qué piensas?

—Nada, una tontería. —Bajó la cabeza—. Se me ha ocurrido ahora de pronto... que... ella tenía un paquete de acciones importante. No sé si...

—¿Quieres decir que no se las habrá dejado a su marido?

—No creo. En los últimos tiempos a él la empresa no le interesaba mucho. Y ella estaba deslumbrada por el sobrino...

—¿Y te parece que eso puede perjudicarte?

—No..., bueno, no lo sé. Pero no hablemos de eso, ¿eh? Hoy, no. Hoy es... especial...

Y se miraron. Él se desabrochó dos botones del chaleco que lo oprimía. Ella se frotó un ojo con mucho cuidado para no echar a perder los restos de pintura tras un día lleno de agitaciones inesperadas. Los años no perdonan. Él se levantó y puso en marcha el gramófono; después de unos cuantos chasquidos empezó a sonar una sinfonía de Schubert, la que había aprendido a escuchar al lado de sus papás en momentos solemnes. Y, señalados por unas agujas de hacer punto que todavía

pinchaban, fueron desgranando los pros y los contras de una relación que a menudo había sido irrespirable, hasta que él dijo ¡perdóname!, y a ella le pareció que la música que envolvía la sala era más melodiosa que nunca mientras lo acariciaba con la seguridad de que hoy podían empezar una nueva etapa.

La visión de la dama pálida, de cera, y la urgencia por normalizar el presente les hacía ser benévolos con el pasado. Conscientes de que los años no perdonan, a él se le escapó y quién sabe si nos queda poco futuro. ¡Eso no lo digas!, se quejó ella mientras le recordaba que solo faltaban seis meses para su jubilación; nos espera una nueva vida lejos de aquí y estoy segura de que será larga y plácida y... Las cosas habían cambiado tanto en la Colonia en los últimos años que el hecho de verse obligados a irse, algo que siempre había temido, se había convertido en un deseo. Y se sorprendió a sí misma diciendo con sinceridad: ¡me muero de ganas de que llegue ese día! Yo también, dijo él, ocultando la inquietud que le provocaban los últimos acontecimientos de la fábrica y que le habían vuelto a la memoria en aquel instante. La muerte de la señora había sido solo un paréntesis; al día siguiente tendría que volver a enfrentarse con las exigencias de unos y las incomprendiones de los otros. Y él en medio. Sin el consejo ni la ayuda del amo, del amigo. Pobre. Hoy le parecía imposible que en alguna ocasión hubiera podido envidiarlo.

—¡Tengo tantas ganas de irme! —volvió a decir ella—, ¿no podríamos adelantarlo? —Y sin esperar respuesta—: Hoy, cuando hemos pasado por el paseo de Gracia después del entierro, he visto una casa en venta y he pensado que quizá...

—¡Huy, no corras tanto!

—¿Quieres decir que no podemos permitirnoslo?

—Supongo que sí... ¡Sí, en realidad, sí!

—Pues ¿a qué esperamos? Mañana a primera hora podemos volver a Barcelona y...

—Mañana tengo unos asuntos muy urgentes por resolver...

—¿Y son más importantes que...?

—He dicho urgentes. —Le acarició con dos dedos la mejilla maquillada mientras esbozaba una media sonrisa—. Solo urgentes...

Ella lo miró fijamente y se inquietó. En el fondo de los ojos de su Àlfred vio un miedo que no conocía.

—¿Pasa algo...?

—Nada por lo que tengas que preocuparte...

—¿Estás seguro...?

—¡Del todo!

Estaba más seguro que nunca. Y la contempló. ¿De qué color tendría los cabellos, ahora? A él ya se le habían vuelto grises. Pero ella ¡hacía tantos años que se teñía! Y las arrugas, tapadas a la fuerza con la capa de pintura que a aquella hora empezaba a decaer, no tenían nada que ver con la cara de la chiquilla que descubrió escondida detrás de la puerta en una de las visitas que hacía a menudo a Loli. Loli era de ese

tipo de mujeres que te consuelan de todos los desasosiegos sin hacer preguntas. Tampoco él, ese día, le preguntó quién era aquella preciosidad que corrió a esconderse en cuanto lo vio. Y aunque pensaba en ella a menudo, tardó mucho en volver a verla. Se encontraron en el rellano de la escalera, delante de la puerta; ella acababa de salir cuando él entraba bajo la mirada inexplicablemente arisca de la dueña. Al cabo de un rato, cuando las manos de Loli lo llevaban por los caminos de siempre con la suavidad acostumbrada y a él se le ocurrió preguntarle por la chiquilla, por la preciosidad que había visto en el rellano, ella, con una de sus manos amorosas —desamparado como se encontraba en aquel momento—, lo agarró por donde más duele y le dijo: esa chiquilla, como dices tú, ¡ni mirarla!, ¿me has entendido?, y enroscaba la mano, convertida en llave inglesa, ¿me has entendido? Él, con grandes esfuerzos, pudo asentir con la cabeza. Aún tardó unos meses en saber que la preciosidad que le impedía dormir por las noches y que le había cambiado las costumbres y la vida era la hija de aquella mujer que, de un día para otro, le cerró la puerta de su casa. Aunque al final Loli fue la única que estuvo de acuerdo con su boda. Antes, sin embargo, les había anunciado que volvía a Jaén, su tierra añorada. Cosa que él le agradeció. Y tuvo que reconocer que Loli Martínez, en el fondo, era una gran señora.

Y volvió a observar a su Pilarín. De la chiquilla quedaba todavía una sensualidad que siempre había querido ocultar sin conseguirlo. Una manera de mover la boca en la que, cuando lo hacía como ahora, él veía el anuncio de las promesas de antes. Pero es cierto que los años no pasan en balde. Y, hoy, lo más importante para él era tenerla a su lado. ¡Tenerla! Sentirla tibia, acogedora, viva. ¡Viva! Y que lo mirase con aquellos ojos que sabían perdonar.

Ella cogió la labor inacabada, desclavó las agujas y empezó a descorrer los puntos del jersey; con gesto elegante, soltaba la lana que caía al suelo culebreando. El hilo, ayudado por la memoria, conservaba los rizos de antes resistiéndose a dejar de ser.

Mientras tanto, él, con parsimonia, lo devanaba.

Devanaba. Venga a devanar. El hilo áspero de los recuerdos se le había enrollado en el pecho. El ahogo era inevitable. Las paredes húmedas, desconchadas, de un color ocre empolvado, tampoco ayudaban mucho. Se acercó a la raquílica ventana, se agarró a la reja y abría la boca como si necesitase más aire del que podía albergar. Tenía que ponerse de puntillas para llegar a los barrotes y las suelas de las alpargatas, arregladas más de una vez, se resistían a doblarse; ¡me cago en mis muertos, algún día me haré daño y no se enterará nadie! Aquellas brujas solo entraban para avisarlo a la hora de las comidas, si es que la bazofia que comían podía llamarse así. Y el domingo a primera hora le enviaban al jardinero, que lo obligaba a poner los pies en remojo en una palangana, a cambiarse de ropa y afeitarse para ir a misa, sin contar el rosario de después de la cena. Y mira que se lo dijo cuando lo encerraron, que no quería saber nada más de esa gentuza, que estaba de padrenuestros y de avemarías hasta el gorro, que había tenido ya bastante con toda una vida de arrastrarse por la Colonia. Pero ¿qué iba a hacer él si por lo visto las monjas eran las únicas que cuidaban a viejos solos y ofuscados como él? ¿Qué podía hacer si se lo llevaron a una ciudad que no conocía, húmeda y ruidosa, y lo obligaron a vivir entre esas cuatro paredes que daban la espalda al sol? Y echaba de menos su casita entre los pinos, el aroma de la noche, el banco de delante de la chimenea, con la bota y los tragos de vino, la rubia del calendario con su generosa pechera, la boca abierta, sonriente, invitándolo a..., a soñar, ¡a vivir! Y hasta eso le quitaron cuando lo llevaron allí. Lo primero que hizo la sor Brígida de los co... fue registrarle la maleta y, cuando encontró el calendario, a punto estuvo de arrancarse los ojos de tanto santiguarse. Aterrada, se fue corriendo a buscar ayuda. Cuando volvió, entre dos guardias civiles con toca y escapularios, le dijo que aquella cartulina oscurecida y llena de cagadas de mosca era una indecencia, que la mujer que se vislumbraba era una incitación al pecado y que tenía suerte de haber llegado allí porque lo ayudarían a redimirse. Rompió el calendario delante de él; hizo jirones aquella pechera generosa, la boca carnosa, las largas piernas, el vestido ondeante que ella aguantaba como si no quisiese hacerlo..., los sueños, la vida. Al cabo de poco tiempo supo que habían encontrado muerta a la rubia del calendario en su casa y que todo el mundo la lloraba. Él, no. Ya se había acostumbrado a verla, a sentirla sin que estuviera. Y le envidiaba la manera de irse. Sí. Al menos ella podría ser joven para siempre. Meneó la cabeza. Tan diferente de Quitèria. Pero, sobre todo, lo que más echaba de menos..., y se tapó los oídos para no oír el último relincho.

—¡Bernat! —dijo sor Brígida desde la puerta—, tiene visita...

—¿Ahora? —Observó la poca luz que venía de la ventana—. Es demasiado tarde...

—Pero, hombre de Dios, si solo son las tres...

—¿Llueve? —Volvió a mirar hacia los barrotes.

—No, solo está un poco nublado. Ay, Señor, Señor. Si quisiese salir al patio como todo el mundo sabría qué tiempo hace...

—Ya estoy bien aquí, yo. No se me ha perdido nada en un patio amurallado. Tiene miedo de que me escape, ¿no? Ya le dije que no volvería a hacerlo...

—¡Claro que sí...! —Sin soltar la manecilla de la puerta—. ¿Qué, le digo a la visita que pase?

—No..., no tengo ganas de ver a nadie.

—Pero si es un señor muy agradable. Además, me parece que ha venido alguna que otra vez...

Levantó la cabeza. Miró la reja de la ventana. Miró el hábito negro parado como un poste formando una barrera en la puerta. Y, aunque respiraba mejor si se distraía hablando, dudaba.

—¿Quién es...?

—Me parece que se llama... Palau...

—Palau... De acuerdo, pero yo no voy a la sala de visitas, ¿eh? Que suba él si quiere...

—¡Ay, Bernat, Bernat! No sé si eso es posible... —Y se fue cerrando poco a poco, sin hacer ruido.

Cuando la monja se hubo ido, se miró los pantalones apedazados en las rodillas, la camisa descolorida y los puños desgastados, y se pasó la mano por la cara; la barba debía de ser como mínimo... de cinco o seis días. Se echó la gorra hacia atrás al tiempo que se rascaba la cabeza. Para visitas estaba él. ¡Me importan un rábano las visitas! ¿Qué querría Climent? Ni se acordaba del tiempo que hacía que no lo veía. Tenía razón la monja; había ido alguna vez. ¿Un par, tal vez? Sí. Un par. Poco después de que lo encerraran. Después, nunca más. Ni él ni nadie de la Colonia. Y aún gracias; Climent fue el único que había ido a verlo a esa cárcel a la que llaman asilo. Y ahora se arrepentía de haberle dicho a la monja que lo hiciese subir. ¿De qué hablarían? Ni siquiera se veía capaz de echar una partida de tute. Allí encerrado, apenas sabía nada de lo que pasaba en el mundo. Y las cosas de antes, las que recordaba, no podía contarlas a nadie. ¡A nadie! Si hubiese sabido callar a tiempo, tal vez no lo habrían encerrado. Al oír los crujidos de la puerta se volvió y el pase, pase de la monja lo dejó clavado en el suelo.

—Hola... —Climent solo dio un paso adelante.

—¿Qué carajo haces aquí? —De pie, rígido, junto a la cama, sin moverse.

—He venido...

—Eso ya lo veo, pero... ¿por qué? —¡Había cambiado tanto, aquel chico!

—¿Cómo estás?

—De puta madre. ¿Qué quieres?

—Verte...

No se lo creía. Nadie venía de tan lejos después de tanto tiempo solo para verlo. ¿Qué quería? ¿Qué quería un señor hecho y derecho —porque se había vuelto un

señor—, qué quería de un perdulario como él?

—¿Solo... verme...? —Lo miró de reojo.

—Bueno, en realidad..., en realidad... necesito que me ayudes...

Eso sí que era para reír. ¡Reír, reír y reír! Hasta que se le secase la garganta. Hasta que las paredes se cayesen a pedazos. Hasta que el señor visitante se fuera, confuso, diciendo ¿qué puede esperarse de un sonado como este? Pero no movió ni un solo músculo de la cara. Se quedó inmóvil junto a la cama. De pie. Rígido. Se palpó la barba de cinco, quizá... seis días, y sonrió.

—¿Que te ayude... yo?

—Sí...

—¿Te ríes de mí o qué? ¿Me has visto bien? ¿Tú crees que con esta pinta puedo ayudar a alguien?

Con dos zancadas Climent se le plantó delante. Lo obligó a sentarse en la cama y él se sentó a su lado.

—¿Desde cuándo no tienes noticias de la Colonia?

Huy, para noticias estaba él. Los años y el vino le habían jugado una mala pasada. A menudo ni siquiera se acordaba de lo que había comido para almorzar. El pasado le llenaba todos los rincones del cerebro y no le cabía nada más.

—Yo solo sé cosas de antes.

—Por eso te necesito —dijo Climent—. Háblame de cosas de antes... —Dudó antes de decir—: ¿Qué recuerdas del día del incendio?

¿Qué recuerdas del día del incendio...? Del día del incendio..., del incendio..., ¡el incendio!, vaya, conque era eso, cabrón, ¿para eso has venido?, ¿tú también quieres arañarme las tripas?, ¿qué queréis entre todos, eh?, ¿mi alma? Y se levantó con el dedo apuntando a la puerta.

—Vete. ¡Fuera... fuera!

Climent también se levantó, aturdido. Y vio como Bernat abría la boca como si no pudiese respirar, agarrado a la reja con grandes esfuerzos.

—¿Qué te pasa? —Asustado—. Voy a avisar a las monjas...

—No..., no hace falta... —Se soltó. La boca abierta, con una respiración que dolía oírla—. Ya está..., ya se me ha pasado..., pero preferiría que te fueras.

—Por favor, te pido que me escuches. Solo hablaremos de lo que tú quieras. Por favor...

—No tengo ganas de hablar de nada...

—De acuerdo, de acuerdo. Pues escúchame solo cinco minutos..., cinco..., por favor. Por los buenos momentos que pasamos juntos...

Como en una nebulosa se le apareció Climent Palau convertido de la noche a la mañana en todo un señor escribiente principal, y lo veía los sábados por la noche, en el café, pasando por delante de las mesas de los mayordomos y los encargados para ir a sentarse a la del cartero-vigilante-basurero. No le había dicho nunca cómo lo halagaba y enorgullecía esa actitud. Tampoco le habló nunca del abrazo de aquel día.

No. Nunca se lo había dicho, a pesar de que fue lo único bueno que se llevó de la Colonia. Y todavía lo conservaba. Dentro. Muy adentro. Sentía los brazos que le rodeaban la espalda con firmeza cálida, sentía el crujido de huesos empujando la ansiedad hasta echarla fuera. Solo el calor de aquel abrazo lo había acompañado en aquel sitio frío, húmedo y oscuro, lleno de olores desconocidos y tristes. No le dijo nunca que ese abrazo, que lo cogió desprevenido, le apuntaló el corazón y evitó que cayese al vacío mientras, sin fuerzas para poder corresponderle, con la cara empapada de lágrimas, iba repitiendo: se me ha muerto la *Moreua*..., se me ha muerto la *Moreua*... Y dejaba que el abrazo..., el único, lo envolviese. El único. Ni siquiera recordaba, hasta donde le alcanzaba la memoria, que su madre lo hubiese abrazado nunca.

Y no se lo dijo ni una sola vez. Tampoco hoy, pero volvió a sentarse en la cama para escucharlo.

Climent tuvo dificultades para empezar desde un principio y contarle el entramado de los últimos acontecimientos, hablarle de la estafa y de sus consecuencias y aceptar que había hecho la vista gorda durante tantos años. A medida que se lo iba contando, la visión de aquel hombre vencido por la vida y por las injusticias lo hacía sentir más culpable. Esa conciencia que a menudo le plantaba cara sin permiso, ahora lo obligaba a hacer reflexiones poco oportunas y permitía que las dudas lo ahogasen más de lo que estaba preparado para soportar. Y se decía que tal vez se lo merecía, que lo que le pasaba le estaba bien empleado; seguramente era el resultado de su mala gestión, seguramente habría tenido que ser más decidido y cortar por lo sano, tal vez si Isidre no hubiese tenido el accidente. ¡Eso no lo digas! —dijo Bernat al cabo de mucho rato de escucharlo—, tú no tienes nada que ver. No sabes de la misa la mitad. Y bajó la cara; frotándose las rodillas con las manos y balanceando la espalda, convulso, con la voz entrecortada decía: Isidre no murió de accidente..., a Isidre ¡lo mataron! No era la primera vez que hacía esta afirmación, pensó Climent mientras lo escuchaba, sereno. Y, como las otras veces, le pareció desconcertante, difícil de creer, aunque desde la última conversación con el señor Boix no podía quitárselo de la cabeza. Él necesitaba saber qué había de verdad en esas acusaciones. Estaba dispuesto a creer cualquier cosa que lo ayudase a esclarecer el maldito intríngulis. El antiguo vigilante de la Colonia siguió, sin mirarlo: la culpa es mía, solo mía... y aún lo llevo aquí..., aquí... Y se golpeaba el pecho. Durante todos estos años he callado; vi sufrir a Teresa y a sus hijos, también vi sufrir a Quitèria o lo poco que quedaba de ella; vi aquellos ojos extraviados, repletos de preguntas, y yo seguía mudo..., siempre callando... Porque yo..., yo..., ¿me oyes bien?, yo maté a Isidre..., ¡yo lo maté..., sí, yo lo maté...! Climent lo observaba, inquieto. Seguramente no había sido buena idea ir a verlo, seguramente tenían razón cuando decían que se había trastornado. Y se dio cuenta de que al hombre que tenía delante, desencajado, con los ojos desorbitados, no le hacía ningún bien su presencia y mucho menos el interrogatorio, y se levantó. ¡No!, no te muevas; siéntate, siéntate; ahora soy yo quien

te dice que me escuches; me has pedido ayuda; no sé si puedo ayudarte, pero sí que quiero que me escuches; necesiito que me escuches. Los ojos húmedos, la garganta seca. Tuvo que hacer un esfuerzo para continuar: el fuego no fue un accidente, lo provocaron, mejor dicho: ¡yo lo provoqué! Y le enseñaba las manos agrietadas de dedos como sarmientos: con estas manos llevé los bidones de gasolina y la esparcí por los almacenes, y, desde fuera —¡ojalá me hubiera quedado dentro!—, lancé una tea encendida. Se tapó la cara; tuve que esperar para ver si se encendía y, después de devolver los bidones a su sitio, huí corriendo, como un ladrón, como un criminal, como lo que soy, y al llegar a casa, una fuerza me obligó a volverme y, desde arriba, oculto entre las alheñas, vi las llamaradas que salían por las ventanas; aún hoy oigo los estallidos de las ventanas cuando los cristales caían a pedazos, y no puedo dormir.

Sorprendido, intentando ocultar la angustia que le producía la confesión del amigo y confidente de otros tiempos, Climent se dejó caer sobre la cama. Intuyó que aquel hombre abatido, sin ánimo ni ganas de vivir, decía la verdad. Y no entendía nada. ¿Por qué, por qué, por qué...?

Bernat lo miró cara a cara por primera vez: no sé si siempre hay un porqué en todo lo que hacemos; en mi caso sí, y viene de mucho antes, de cuando todavía vivía mi madre. Y le preguntó si se acordaba de que ella, años atrás, había tenido a su cargo la torre de los amos. Climent negó con la cabeza; él debía de ser muy pequeño, pero sí que lo había oído contar alguna vez. ¿Y no te había dicho nunca, siguió Bernat, que de un día a otro le comunicaron que Adela ocuparía su sitio y que a ella la echaban? Climent volvió a decir que no. Bernat estaba convencido de que su madre, que había crecido en una casa de campo, si la obligaban a dejar la torre de los amos para encerrarse en un piso, caería enferma. Y así se lo comunicó al señor Boix. Y el director, con ese aire de perdonavidas que había tenido siempre, lo miró de arriba abajo y le advirtió que podía darse con un canto en los dientes de que no la echase de la Colonia; ¡lo que ha hecho es imperdonable!, soltó como una sentencia. Y entonces fue cuando le dijo que su madre era una bo... que bebía, que una vez que el señor Viladomat fue a la torre sin avisar, la encontró en la habitación de la señora, tumbada en la cama con una botella de vino, bebiendo, sonriente, descontrolada, y que el amo le comunicó que no quería volver a verla. Él se quedó helado. ¡Imagínate! Su madre no le había contado nada de todo esto. Solo se quejó de que no la querían porque habían encontrado a una más joven. Más tarde admitió que era verdad, que bebía. Y a él le pareció que con más motivo tenía que conseguir que no la echaran; quería evitarle la vergüenza de que se supiese en la Colonia por qué la despachaban. Y volvió a ver al señor Boix para pedirle clemencia. Su madre estaba muy arrepentida, le dijo, y dispuesta a corregirse. El director lo escuchaba como quien no escucha. En vano le aseguró que no lo haría más, que lo había jurado. Le suplicó que la perdonase. Todo parecía inútil. Y, cuando ya se iba, convencido de que no tenía remedio, el señor Boix lo llamó y le dijo: de quedarse en la torre para servir a los amos, ni hablar, pero..., echó el cuerpo atrás con el balanceo de la silla, hay otra

solución. Sabe que el vigilante se jubila, ¿no? Él asintió. Si se ve capaz de ocupar su puesto con la misma eficacia y discreción, el trabajo es suyo; como tendrán que ir a vivir a la caseta, lejos de miradas indiscretas, le será más fácil controlar a su madre. ¡Gracias, señor! Un error más y los echo a los dos. ¡Sí, señor! —Cabezazo y reverencia—, ¡sí, señor!, ¡lo que usted mande! Y, cuando se daba la vuelta para irse, le dijo: ah, y no olvide que ahora también estará a mi servicio personal y que... ¡me debe una! ¡Sí, señor! —Cabezazo y reverencia—, ¡sí, señor!, gracias, señor, no se arrepentirá; estaré siempre dispuesto a lo que sea, lo que sea... Eso espero: si necesito algún servicio especial se lo haré saber. Al principio, él estaba pendiente, a ver qué le mandaba hacer. Pasó el tiempo y, como no le pedía nada que no fuese propio de sus obligaciones, llegó a creer que se había olvidado. Y acabó por olvidarlo él también.

Hizo una pausa para observar a Climent. Mientras se iba confesando, no le pasó por alto el interés con que lo escuchaba ni el gesto de comprensión que le había dedicado. Respiró hondo y siguió: el jueves de la primera semana de marzo del 52, a media tarde, Gertrudis le llevó un aviso del director: quería verlo aquel mismo día, por la noche, cuando todo el mundo hubiese salido del trabajo, hacia las once. A la hora señalada, atravesó el almacén iluminado solo con las bombillas de la calle; su luz, atenuada, penetraba con timidez por las ventanas sucias de borra. El olor a cola y a aceites sucios era más denso en medio del silencio y la penumbra. Tuvo que guiarse por la raya de luz que se dibujaba debajo de la puerta del despacho. Cuando se quitaba la gorra, a punto de pedir permiso para entrar, oyó un ¡adelante! precipitado. Lo esperaba de pie, con una mano en el bolsillo y la otra sujetando un habano que se consumía solo; durante la entrevista no vio que le diese ni una sola calada. Con cara hermética le dijo tenemos una deuda pendiente, ¿verdad? Él no se sorprendió. La visita a media tarde de la secretaria le había dejado una especie de inquietud premonitoria, aunque no supiera de qué se trataba. Cuando lo supo, las piernas le flaquearon, la gorra le cayó al suelo; él no podía hacer una cosa así, no era capaz, decía mientras la recogía... ¡No me venga con escrúpulos rancios!, un trato es un trato, ¿no? Sí, pero yo no sabía que... ¿Qué es lo que no sabía?, ¿que su madre tuvo una vejez digna gracias a que yo le tapé las vergüenzas y las miserias?, porque no me negará que el asunto se llevó con tanta discreción que no trascendió ni una sola palabra. ¿No era eso lo que me suplicó? Sí, sí, señor. ¿Entonces?, una vida plácida y una muerte tranquila a cambio de un detalle de nada me parece un buen trato; yo cumplí mi parte, ahora le toca a usted. Sí, sí, señor, claro..., pero... ¿Pero qué?, ¡si son solo cuatro paredes, hombre!, dijo el director, cuatro paredes y unos cuantos kilos de hilo; ¡en conjunto, insignificancias! Él, escuchándolo con la cabeza gacha, se encogía. No tiene que preocuparse de nada; ahora no puedo entrar en detalles, pero tiene mi palabra de que es por el bien de la empresa y de los trabajadores. Lo miró de hito en hito: tiene que ser el sábado por la noche, cuando hayan salido todos; esperará a que el sereno vaya a hacer la ronda por la Colonia; que no lo vea nadie y que no haya heridos, ¿me ha entendido?; aquí tiene la llave del garaje; dentro, junto a la

puerta, a mano izquierda, encontrará dos bidones de gasolina; espero que sea suficiente; asegúrese de que los almacenes ardan por los cuatro costados; tiene que quedar arrasado; una vez terminado el trabajo, devuelva los bidones a su sitio y, sobre todo, deje la puerta del garaje cerrada como la haya encontrado. Mientras el director le iba dando instrucciones, él se iba encogiendo, encogiendo... Al final solo supo decir: y... ¿qué hago con la llave? Guardarla; ya me la devolverá el lunes.

De lo que pasó más tarde, ¿qué podía contarle que no supiese? ¿La angustia hasta que los chillidos de la sirena resquebrajaron la noche y simulando que lo habían despertado corrió a ayudar al sereno antes de que llegasen los hombres de arriba de la Colonia? ¿O la rabia cuando veía al director con los mayordomos dando instrucciones para apagar el fuego, fingiendo sorpresa y conmoción? ¿O la desesperación del día siguiente por la mañana al salir de misa cuando se encontró a Teresa y le dijo Sidro no ha vuelto? Durante mucho tiempo quiso convencerse de que no había tenido más remedio. Había que pagar las deudas. Y quería consolarse recordando a su madre cuando le entraba la ansiedad del vino —ahora ya sabía qué tipo de ansiedad era—; en medio de sus gritos, él tenía que agradecerle al señor Boix que les hubiera permitido vivirlo juntos y solos allí arriba, en la casita, lejos de los chismosos de la Colonia. Sabía lo que hacía, el cabrón del director, sabía cómo poner el dedo en la llaga.

Climent iba asintiendo con la cabeza. Sí que lo sabía. ¡Desde luego que lo sabía! Como un usurero de almas, se dedicaba a hacer pequeños favores. Y después sabía escoger el momento para cobrárselos con intereses. Y se acarició la frente intentando borrar la última conversación que había tenido con el director: ¡haga el favor de sentarse!, ¿no me oye?, ¡todavía no he terminado! Y él obedeció como cuando era pequeño y el maestro le golpeaba los dedos con el puntero. Miró a Bernat todavía sentado, sin moverse; ¿quizá más tranquilo, más sereno? No, no era el momento. No podía contarle que el usurero de almas también había traficado con la suya: ¡no he terminado!, volvía a decir, ¿cómo es que tiene usted tan mala memoria? Y ahora se indignaba al recordar el cinismo con que le habló del día del incendio, acusándolo de unas barbaridades que no entendía: usted vio que Isidre bajaba a los archivos y no lo dijo a nadie. Él se defendía: ¡claro que lo dije! Demasiado tarde; si hubiese avisado antes, a lo mejor habríamos podido salvarlo; y eso no es todo, seguía el director: usted, después, también bajó a los archivos... ¡No es verdad! Hay un testigo: Serafí Garcia lo vio y está dispuesto a atestiguarlo; durante todos estos años ha callado porque yo se lo pedí. ¡Es mentira!, no llegué a bajar a los archivos, el humo me impidió pasar del primer rellano... ¿Ah, sí? ¿Y por qué no lo declaró a la guardia civil en el interrogatorio que le hicieron como a todo el mundo? No lo sé..., más tarde, cuando pregunté por él me dijeron que lo habían visto en el despacho con usted, y eso me tranquilizó; no lo sé, no le di más importancia y debí olvidarlo, supongo; estábamos todos tan aturdidos y... ¿A quién le preguntó? No, no me acuerdo... ¿Y espera que lo crea? No entendía nada. ¿A qué venían entonces todas

aquellas acusaciones? Si había sospechado de él, ¿por qué no lo denunció? ¿Por qué, en lugar de eso, hizo callar al supuesto testigo y a él le dio el cargo de Isidre? El señor Boix lo miró, cauto, burlón: porque lo creía más inteligente y pensaba que sería más agradecido. ¿Aún más?, desafiante. Al director se le hincharon los ojos y las pequeñas venas del interior se le volvieron rojas de golpe. ¿Cómo se atreve a provocarme?, ¿no ve que puedo hacer que lo metan en la cárcel? ¡Si tengo que ir a la cárcel, no iré solo! El señor Boix, con el cuerpo inclinado hacia delante, le apuntaba con el índice de la mano derecha; usted no ha entendido de qué hablo, ¿verdad?; hablo de matar a un hombre, señor provocador de mierda, hablo de tener la ocasión de ello: lo vieron bajar a los archivos; hablo de tener un móvil: quería su trabajo y a su mujer. ¡No, no podía ser cierto! Estaba soñando. ¡En cualquier momento se despertaría y podría comprobar que todo había sido una pesadilla! Pero ese momento no llegaba y el calvo barrigudo y asqueroso se peinaba el bigote recortado con la uña larga del meñique y no callaba: todo el mundo sabe que siempre ha suspirado por Teresa, que se veían a escondidas y que Isidre le molestaba; si solo de tenerla cerca babeaba como un infeliz, si... ¡Basta, basta, basta...!, se dejó caer en el sillón; ¿qué es lo que quiere de mí? Sin dejar de peinarse el bigote, sonrió. Bien arrellanado en el sillón, dijo con voz oscura: es la primera pregunta inteligente que me ha hecho hoy, creo que nos entenderemos. Y abrió un cajón, sacó un sobre y lo dejó encima de la mesa. Aquí dentro hay una cantidad importante, es para usted. Con la cabeza gacha, sin mirar el sobre, tartamudeó: ¿a... a cambio de qué? A cambio de aceptar sus responsabilidades; solo eso; ya le he dicho antes que será mejor para todos; tengo noticias fidedignas de que podremos recuperar una parte importante del hilo y de las piezas de tela que faltan; me consta que, ante esta posibilidad, la junta de accionistas esperará antes de emprender acciones legales; no nos engañemos, lo que quieren es recuperar el género; no tienen interés en mandar a nadie a la cárcel, de momento. Increíblemente, Climent lo miró con los ojos rebosantes de preguntas mientras el señor Boix, con aire conciliador, desgranaba respuestas; me exigen que se haga limpieza; y créame, créame que me ha costado llegar hasta aquí; teniendo en cuenta los años que hace que trabaja en la empresa, he conseguido que sean benévolos con usted; se conformarían con que dejara el cargo y se fuese de la Colonia; tiene que entenderlo; la reputación de un contable tiene que ser inmaculada. ¡Desde luego que lo entendía! Todo estaba claro: o cogía el dinero y se iba como un ladrón o estallaría un escándalo que perjudicaría a quien menos se lo merecía. Aunque sospechaba que acusarlo de asesinato, después de tantos años, no era tan sencillo como quería hacerle creer, solo imaginarse que se hablaba de ello, que se removía el pasado, que su nombre iba de boca en boca, le entraban escalofríos. Aunque... había algo dentro de él que lo empujaba a la rebeldía... y si... —el ofrecimiento del sobre le hacía creer que tenía alguna posibilidad—, pero no... y si... Agobiado por las dudas se puso en pie mientras decía: tengo que pensármelo; ¿cuánto tiempo tengo? No mucho, mañana por la mañana, a primera hora, quiero una respuesta. Al día siguiente, a primera hora, la

noticia de la muerte repentina de la señora Viladomat trastornó a toda la Colonia. El director, muy afectado, evitando mirarlo, se cuidó personalmente de dar instrucciones para organizar el viaje a Barcelona en autocar; la asistencia al funeral tenía que ser masiva. Él, que desde el primer momento se sintió ignorado, como si ya lo hubiesen echado de su puesto y de la Colonia, sin corresponder a la mirada cálida y comprensiva de Gertrudis, sin decir nada a nadie y aprovechando que se suspendió toda actividad laboral, se dejó llevar por un impulso y se dirigió hacia el cruce de la carretera. Habría querido cerrar los ojos y encontrarse lejos de allí. Lejos. De la fábrica. De su casa. Sí, el camino hacia su casa también le parecía duro. La poca comprensión con que el día antes Matilde había recibido la noticia lo incitaba a huir. Y no sabía hacia dónde. Y le volvía su antigua envidia hacia Quico y su bicicleta. Le habría gustado tenerla y pedalear, pedalear y desaparecer. El ruido que hizo el coche de línea al detenerse le llevó a tomar la decisión de subirse. Sin saber cómo, se encontró delante del asilo donde habían llevado a Bernat. Necesitaba verlo. Sentía que lo necesitaba. A lo mejor era el único que podía ayudarlo. Y lejos de aclararle las dudas, le había sembrado más todavía. Aunque desde luego sabía más cosas del día del fuego, de la implicación que había tenido aquel hijo de... Y, además, ahora tenía un testimonio. Y volvió a mirar a Bernat; había cerrado los ojos como si durmiese. Estaba tan delgado, tan pálido; ¡había envejecido tanto! Había pasado mucho tiempo desde que lo acompañaba a su casa porque no se aguantaba en pie y entre trago y trago de vino le hacía confidencias de las que al día siguiente ni siquiera se acordaba. Una vez le dijo que había visto muchas veces que el mosén se llevaba longanizas de la tienda escondidas en los bolsillos de la sotana. Más tarde supo que también había contado esa historia en la plaza, entre un corro de gente. Poco después se dijo que se había trastornado y no tardaron mucho en encerrarlo. Sin embargo, Manel nunca desmintió la historia de las longanizas. Sonrió a medias. ¿Y este era su testigo? ¿Quién iba a creer a un testigo así? ¡Qué poco le había durado la rebeldía! Y se puso en pie.

—¿Ya te vas? —Bernat abrió los ojos y también se levantó.

—Sí..., se me ha hecho tarde...

—Me ha ido muy bien que vinieses a verme...

—A mí también...

De pronto, a Bernat le entró una ansiedad por saber cosas que desde hacía mucho tiempo no había sentido; y se acordó del señor Camps; él sí que era un señor de verdad; quizá el único al que llamaban así con justicia. Climent iba asintiendo con la cabeza; se jubiló, le dijo, él y su mujer se fueron a vivir con la hija que tenían casada en Francia. Por lo visto, la señora Margarida hacía tiempo que se moría de ganas de poder hacerlo. Mientras tanto, iban dirigiéndose hacia la puerta.

—Por cierto, el otro día me acordaba —insistía Bernat, como si le doliese que se fuera—, ¿qué se ha hecho de Adela?

—La llevaron a una especie de residencia...

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Desde que el señor Viladomat cedió la gerencia a su sobrino, las cosas han cambiado mucho. Él solo va un ratito por la tarde, ni siquiera pasaba por la torre, y decidieron cerrarla. Y como ella tampoco tenía mucha salud, le aconsejaron que se fuera...

—¡Caramba, quién iba a decirlo! Tan valiente que se creía. No puedo decir que lo sienta.

—Bernat, no seas rencoroso. ¿Todavía te dura la manía...?

—No es solo manía. Mi madre siempre me había advertido que esa mujer no era trigo limpio. Y tenía toda la razón. Con aquel pañuelo que llevaba en las manos y con el que siempre se tapaba la boca. A saber por qué se la tapaba. Ella tuvo la culpa de que me encerrasen.

—¿Estás seguro?

—Ella y el mosén...

Y le contó que un anochecer que estaba en su casa, habiendo bebido más de lo que le convenía y mientras gritaba para espantar a los malos espíritus que a menudo le invadían el alma, apareció Adela en el portal, aterrorizada, y sin decir ni pío empezó a santiguarse como si hubiera visto al demonio y después, con la misma cara de espanto, se fue. Al día siguiente se le presentó el mosén. Rezó sin pausa alguna la letanía de no es bueno vivir solo, estarás mejor cuidado, lo hacemos por tu bien, con el tiempo nos lo agradecerás. Ni siquiera le preguntó si tenía algo en contra. Al cabo de una semana, el chófer del amo fue a buscarlo con el coche del director, metió la maleta detrás y le dijo que se sentase a su lado con un ¿vamos? Fueron las únicas palabras que le dirigió en todo el camino.

El olor a colonia de señor todavía no se había desvanecido, aunque el que la llevaba ya no estaba. Aspiró con fuerza. Se le había quedado impregnado en la camisa descolorida de puños gastados cuando lo abrazó antes de irse. Un abrazo que quería conservar como el primero. Aunque algo dentro de él le decía que había sido el último.

La última vez que había tocado el timbre de aquella puerta, una criada malcarada a la que no conocía de nada le había dicho que el señor no estaba y que la señora no podía recibirla. Claro que las otras veces que había llamado, aunque conocía a la criada, la respuesta había sido más o menos la misma. Pero hoy iba a ser diferente. Estaba convencida. Tenía entendido que hacía días que el señor no se movía de casa. Y la señora, la señora... —Esbozó una mueca—, la señora estaba muerta, muerta y enterrada. Hacía más de una semana. Por eso aceptó sin sorpresa que la criada malcarada la hiciese pasar a la salita y la invitase a sentarse, mientras ella, con la cabeza bien alta, se enjugaba la saliva del lado izquierdo de la boca, que no podía controlar. Tuvo que esperar un buen rato. Tanto le daba. Tenía todo el tiempo del mundo. Había pedido permiso a las hermanas de la residencia y le habían dado el día libre. Al oír pasos, se puso de pie. Y así la encontró el señor, de pie y envarada, al revés que él, que con los hombros caídos, arrastrando los pies, no levantaba los ojos del suelo.

—Buenos días. Dime, Adela...

Adela se quedó quieta; el ojo izquierdo, inmóvil, no miraba a ninguna parte, y el derecho, inquieto, iba de un lado a otro sin perder detalle; ¿cómo puede cambiar tanto una persona en tan poco tiempo? ¿Quién habría reconocido en aquel viejo decrepito al señor al que ella había servido durante tantos años en la torre de la Colonia y, mucho antes, en aquella misma casa?

—Buenos días..., señor Viladomat. No había tenido ocasión de darle el pésame...

—No hacía falta que te molestases. Me hago cargo de que en tu situación no puedes...

—No es molestia. Y sí, sí que puedo. ¡Claro que puedo!

¡Claro que podía! Ese era el temor que se veía reflejado en el rostro turbio, apagado, del amo de la casa; podía estar allí, podía hacerle doblar la espalda todavía más, podía sacudir su vida si se lo proponía. Y a él ya no le quedaban fuerzas para aguantar las embestidas que anunciaba el ojo movedizo del lado derecho de la antigua criada. Y se sentó, invitándola a hacer lo mismo. Durante años le habían negado la entrada en aquella casa. Era una decisión que había tomado él y Ella estuvo de acuerdo —con solo pensar en su mujer se le llenaban los ojos de lágrimas—. Ella..., ella siempre estaba de acuerdo con todo lo que él decidía. Y hoy, cuando le habían anunciado la visita de Adela, pensó que era inútil volver la espalda a un pasado que ya no podía hacer daño a nadie. Y repitió:

—Dime, Adela. —Las manos temblorosas sobre las rodillas, con resignación.

—En estos últimos años he llamado varias veces a la puerta de su casa...

—Lo sé...

—Y hasta hoy no me habían dejado entrar...

—Lo sé...

—Y he tenido que esperar a que muriera la...

—Cálmate, te lo ruego. Dejemos que Ella descanse en paz. Se lo merece. Sufrió mucho y...

—¿Y los demás? ¿No sufrimos los demás?

Sí, tal vez sí. Pero, para él, la persona más importante había sido siempre su mujer, y bajó la frente sin decir nada. ¿De qué serviría confesarle ahora la verdad?

Aunque Adela ya sabía la verdad. Siempre la intuyó. Incluso cuando era una jovencita de poco más de veinte años y entró en aquella casa para ser la camarera principal de la señora. Una señora más joven que ella, recién casada, con el proyecto de ser madre cuanto antes. Poco después del nacimiento de su primogénito, el señor se presentó un día en su habitación a media noche y, con la excusa de que la señora había quedado delicada después del parto, le pidió si podía consolarlo de una ansiedad que le impedía dormir.

Y a ella, después de superar el desconcierto del primer momento, le gustó tanto consolarlo que lo esperaba, impaciente, todas las noches, impregnada de aquel consuelo que él le agradecía con pequeños obsequios mientras le pedía que no lo dijese a nadie. Fue a partir de entonces que su intuición se encaminó hacia la certidumbre.

Y cuando oyó dentro de sí el revuelo de una vergüenza que amenazaba con salir hacia fuera y el señor se apresuró a devolverla a casa de su tía, al pueblo, con apenas cuatro cuartos y un par de promesas que nunca cumplió, se acabó de convencer del todo. Y encima su tía la zurró por desvergonzada y por no haberle hecho caso, porque, le dijo, estabas avisada; ¿acaso no te acuerdas de lo que te dije yo de los señores?, ¿qué te dije yo de ellos, eh?, ¿no te había dicho que te guardases de ellos, eh?, ¿y así es como has hecho caso a tu tía, que se dejó la piel para convertirte en una mujer de provecho, eh?, ¡que se lo juré a tu madre, pobrecilla, mientras moría desangrada cuando tú naciste! Cada vez que nombraba a los señores le soltaba un revés, cada vez que redondeaba la pregunta con un ¿eh? le golpeaba el costillar, hasta que el corazón le dijo basta, y tenía un corazón poco hablador. Sin embargo, después de la paliza y el revuelo, su tía la ayudó a buscar un sitio para esconder la vergüenza y unos padres para su hijo. Ella estaba tan aturdida que iba diciendo que sí a todo lo que ella le proponía. No tomó conciencia de lo que significaban aquellas propuestas hasta que se presentó en la casa donde se escondían ella y la criatura un hombre robusto con unas manos inmensas que, cuando intentó quitarle el hijo, a ella le pareció que lo ahogaría, y echó a correr campo a través, aunque su tía le decía vuelve, vuelve, no tengas miedo; ¡es la persona con quien hemos cerrado el trato! Cuando aquel hombre la atrapó, tuvo que arrancarle al niño de un tirón para poder quitárselo, con tan mala suerte que ella se cayó, chocó con la cara contra una piedra angulosa y quedó inconsciente. Cuando volvió en sí, la tía le contó que le habían cosido la boca con grandes esfuerzos, pero que el ojo no se lo habían podido salvar. Y se puso el índice sobre el labio: sst, calla; no lo estropees todo ahora; puedes estar contenta;

hemos salvado la honra. Y con la boca mal cosida, sin ojo, sin hijo y con la honra intacta, volvieron a su casa. Llenó el vacío del ojo con uno de cristal. Para pagarlo tuvo que ir dos inviernos a recoger aceitunas, y gracias a que su tía la ayudó. No sabía cómo llenar el vacío del hijo y se iba consumiendo mientras aprendía a enjugarse la saliva que la boca mal cosida no engullía, hasta que una mañana de finales de aquel enero de 1918 recibió una carta de la señora Viladomat ofreciéndole trabajo; se trataba de ocuparse de la torre que tenían en la Colonia. No sabía si echarse a reír o a llorar. Cuando se fue de la casa de los señores a toda prisa, le quedó la duda de si la señora había llegado a saber el motivo por el que se iba, pero entonces se dio cuenta de que no. Y se alegraba. La señora siempre había sido amable con ella y, mientras duró aquello con el señor, a menudo se sentía avergonzada, porque en el fondo sabía que lo que hacía no estaba bien. Por suerte, el trabajo no era para volver a la casa de Barcelona. Aunque, cuando supo que el señor iría a la torre una vez a la semana y tendría que verlo, estuvo a punto de rechazar la oferta. Suerte que su tía la hizo reaccionar asegurándole que era una buena oportunidad para dejar la intemperie de los campos, que no encontraría otra ocasión como aquella y que, con el tiempo, una se acostumbra a todo. Y se dejó convencer. Nunca contó a nadie la ansiedad que sintió el primer día que tuvo que ponerse delante del señor con la boca mal cosida y, disimulando, se secaba la saliva con un pañuelito blanco de encaje, impecable. Pero su tía tenía razón: una se acostumbra a todo; además, él nunca hizo comentario alguno y la trataba como si acabase de conocerla aquel día, cosa que le agradeció. Y esperaba el miércoles con una mezcla de inquietud y excitación y, aunque el amo fuese acompañado del señor Boix, preparaba la comida con mucho ahínco y ponía la mesa con los cinco sentidos y, cuando llegaban, abría la puerta, reverenciosa, con la cofia y el delantal acabados de planchar. Un día supo por las criadas del director, Amalia y Amelia, que hacía tiempo que a los señores se les había muerto el único hijo que tenían. Y compadeció a la señora y la respetó y admiró aún más; sentía que tenían una cosa en común: las dos habían perdido un hijo. Las pocas veces que la señora iba a la torre, ella se esforzaba por hacerle agradable la estancia, a pesar de que su escasa salud, según Amalia y Amelia, la habían vuelto distante y reservada con todo el mundo. Sin embargo, recordaba aquella época con gran placidez. En la Colonia todos la trataban con respeto y consideración, menos el vigilante y su madre, y ella nunca supo el porqué. Durante mucho tiempo las cosas fueron bien, descontando los años de la guerra, cuando cerraron la torre y ella tuvo que irse a vivir al pueblo con su tía. Al terminar, todo se normalizó: el señor volvió a compartir mesa con el director los miércoles y le alababa los guisos con el tono frío y rutinario de antes, y ella también, como antes, se lo agradecía con una sonrisa humilde y complaciente. Eran las únicas palabras que intercambiaban una semana tras otra, un mes tras otro, y ella sospechaba que, de no haber sido por las informadoras habituales, quizá nunca se habría enterado de la llegada de un chico joven para ocupar el cargo de escribiente principal, ni de la rebelión que tuvo lugar en la fábrica

porque le habían dado el cargo a un forastero, ni de los chismes que se urdieron a su alrededor. Ella lo escuchaba con el poco interés que despiertan las historias sobre personas y hechos que no conoces, hasta que dijeron que el chico era hijo de los porteros de la finca donde vivían los señores en Barcelona, los Claret. Sabía bien quiénes eran los Claret: en los años que sirvió a los señores en la ciudad se había relacionado bastante con ellos, y eran demasiado viejos para tener hijos de la edad del forastero. Pero se calló. Para llevar una casa de aquella categoría, una tenía que ser discreta, y ella hacía tiempo que había aprendido el oficio. Como también había aprendido a esperar las oportunidades. Un miércoles de mediados de julio, el calor propició que el señor se fuera a descansar un rato después de comer. Tras asegurarse de que al director no le faltaba nada —lo había dejado solo en la salita tomando café—, subió sin hacer ruido las escaleras que llevaban desde el salón grande a las habitaciones del primer piso; al llegar, llamó con discreción a la puerta de la habitación del amo. Cuando él le dio permiso para entrar, una oleada de ansiedad le impidió abrir la puerta. Y la ansiedad se convirtió en rabia y esta la llevó a empujarla de golpe abriéndola de par en par. El señor la esperaba de pie, junto a la cama, altivo, mientras se ponía la americana. Sus miradas se cruzaron. La de ella, desafiante, acusadora, con el ojo derecho lleno de interrogantes. La de él, esquiva, queriendo aparentar una seguridad que no sentía; y se dirigió presuroso a cerrar la puerta cuando oyó que ella soltaba ¿quién es Isidre Claret? Él se apoyó en la puerta cerrada y se puso las manos en los bolsillos; por el bien de todos, será mejor que no hagas preguntas; te recuerdo que estás aquí solo gracias a la generosidad de la señora. Ella se pasó el pañuelo de encaje por la boca, sin disimulo; ¿quién es?, volvió a decir, alzando la voz. Hacía ya tiempo que él esperaba, temía ese momento, hacía tiempo que estaba convencido de que no tardaría en llegar. Atravesó la estancia hasta la puerta del balcón y encendió un cigarrillo mientras decía con voz áspera: poco después de irte tú de mi casa, vino a verme tu tía para decirme que querías deshacerte de la criatura cuando naciese. Ella iba diciendo que no con la cabeza. Él seguía fumando de espaldas, sin mirarla: necesitabais dinero y unos padres que se ocupasen de él, y yo os proporcioné ambas cosas. Ella no podía creerlo; ¿usted me envió a aquel hombre para que me quitara el niño? Él, sin moverse, decía intentamos hacerlo todo de acuerdo con tu tía; fue ella quien lo propuso, y tienes que reconocer que fue lo mejor para él; ahora es un hombre de provecho, ¿qué habría sido a tu lado? Como un remolino que la engullía vio a su hijo, de pequeño, a la entrada de la casa de los porteros, con una rebanada de pan con chocolate, y a la vieja Claret ocupando su sitio mientras le tomaba las medidas para hacerle un jersey. Y también veía al amo mirándolo, acariciándole los cabellos rizados a escondidas de la señora. Y ella..., ella mientras tanto enloquecía pensando en el mala bestia que se lo había llevado y en dónde podía estar. Y alzó el puño. Cuando él se volvió para apagar el cigarrillo, solo pudo ver que se lo mordía. ¡Cálmate!, le dijo, y créeme, es lo mejor que le podía pasar, no lo estropees ahora; solo depende de ti que ese chico pueda seguir siendo

feliz. Ella abrió la boca y la cerró masticando las palabras: y, en su opinión, ¿qué tengo que hacer yo? Callar y agradecer a Dios que te haya permitido verlo convertido en un hombre con un gran futuro por delante; ahora ya sabes que siempre he cuidado de él y que lo seguiré haciendo. La rabia, la impotencia, la obligaron a escupir: ¿también se habría cuidado de él si el otro no se le hubiese muerto? Él resopló para darle a entender que aquella conversación ya duraba demasiado, y le dijo: sin duda, es un Viladomat.

—Dime, Adela. —Era la tercera vez que la invitaba a explicarse.

—¿Aún no sabe para qué he venido? —Desafiándolo.

No le gustó el tono. Le recordaba demasiado aquella tarde de julio en la torre de la Colonia, cuando entró en su habitación de mala manera y a él le costó tanto hacerla entrar en razón. Por suerte lo consiguió y esa mujer acabó aceptando que el silencio era la única salida. Y habría ido todo bien de no haber sido por..., se le nublaron los ojos, por el accidente que arrebató la vida a...; ¿por qué le costaba tanto pronunciar su nombre? Aun ahora le costaba. Fue un momento duro, muy duro, y delicado. Cuesta ocultar un dolor como ese sabiendo que si lo dejas aflorar podrías causar otro mucho más profundo a la persona que amas y que menos lo merece. Fue una época de gran desasosiego. Recordaba la tensión que se creó cuando aquella infeliz que ahora estaba sentada delante de él le pedía explicaciones en silencio, aunque al principio parecía que lo encajaba con resignación. No fue hasta mucho tiempo después que, de pronto, como si hubiese perdido el juicio, se presentó aquí, en su casa, exigiendo saber la verdad. Tuvo que dar las instrucciones pertinentes al señor Boix para que la encerrasen. Aunque en alguna ocasión había burlado la vigilancia de las hermanas y se había vuelto a presentar en su casa. Y todo eso ocurrió en momentos muy difíciles, precisamente cuando el estado de salud de su esposa era tan delicado que ya no podía moverse de la cama y él había dejado la gerencia de la fábrica para dedicarle el resto de su vida. Suerte que había tomado esa decisión. Suerte que todo este tiempo supo vivir para ella y solo para ella. Lo necesitaba para hacerse perdonar. Y sabía que, por mucho que hiciera, nunca sería suficiente. ¿Cómo podía compensarla de haber perdido el hijo y la salud? ¿Cómo podía compensarla de la tristeza que le consumía el alma por no poder volver a ser madre? Y él, solo él, tenía la culpa. Porque estaba convencido de que Dios lo había castigado por la vida pecaminosa que llevaba. Él había llenado su hogar cristiano de ignominia y de lujuria. Pero no lo había hecho solo, no, sino con la ayuda de la mujer que ahora lo miraba con actitud rebelde y desafiante. Es verdad que él había dado el primer paso arrastrado por las necesidades de un hombre en su situación, pero después, aquella descarada se hacía la encontradiza en todos los rincones de la casa, provocándolo en los momentos más imprevistos, y lo hacía caer al abismo una y otra vez, hasta que... Sin embargo, Dios también le envió el castigo que merecía; además de perder un hijo, perdió todos los encantos que había utilizado de manera tan indigna. Y tuvo que cubrirse la cara por siempre jamás para ocultar la vergüenza de un pasado del que

también él —tenía que reconocerlo— era responsable. Y todos los miércoles se enfrentaba a ello agradeciendo a Dios la ocasión que le había concedido de poder cumplir su penitencia. Y la cumplía mirándola de hito en hito, frente a frente de aquel rostro tan poco agraciado, procurando ocultar la congoja que le provocaba tenerlo tan cerca.

Y aquella congoja hoy se manifestaba con más fuerza mientras le respondía, abrumado por la situación:

—No lo sé. ¿Por qué has venido?

—Señor Vicenç Viladomat, ya es hora de que hablemos claro usted y yo; sin rodeos. Me pidió que callase y yo lo hice, pero ha habido demasiadas mentiras en los últimos años...

—¿De qué mentiras me hablas...? —Se sentía tan cansado que le parecía que no podría aguantar mucho rato más aquella conversación.

—Sobre la muerte de mi... —Bajó el tono—, de nuestro hijo... —Por fin se había atrevido a decirlo, aunque fuese con un hilo de voz.

—Por favor, ¡tienes que creerme!, ¡fue un accidente! —Aquel *nuestro hijo* lo había conmocionado a pesar suyo.

—Sé que no fue un accidente...

—¿De dónde lo has sacado?

—De la misma persona que lo provocó cumpliendo órdenes de arriba, decía...

—¡Es mentira! ¿Cómo puedes hacer caso a un viejo perturbado y borracho? —Y se sujetaba las rodillas con las manos para ocultar el temblor de las piernas.

¡Había esperado tanto para llegar hasta aquí! Había esperado tanto para verlo inseguro, tembloroso, acabado, que se quedó quieta, callada, retrasando la respuesta. Quería que aquel momento no terminara nunca. Y lo miró con una sonrisa despectiva y amarga.

—Creía que la vieja perturbada era yo. Al menos eso es lo que se dijo en la Colonia cuando me querían encerrar. Como hicieron antes con Bernat...

Apenas hacía dos semanas que había enterrado a su mujer, apenas se había planteado siquiera que tendría que asumir su ausencia y ya llamaba a su puerta el verdugo del pasado, acusador, feroz, implacable. Le renovaba la herida donde más le dolía. Y ni siquiera sabía si tenía ganas de evitarlo.

—Fue un accidente... —murmuró.

Ella se puso en pie. El ojo izquierdo, inmóvil. El ojo derecho mirándolo de frente. La boca absorbiendo la saliva a medias mientras le contaba la historia de un viejo que lloraba solo en su casa con las puertas abiertas de par en par, arrepentido por lo que había hecho, y de una vieja, también sola, que pasaba por allí y que era incapaz de consolarlo porque los hechos por los que él lloraba y se arrepentía a ella le habían desgarrado la vida. Y ahora le pedía si todavía era capaz de negar que el fuego que había matado a su hijo había sido provocado cumpliendo las órdenes del amo.

—¿Cómo puedes pensar algo así?

—Pues júreme por la memoria de este hijo que usted no sabía que aquel maldito sábado iban a incendiar los almacenes...

—Fue un accidente..., fue un accidente...

—¿Pero usted lo sabía...?

—Por favor...

—¿Lo sabía...?

—Sí —bajó la cabeza—, eran asuntos de negocios..., solo eso..., nadie tenía que morir. Fue un accidente...

—Asuntos de negocios...

—Sí..., no puedes imaginarte cómo me sentí. También era mi hijo... Y era tan inteligente, tan trabajador, tan decidido, tan... hijo mío. Tenía tantos proyectos para él... Tenía que ocupar el cargo del director cuando él se jubilase. Fue un accidente desgraciado... —Las lágrimas le resbalaban por las mejillas hundidas, pálidas, recién afeitadas.

Pero aquellas lágrimas no ablandaron el corazón consumido de una mujer que ya había olvidado que tal vez un día llegó a querer a aquel hombre.

—¿Y por qué durante todos estos años me ha negado la entrada a su casa, cuando yo solo venía a buscar la verdad?

—Porque no podía permitir que nada ni nadie alterase la paz de la señora. Ella fue siempre la víctima inocente de toda esta historia... Y por suerte no lo supo nunca. Por suerte. Gracias a Dios.

Gracias a Dios y a la criada que calló las visitas que hacía el amo a su cama, que calló el motivo por el cual tuvo que irse, que calló la aparición del hombre que le arrancó el aliento, que calló la presencia del hijo de los porteros en la Colonia limitándose a mirarlo cuando salía de misa para acercarse cautelosa y olerlo, a espiarlo de lejos cuando se casó y a seguir de cerca los pasos de sus hijos y... y... tuvo que llorar por dentro cuando lo enterraban, y por Todos los Santos le llevaba flores a escondidas todos los años, a primera hora de la mañana, antes de que fuera su mujer. Gracias a Dios y a la criada, señor Viladomat, y a la criada.

—¿Sabes qué te digo, Vicenç Viladomat...?

Era la primera vez que lo tuteaba. Incluso en los momentos más íntimos, cuando su cuerpo, cargado de deseo, olía todavía a mujer joven y sus ojos llenos de chispas y de vida lo miraban, le decía señor Viladomat le estoy tan agradecida por... ¡por todo!, mientras lo abrazaba. Y hoy, enterrado el agradecimiento desde hacía mucho tiempo, decidió tutearlo para soltarle:

—¡... que eres un malnacido...! —Y se fue.

6

Se fue a mirar dentro del tiesto medio cubierto de tierra con el ladrillo partido encima. Parecía imposible, pero la llave oxidada que abría la barraca del abuelo todavía seguía allí, llena de tierra y suciedad. La arrancó, la limpió con un puñado de cebadilla que cogió del margen y miró a Raquel mientras forcejeaba con la cerradura; después de muchos tirones, la puerta se abrió.

—¡Ya era hora! —Sidret cogió a Raquel de la mano y tiró de ella para que entrase apartando las telarañas que colgaban del techo.

—¡Uf, qué peste! —Ella se quedó junto a la puerta sin apartar los ojos de una araña que huía arrastrándose por el suelo para ocultarse bajo los trastos. No era muy amiga de aquellos bichos—. ¡Vamos! Ahora ya lo has visto...

—¡Venga, va...! —Sonreía él; sin duda sabía por qué quería irse—. ¡No me digas que aún te dan miedo las...!

—¡Sí...!, de verdad, vámonos...

—Espera un momento...

—Isidre...

—¡Solo un minuto! —Le pellizcó la mejilla y le dio un beso en la nariz a la carrera—. Vuelvo enseguida... —Y se metió en la barraca.

Mientras tanto, ella intentaba andar entre lo que habían sido las eras de las lechugas, las tomateras, las judías... Se esforzaba por recordar dónde estaba cada una de ellas, pero no lo conseguía; las zarzas y los lastones habían convertido el huerto en un herbaje que le llegaba casi a la cintura; seguro que estaba lleno de caracoles y lagartijas e incluso... incluso alguna serpiente... Con un salto y tres pasos atrás volvió al margen.

—¡Isidre...!

—¡Ya voy!

Se sentó en un bidón tumbado que había cerca de la barraca. Aquel mediodía del primer domingo de julio el sol calentaba de lo lindo. Con una mano a modo de visera y la otra haciendo de abanico, resoplaba. Ella, al revés que Cèlia y Jaume, no había ido mucho al huerto del abuelo. Ni cuando era pequeña. Aunque fue allí, en el huerto, donde empezó todo; Sidret había encontrado un perro y quería compartirlo con sus amigos; al final, ella acabó llorando y él le enjugó las lágrimas con su pañuelo arrugado y lleno de mocos secos; ella, más tarde, con el mismo pañuelo arrugado, le limpió la sangre que le brotaba de la nariz. Ella tenía cinco años; él no había cumplido ocho. Sonrió. Desde aquel día Sidret había sido su héroe. Hoy, para ella, Isidre lo era todo. Y se volvió al oír los chirridos de la puerta. Él salía con la cabeza gacha y una correa polvorienta entre los dedos.

—¿Qué es eso?

—Era..., era de *Perro*...

Ella le estrechó las manos igual que la primera vez, cuando él llegó del internado

por las vacaciones de Navidad y se fueron corriendo al huerto; por el camino, él le iba diciendo que la había echado mucho de menos, sin poder disimular la impaciencia que sentía por ver a *Perro*. Le extrañó que no saliese a recibirlos. Lo buscaron por todas partes. Jaume aseguraba que el día antes, cuando le llevó la comida como siempre, no lo encontró por ninguna parte. Bernat les dijo que todos los días a primera hora, desde que Sidret se había ido, lo encontraba en el cruce como si esperase el coche de línea; no recordaba cuánto hacía que no lo veía. Sidret, después de fiestas, volvió al internado con la cabeza gacha, triste. Solo Raquel sabía que había llorado. En las vacaciones de Pascua volvieron a recorrer todos los lugares adonde podía haber ido. No encontraron nada; ningún indicio, ninguna señal que indicase qué le había pasado. ¿Dónde podía estar? De la misma manera que se había presentado un día sin que nunca supiesen de dónde venía, había desaparecido. Ella le había hecho esta reflexión varias veces, pero él no se conformaba. Hasta que, de pronto, dejaron de hablar de ello. Al cabo de un tiempo, cuando él ya la había presentado en su casa como novia oficial, después de dejar de lado los comentarios de si sois demasiado jóvenes, no hace falta que corráis tanto, tenéis todo el tiempo del mundo, él le confió el secreto de cuando era pequeño y echaba de menos a su padre y soñaba que volvería, como en aquellas historias que les había contado la tía. También le contó que la llegada de *Perro* lo ayudó a superar su ausencia. Y le dijo que le parecía ver algo misterioso en la manera como había aparecido y después desaparecido; ¿te das cuenta?, le hizo observar, vino cuando más solo me sentía y se fue cuando ya te tenía a ti y no lo necesitaba. Ella lo escuchaba en silencio. ¿Sabes qué creo?, que *Perro* me lo envió mi padre; o quizá..., dudó antes de decir que a menudo se imaginaba que era su espíritu; a veces —acabó confesando—, cuando lo miraba fijamente, le había parecido verlo en sus ojos.

Ella, aquel día, lo abrazó y le dijo que sí, que tal vez sí, que era verdad.

—¿Dónde la has encontrado? —Señalando la correa.

—Allí, colgada entre las herramientas... —Se sentó a su lado.

—¿Lo crees todavía —apoyó su cara en la de él—, lo que me contaste aquel día?

—Sí..., bueno..., no lo sé. ¡Al menos, me gustaría tanto creerlo...!

Ella lo miró. Él sonrió; todo aquello formaba ya parte de otra época, cuando apenas iniciaban la adolescencia. Ahora eran dos personas adultas y tenían responsabilidades y proyectos y..., con dos dedos, le sujetó la barbilla y, poco a poco, acercó los labios a los suyos mientras le decía:

—Y tú, ¿cómo estás?

—Figúrate. Por eso te he propuesto ir a dar una vuelta. El ambiente en casa es irrespirable.

—¿Lo tenéis ya todo a punto?

—Más o menos. Lo nuestro ya está embalado. Lo nuestro. Ya sabes que en aquella casa hay muchas cosas que son...

—... del amo. —¡Desde luego que lo sabía! Todavía recordaba el año que hizo la

comunió, cuando su madre separaba lo que podían llevarse y lo que tenían que dejar —. ¿A qué hora os vais mañana?

—Dicen que el camión vendrá a las cuatro de la mañana. Calculan que a las siete ya estará todo cargado y podremos coger el coche de línea de las siete y media. ¿Vendrás a despedirme, no?

—¡Claro...! Mamá y Núria también quieren ir al cruce para despediros...

—Pero no vale la pena...

—¡Claro que sí!

Él habría querido que toda la Colonia los apoyase en aquellos momentos. Que entendieran que había sido muy injusta la manera como habían tratado a Climent y, de rebote, a toda su familia. Pero parecía un deseo tan irrealizable como el del regreso de su padre.

—Me muero de ganas de que haya pasado todo y estemos muy lejos de aquí... — Ella estaba a punto de echarse a llorar.

Desde que había estallado el escándalo, hacía casi una semana, se les hacía muy difícil seguir viviendo en la Colonia. Cuando salían de casa, fuesen donde fuesen, los silencios, las miradas de reojo, las sonrisas medio maliciosas, los perseguían. Suerte del tío, que había ayudado a su padre a conseguir enseguida un trabajo. ¡Pero se le hacía todo tan cuesta arriba!

—¡Tengo miedo!, tengo mucho miedo, de irme, de quedarme...

—¡Ssst! Todo irá bien, ya lo verás. —La abrazaba—. Yo iré a verte todas las semanas. Como si vivieses en la Colonia. De hecho, aunque os vayáis al otro río, desde Barcelona no es tan lejos. Y... dentro de muy poco terminaré la carrera y podremos casarnos y...

Estaban tan abstraídos remendando los sueños con proyectos que no se dieron cuenta de que unos ojos los acechaban desde lejos.

—¡Hola...!

—¡Hola! —dijeron los dos a un tiempo, sorprendidos.

—Cèlia, ¿qué haces aquí? —Sidret se levantó.

—No sabíamos que ibas a venir. —Raquel también se puso en pie mientras se frotaba los ojos—. ¿Has ido a casa?

—Sí... —Cèlia aceleraba el paso para reducir la distancia.

Sonrisas, abrazos. Raquel encontraba a Cèlia muy cambiada y apenas hacía dos semanas que se había ido; se había puesto el vestido estampado sin mangas que le había cosido ella el verano pasado y que ni siquiera había querido estrenar; ¿y el pelo?, ¿qué te has hecho en el pelo? Me lo he rizado un poco, decía, y se sonrojaba. Te sienta muy bien, ¿verdad, Isidre? Sidret dijo que sí y ella aún se sonrojó más. Y el trabajo en Barcelona, ¿cómo te va? Bien, muy bien, decía, impaciente. Pero ahora tenían que hablar de otra cosa; ¿qué había ocurrido? Cuando su madre se lo contó por teléfono se quedó helada. Jaume también se lo había tomado muy mal. La noche anterior se había presentado en la fonda donde estaba ella para decirle que no quería

poner los pies nunca más en la Colonia; que los iría a ver cuando estuviesen instalados. De momento vais a ir a casa del tío, ¿no? Raquel asintió; en tan pocos días no habían tenido tiempo de encontrar piso. Suerte que la casa del tío era grande y podían guardar los muebles en el sótano. Las dos hermanas volvieron a abrazarse.

—Me alegro de que tú ya no estés —decía Raquel—, no sabes lo que te has ahorrado...

—Puedo imaginarlo. Por eso he venido, para apoyaros. Aunque no podré estar muchas horas; después de comer tengo que irme otra vez...

—¿Cómo has visto a mamá?

—Serena, muy serena; mucho más que papá...

—Porque sabe disimular mejor...

—¡No compares! Papá nació en la Colonia. Para él es todo su mundo. A mamá nunca le ha gustado vivir aquí...

—Pero ya se había adaptado, también tiene su mérito...

Sidret las observaba mientras las escuchaba; estaba orgulloso de Raquel; ya era hora de que supiese defender sus ideas y criterios delante de su hermana mayor, pero era mejor cambiar de tema.

—¿Y te sientes bien en la fonda?

—No mucho. Supongo que será por poco tiempo. Cuento los días que faltan para que tu madre y Núria se instalen en Barcelona.

—¿Tan poco falta? —Quería saber Raquel.

—Apenas un mes. —Miró a Sidret—. Tu madre me ha dicho que os trasladaréis en vacaciones. ¡Tengo tantas ganas! —Sonrió, de reajo, a Raquel—. Núria y yo dormiremos en la misma habitación...

—Qué envidia me das... —Y se abrazó a Sidret mirándolo—, me gustaría tanto ir con vosotros...

—Tendremos que esperar un poco todavía, pero cuando llegue la hora, cuando llegue —la abrazó con más fuerza, besándola—, no podrás deshacerte de mí nunca más..., nunca más...

Cèlia los observó; para ellos había dejado de existir. Aunque tampoco habría sido capaz de decirles que ella sí que sentía envidia; envidia de tener a alguien con quien abrazarse, envidia de ser tan amada, envidia de saber aceptar la envidia en voz alta como había hecho Raquel. Y cerró los ojos. Aunque ahora ya sabía que ni con los ojos cerrados se puede ocultar la verdad que te duele, ni con la postura indiferente que adoptó simulando que no los veía, ni con el silencio con que acompañó los primeros minutos. Y dejó que aquel sol de principios de verano la deslumbrase mientras alzaba la cabeza y contemplaba por última vez la colina pintada de retama sobre la que se alzaba el convento. Un convento con las ventanas cerradas a la realidad del mundo. Igual que se le habían cerrado a ella las puertas hacía mucho tiempo. Y en aquel momento empezaba a vislumbrar el futuro con cierta tranquilidad. ¡Tenía que hacer tantas cosas...!

Las cosas habían cambiado mucho en los últimos tiempos, tanto que a veces tenía que pellizcarse para asegurarse de que estaba despierta, pensaba Teresa mientras subía la escalera para ir a casa de Rosalia. Al principio le había costado acostumbrarse a saborear la comprensión que le ofrecían las dos hermanas. Y ahora estaba convencida de que era lo que más echaría de menos: las puertas abiertas, la compañía, la confianza. Cuando se supo que se instalaría en Barcelona, no faltaron consejeros que la alertaran de los peligros de vivir en la ciudad; tendrás que acostumbrarte a cerrar la casa con llave y a no fiarte de nadie, le decían con una envidia mal disimulada. Sonrió mientras empujaba la puerta de las vecinas.

—¡Hola!, ¿se puede?

—¡Adelante! Estoy en la cocina. —Rosalia salió a recibirla enjugándose las manos en el delantal.

Gertrudis se asomó al interior desde el balcón; era ella quien le había pedido a Teresa que subiese. Últimamente, las dos mujeres se hacían muchas confianzas. El hecho de que hubiesen despachado a Climent tenía mucho que ver con ello. La noticia se había convertido en una bomba y su explosión produjo en las malas lenguas, que nunca dejaban de tejer rumores, una sorpresa indignada llena de satisfacción. Aunque las neveras eléctricas ya hacía tiempo que habían enfriado los encuentros en la fuente, era inevitable que un acontecimiento como aquel provocase corros en la fábrica, la calle o la plaza, a la salida de misa: esta vez Palau se ha pasado, decían algunos; se ve que llevaba las cuentas con tanto ingenio que durante años barrió para casa sin que nadie se diese cuenta. No es nada nuevo, decían otros, siempre se ha dicho que a quien anda entre miel algo se le pega. Y los más piadosos, con voz lastimera, daban gracias a Dios por haberles ahorrado esta vergüenza a Joan y a Filomena; ¡pobrecitos!, apenas hace un mes que los enterraron, aún deben de estar calientes dentro de la tumba y... Estos comentarios incomodaban tanto a Teresa como a Gertrudis; víctimas como habían sido ambas de los chismes de la gente, se sentían más unidas que nunca.

Cuando Rosalia se hubo ido a la cocina para terminar el sofrito del arroz, se sentaron alrededor de la mesa del comedor; eran de las pocas personas que estaban convencidas de la inocencia de Climent. Los últimos días lo habían repetido muchas veces cuando lo defendían presumiendo de conocerlo bien, ahora ya sin ningún tipo de pudor. Sobre todo Teresa, que, ante la perspectiva de poder salir pronto de la jaula —era así como llamaba a la Colonia desde aquella madrugada en que liberó a los pájaros—, se aflojaba el corsé y permitía que aflorasen en libertad los sentimientos que había tenido que reprimir desde que tenía uso de razón. Y de tanto soltarse no pudieron evitar que también resurgiese la antigua rivalidad oculta dentro de su pequeño universo de los sueños nunca confesados. Y Gertrudis, durante las noches de bochorno de aquel mes de julio, envuelta por la humedad del río mientras se tapaba

los oídos para no oír el cricrí de los grillos, intentaba olvidar que sus amigos se iban; unos con más fortuna que otros, pero empaquetaban el pasado y se disponían a emprender una vida que como mínimo sería diferente. Y ella tenía que quedarse. Sola. Sin más consuelo que los vasitos de aguardiente que compartía de vez en cuando con su hermana. Y ahora le dolía ver a la viuda de Isidre delante de ella, optimista, relajada, con una seguridad que no le conocía. Y una especie de demonio, desconocido hasta aquel momento, le hizo recuperar del archivo del olvido la imagen de una Teresa saliendo del despacho del director y abrochándose la blusa mientras arrastraba el sofoco hacia la puerta de vidrio esmerilado y desaparecía. Como tampoco pudo evitar la visión del señor Boix vuelto de espaldas. Y le dolía, ¡sí!, aún le dolía recordar cómo se volvió, agresivo, y cogiéndole las muñecas la obligó, con un gesto obsceno, a arrodillarse y, aunque no era la primera vez, la humillación de aquella noche fue más hiriente que nunca.

El aire del comedor de casa de Rosalia se había enrarecido. Las dos mujeres respiraban con dificultad. Y se miraron. Fijamente. Sus miradas desprendían unas chispas que acabaron de encenderse cuando Gertrudis decidió plantar cara y decirle sin ambages:

—Siempre me he preguntado qué pasó aquel día por la noche, cuando todo el mundo se había ido ya y tú saliste del despacho y...

La aparición del silencio llenó la estancia de desasosiego, de ansiedad, de vacío. Teresa apartó la mirada para ponerla sobre las uñas de su mano derecha, una mano que había descansado encima de la mesa desde el principio de la conversación. Durante mucho tiempo había temido aquella pregunta. Y le llegaba precisamente hoy, cuando ya daba igual, pero también cuando creía sentirse con fuerzas para contestarla. Y miró a su amiga de los últimos años, tranquila, conciliadora.

—Nada, no pasó nada importante.

Gertrudis la escuchaba un poco decepcionada; aunque intuyó sinceridad en la respuesta, no era la que le hubiera gustado oír.

Nada importante, se repetía Teresa. La última vez que se había visto a solas con Climent en el bosquecillo de detrás de la torre, él le hizo la misma pregunta, y no la pudo responder. Su conciencia, cincelada a golpe de mandamientos, se lo había impedido. Y ahora la mirada inquisidora de Gertrudis la obligó a revivirlo y a preguntarse qué tipo de miedo la empujó a ir por tercera vez al despacho del señor Boix. ¿Era el miedo de siempre? ¿O quizá no era solo miedo? Las pocas veces que se había atrevido a pensar en ello, se decía que había recorrido aquel camino con resignación. ¿Fue la resignación lo que la obligó a sentarse donde él decía y dejar que le desabrochara la blusa con los dedos amarillentos de fumador de muchos años? ¿No había rebeldía en el gesto de apartarse las lágrimas con el revés de la mano? ¿Contra quién se rebelaba? ¿Contra sí misma por no tener la valentía de levantarse y escupir todo lo que sentía? ¿Contra el hombre que soltaba promesas de generosidad mientras se apropiaba de lo que no era suyo? ¿Contra los que se creían jueces y la condenaban

sin concederle siquiera el derecho a defenderse? Ya que igualmente era culpable a los ojos de todo el mundo, se decía, seré culpable; si tengo que soportar su menosprecio, al menos sacaré provecho; y fue cuando, levantando la cabeza con orgullo, se arrancó las lágrimas de un manotazo. Aún hoy no sabía cuál de las dos acciones paralizó las manos del director y lo obligó a dar un paso atrás mientras le decía: ¡váyase!, por favor, váyase, y bajó la cabeza: no la molestaré más, y no se preocupe por las obras, daré órdenes al encargado de los albañiles para que haga los cambios que usted crea necesarios, y se volvió de espaldas. Durante mucho tiempo, la rabia no la abandonó. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida de esperar a que él la echase? ¿Tendría que estarle agradecida, encima? Esa posibilidad le revolvió el estómago. ¿O acaso... le dolía no haber llegado hasta el final? Y sentía sus manos bajo la blusa mientras le decía que no es justo que una mujer como usted esté tan sola... No, no fue nada importante. Ahora estaba segura. Pero durante mucho tiempo se sintió confundida y sucia, sobre todo sucia, por haber consentido que unas manos experimentadas le recordasen que era verdad que estaba muy sola, demasiado sola. Por suerte, la confusión y la suciedad quedaban lejos..., lejos..., lejos... Y volvió a decir:

—No, no pasó nada importante...

Gertrudis asintió con un gesto de disculpa. Sentía haber removido un episodio tan desagradable para las dos. Solo le había pedido que subiese porque quería informarla de los últimos acontecimientos que afectaban a Climent. El día antes, a media tarde, oyó como el señorito Josep Maria —el sobrino de los cojones, como decía el señor Boix— tenía una conversación por teléfono que la dejó clavada en su sitio. Según pudo deducir, pronto habría cambios importantes en la fábrica; habían comprado maquinaria nueva y querían renovar a parte del personal. Empezando por el director y los mayordomos; se ve que ya tenían los sustitutos. Lo cual le hizo pensar que no se habían creído la historia que había urdido el director para cargar con toda la responsabilidad a Climent.

—¿Y él lo sabe? —Teresa se había quedado sin aliento.

—Sí. Al salir de misa he ido a su casa...

—¿Y qué te ha dicho?

—Que no cambia nada, que ya tienen un cabeza de turco, que estaba todo previsto, que esta gente se tapan las miserias unos a otros y...

—De todos modos, creo que tendría que intentarlo.

—Es lo que le ha dicho Matilde, pero no ha conseguido nada. A lo mejor si se lo dices tú...

—¿Yo...? No creo que yo pueda hacer nada... Ya sabes que no soy bien recibida en aquella casa. Matilde...

—Pero ahora es diferente. Las dos pensáis lo mismo. Y es importante que se defienda. Al menos que lo intente. Me duele verlo tan vencido. Sin ánimos para... ¡Tenemos que hacer algo...!

¿Con qué le salía ahora? ¿Qué podían hacer? Si ellas no eran nadie, nadie,

nadie... Tenía razón Climent, esos capitostes se protegen unos a otros y ya lo tenían decidido todo antes...

—¿No me oyes? Tenemos que hacer algo...

—¿Por qué insistes tanto?

Porque no quiero que Climent se vaya. Porque sin él tengo miedo de que la Colonia se me caiga encima. Porque son demasiados años de compartir... tantas cosas. Porque es la única persona que me ha escuchado y me ha mirado..., me ha mirado con respeto...

—Porque... ¡da igual! ¿Hablarás con él o no?

—Es que ahora es la hora de comer y...

—¡Tú lo has dicho! Es la hora de comer. —Rosalia, acalorada, se asomaba desde la cocina—. Ya puedes llamar a Núria para que suba. Hoy comeréis con nosotras.

—Es que...

—He echado dos tazas más de arroz a la cazuela. Supongo que Sidret se queda a comer con los Palau, ¿no?

—Sí, pero...

—Pues no se hable más...

Fue una comida extraña. Aunque a Rosalia el arroz a la cazuela con conejo le había salido delicioso, el hambre de los comensales no estuvo a la altura, excepto en el caso de Núria, que preguntó si podía repetir; se había terminado el primer plato en un momento mientras comentaba lo afortunadas que eran de poder ir a vivir a Barcelona.

—No habla de otra cosa —decía su madre a modo de disculpa.

—¡Déjala! A los dieciséis años... —Sonriendo, Rosalia le sirvió más arroz.

A cualquier edad ilusiona un cambio así, pensaba Gertrudis masticando un trozo de conejo y tragándose junto con las palabras; por hoy ya había hablado demasiado. Y mientras Núria seguía con los detalles del piso de Barcelona, que si la cocina era muy pequeña pero alegre, que si hay una habitación muy grande, ¿verdad, mamá?, y allí pondremos el cuarto de coser, que si..., Teresa compartía la alegría de su hija, aunque intentaba quitarle importancia; intuía que el hecho de exteriorizarla podía herir a las vecinas, aunque hubiese conseguido aquella oportunidad gracias a ellas.

Rosalía ya había retirado los platos vacíos del arroz y, orgullosa, ponía sobre la mesa una bandeja de natillas con melindres; me parece que hoy me han salido muy buenas, decía, mientras contemplaba a su hermana de reajo; le habría gustado poder demostrarle que la entendía; poco a poco se iban yendo todas las personas por las que sentían más afecto; no hacía ni un año que se habían ido Pepito y Ció, con los niños, al pueblo vecino. Él montó allí una carpintería y, según le había dicho la campanera, se ve que el negocio les iba muy bien, y también añadió que ella y su marido esperaban la jubilación como el santo advenimiento para irse con ellos. ¡Desde luego que entendía a Gertrudis! Sabía el vacío que deja la ausencia de alguien a quien has tenido que amar y aún amas en silencio. Lo que no entendía era como dos personas

tan contrapuestas como ellas dos y que llevaban una vida tan diferente tenían que acabar sufriendo por lo mismo. Dios lo ha querido así. ¡Qué le vamos a hacer!

—¡Qué le vamos a hacer! —Mientras envolvía con papel de periódico el último plato y lo metía dentro de una caja.

—No, qué le vamos a hacer, no. Me parece que tú sí que puedes hacer algo, me parece que... —Y con el estropajo de esparto limpiaba los restos de comida de un tenedor.

—¡No quiero hablar más de esto! —Acabó de estrechar el segundo nudo del cordel que sujetaba la caja.

—¿No sabes decir nada más? —La furia la obligaba a fregar un tazón con más fuerza de la necesaria.

—No.

—¿Tan poco te importa tu familia?

—He dedicado mi vida a la familia. No puedes echarme nada en cara.

Aquel primer domingo de julio era el último que los Palau pasaban en la Colonia. Después de cenar, se disponían a empaquetar los utensilios de cocina. Esperaron a que Raquel se fuese a dormir para reiniciar la conversación provocada por la visita de Gertrudis y que la presencia de las hijas —primero Cèlia y más tarde Raquel con Sidret— les había aconsejado aplazar. Disimular las desavenencias delante de los hijos era tal vez una de las pocas cosas en las que todavía estaban de acuerdo.

Pero, aquel día, a Matilde le había costado callar. Le dolía tener que irse de aquella manera. Ella habría querido irse por la puerta grande, como siempre había soñado. Y que Climent hubiese aceptado mucho tiempo atrás el trabajo que le había ofrecido su hermano. Y volver al lugar donde ella vivía antes, con su familia, cuando todavía podían hacerlo con la cabeza alta. Como Maria Rosa y Ramón, que se habían ido al pueblo de ella a montar un negocio propio. Ellos, sin embargo, no pudieron hacerlo. Climent se había negado siempre a irse, con una tozudez impropia de un hombre de su edad e inteligencia; no quería entender que había otro mundo más allá de la Colonia. Y ahora, por culpa de la obcecación o de la ingenuidad, del poco juicio o ¡vaya usted a saber de qué!, había convertido su sueño en un castigo. Y eso no podría perdonárselo nunca. Cada día le costaba más ocultar el desencanto que le provocaban sus reacciones. Quedaban tan lejos de las palabras de aquella madrugada en que le dijo con los ojos húmedos: no sé hacerlo mejor, Matilde, no sé hacerlo mejor. Ella, en aquel momento, lo sintió cercano y creyó que a lo mejor podrían tener otra oportunidad. Pero se equivocó. No cambió nada. Al contrario. Él siguió con la actitud de siempre y por su culpa la familia se fue desintegrando. Permitted que su hijo se marchara; incluso lo ayudó a organizarse la vida lejos de casa. ¡E iba tan poco a verlos, Jaume! Con Cèlia había hecho igual.

Y sospechaba que ella seguiría los pasos de su hermano; como hoy, que se había presentado a media mañana, a la carrera, y solo para darle la razón a su padre. ¿Y Raquel? Si ella no llega a imponerse, también habría querido irse con su hermana.

Raquel, la más dulce y comprensiva de los tres, la única que le quedaba, y por poco tiempo. Pero al menos ella se iría después de casarse, como tiene que ser.

Y se quedarían solos, Climent y ella. Aunque vivir solos —teniendo en cuenta que no pudieron hacerlo ni cuando se casaron— no estaría mal si él..., si él... Y lo observó; como siempre, estaba abstraído, con la mirada perdida, ausente, lejana. Eso tampoco podría perdonárselo nunca. ¿Cómo se puede perdonar a un hombre que esconde detrás de sus ojos la sombra de otra mujer?

¿Cómo puedes decirle a tu mujer que el miedo te ha carcomido los huesos? ¿Que te ha paralizado la vida? Que sentía añoranza de aquellos tiempos en que vivía enterrado dentro de los problemas pero con ganas de salir adelante. En cambio, ahora, hasta de los sueños no quedaba más que el miedo..., el miedo..., el miedo. Si al menos hubiese heredado la sabiduría que tenían sus padres para poder sobrevivir. Y recordó la mirada asustada de su padre en tiempos de guerra y cómo su madre lo ayudó a esconderse aunque no tuviera motivos. Y también recordaba a Isidre, tan seguro, tan decidido, tan valiente..., aunque después lo pagase tan caro. Los años que ocupó el puesto que él había dejado se dedicó a imitarlo. ¿Y de qué le sirvió? Solo para caer de cuatro patas en una telaraña de líos tan turbios que, a estas alturas, ya se sentía incapaz de enfrentarse a ellos. Aunque al principio se había sublevado contra aquellas acusaciones injustas, sin lógica ni sentido común, y estaba decidido a todo: a hablar con el amo, a informar a la junta de accionistas, a denunciarlo al sindicato, ¡a todo! Estaba harto, estaba hasta la coronilla de callar. Tenía argumentos de sobra para defenderse y lo haría. Conseguiría que saliera a la superficie la verdad que había oculta debajo de toda aquella mierda. ¡Desde luego que lo haría! Pero la muerte de la señora Viladomat, interrumpiendo sus planes de rebeldía momentánea, le cerró las puertas a las dos primeras opciones y después todo se complicó tanto que tuvo que conformarse con la tercera opción, y fue al sindicato a pesar de la sospecha de que, teniendo en cuenta que estaba protegido por los mismos amos, todo sería una farsa. Sin embargo, el primer día el delegado lo recibió muy bien e incluso le dio esperanzas: plantaremos cara, le dijo, los llevaremos a juicio y se les va a caer el pelo. Al día siguiente lo mandó a buscar para decirle, en tono de confianza y actitud amistosa, que había hecho algunas gestiones y que, después de estudiar su caso con detenimiento, le aconsejaba que cogiese el dinero que le habían ofrecido. Según sus noticias, tenían contratado al abogado más sucio de Barcelona. En esas circunstancias, no había posibilidad alguna de ganar el juicio. Y, además de no ver un duro, insistió, podrías ir a la cárcel. Más tarde supo por Gertrudis que el delegado había mantenido una reunión con el señor Boix el día antes. Lo que no podía entender era por qué Gertrudis había ido por la mañana a su casa a calentarle la cabeza a Matilde y había insistido tanto en resucitar un caso perdido y bien perdido. ¡Si ella lo sabía mejor que nadie!

Estaba tan ensimismado atando cajas que no se dio cuenta de que su mujer atravesaba el comedor para ir a abrir la puerta. Tampoco había oído el timbre.

—¿Quién puede ser a estas horas? —decía Matilde mientras abría.

—¡Hola! Perdonad, ya sé que es muy tarde pero...

—Pues sí, es un poco tarde...

—¿Puedo pasar...?

—¿Quién es, Matilde? —Climent, alzando la voz desde la cocina.

—Es... Teresa. —Y la miró de arriba abajo mientras se apartaba indicándole que entrase con un gesto.

—¡Teresa! —Pasmado, sin saber qué hacer—. ¿Ha pasado algo?

—No..., bueno, en realidad sí. Es que... no sé por dónde empezar.

—Lo siento. —Climent iba de un lado a otro—, tenemos todas las sillas embaladas. Ven, siéntate aquí. —Y le ofrecía la butaca de piel, situada delante del televisor, la que no podían llevarse porque era del amo.

—No, gracias. No estaré mucho rato... —De reojo, observaba el flamante televisor; ¿qué habrán hecho con la radio?

—Entonces, ¿qué pasa? —Matilde había cruzado los brazos y se apoyaba en la manta que cubría la mesa del comedor.

—Nada, que... Gertrudis me ha comentado la conversación...

—Pues vaya secretaria es esta chica, que va divulgando lo que oye por todas partes. —Y descruzaba los brazos para arreglarse el moño.

—No, si yo solo... —Lo sabía, sabía que no era buena idea ir allí.

—Por favor, Matilde. Somos casi familia. Es normal que se preocupe. —Miró a Teresa—. Gracias por las molestias, pero ya sabes que nos vamos mañana a primera hora. No se puede hacer nada. —Se había apoyado en la mesa, al lado de su mujer, y tenía a Teresa enfrente. Volvió a mirarla, fijamente—. Gracias. Te lo agradezco mucho...

—Tal vez si...

—¿No lo has oído? —Matilde había vuelto a cruzar los brazos—. No se puede hacer nada. Nos vamos mañana...

—Aunque os vayáis mañana. —Se dirigió a Climent—. Tiene que haber alguien que te escuche. A estas alturas, los de arriba seguro que no se creen las mentiras del director...

—No se puede hacer nada, Teresa. Ya lo intenté...

—Cuando estéis fuera de aquí a lo mejor será más fácil...

—Es demasiado tarde. —Climent pensaba en el sobre que se había guardado en el bolsillo interior de la americana.

—No puedes rendirte tan pronto. Aunque solo sea por el buen nombre. Hazlo por tus hijos. Raquel se pasa el día llorando...

—¡Basta! ¿No te ha dicho que no se puede hacer nada?

—Por favor, Matilde, cálmate...

No quería calmarse. Pero ¿cómo se atrevía a ir a su casa a decirles lo que tenían que hacer? ¿Cómo se atrevía a hablar de sus hijos? ¿Con qué derecho? ¿Quién le

había dado aquel derecho? ¿No era bastante que Cèlia se fuera a vivir con ella cuando estuviesen en Barcelona? Y a lo mejor también invitaría a Jaume, y a Raquel, cuando se casase con Sidret, y... ¿qué más quería quitarle, aquella mujer? Y se agarró al brazo de su marido.

—Será mejor..., será mejor que me vaya... —Y se dirigió deprisa hacia la puerta sin esperar a que la acompañasen.

La luz de la bombilla protegida por una pantalla que venía de la calle entraba a través de las rayas de la persiana y dejaba entrever la cabecera de la cama envuelta apoyada en la pared y unas cajas amontonadas al otro lado, y el colchón en medio del suelo, donde Climent se removía, inquieto. A su lado, Matilde lo observaba en silencio hasta que vio que se levantaba de un salto.

—¿Qué te pasa?

—Me ahogo —respiraba con dificultad—, me ahogo. Entre el calor y... ya no agunto dormir en el suelo... —Y se ponía los pantalones y la camisa a toda prisa.

—Si hubieses esperado a mañana para desmontar la cama...

—No habría tenido tiempo. Me dijeron que vendrían a las cuatro...

—¿Y ahora adónde vas?

—A dar una vuelta.

—Aún se oyen voces por aquí fuera. ¿No te da miedo encontrarte a alguien?

—Saldré por la puerta del jardín. Iré hacia el puente por detrás del teatro. No creo que, siendo domingo, me encuentre a nadie. Necesito un poco de aire fresco.

Había recorrido docenas de veces el atajo por el que caminaba. Le aumentó el ahogo cuando se dio cuenta de que sería la última vez, aunque el aire que subía del riachuelo y el olor de los matojos lo reconfortaban. De pronto se detuvo. La poca luz que ofrecían las bombillas llenas de polvo del camino apenas le dejaba entrever una sombra sentada en la barandilla del puente; en el mismo sitio donde lo había esperado Teresa el primer día que fueron a trabajar. Contrariado, decidió dar media vuelta. Pero no tuvo tiempo; el ruido de sus pasos en la grava del suelo hizo que la persona que parecía tan deseosa de soledad como él se volviera. Y se vio obligado a acercarse.

—Buenas noches...

—Hola, buenas noches.

—No contaba con encontrarle aquí, a esta hora...

—No, yo tampoco...

—¿Cómo está, Serafí?

—Tirando.

—¿Y Lola, sigue igual?

—Igual...

—Debe de ser duro, ¿no? Lo comprendo. Sé lo que...

¿Qué vas a saber tú, que tienes una mujer joven, guapa y llena de salud que te mira, te escucha y te entiende y que te acompañará donde sea?; aunque tengas que

irte de la Colonia como un ladrón, ella te apoyará. En cambio Lola, pobrecita, hace más de un año que no es ella: no me mira, ni me entiende ni me conoce. Y todo por culpa de la maldita Colonia, de la maldita fábrica, de los malditos telares de garrote. Por el hecho de haber trabajado allí toda la vida, ella se preocupaba por ellos como si fuesen suyos. Y cuando decidieron cambiarlos por unos suizos sin lanzadera, no se lo tomó nada bien. Pero la desgracia llegó el día que un grupo de mecánicos se presentaron delante de ella con las herramientas para desmontarlos. Lola se abrazó al plegador mientras gritaba ¡no me los quitaréis!, ¡son míos, míos! Cuando lo avisaron, a ella ya la habían arrancado del plegador con la misma mirada perdida que tiene hoy.

—Gracias por el interés...

—¿Y los médicos, qué dicen? Se recuperará o...

—No lo saben. Chico, estas enfermedades de los nervios son un misterio. Dicen que tanto puede ser que reaccione mañana como que se quede así para siempre.

Climent se sentó a su lado. Seguramente era la primera vez que tenían una conversación tan larga y distendida. Y, para llegar hasta allí, uno había tenido que jubilarse y el otro..., el otro estaba a punto de desaparecer de aquel mundo cerrado, absorbente, único; el único que él conocía. Todo eso había tenido que ocurrir para que dos personas con una desavenencia cultivada durante años pudiesen sentarse a hablar con tranquilidad como... ¿dos amigos?, no tanto, seguramente. Y observó a aquel hombre gris, apagado, insignificante, de otra manera. Y, sin proponérselo, se encontró pidiendo disculpas por las ocasiones en que tal vez no lo había tratado con la consideración que merecía. Y se sorprendió al oírle aceptar que le había segado la hierba bajo los pies en más de una ocasión, y es que, tienes que entenderlo, le dijo, jode, jode mucho que un mocoso a quien has enseñado a sacar punta al lápiz tenga que darte órdenes. ¡Claro que lo entendía! Y más tarde se sintió satisfecho cuando le confesó su agradecimiento por haberlo avisado a tiempo de las intenciones del director con su hija.

—Estuve muchas veces a punto de decírtelo. No sé qué tipo de orgullo me lo impidió. Pero la enfermedad de Lola me ha obligado a replantearme muchas cosas. —Y se pasó la mano por la cara rasposa del anochecer—. ¿Sabes? Estoy contento de haberte encontrado hoy aquí...

—Yo también...

—He tenido ocasión de desahogarme. Me convenía. Te lo juro. Me convenía...

—Gracias...

—No, no me des las gracias. Sé muchas cosas que seguramente te habrían ayudado. A lo mejor no tendrías que irte ahora si yo...

—Lo dudo. Esta gente tiene todo lo que a nosotros no nos permiten: dinero, poder, influencia, mala leche...

—... y cosas que ocultar... y... algunas que perder, también.

—¿Qué quiere decir?

Ya había hablado demasiado. Debía de ser porque hacía un tiempo que llevaba

mal la soledad. Primero se le había ido la hija: Quico encontró un buen trabajo de fotógrafo lejos de la Colonia y no pudo rechazarlo. Y, cuando ya se habían acostumbrado, él y Lola, a vivir solos, la enfermedad de ella lo había obligado a jubilarse para poder cuidarla. Y a pesar de que siempre había sido un hombre adusto y a menudo le daban pereza las conversaciones largas, hablar con alguien que no te escucha se le había hecho muy duro.

—Nada, nada...

—No tenga miedo de ser indiscreto. Me voy mañana. Seguro que no volveremos a vernos...

—¿En serio? ¿Ya lo tienes todo a punto? Quiero decir si ya has cobrado por cargar con el muerto...

Climent abrió la boca y volvió a cerrarla. Estaba convencido de que no le habría salido ni un sonido. La nuez de la garganta se le movía hacia arriba y hacia abajo. Y asintió con la cabeza.

—Estaba seguro. Te tiene bien cogido por los cojones, ¿no? Es su especialidad. La ha practicado mucho, el cabrón. Si puede servirte de consuelo, no eres el único...

—Ya lo sé. ¿A usted también...?

—Sí y no. —Eché el cuerpo atrás como para coger carrerilla—. Cuando me jubilé, tú aún llevabas las cuentas de la fábrica, ¿no?

—Sí. —Extrañado. No sabía adónde quería ir a parar.

—¿Y no te sorprendió que, una vez jubilado, cobrase más que cuando trabajaba? Tú tenías que saber que era porque la empresa me había cotizado unas horas extra que no había hecho nunca.

—Bueno..., yo... ya estaba acostumbrado a no hacerme preguntas, desde hacía mucho tiempo.

No se puede ir así por la vida. Ahora entendía por qué lo eligieron para... Aunque el director ya se lo insinuó el día que él le reclamó el puesto de Isidre después del incendio. Usted se merece otra cosa, le dijo en aquella ocasión; con el tiempo se dará cuenta de que el trabajo de contable es demasiado comprometido y poco agradecido; no es lo que parece; puedo jurárselo; cuando hay el menor obstáculo, las responsabilidades caen sobre el que ocupa este cargo y tiene que aceptarlas con todas las consecuencias. Tantas explicaciones y tanta amabilidad lo habrían sorprendido si no hubiese sabido el motivo. Al día siguiente del entierro de Isidre, cuando todo el mundo corría atareado de un lado a otro reparando máquinas, limpiando paredes ahumadas, recogiendo tizones esparcidos por todas partes, aprovechando que el amo había vuelto a Barcelona, el director lo invitó a dar una vuelta por la parte de la fábrica a la que no había llegado el fuego; hasta que hayan limpiado las oficinas, no podemos trabajar, le dijo con cara de preocupación, y usted y yo tenemos que aclarar varias cosas. La noche del incendio..., empezó diciendo con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos mientras recorrían el pasillo que conducía a las cardas, la noche del incendio, repitió, usted se encontraba controlando las mangueras en un sitio

desde donde podían verse todos los movimientos de la escalera de los archivos, ¿correcto? Sí, sí, señor. Bien, entonces ¿podría decirme con exactitud quién subió y bajó por aquella escalera durante toda la noche y a qué hora? Más que nada porque, aunque sea por pura rutina, seguro que la guardia civil hará preguntas y tenemos que estar preparados. Es que... yo no puedo asegurar que lo viera todo; había mucho humo y estábamos todos muy nerviosos y aturcidos y... Vaya al grano. Hacia las dos de la madrugada, bajó Isidre, muy alarmado; yo no vi que volviese a subir; debían de ser cerca de las cuatro, no estoy seguro del todo, claro, Climent intentó bajar, pero el humo no le permitió pasar del primer rellano. ¿Y no vio a nadie más? Bueno, había mucho desconcierto y muchos nervios y... podría confundirme... y... ¡No me haga perder la paciencia! Al cabo de un rato de bajar Isidre me pareció que... también bajaba usted, pero solo me lo pareció, claro. El director dio un resoplido que hizo volar la borra que tenía pegada en la americana; por la manera como me miraba estos dos días, es lo que me temía; que había llegado a esa conclusión; confío en que sea lo bastante inteligente para saber que, si me conviene, tengo testigos que jurarán que no se movieron de mi lado en toda la noche y que, por tanto, la palabra de usted valdría muy poco; como también que las consecuencias de una decisión equivocada podrían ser... ¿cómo lo diría?, poco agradables; supongo que me entiende. Sí, sí, señor.

A pesar de todo, ha empezado con buen pie al aceptar que tenía dudas; de tener dudas a no haber visto nada no hay más que un paso, ¿verdad? Sí, sí, señor. Estaba convencido, pero todavía tengo que hacerle otra sugerencia; convendría que recordase muy bien que el señor Palau sí que bajó a los archivos aquella noche; pero solo si yo lo considero oportuno; en ningún otro caso, ¿entendido?

Entendido. No hace falta que le diga que soy generoso con quien me sirve bien. Al cabo de pocos días, cuando ya habían limpiado las oficinas, aunque el olor a quemado seguía impregnado en todas partes, él, después de pedir permiso, entró en el despacho del señor Boix y, con todo el respeto, apelando a su generosidad, le dijo humildemente que creía merecer el cargo de Isidre y el director, levantándose de un salto y disimulando a la fuerza su contrariedad, le hizo aquella reflexión sobre los inconvenientes que tenía el cargo que le pedía. Tardó unos años en saber que, por una vez en la vida, el cabrón le había dicho la verdad. Después le hizo unas promesas compensatorias que al final acabó cumpliendo.

—¿Sabes qué pienso?... Que en definitiva has sido un poco pardillo.

—Un poco demasiado. ¡No crea que no lo sé!

—Si yo te hubiese contado unas cuantas cosas...

—A lo mejor no le habría creído...

—A lo mejor. —Y se puso en pie—. Se me hace tarde. Antes de salir de casa le he dado una pastilla para dormir a Lola, pero no me puedo fiar. A veces la esconde debajo de la lengua y después la tira y, cuando llego a casa, me encuentro que ha vaciado los armarios y los cajones; es una de las manías que tiene...

—No se preocupe...

—Solo quería decirte una cosa, si es que todavía no estás harto de escuchar a este viejo...

—No, al contrario...

—Aprovecha la oportunidad que se te presenta de irte. —Mientras le ponía la mano en el hombro—. Aprovecha que tienes una mujer que te quiere. Abrázate a ella y vive la vida. ¡Vívela! Tienes que creerme si te digo que ahora mismo me pondría en tu lugar. Sin pensarlo. Con todo y el sambenito que te han puesto encima.

—Gracias por el consejo...

Serafí García enfiló el camino del lado del río y el rumor del agua, ahogado por los chopos, le recriminaba no haber sido sincero del todo; ¿y de qué le habría servido saber la verdad?, se justificaba, ¿para hacerse mala sangre? Solo los ignorantes tienen alguna posibilidad de vivir tranquilos. Y sonrió. Hoy podría explicarle a su mujer que alguien había aprendido a respetarlo. Quién sabe. A lo mejor eso Lola lo entendería.

Climent se quedó quieto, inmóvil, mirando cómo se alejaba con pasos cortos hasta que la curva lo engulló. Y agradecía el calor que lo había hecho levantar de la cama y lo había llevado hacia aquel encuentro tan inesperado como gratificante. Aunque le habría gustado preguntarle si era verdad que la noche del incendio lo había visto bajar la escalera de los archivos como le había asegurado el señor Boix. Y, de una manera inconsciente, alzó la cabeza y miró hacia la torre pequeña; todavía había luz en casa del director.

El director había encendido la lámpara de pie de la salita. Era el sitio más cómodo, tranquilo y acogedor de la casa. Intuía que esta noche iba a necesitar una buena dosis de todo. Le había dicho a Pilarín que la esperaba allí, en nuestro rincón, dijo, guiñándole el ojo; mientras tanto, ella se acababa de untar la cara con uno de aquellos potingues que nunca había sabido para qué servían. Las criadas hacía rato que se habían ido a dormir. Se quitó la americana, dejando al descubierto unos tirantes con los prendedores dorados. También se deshizo la pajarita y de desabrochó el botón de arriba de la camisa. Se sentó. A pesar de todo, aquella quietud lo reconfortaba. Cuando ella entró, envuelta en su bata de seda, aún conservaba el brillo que le habían dejado las cremas milagrosas en las que había confiado día tras día, año tras año, con una fe ciega, sin desfallecer. Aunque, cuando se sentó, se fijó bien en la iluminación que le ofrecía la lámpara de pie. A aquella hora, y a su edad, la prudencia le aconsejaba tener el rostro en penumbra.

—¿Qué es eso tan urgente que tienes que decirme? Ya sabes que no me gusta ir por la casa vestida así...

—Pero si estás preciosa... —Con una sonrisa esmirriada, y le estrechó las manos.

Ella bajó los ojos, inquieta. A pesar de que, desde aquella conversación que habían tenido exactamente allí, el entendimiento entre ellos era absoluto, no, era una delicia —su Àlfred, cuando quería, resultaba encantador—, el instinto le decía que había algo que no encajaba y tragó saliva disponiéndose a escucharlo.

—Pilarín, cariño, no puedo sacarme de la cabeza lo que me dijiste el otro día —le apretó las manos con más fuerza—, que querías que nos fuéramos de la Colonia sin esperar a que me jubile...

—Bueno..., a lo mejor me precipité..., a lo mejor...

—No, no. Al contrario. Yo también estoy de acuerdo...

—¿De verdad? —Se abrazó a él, sonriente—. No sé si todavía estará en venta aquella casa que...

—Huy, huy, no corras tanto. Lo de la casa, de momento no podrá ser...

—¿Por qué? Tú me dijiste que sí, que podíamos permitirnoslo...

—Tal vez más adelante...

—Pues nos iremos más adelante. No tenemos prisa, ¿no?

—Sí que tenemos prisa... —Y agachó la cabeza.

—¿Qué es lo que me ocultas, Àlfred? —Dejó de abrazarlo y de sonreír.

Y él se sintió como si lo hubiesen desnudado de golpe.

—Nada por lo que tengas que preocuparte. Antes de decir que no, primero escúchame: yo había pensado instalarnos, de momento, en el pisito de cuando nos casamos. Me apetece volver a Barcelona. Estar los dos solos. Como entonces. ¿Te acuerdas...?

—Sí, claro que me acuerdo..., pero aquel piso está montado para pasar un fin de

semana, como hemos hecho hasta ahora. No tiene tantas comodidades ni... ¿Dónde pondríamos los muebles y la ropa y... todo eso? —Miraba a su alrededor.

—De momento nos lo guardarían todo aquí mismo, en el almacén del teatro...

—¿En el teatro? ¿Mi ropa, mis cosas personales íntimas, en un teatro? ¿Y lo utilizarían los cómicos cuando viniesen a hacer una representación?

—¡No exageres, mujer! Lo dejaremos todo bien empaquetado. No tocarán nada. Estoy seguro...

—¿Qué quiere decir lo dejaremos? ¿Acaso está ya decidido?

—Me temo que... sí. A mediados de agosto la torre tiene que estar vacía. Mi sustituto quiere hacer algunas reformas y tiene que instalarse a principios de septiembre. Se ve que tiene niños que todavía van a la escuela y...

La mención de los niños destrozó el ápice de serenidad que le quedaba y se echó a llorar con tanto desconsuelo que dejó a su marido atónito. Por suerte, unas hierbas que le preparó él mismo —no le pareció conveniente despertar a las criadas— la ayudaron a tranquilizarse. Y entre suspiros entorpecidos y mocos y lágrimas, le dirigió una mirada de mármol.

—Y ahora, ¿me lo vas a contar tú o tengo que ir yo misma a ver al señor Viladomat?

—Por favor, prométeme que no vas a ir. —Intentaba cogerle las manos sin conseguirlo—. Ya sabes que está muy deprimido y necesita tranquilidad. Precisamente el hecho de que él haya dejado la gerencia es lo que ha provocado esta situación. Siempre habíamos trabajado unidos y estábamos de acuerdo en la mayoría de las decisiones. —Se puso en pie—. La muerte de Montserrat lo ha precipitado todo.

Ni las explicaciones ni la actitud reverenciosa de su Àlfred habían conseguido reducir la frialdad de Pilarín. Aún quedaban muchas preguntas por hacer, pero había una que la mortificaba especialmente: ¿qué pensarían de todo eso la señora Gumfaus y la señora Torras? Seguro que se darían un hartón de reír cuando supiesen que sus pertenencias se encontraban en el almacén del teatro. Al decirle él que las dos señoras tendrían que irse de la Colonia antes que ella, se relajó y, sin hacer concesiones, apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y le invitó a contarle toda la verdad, hasta el último detalle, subrayó.

Al ex director de Hilados y Tejidos Viladomat, S. A. no le daban miedo los detalles. Lo que él temía era el fondo, las raíces, el motivo por el que hoy se encontraba aquí, y ella, con toda la razón, le pedía una verdad que ni siquiera se atrevía a contarse a sí mismo.

Y empezó divagando sobre la suerte de haber podido gozar durante tantos años de privilegios y de bonanza económica en unos tiempos de posguerra difíciles para todo el mundo. Todo eso tenía un precio. Y ahora toca pagarlo, decía, con la cabeza gacha, derrotado.

—¡Estoy tan asustada! —Se ajustó la bata de seda y se encogió en el sillón como

si quisieran echarla en aquel momento.

—¡Cariño! —Su indefensión lo conmovía—. No te preocupes. Te irás de aquí como has vivido, como una señora, ¡como una señora! —Volvió a sentarse a su lado—. Tu madre estará orgullosa de ti cuando te vea desde allí arriba. —Mirando al techo como si fuera el cielo.

—¿Estás seguro...?

—Del todo. He pagado lo que ha hecho falta, he hecho lo que me han pedido para conseguirlo... Por eso no podemos comprar aquella casa. ¿Lo entiendes, no?

—No, no lo entiendo. Pero ¿a quién le interesa mi opinión?

—¡A mí, a mí me interesa! —Le pasó el brazo por encima de los hombros, la agarró con fuerza, la acercó a él—. Es que... a estas alturas es lo único que me interesa: estar contigo, solo contigo...

—No siempre ha sido así...

Sí, tenía razón. Hubo una época en que otra mujer le hizo perder el juicio. Muchas de las decisiones equivocadas que tomó entonces respondían al deseo de poseer a la mujer más distante, inaccesible y arisca que había conocido. Sin embargo, al mismo tiempo, creía adivinar detrás de sus ojos una pasión contenida, insatisfecha, que le hacía bajar los párpados por miedo a que alguien descubriese su secreto. Y él lo había descubierto, y lo que más lo excitaba era que ella lo sabía y, temerosa, siempre evitaba mirarlo. También se esforzaba por disimular que tenía un marido con un desconocimiento absoluto de sus virtudes. Y se consumía al observar, nervioso, que ella estaba pendiente de un chupatintas sin sangre en las venas, que le clavaba los ojos con desasosiego y el muy imbécil, ni siquiera cuando ella se quedó viuda lo supo aprovechar. Es curioso: el carácter de aquel muchacho le hacía pensar en aquel dicho de que Dios da de comer a quien no tiene dientes para masticar. Y mira cómo ha terminado; su final no ha podido ser más patético.

No creo que merezca otra cosa. ¿Cómo podía menospreciar lo que él había deseado tanto y habría sido capaz de cualquier cosa por conseguir? Aunque un día estuvo a punto; la tuvo en sus brazos, quieta, callada, temblorosa, con la cabeza hacia atrás, invitándolo a que le ofreciese todo lo que le había prometido. Durante unos segundos, sus ojos centellearon de pasión; solo unos segundos. Después, las lágrimas indiscretas desgarraron aquel momento y dejaron al descubierto que lo que él creía que era un deseo pasajero como los demás se había convertido en un sentimiento demasiado profundo. Un sentimiento que solo quería compartir con su mujer; y ella, ella no merecía esta traición. Y dejó que se fuera como si se hubiera quemado, dando un paso atrás mientras se volvía de espaldas; no le quedaban fuerzas ni para retenerla ni para ver como se iba. La infeliz que entró después tuvo que cargar como siempre con su desahogo, sin importancia.

Aún tenía el brazo sobre los hombros de su mujer: las emociones la habían vencido y se había quedado dormida con la cabeza apoyada en su pecho. La contempló con admiración; ella sí que había sabido siempre lo que era o no

importante para él. Y fue tan paciente con sus manías y sus aventuras como implacable a la hora de obligarlo a cortar de raíz aquella situación que había hecho zozobrar la estabilidad de su vida conyugal. Y lo perdonó con una comprensión que no merecía. También lo disculpó cuando se enteró —él nunca había entendido cómo— del desafortunado incidente con la más jovencita del despacho; seguro que comprendió que había sido solo eso, un incidente provocado por su desconcierto en unos momentos de crisis profunda, y lo aceptó de nuevo. Lo que nunca había podido conseguir era que quitase las agujas de hacer punto y el maldito jersey de encima de la mesita. Y, cuando por fin lo consiguió, cuando entre los dos pudieron deshacer, pasada a pasada, aquel símbolo de antiguas desavenencias, cuando su relación había llegado a aquel punto de compenetración absoluta y creía que ya nada podía interrumpir la armonía que se habían ganado a pulso, la sacudida por el descalabro de la fábrica hacía que todo su mundo se tambaleara. ¿Cómo podía ser que un pedido inoportuno destruyese en un momento los esfuerzos de toda una vida profesional, impecable, y, de rebote, pusiese en peligro la placidez que acababa de conseguir en su matrimonio? Porque estaba convencido de que a Pilarín le costaría digerir lo que les esperaba. Se lo decían sus ojos hinchados, la palidez de su rostro, la mueca de los labios que, a pesar de estar dormida, anunciaba tempestad, y él estaba tan cansado que tenía miedo de no poder aguantar el chaparrón. Hacía más de un mes que conducía un barco a la deriva en un mar lleno de tiburones sedientos de sangre. El timonel había sido vencido por la vida. Y él se quedó solo para enfrentarse a los tiburones, que lo vigilaban por si se rendía. Y se rindió. Del todo. Y se lo habían pasado de unos colmillos a otros, despedazándolo, hasta que lo dejaron en el estado en que se encontraba ahora: agonizando. Moralmente acabado. Muerto y enterrado. Pero eso nunca podría contárselo a Pilarín. Él, en otros tiempos, había sido su salvador, y volvería a serlo. Y más cuando era el responsable de la situación en que se encontraban; aceptó, sin dudas y con entusiasmo, entrar en aquel negocio que, según el señor Viladomat —me jodiste bien jodido, Vicenç—, era poco arriesgado, fructífero y no perjudicaba a nadie; unos stocks paralizados no dan beneficios, me dijiste, es de personas inteligentes y sensatas hacer que se muevan. El primer pedido extraordinario que el departamento comercial se comprometió a servir, basándose en las existencias que había, nos obligó a provocar un incendio en unos almacenes llenos de cajas con borra que teníamos preparadas para la ocasión. Las consecuencias de aquel incendio —la pérdida de una vida humana no puede compararse con nada— las sufrimos todos, pero de una manera especial tú, por los vínculos tan particulares que tenías con la víctima. Fue una noche que nos dejó marcados para siempre. Murió un hombre. Con eso no contaba nadie. Ahora no quiero hablar ni de la angustia de buscarlo ni de la impotencia cuando lo encontramos. Una vez enterrado, todos hicimos un gran esfuerzo para seguir adelante. Y nos costó. Y después de ayudarte a organizar la reconstrucción de los desperfectos, durante unos días solo hablabas de dejarlo todo. Estabas desmoralizado y abatido. Pero un miércoles te presentaste más

optimista. Montserrat, me dijiste, me ha hecho ver que no puedo desanimarme, que tengo que seguir adelante, y ella siempre tiene razón, amigo mío, siempre tiene razón. Además, añadiste, hay una probabilidad entre mil de que vuelva a presentarse otro pedido parecido. A pesar de todo, tendremos que estudiar un sistema de prevención más cuidadoso. Después me dijiste que a la semana siguiente te gustaría encontrar encima de la mesa una propuesta inteligente que nos diese un máximo de garantías y un mínimo de riesgo. Me sentí satisfecho por la confianza, que creía merecida. Y te recordé que yo, en más de una ocasión, te había advertido que desconfiaba de aquel plan en el que se mezclaban elementos descontrolados y peligrosos, como se había demostrado. Lo que no te dije entonces es que no me había gustado nunca la arrogancia con que se comportaba tu protegido; estaba convencido de que un contable no podía tener tanta independencia como la que tenía Isidre. Muchos de los problemas que se presentaron derivaban de este hecho. Pero también tenía ganas de pasar página, de empezar de nuevo. Y, ahora que yo había recuperado todo el poder, intuía que las cosas podrían ir mejor. Y cuando al miércoles siguiente te expuse la idea de que el contable asumiese la responsabilidad de manera indirecta, te pareció un poco rocambolesco pero lo aceptaste, quizá porque estabas convencido de que no nos haría falta. Yo no estaba tan seguro. Y lo preparé todo a conciencia, meticulosamente, comprobando todos los detalles. Tampoco te dije que, en un primer momento, había pensado en Serafí Garcia para sustituir a Isidre, pero aparte de que los números no eran su especialidad, en unas conversaciones que tuve con él cuando acabábamos de vivir la conmoción del incendio descubrí que era astuto y desconfiado; unas virtudes poco adecuadas y nada recomendables para la misión a la que lo quería destinar. En cambio, Climent Palau reunía todas las cualidades necesarias y —no podía evitar volver a sonreír, como el día que se le había ocurrido— con una de propina: la relación misteriosa, indefinida, poco clara, que había tenido con la viuda de Isidre lo hacía vulnerable y lo convertía en la persona idónea para que tuviese que callar si llegaba el momento. Y así ha sido. Lo que era imprevisible es que tus circunstancias cambiasen hasta el punto de dejarte fuera de juego y que quisieses renunciar a todos los cargos y me dejases solo para enfrentarme a este desastre. Mi plan, por muy rocambolesco que fuese, no falló. Gracias a eso he podido pactar el silencio con la junta de accionistas. A cambio, naturalmente, de ingresar la cantidad de dinero que me exigieron. No sé si contigo han hecho el mismo trato. A estas alturas, que éramos socios en este negocio no es un secreto para ningún miembro de la junta. A tu sobrino no le hizo ninguna gracia que se supiese. Aunque le fue muy bien que le ofreciese un culpable; con la excusa de que protegía mi buen nombre, también limpiaba el tuyo. Todo esto me habría gustado decírtelo cara a cara, pero las veces que he ido a tu casa me ha abierto la puerta una persona que no conozco y siempre me informa de que el señor no recibe visitas, y por teléfono la misma voz me dice más o menos lo mismo. ¿Acaso no te han dicho todavía que me han echado como a un perro? ¿Que me han dejado pelado, con una jubilación escasa que no me va a permitir tener casa, ni

servicio ni coche? ¿Que ya no podré ofrecer a Pilarín la vejez plácida y digna que habíamos soñado? ¿Y en qué se convierte un hombre si no puede dar a su mujer todo lo que le ha prometido y se merece? ¡Me has jodido bien jodido, Vicenç! ¿O a lo mejor ya lo sabes y por eso te escondes? ¿Qué se ha hecho del socio, el compañero, el amigo? ¿No te consolé yo durante la enfermedad de Montserrat? Sabía lo importante que era tu mujer para ti. Igual que tú sabes lo importante que es para mí la mía. A lo mejor tienes miedo de lo que te pueda decir. Y no te equivocas. Me gustaría que supieses por mí todo lo que ocurrió la maldita noche del incendio. Lo he ocultado durante muchos años sin digerirlo y hoy el cuerpo me ha dicho que no puede más: entre los bramidos de la sirena que nos ensordecían y la peste a quemado que lo iba invadiendo todo, en la oficina se libraba una batalla bien particular. Mientras los mayordomos se encontraban al pie del cañón dirigiendo las brigadas que habíamos organizado para apagar un fuego que se había extendido más de lo previsto —no teníamos ni mangueras suficientes—, tu... recomendado me acusaba a mí de robar con la complicidad de los mayordomos y de estar detrás del incendio para tapan lo que, según dijo, él ya había descubierto. De hecho, hacía días que iba de un lado a otro comprobando albaranes que no le cuadraban, haciendo preguntas aquí y allí, y se ve que con el incendio de los almacenes ató cabos. Es una estafa, una estafa importante, decía, y me aseguró que tenía pruebas, y me dijo: hoy sin falta se lo diré al señor Viladomat. Y se iba poniendo y quitando la careta; ya hacía rato que le costaba respirar, aunque el humo todavía no había llegado al despacho. Y mientras solo me amenazaba con decírtelo a ti, no era problema. Me alarmé cuando me dijo que, en cuanto se hubiese apagado el fuego, convocaría una reunión urgente e invitaría a la junta en peso. Entonces intenté calmarlo con el argumento de que, si lo que él decía era verdad, era difícil que tú no te hubieses dado cuenta, siendo como eras un gerente hábil y conocedor como nadie de tu oficio. Era tanta la devoción que te tenía que le entraron dudas. Pero enseguida volvió con la manía de las pruebas, y añadió que las tenía bien guardadas. ¿Qué pruebas son esas?, le pregunté para ganar tiempo —hacía mucho rato que había pedido conferencia con Barcelona; esperaba poder hablar contigo por teléfono de un momento a otro—. También le informé de eso; habla primero con el señor Viladomat, le dije, pero estaba demasiado nervioso, no me escuchaba y, de pronto, se levantó, alarmado; ¡las pruebas!, dijo, ¡no sé si el fuego habrá llegado a los archivos del subterráneo! Cogió la llave y se fue tan deprisa que se dejó la careta encima de la mesa. Mi primera intención fue seguirlo, pero me pareció que era más urgente esperar para poder contarte todo lo que pasaba. Al cabo de pocos minutos sonó el teléfono. Me sorprendió mucho que no estuvieses tú al aparato. Y más sabiendo —habíamos quedado así— que, en cuanto se descubriese el fuego, pediría la conferencia. Y todavía me sorprendió más que estuviese Montserrat. Hablaba tan flojo que casi no la oía; no quiero que el servicio se despierte, aclaró, enseguida cotillean. Y, cuando le pregunté por ti, me contó que habías estado muy nervioso toda la noche y que te había tenido que dar una de sus pastillas para dormir.

Insistí en que te despertase, que era una emergencia. Y me contestó con voz helada que ya lo suponía; una llamada a estas horas no puede ser otra cosa, ¿no?, lo siento, pero tendrás que contarme a mí qué pasa; duerme tan profundamente que no he podido despertarlo. Me quedé unos momentos sin saber qué decir; ya no se trataba de la llamada convenida para simular que te informaba del incendio. ¡El problema que había provocado Isidre era grave, muy grave! Necesitaba con urgencia que tú hablastes con él. No veía otra salida. Él siempre había confiado en ti. Eras el único que podía convencerlo de que cambiara de actitud. Y se lo tuve que contar todo a Montserrat. Quería que entendiera que tenía que despertarte como fuera, ¡como fuera!, que no había otra solución. Y aquella voz helada se volvió metálica, desconocida, cuando me dijo: hay otra solución, y es que no salga vivo del sótano. Se me quedó la mano agarrotada en el teléfono, no habría podido soltarlo ni en caso de necesidad. Creo que tardé mucho en decirle: no me puedes pedir eso. Y ella tardó muy poco en contestarme: ¡cómo que no puedo!, los hilos que moví para que Vicenç te diera el trabajo puedo volver a moverlos para que te despache. Pero es que... Haz lo que tengas que hacer para salvar la empresa de un escándalo y, por el mismo precio, tú salvarás tu cargo. Aun ahora, cuando recuerdo aquel sonido metálico, se me pone la piel de gallina. A menudo he pensado que tal vez me precipité haciéndole caso. Y no sé si tú me hubieses despachado en el caso de que ella te lo hubiera pedido. Sin embargo, la adoración y la fe que le profesabas en aquel momento me hicieron temer que sí. También me vino a la cabeza el poder que le daban sus acciones. Y, si a todo ello sumamos el peligro que representaba aquel muchacho enfurecido que se creía el salvador del mundo y las pruebas que juraba tener tan bien guardadas, que tú dormías y que yo estaba agotado, los gritos de los que decían que faltaba agua, la sirena que se te metía en el cerebro, el humo que empezaba a invadirlo todo y el miedo, sobre todo, el miedo de no sabía exactamente qué, entenderás que soltara el teléfono, que cogiera la careta de Isidre, saliera del despacho, atravesara el pasillo y la cuadra de las cosedoras, bajara las escaleras del subterráneo y abriera la puerta... solo un palmo; allí estaba, de espaldas, tosiendo, ¡venga a toser!, alarmado, cogía del estante más alto —apenas llegaba— las matrices de unos albaranes y las iba poniendo dentro de una caja. Abrí un poco más la puerta para dar un paso adelante; me pareció ver la caja casi llena. Y por el color de las tapas habría jurado que eran los albaranes que utilizábamos para nuestro negocio..., ¡el muy cabrón...! Seguramente aquellas eran las pruebas de las que hablaba. A nadie le había pasado por la cabeza que pudiera guardarlas. Los mayordomos siempre habían asegurado que, una vez el género llegaba a su destino, destruían todos los albaranes. De las matrices no habían dicho nunca nada. Probablemente las tiraban a la papelera. Y de allí era de donde debía de haberlas sacado. Era listo, aquel chico, muy listo. Con aquellas matrices podría demostrarse que el hilo y las piezas de tela que queríamos hacer constar que se habían quemado habían salido mucho antes de la fábrica, hacia otro destino, e... instintivamente, creo que no tardé ni diez segundos en dar un paso

atrás, cerrar la puerta, dar dos vueltas de llave y esperar fuera. Una ráfaga de humo me obligó a ponerme la careta mientras oía cómo llamaba, gritaba, se caía. Después... a lo mejor me lo pareció a mí, dijo... Te... re... sa. Muy poco después..., solo el silencio. Silencio..., silencio..., silencio... Un silencio que aún a veces me desvela. Y me obliga a decirme que seguramente, si yo no hubiese bajado al sótano, tampoco habría tenido fuerzas para salir de allí. Seguramente... A menudo, para poder dormir, tengo que simular que me lo creo. Antes de irme, deshice las dos vueltas de la llave. Más tarde, sin esperar a que me preguntasen dónde estaba Isidre, dije que le había aconsejado que se fuese a su casa porque no paraba de toser y me preocupaba su estado de salud. Al día siguiente, por la tarde, cuando ya se habían llevado el cuerpo, una especie de desasosiego me obligó a volver a los archivos; tenía delante de mí, entre otras con matrices parecidas, la caja con las pruebas por las que aquel infeliz había dado la vida. Lo más probable es que nadie se fijara en ella pero, como no se sabe nunca, me la llevé. Mirando cómo se convertía en ceniza en la caldera de la calefacción de mi casa, respiré más tranquilo. Mientras tanto, tu desesperación por la pérdida de aquel ser al que habías tenido que amar a escondidas te hacía ir de un lado a otro y organizar unos funerales dignos de un heredero del más alto linaje. Y con Montserrat cogida de tu brazo, dando ideas, ayudando en los detalles, con una serenidad y un saber lo que hay que hacer en cada momento que tú le agradecías, conmovido. Solo una vez pude verla cara a cara; cuando estábamos en el cementerio, mientras metían el féretro en el nicho. Fue ella quien me buscó con la mirada; la noté como un estilete, penetrante, tan cerca que me obligó a volverme y solo verla me invadió su presencia de hielo que me congeló la sangre. Y ella, consciente de mi conmoción, con un esbozo de sonrisa agria, mirando hacia el ataúd, me dijo sin decirlo: ahora todo vuelve a estar en su lugar.

Apartó el brazo de los hombros de Pilarín, que todavía dormía, y se lo frotó con la otra mano; le había quedado un hormigueo desagradable y se puso en pie. Atravesó la salita con cuatro zancadas. Aquella quietud lo agobiaba, y la oscuridad, y la soledad y... Y hoy el cuerpo le había dicho que no podía más. Volvió a mirar a su mujer, seguía durmiendo. Mejor. Necesitaba tranquilidad para hacer lo que quería hacer. Se fue al secreter, se sentó, lo abrió, cogió papel de cartas y la pluma que le había regalado su papá cuando terminó la carrera, le puso tinta, buscó una posición más cómoda en el asiento y empezó a escribir:

Querido amigo:

Me gustaría que supieses por mí todo lo que ocurrió la maldita noche del incendio. Lo he ocultado durante muchos años sin digerirlo y hoy el cuerpo me ha dicho...

EPÍLOGO

Faltaba todavía un buen rato para que llegase el coche de línea. No sé por qué nos has hecho venir tan pronto, decía Matilde, y miraba como Climent, a un metro de distancia, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha, golpeaba con el pie los rieles de la vía; te ensuciarás los zapatos, estuvo a punto de decirle, pero se calló a tiempo; probablemente es lo que debería aprender a hacer a partir de ahora si quería sacar a flote su matrimonio. Por la noche, cuando él volvió de aquel extraño paseo, le pareció que él también lo quería. A lo mejor, ahora que se iban de allí, todavía había una pequeña esperanza, lejos de las malas lenguas y de las malas compañías. Y observó las maletas a punto de reventar, atadas con una correa.

Raquel estaba a su lado, abstraída, sin mirar a ninguna parte.

La punta del zapato al golpear el riel hacía un ruido como de metal enterrado que le recordó cuando su padre colgaba las herramientas del huerto y le decía —después de que él le pidiera permiso para ir a jugar—: ve, pero sin cruzar la vía, que al otro lado está la carretera y podrías hacerte daño. Al otro lado de la vía estaba aquello que sus pocos años suponían atractivo por el mero hecho de estar prohibido. Climent movió la cabeza, dudoso: ahora que me he hecho mayor y tendré que cruzar la vía, quién sabe, aún podría hacerme daño.

Un ruido de pisadas en la grava hizo que los tres se volviesen: con paso decidido, se acercaban Teresa y sus hijos. Matilde puso los ojos en blanco; ¡lo que le faltaba! Raquel corrió a abrazar a Sidret y se quedaron unos pasos atrás. Teresa y Núria se acercaron a la pareja que las esperaba con la sonrisa de circunstancias a punto mientras intercambiaban un buenos días adormecido.

—No hacía falta que madrugaseis —dijo Climent, indeciso y satisfecho.

—No sé cómo habría podido parar a Sidret. —Teresa medía cada palabra para no aturullarse.

Y, de momento, no parecía que la conversación tuviera visos de prosperar. Aunque el sol ya empezaba a lucir, esplendoroso, y prometía un bochorno tan intenso como el del día anterior, a aquella hora el frescor de la madrugada se resistía a irse y los ayudó a iniciar un nuevo tema.

—Se está bien ahora, ¿no? —dijo Teresa.

—¡Muy bien! Este frescor viene de maravilla... —dijo Climent.

Matilde los miró a los dos sin abrir la boca. Núria los observaba a los tres y también callaba. Teresa dijo como de paso lo que ya había hablado con Raquel: que cuando estuvieran en Barcelona y con el taller organizado, como Sidret subiría todas las semanas a verla, le llevaría trabajo para coser, al menos hasta que ella encontrase algo... Matilde se apresuró a decir que no haría falta, que su cuñada ya había hablado con la modista que le hacía la ropa y le había dicho: si es buena costurera, esta chica encontrará trabajo en todas partes.

Un poco más allá, Sidret y Raquel aprovechaban los últimos momentos; ella se

abrazaba a él, llorando; él, como de pequeños en el huerto del abuelo, le dejaba el pañuelo. Y no se dieron cuenta de los dos pares de ojos que confluían en su abrazo, en las lágrimas y en el pañuelo que las limpiaba. Dos pares de ojos que miraban esperanzados, a pesar del llanto. Dos pares de ojos que estaban convencidos de que la historia no iba a repetirse. Dos pares de ojos que imaginaban que tal vez un día — solo tal vez— compartirían unos nietos. ¡Era tan poco para quien había soñado compartir los hijos! Pero era más de lo que habían creído que podían esperar. Y aquellos ojos se miraron entre sí. No hacían falta palabras. Ya se lo habían dicho todo.

Llegaba el coche de línea. El tufo de gasoil quemado apestó el aire fresco de la mañana. El chirrido de los frenos turbó el aleteo de unas urracas madrugadoras. Solo los gorriones, acostumbrados a todo, lo miraron indiferentes. La despedida fue breve. Aún tenían que cargar las maletas y el chófer les advirtió que se apresurasen, que iban con retraso. Se sentaron los tres en el asiento de atrás. Raquel, lloriqueando, se volvió para decir adiós a Sidret mientras el coche arrancaba. Matilde se cogió del brazo de su marido, con energía. A él se le escapó un apunte de sonrisa triste; aunque no fuese la mujer de su vida, sería la mujer con la que compartiría su soledad durante el resto de su vida. Y miró hacia atrás: la Colonia se había desvanecido en la lejanía, solo quedaba de ella una mancha borrosa, olores infinitos y poco más.

Terrassa, agosto de 2007



SÍLVIA ALCÀNTARA I RIBOLLEDA (Puig-reig, Berguedà, 1944) es una escritora catalana. A mediados de los años sesenta se traslada a Terrassa, donde vive actualmente. Como mucha gente de su generación, hasta que no se acaba la dictadura no puede estudiar su lengua y, cuando lo consigue, se le abre un mundo que no había podido ni imaginar. Se pone a escribir y todavía no ha parado. A principios de los años noventa, abren una escuela en Barcelona, el Aula de Letras, donde enseñan técnicas de escritura literaria, es de las primeras en apuntarse. Después, en el Ateneu Barcelonès completará el aprendizaje. Ha ganado algunos premios de cuentos breves.

En 2009 publica su primera novela, *Olor de Colonia*, que evoca la vida de una colonia textil y las envenenadas relaciones sociales, la combinación de despotismo y condescendencia que, hacia los años 50, rige su vida. Nacer, vivir, reproducirse y morir entre las paredes de una fábrica. Una gran fábrica que va más allá de los puestos de trabajo, que es también la escuela para los hijos, la iglesia, las tiendas y las casas para vivir. Esta novela recibe los premios QWERTY BTV (2009), Regió7 (2009) y Joaquim Amat-Piniella (2010), y es finalista del Premio Librero narrativa (2009).

Notas

[1] En castellano en el original (*N. de la T.*). <<

[2] En castellano en el original (*N. de la T.*). <<